



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

El coronel Chabert

La misa del ateo

La interdicción

El contrato de matrimonio

Otro estudio de mujer



TOMO VII

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

El coronel Chabert y otras historias

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - VII

ePub r1.0

Titivillus 06.08.15

Título original: *Le Colonel Chabert, La messe de l'athée, L'interdiction, Le contrat de mariage, Autre étude de femme*

Honoré de Balzac, 1844

Traducción: Juan Godó Costa

Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS:

El coronel Chabert.

La misa del ateo.

La interdicción.

El contrato de matrimonio.

Otro estudio de mujer.



EL CORONEL CHABERT



EL CORONEL CHABERT

*A la señora
condesa Ida de Bocarmé
nacida Du Chasteler.*

I

UN DESPACHO DE PROCURADOR

—¡Vamos! ¡Otra vez nuestro viejo *carric*!

Esta exclamación salió de los labios de un pasante perteneciente a la clase de los llamados en los bufetes trotacalles, que en aquellos momentos mordía con muy buen apetito un pedazo de pan; arrancó un poco de miga para hacer una bolita y la lanzó alegremente por la celosía de una ventana, en cuyo alféizar se hallaba apoyado. Bien dirigida, la bolita rebotó casi hasta la altura de la ventana, después de haber dado en el sombrero de un desconocido que atravesaba el patio de una casa situada en la calle Vivienne, donde vivía el señor Derville, procurador.

—Vamos, Simonnin, no hagáis tonterías con la gente, si no queréis que os ponga de patitas a la calle. ¡Por muy pobre diablo que sea un cliente, es siempre un ser humano, que diantre! —dijo el primer pasante, interrumpiendo la suma de una minuta de gastos.

El trotacalles es generalmente, como lo era Simonnin, un muchacho de trece a catorce años, que en todos los bufetes se encuentra bajo el dominio especial del pasante principal, cuyos recados y misivas le tienen ocupado todo el tiempo, mientras va a llevar diligencias a los escribanos y alegatos al Palacio de Justicia. Tira al golfillo de París por sus costumbres y al leguleyo por su destino. Esta clase de niños suelen ser indisciplinados, sin piedad, sin freno, inventores de chanzas, bombones, ávidos y perezosos. Sin embargo, casi todos los pequeños pasantes tienen una madre anciana que vive en un quinto piso, con la cual comparten los treinta o cuarenta francos que cobran al mes.

—Si es un ser humano, ¿por qué le llamáis *viejo carric*? —dijo Simonnin con el aire del colegial que sorprende a su maestro en una falta.

Y comenzó de nuevo a comer su pan con queso, apoyando el hombro en la pared; pues descansaba de pie, como los caballos de los coches de alquiler, una de las piernas doblada y apoyada en la otra, en la punta del zapato.

—¿Qué jugarreta podríamos hacerle a ese tío? —dijo en voz baja el tercer pasante, llamado Godeschal, deteniéndose en medio de un razonamiento que

engendraba en una demanda compulsada por el cuarto pasante y cuyas copias estaban hechas por dos neófitos llegados de provincias.

Luego continuó su improvisación:

—... *Pero, en su noble y benévola sabiduría, Su Majestad* (ponedlo en letras, ¡eh! sabio Desroches, que hacéis el original) *en el momento en que volvió a empuñar las riendas de su reino, comprendió* (¿qué es lo que comprendió ese gran farsante?) *la alta misión a la que estaba llamado por la divina Providencia!*... (signo de admiración y seis puntos suspensivos: en el Palacio de Justicia son lo bastante meticulosos como para pasárnoslos), *y su primer pensamiento fue, tal como lo demuestra la fecha de la ordenanza abajo indicada, reparar los infortunios causados por los horribles y tristes desastres de nuestros tiempos revolucionarios, restituyendo a sus fieles y numerosos servidores* (numerosos es una lisonja que debe agradar al tribunal) *todos sus bienes no vendidos, ya se encontrasen en el dominio público, ya en el dominio ordinario o extraordinario de la corona, ya, en fin, se encontrasen en las dotaciones de establecimientos públicos, porque entendemos que podemos sostener que tal es el espíritu y el sentido de la famosa y tan leal ordenanza dada en...* Aguardad —dijo Godeschal a los tres pasantes—, esta maldita frase ha llenado el final de mi página. Bien —continuó mojando con su lengua el borde del legajo, para poder doblar la gruesa hoja de su papel timbrado—, bien, si queréis gastarle una broma, hay que decirle que el patrón no puede hablar a sus clientes más que de las dos a las tres de la mañana: ¡veremos si vendrá ese viejo malhechor!

Y Godeschal reanudó la frase iniciada:

—*Dada en...* ¿Estamos? —preguntó.

—Sí —gritaron los tres copistas.

Todo marchaba a la vez, la demanda, la charla y la conspiración.

—*Dada en...* ¡Eh!, tío Boucard, ¿cuál es la fecha de la ordenanza?, hay que poner los puntos sobre las íes, ¡canastos!, esto llena páginas.

—¡Canastos! —repitió uno de los copistas antes de que Boucard, primer pasante, hubiese contestado.

—¡Cómo! ¿Ha escrito usted *canastos*? —exclamó Godeschal mirando a uno de los recién llegados con aire a la vez severo y burlón.

—Pues, sí —dijo Desroches, cuarto pasante, inclinándose sobre la copia de su vecino— ha escrito: *¡Hay que poner los puntos sobre las íes y canastos!*, con ese.

Todos los pasantes prorrumpieron en una gran carcajada.

—¡Pero cómo! Señor Huré, usted toma *canastos* por un término jurídico ¡y dice que es de Montague! —Exclamó Simonnin.

—¡Borre bien eso! —dijo el primer pasante—. Si el juez encargado de examinar los autos viese semejantes cosas, diría que nos burlamos de la jerigonza. Causarla usted disgustos al patrón. ¡Vamos, no haga esas barbaridades, señor Huré! Un normando no debe escribir torpemente un recurso. Esto es el *¡armas al hombro!* de la curia.

—¿*Dada en... en...*? —preguntó Godeschal—. ¿Me dice de una vez cuando, Boucard?

—Junio de 1814 —respondió el primer pasante sin dejar su trabajo.

Un golpe dado en la puerta del despacho, interrumpió el curso de la prolija demanda. Cinco pasantes de ojos vivos y burlones, levantaron la nariz hacia la puerta, después de haber gritado todos con voz de chantre:

—¡Entrad!

Boucard permaneció con el rostro sepultado en un montón de actas llamadas *broza* en la jerga del Palacio de Justicia, y continuó su trabajo.

El despacho era una gran pieza adornada con la estufa clásica que se encuentra en todos los antros de los leguleyos. Los tubos atravesaban diagonalmente la habitación e iban a parar a una chimenea condenada, sobre cuyo mármol se veían varios trozos de pan, triángulos de queso de Brie, chuletas de cerdo fresco, vasos, botellas y la taza de chocolate del pasante principal. El olor de esos comestibles se amalgamaba de un modo tan perfecto con la pestilencia sobrecargada sin medida de la estufa, con el perfume peculiar de los despachos y de los papeles, que el hedor de una zorra no habría podido percibirse. El suelo estaba ya cubierto de barro y nieve traídos por los pasantes. Cerca de la ventana se encontraba el escritorio de persianas del *principal*, y al que estaba arrimada la mesita destinada al segundo pasante. El segundo *hacía* en aquel momento el Palacio. Serían las ocho o las nueve de la mañana. El despacho tenía por todo adorno los grandes anuncios amarillos que indicaban embargos, ventas, licitaciones entre mayores y menores, adjudicaciones definitivas o provisionales, ¡la gloria de los bufetes! Detrás del pasante principal había un enorme estante que ocupaba la pared de arriba abajo, y cada uno de cuyos compartimientos estaba repleto de legajos de los que pendían un número infinito de etiquetas y de cabos de hilo rojo que dan una fisonomía especial a los autos procesales. Las hileras inferiores del estante estaban llenos de carpetas amarillentas por el uso, forradas de papel azul, en las que se leían los nombres de los clientes importantes cuyos asuntos jugosos se cocinaban en aquellos momentos. Los sucios vidrios de la ventana dejaban pasar poca luz. Por otra parte, en el mes de febrero, hay en París muy pocos despachos en los que pueda escribirse sin la ayuda de una lámpara antes de las diez, porque todos ellos son objeto de una negligencia muy concebible: todo el mundo va allí, nadie se queda, ningún interés personal se une a lo que es tan prosaico; ni al procurador, ni a los pleiteantes ni a los pasantes les importa la elegancia de un lugar que para los unos es una clase, para los otros un lugar de paso, para el dueño un laboratorio. El mobiliario grasiento se transmite de procurador en procurador con un escrúpulo tan religioso, que ciertos despachos poseen aún los residuos procedentes de las procuradores del *Chlet*, abreviatura de la palabra CHATELET, jurisdicción que en el antiguo orden de cosas representaba al tribunal de primera instancia actual. Aquel despacho oscuro, lleno de polvo, tenía, pues, como todos los demás, algo de repulsivo para los pleiteantes, y que constituía una de las más abominables monstruosidades parisienses.

Ciertamente, si las sacristías húmedas donde las oraciones se pesan y se pagan como si se tratase de comestibles, si los almacenes de compraventa donde flotan los harapos que marchitan todas las ilusiones de la vida al mostramos adonde van a parar nuestras fiestas, si estas dos cloacas de la poesía no existiesen, un despacho de procurador sería de todas las tiendas sociales la más horrible. Pero lo mismo ocurre con la casa de juego, el tribunal, el despacho de lotería y la casa de mala fama. ¿Por qué? Quizás en esos lugares, el drama, al desarrollarse en el alma del hombre, le hace indiferentes los accesorios, lo cual explicaría la sencillez de los grandes pensadores y de los grandes ambiciosos.

—¿Dónde está mi cortaplumas?

—¡Estoy desayunando!

—¡Vete a paseo! Mira aquí un pegote en la demanda.

—Silencio, señores.

Estas diversas exclamaciones partieron a la vez en el momento en que el viejo pleiteante cerró la puerta con esa especie de humildad que desnaturaliza los movimientos del hombre desgraciado. El desconocido trató de sonreír, pero los músculos de su rostro se relajaron cuando hubo buscado en vano algunos síntomas de afabilidad en los rostros inexorablemente indiferentes de los seis pasantes. Acostumbrados sin duda a juzgar a las personas, dirigióse con mucha cortesía al pequeño pasante, esperando que éste le contestase con dulzura.

—Caballero, ¿está visible vuestro patrón?

El malicioso niño sólo respondió al pobre hombre dándose con los dedos de la mano izquierda unos golpecitos sobre la oreja, como dándole a entender que era sordo.

—¿Qué deseáis, señor? —preguntó Godeschal, quien al hacer esta pregunta, embaulaba un trozo de pan con el que se hubiera podido cargar una pieza de a cuatro, blandía su cuchillo y se cruzaba de piernas, poniendo a la altura de sus ojos el pie que quedó en alto.

—Vengo aquí, caballero, por quinta vez —respondió el cliente—. Desearía hablar con el señor Derville.

—¿Es para un asunto judicial?

—Sí, pero sólo puede explicárselo a ese señor...

—El patrón duerme; si deseáis consultarle algunas dificultades, no trabaja en serio más que a medianoche. Pero si quisierais decimos vuestra causa, nosotros podríamos, tan bien como él...

El desconocido permaneció impasible. Se puso a mirar modestamente a su alrededor, como un perro que, al deslizarse a una cocina extraña teme recibir allí golpes. Por una gracia de su profesión, los pasantes no tienen nunca miedo a los ladrones; no les pareció, pues, sospechoso el hombre del *carric* y le dejaron que observase el local, donde en vano buscaba un asiento, para descansar, porque se hallaba visiblemente fatigado. Por sistema, los procuradores dejan pocos asientos en

sus despachos. El cliente vulgar, cansado de esperar de pie, se va refunfuñando, pero no roba un tiempo que, según un viejo procurador, no está admitido en *tasa*.

—Caballero —respondió—, ya he tenido el honor de deciros que no podía explicar mi asunto más que al señor Derville. Aguardaré, pues, a que se levante.

Boucard había terminado su suma. Sintió el olor de su chocolate, dejó el sillón de mimbres, fue hacia la chimenea, examinó de arriba abajo al anciano, miró el *carric* e hizo una mueca indescriptible. Pensó probablemente por mucho que se exprimiera a aquel cliente sería imposible extraerle un solo céntimo; intervino entonces con unas breves palabras, con la intención de desembarazar el bufete de una mala ocupación.

—Es verdad lo que os han dicho, caballero. El patrón sólo trabaja de noche. Si vuestro asunto es grave, os aconsejo que volváis a la una de la madrugada.

El pleiteante miró al pasante principal con aire estúpido y permaneció inmóvil un instante. Acostumbrados a todos los cambios de fisionomía y a los singulares caprichos producidos por la indecisión o por el ensimismamiento que caracterizan a las gentes litigantes, los pasantes continuaron comiendo, haciendo tanto ruido con las mandíbulas como los caballos en el pesebre, y ya no se preocuparon del anciano.

—Caballero, vendré esta tarde —dijo al fin el viejo, que, con una tenacidad peculiar en las personas desgraciadas, quería hallar en falta a la humanidad.

El único epigrama permitido a la miseria es obligar a la Justicia y a la Beneficencia a denegaciones injustas. Cuando los desgraciados han convencido a la Sociedad de su mentira, ellos se refugian más vivamente en el seno de Dios.

—¡Vaya pelmazo! —dijo Simonnin, sin aguardar a que el anciano hubiese cerrado la puerta.

—Tiene pinta de desenterrado —repuso el pasante.

—Es algún coronel que reclama unos atrasos —dijo el pasante principal.

—No, es un antiguo conserje —dijo Godeschal.

—¿Apostamos algo a que es noble? —exclamó Boucard.

—Yo apuesto a que ha sido portero —repuso Godeschal—. Los porteros son los únicos seres a quienes la naturaleza ha dotado de *carrics* usados, mugrientos y recortados por abajo como el de ese viejo. ¿Es que no habéis visto sus botas de talones torcidos que se calan de agua ni su pañuelo del cuello que le sirve de camisa? Ha dormido bajo los puentes.

—Podría ser noble y haber llevado el cordón —exclamó Desroches—. Eso se ve.

—No —repuso Boucard en medio de risas—, sostengo que ha sido cervecero en 1789 y coronel durante la República.

—¡Ah!, apuesto con cualquiera una función de teatro a que no ha sido soldado —dijo Godeschal.

—Hecho —dijo Boucard.

—¡Caballero!, ¡caballero! —gritó el pequeño pasante abriendo la ventana.

—¿Qué haces, Simonnin? —preguntó Boucard.

—Le llamo para preguntarle si es coronel o portero; tiene que saberlo.

Todos los pasantes se echaron a reír. En cuanto al anciano, subía ya la escalera.

—¿Qué vamos a decirle ahora? —exclamó Godeschal.

—¡Dejadme a mí! —respondió Boucard.

El pobre hombre volvió a entrar tímidamente bajando los ojos, quizá para no revelar su hambre al mirar con excesiva avidez los comestibles.

—Caballero —le dijo Boucard—, ¿queréis tener la amabilidad de darnos vuestro nombre, con objeto de que el patrón sepa si...?

—Chabert.

—¿Es aquel coronel que murió en Eylau? —preguntó Huré, que, no habiendo dicho nada aún, sentía deseos de añadir una burla a las otras.

—El mismo, caballero —respondió el buen hombre con estoica sencillez.

Y se retiró.

—¡Cesante!

—¡Bah!

—¡Uf!

—¡Viejo estúpido!

—¡Qué calamidad!

—¡Hundido!

—Señor Desroches, iréis al espectáculo sin pagar —dijo Huré al cuarto pasante, dándole en la espalda un golpe como para matar un rinoceronte.

Hubo un torrente de gritos, de risas y de exclamaciones, cuya descripción requeriría todas las onomatopeyas del idioma.

—¿A qué teatro iremos?

—¡A la Ópera! —exclamó el principal.

—Ante todo —repuso Godeschal—, no se ha hablado de antemano del teatro adonde teníamos que ir. Puedo, si quiero, llevaros a casa de la señora Saqui.

—La señora Saqui no es ningún espectáculo.

—¿Qué es un espectáculo? —repuso Godeschal—. Establezcamos ante todo la *cuestión de hecho*. ¿Qué es lo que he apostado, caballero? Un espectáculo. Una cosa que se ve...

—Pero, con ese sistema, vos quedaríais bien sólo con llevamos a ver como corre el agua bajo el puente Nuevo —exclamó Simonnin interrumpiendo.

—Una cosa que se ve por dinero —prosiguió diciendo Godeschal.

—Pero por dinero se ven muchas cosas que no son ningún espectáculo. La definición no es exacta —dijo Desroches.

—Escuchadme, pues.

—Vos no razonáis, amigo —dijo Boucard.

—¿Curtius es un espectáculo? —dijo Godeschal.

—No —respondió el pasante principal—, es un gabinete de figuras.

—Apuesto cien francos contra un sueldo —repuso Godeschal—, a que el gabinete de Curtius constituye el conjunto de cosas que merece llamarse espectáculo.

Supone una cosa que se puede ver a diferentes precios, según las diferentes localidades en que uno se quiere colocar.

—Y colorín, colorado —dijo Simonnin.

—¡Andate con cuidado que no te sacuda, tú! —dijo Godeschal.

Los pasantes se alzaron de hombros.

—Por otra parte, no se ha demostrado que ese viejo mono se haya burlado de nosotros —dijo abandonando su argumentación, ahogada por las risas de los otros pasantes—. En conciencia, el coronel Chabert está bien muerto, su mujer casó en segundas nupcias con el conde Ferraud, consejero de Estado. La señora Ferraud es una de las clientes del despacho.

—La causa queda aplazada hasta mañana —dijo Boucard—. ¡Manos a la obra, señores! Vamos, que aquí nadie trabaja. Terminad vuestro recurso, que debe estar presentado antes de la audiencia de la cuarta sala. El asunto se juzga hoy. ¡Vamos, a caballo!

—Si hubiese sido el coronel Chabert, ¿acaso no habría calzado la punta de su pie en el trasero de ese truhán de Simonnin cuando se hizo el sordo? —dijo Desroches considerando esta observación más concluyente que la de Godeschal.

—Puesto que nada ha sido decidido —repuso Boucard—, decidamos ir a los segundos palcos de los Franceses a ver a Taima en su papel de Nerón. Simonnin irá a la galería.

Dicho esto, el pasante principal se sentó ante su escritorio y todos le imitaron.

—*Dada en junio de mil ochocientos catorce* (con todas las letras) —dijo Godeschal—. ¿Estamos?

—Sí —dijeron los dos copistas y el compulsador, cuyas plumas empezaron a chillar sobre el papel timbrado produciendo en el despacho el ruido de cien abejorros encerrados por colegiales en bolsas de papel.

—*Y esperamos que los Señores que componen el tribunal...* —dijo el improvisador—. *¡Alto!, es preciso que vuelva a leer mi frase, ya no me entiendo ni a mí mismo. Cuarenta y seis...* (¡Eso debe ocurrir muchas veces!...) *y tres cuarenta y nueve* —dijo Boucard—. *Esperamos* —continuó Godeschal después de haberlo releído todo— *que los Señores que componen el tribunal no serán menos grandes que augusto es el autor de la ordenanza, y que harán justicia a las miserables pretensiones de la administración de la gran cancillería de la Legión de Honor fijando la jurisprudencia en el sentido lato que aquí establecemos...*

—Señor Godeschal, ¿queréis un vaso de agua? —dijo el pequeño pasante.

—¡Este tuno de Simonnin! —dijo Boucard—. Toma, prepara tus caballos de doble suela, coge ese paquete y corre a los Inválidos.

—*Que aquí establecemos* —repuso Godeschal—. Añadid: *en el interés de la señora* (con todas las letras) *vizcondesa de Grandlieu...*

—¡Cómo! —exclamó el pasante principal, ¿tenéis intención de hacer reclamaciones en el asunto de la vizcondesa de Grandlieu contra la Legión de Honor,

un asunto por cuenta del despacho, tomado a destajo? ¡Ah!, ¡sois un viejo necio! Tened la bondad de dejarme a un lado vuestras copias y vuestra minuta, y guardadme esto para el asunto Navarreins contra los Hospicios. Es tarde, voy a hacer una diligencia y yo mismo iré al Palacio...

Esta escena representa uno de los mil placeres que, más tarde, hacen decir, pensando en la juventud: «¡Qué buenos tiempos aquéllos!».

Hacia la una de la madrugada, el supuesto coronel Chabert fue a llamar a la puerta del señor Derville, procurador del tribunal de primera instancia del departamento del Sena. El portero le dijo que el señor Derville no había vuelto a casa. El anciano alegó que tenía una cita con él y subió al piso del famoso hombre de leyes, el cual, a pesar de su juventud, era considerado como una de las mentes más preclaras del Palacio. Después de haber llamado, el receloso implorador no quedó poco asombrado al ver al primer pasante ocupado en disponer encima de la mesa del comedor de su patrón los numerosos expedientes de los asuntos que *tocaban* el día siguiente en orden conveniente. El pasante, no menos asombrado, saludó al coronel rogándole que se sentase, lo que hizo el pleiteante.

—A fe mía, caballero, ayer creí que bromeabais al indicarme una hora tan temprana para una consulta —dijo el anciano con la falsa alegría de un hombre arruinado que se esfuerza por sonreír.

—Los pasantes bromeaban y decían la verdad al mismo tiempo —respondió el principal, prosiguiendo con su trabajo—. El señor Derville ha escogido esta hora para examinar sus causas, resumiendo los medios, ordenando la conducta, disponiendo las defensas. Su prodigiosa inteligencia es más libre en este momento, el único en que obtiene el silencio y la tranquilidad necesarios para la concepción de buenas ideas. Vos sois, desde que él es procurador, el tercer ejemplo de una consulta a esta hora nocturna. Cuando regrese, el patrón discutirá cada asunto, lo leerá todo, pasará quizá cuatro o cinco horas dedicado a su tarea; luego me llamará y me explicará sus intenciones. Por la mañana, de las diez a las dos, oye a sus clientes, luego dedica el resto de la jornada a sus visitas. Por la tarde, sale al mundo para mantener sus relaciones. Sólo dispone, pues, de la noche para elaborar sus procesos, hurgar en los arsenales del Código y trazar sus planes de batalla. No quiere perder ni una sola causa, ama su arte. No se encarga, como sus colegas, de toda clase de asuntos. He ahí su vida, singularmente activa. Por ello gana tanto dinero.

Mientras oía esta explicación, el anciano permaneció silencioso, y su extraño rostro adquirió una expresión tan desprovista de inteligencia, que el pasante, después de haberle mirado, ya no se ocupó más de él. Unos instantes más tarde, Derville regresó en traje de baile; su pasante principal le abrió la puerta y se puso a terminar de clasificar sus expedientes. El joven procurador quedó un instante estupefacto al vislumbrar en la penumbra al singular cliente que le aguardaba. El coronel Chabert se hallaba tan completamente inmóvil como pueda estarlo una figura de cera de aquel gabinete Curtius al que Godeschal había querido llevar a sus compañeros. Aquella

inmovilidad no habría constituido quizá motivo de asombro si no hubiese completado el espectáculo sobrenatural que presentaba el conjunto del personaje. El viejo soldado estaba enjuto y demacrado. Su frente, intencionadamente oculta bajo los cabellos de su peluca lisa, le daban un aire misterioso. Sus ojos parecían cubiertos de una nube transparente: habríais dicho que se trataba de nácar sucio, cuyos reflejos azulados movíanse al resplandor de las bujías. La cara, pálida, lívida, como hoja de cuchillo, si vale tomar esta expresión vulgar, parecía la de un muerto. El cuello estaba rodeado por una mala corbata de seda negra. La sombra ocultaba tan bien aquel cuerpo a partir de la línea parda que describía este andrajo, que un hombre de imaginación habría podido tomar aquella vieja cabeza por una silueta debida al azar, o por un retrato de Rembrandt, sin marco. Las alas del sombrero que cubría la frente del anciano proyectaban un surco negro sobre la parte alta del rostro. Este efecto extraño, aunque natural, hacía resaltar, por la brusquedad del contraste, las arrugas blancas, las sinuosidades frías, el sentimiento descolorido de aquella fisonomía cadavérica. En fin, la ausencia de todo movimiento en el cuerpo, de todo calor en la mirada, armonizaba con cierta expresión de demencia triste, con los síntomas degradantes por los cuales se caracteriza el idiotismo, para hacer de aquel rostro un no sé qué de funesto que ninguna palabra humana sería capaz de expresar. Pero un observador, y sobre todo un procurador, habría encontrado además en aquel hombre derrotado los signos de un dolor profundo, los indicios de una miseria que había degradado aquel semblante, como las gotas de agua caídas del cielo sobre un hermoso mármol acaban por desfigurarlo. Un médico, un escritor, un magistrado, habrían presentido todo un drama al ver aquel sublime horror cuyo mérito menor era el de parecerse a las fantasías que los pintores suelen entretenerse dibujando al pie de sus piedras litográficas mientras charlan con sus amigos.

Al ver al procurador, el desconocido se estremeció con un movimiento convulsivo parecido a aquel que se escapa de los poetas cuando un ruido inesperado viene a sacarles de un fecundo ensueño en medio del silencio de la noche. El anciano se descubrió con presteza y se levantó para saludar al joven; el cuero que forraba el interior de su sombrero estaba sin duda muy grasiento, porque su peluca quedó adherida al mismo, sin que él se diese cuenta de ello, y dejó ver su cráneo desnudo horriblemente mutilado por una cicatriz transversal que comenzaba en el occipucio y venía a morir junto al ojo derecho, formando a lo largo un gran costurón saliente. El quitarse de pronto aquella peluca sucia que el pobre hombre llevaba para ocultar su herida, no dio ninguna gana de reír a los dos hombres de leyes, tan espantoso resultaba a la vista aquel cráneo hendido. La primera idea que sugería la vista de aquella herida, era ésta: «¡Por ahí es por donde se le escapó la inteligencia!».

—Si no es el coronel Chabert, debe ser un orgulloso veterano —pensó Boucard.

—Caballero —díjole Derville—, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Con el coronel Chabert.

—¿Con cuál?

—Con el que murió en Eylau —respondió el anciano.

Al oír estas singulares palabras, el pasante y el procurador se lanzaron una mirada que significaba: «Es un loco».

—Caballero —siguió el coronel—, desearía no confiar más que a vos el secreto de mi situación.

Una cosa digna de observación es la intrepidez propia de los procuradores. Sea por la costumbre de recibir a un gran número de personas, sea por el profundo sentimiento de la protección que les conceden las leyes, sea por la confianza en su ministerio, entran por todas partes sin temer nada, como los sacerdotes y los médicos. Derville hizo una seña a Boucard, el cual desapareció.

—Caballero —repuso el procurador—, durante el día no soy demasiado avaro de mi tiempo; pero a medianoche, los minutos son para mí preciosos. Así, sed breve y conciso. Id al grano, sin digresiones. Yo mismo os pediré que me aclaréis los puntos que considere necesario. Hablad.

Después de invitar a su singular cliente a que se sentase, el joven sentose delante de la mesa; pero, aunque prestaba atención a las palabras del difundo coronel, hojeaba sus expedientes.

—Caballero —dijo el difunto—, quizá sabéis ya que yo mandaba un regimiento de caballería en Eylau. Tuve una gran parte en el éxito de la célebre carga que efectuó Murat, y que decidió la victoria. Desgraciadamente para mí, mi muerte es un hecho histórico consignado en las *Victorias y Conquistas*, donde se halla referida con detalle. Hendimos en dos las tres líneas rusas, que, habiéndose cerrado de nuevo en seguida, nos obligaron a atravesarlas en sentido contrario. En el momento en que volvíamos hacia el emperador, tras haber dispersado a los rusos, encontré un grupo importante de la caballería enemiga. Me precipité contra aquellos obstinados. Dos oficiales rusos, dos verdaderos gigantes, me atacaron a la vez. Uno de ellos me dio en la cabeza un golpe de sable que lo hendió todo, hasta el gorro de seda negra que llevaba en la cabeza y me abrió profundamente el cráneo. Caí del caballo. Murat corrió en mi auxilio, pasó sobre mi cuerpo, él y toda su gente ¡mil quinientos hombres, pocos más o menos! Mi muerte fue anunciada al emperador, quien, por prudencia (¡me amaba un poco, el patrón!) quiso saber si habría alguna oportunidad de salvar al hombre al cual debía aquel vigoroso ataque. Envió a que me reconociesen y me llevasen a las ambulancias a dos cirujanos, diciéndoles, quizá con excesiva negligencia, porque tenía trabajo: «Id, pues, a ver si, por casualidad, aún vive mi pobre Chabert». Aquellos demonios, que acababan de verme pisoteado por los caballos de dos regimientos, dispensáronse sin duda de la tarea de tomarme el pulso y dijeron que estaba muerto y bien muerto. El acta de mi defunción, pues, fue probablemente levantada según las reglas establecidas por la jurisprudencia militar.

Al oír a su cliente expresarse con perfecta lucidez y referir hechos tan verosímiles, aunque extraños, el joven procurador dejó sus expedientes, apoyó su codo izquierdo encima de la mesa, puso la cabeza en la mano y miró fijamente al

coronel.

—¿Sabéis, caballero —dijo interrumpiéndole—, que soy procurador de la condesa Ferraud, viuda del coronel Chabert?

—¡Mi mujer! Sí, caballero. Por ello, después de cien diligencias infructuosas cerca de hombres de leyes, todos los cuales me han tomado por loco, me he decidido a venir a vuestro encuentro. Más tarde os hablaré de mis infortunios. Dejadme ante todo que os establezca los hechos, que os explique más bien cómo debieron de ocurrir que como ocurrieron. Ciertas circunstancias, que sólo deben ser conocidas del Padre eterno, me obligan a presentar algunos de estos hechos como simples hipótesis. Ya que, señor, las heridas que recibí probablemente me produjeron un tétanos o me sumieron en una crisis parecida a una enfermedad llamada, según creo, catalepsia. De otro modo, ¿cómo concebir que haya sido, según el uso de la guerra, despojado de mis vestidos, y arrojado a la fosa de los soldados por personas encargadas de enterrar a los muertos? Aquí, permitidme que sitúe un detalle que no pude conocer más que posteriormente al suceso que bien puede llamarse mi muerte. Encontré, en 1814, en Stuttgart, a un antiguo aposentador de mi regimiento. Ese hombre querido, el único que ha querido reconocermé, y de quien os hablaré en seguida, me explicó el fenómeno de mi salvación diciéndome que mi caballo había recibido una bala en el flanco en el momento en que yo mismo fui herido. La bestia y el jinete se abatieron, por tanto, como capuchinos de cartulina. Al tumbarse, sea a la derecha, sea a la izquierda, quedé sin duda cubierto por el cuerpo de mi caballo, el cual me impidió que fuese aplastado por los otros caballos o que me alcanzase alguna bala. Cuando recobré el conocimiento, caballero, me hallaba en una posición y en una atmósfera de las que no podría daros idea aunque estuviera hablando hasta mañana. El escaso aire que respiraba era mefítico. Quise moverme y no encontré espacio. Al abrir los ojos, no vi nada. Lo enrarecido del aire fue el accidente más amenazador y que me iluminó más claramente sobre mi posición. Comprendí que allí donde estaba, el aire no se renovaba en absoluto y que había de morir. Este pensamiento quitome la sensación de dolor indescriptible que me había despertado. Sentí un intenso zumbido en mis oídos. Oí, o creí oír, nada quiero afirmar, unos gemidos proferidos por el sinfín de cadáveres en medio de los cuales yacía. Aunque la memoria de esos momentos sea muy tenebrosa, aunque mis recuerdos sean muy confusos, a pesar de las impresiones de sufrimientos aún más profundos que había de experimentar y que turbaron mis ideas, hay noches en que creo aún oír aquellos suspiros ahogados. Pero hubo algo de más horrible que los gritos, un silencio que jamás volví a encontrar en ninguna parte, el verdadero silencio de la tumba. En fin, al levantar las manos, al palpar los muertos, reconocí un vacío entre mi mano y el estiércol humano superior. Pude entonces medir el espacio que me había sido dejado por un azar cuya causa me era desconocida. Parece ser que, gracias a la negligencia o a la precipitación con que nos arrojaron unos encima de otros desordenadamente, dos muertos habían quedado cruzados encima de mí de suerte que formaban un ángulo parecido al de dos cartas puestas una

contra la otra por un niño que pone los fundamentos de un castillo. Hurgando con presteza, porque no había tiempo que perder, encontré felizmente un brazo suelto, ¡el brazo de un Hércules! un buen hueso al que debí mi salvación. Sin este recurso inesperado, habría perecido. Pero con una rabia que nos os será difícil comprender, me puse a apartar los cadáveres que me separaban de la capa de tierra que sin duda habían arrojado sobre nosotros, digo nosotros, ¡como si hubiese allí seres vivos! Trabajé con ahínco, señor, ya que me veis ahora aquí. Pero actualmente ignoro cómo pude llegar a atravesar la capa de carne que ponía una barrera entre la vida y yo. ¡Me diréis que tenía tres brazos! Esta palanca, de la que me servía con habilidad, me procuraba siempre un poco de aire que se encontraba entre los cadáveres que yo iba desplazando y yo ahorraba mis inspiraciones. En fin, llegué a ver la luz, pero a través de la nieve. En aquel momento, me di cuenta de que tenía abierta la cabeza. Afortunadamente, mi sangre, la de mis compañeros o la piel magullada de mi caballo, quizá, ¡qué sé yo! al coagularse, me había como untado con un emplasto natural. A pesar de esta costra, cuando mi cráneo entró en contacto con la nieve, me desvanecí. Sin embargo, el poco de calor que me quedaba, derritió la nieve a mi alrededor y me encontré, cuando recobré el conocimiento, en el centro de una pequeña abertura a través de la cual grité todo el rato que pude. Pero entonces el sol salía, tenía, pues, pocas probabilidades de ser oído. ¿Había ya gente en los campos? Me levanté haciendo con mis pies un resorte cuyo punto de apoyo se hallaba sobre los muertos que tenían sólidos los lomos. La comprenderéis que no era el momento de decirles *¡Respeto al valor desgraciado!* En suma, señor, después de haber sentido el dolor, si la expresión puede dar idea de mi rabia, de ver durante mucho tiempo, ¡oh, sí, mucho tiempo! como aquellos malditos alemanes huían al oír una voz allí donde no veían a nadie, fui sacado finalmente de allí por una mujer lo bastante atrevida o lo bastante curiosa para acercarse a mi cabeza, que parecía haber brotado del suelo como una seta. Aquella mujer fue a buscar a su marido y los dos me transportaron a su pobre barraca. Parece ser que volví a recaer en la catalepsia, dispensadme esta expresión con la cual quiero describiros un estado del que no tengo idea alguna, pero que he juzgado, por lo que mis huéspedes me dijeron, que fue efecto de esa enfermedad. Estuve durante seis meses entre la vida y la muerte, sin hablar, o delirando cuando hablaba. En fin, mis huéspedes lograron que fuese admitido en el hospital de Heilsberg. Comprenderéis, señor, que yo había salido del vientre de la fosa tan desnudo como del de mi madre; de suerte que, al cabo de seis meses, cuando, una buena mañana, me acordé de haber sido el coronel Chabert, y al recobrar mi razón quise obtener de mi enfermera un respeto mayor del que tenía a un pobre diablo, todos mis compañeros de habitación se echaron a reír. Afortunadamente para mí, el cirujano había respondido, por amor propio, de mi curación, y se había interesado por su enfermo. Cuando le hablé de un modo coherente de mi antigua existencia, aquel buen hombre, llamado Sparchman, hizo constar, en las formas jurídicas exigidas por el derecho del país, la manera milagrosa en que yo había salido de la fosa de los

muertos, el día y la hora en que había sido encontrado por mi bienhechora y por su marido; la índole y posición exacta de mis heridas, uniendo a estos diferentes extremos del acta una descripción de mi persona. ¡Pues, bien, señor, yo no tengo ni esas piezas importantes ni la declaración que hice en casa de un notario de Heilsberg con vistas a establecer mi identidad! Desde el día en que fui expulsado de aquella ciudad por los acontecimientos de la guerra, anduve constantemente errante como un vagabundo, mendigando el pan, tratado de loco cuando refería mi aventura, y sin haber encontrado ni ganado un céntimo para procurarme las actas que podían probar mis afirmaciones y reintegrarme a la vida social. A menudo mis dolores me retenían semestres enteros en pequeñas ciudades en las que se prodigaban cuidados al francés enfermo, pero en las que se le reían en las mismas narices tan pronto como este hombre pretendía ser el coronel Chabert. Durante algún tiempo, aquellas risas, aquellas dudas me ponían en un estado de furor que me perjudicaba y que me hizo incluso que me encerraran como un loco en Stuttgart. ¡En verdad, ya podéis juzgar, según mi relato, que habla razones suficientes para hacer enchiquerar a un hombre!

Después de dos años de detención que me vi obligado a soportar, después de haber oído mil veces a mis guardianes que decían: «¡He aquí un pobre hombre que cree ser el coronel Chabert!» a persona que respondían: «¡Pobre hombre!» me convencí de la imposibilidad de mi propia aventura, me entristecí, me volví resignado, tranquilo, y renuncié a seguir llamándome el coronel Chabert, con objeto de poder salir del encierro y volver a ver Francia. ¡Oh! señor, ¡volver a París! era un delirio que yo no...

Al llegar a esta frase, que no terminó, el coronel Chabert cayó en una profunda meditación que Derville respetó.

—Señor, un buen día —prosiguió el cliente—, un día de primavera, me dieron la libertad y diez táleros, con el pretexto de que hablaba muy cuerdamente sobre toda clase de temas y que ya no decía que fuese el coronel Chabert. A fe mía, hacia esa época, y todavía hoy, por momentos, mi nombre me resulta desagradable. No quisiera ser yo mismo. El sentimiento de mis derechos me mata. ¡Si mi enfermedad me hubiese quitado todo recuerdo de mi existencia pasada, yo habría sido dichoso! Hubiese reemprendido el servicio bajo un nombre cualquiera y, ¿quién sabe? Quizás habría llegado a ser feldmariscal en Austria o en Rusia.

—Caballero —dijo el procurador—, estáis confundiendo todas mis ideas. Creo estar soñando al escucharos. Por favor, detengámonos por un instante.

—Vos sois —dijo el coronel con aire melancólico— la única persona que me ha escuchado con tanta paciencia. Ningún hombre de leyes ha querido adelantarme diez napoleones con objeto de hacer venir de Alemania las piezas necesarias para dar comienzo a mi proceso...

—¿Qué proceso? —dijo el procurador, que olvidaba la situación dolorosa de su cliente al oír el relato de sus miserias pasadas.

—Pero, señor, ¿es que la condesa Ferraud no es mi mujer? Ella posee treinta mil

libras de renta que me pertenecen y no quiere darme ni dos perras gordas. Cuando yo digo estas cosas a los procuradores, a los hombres de buen sentido; cuando propongo, yo, que soy un mendigo, pleitear contra un conde y una condesa; cuando me levanto, yo, que soy un muerto, contra un acta de defunción, un acta de matrimonio y unas actas de nacimiento, me despiden, según su carácter, sea con ese aire fríamente cortés que vosotros sabéis usar para desembarazaros de un desgraciado, sea brutalmente, como personas que creen encontrarse con un intrigante o con un loco. Yo fui enterrado debajo de los muertos; ¡pero ahora estoy enterrado debajo de los vivos, debajo de actas, de hechos, debajo de la sociedad entera, que quiere volverme hacer entrar en la tierra!

—Caballero, tener la bondad de continuar —dijo el procurador.

—*Tened la bondad* —exclamó el desdichado anciano cogiendo la mano del joven —, he aquí la primera palabra de cortesía que oigo desde que...

El coronel se echó a llorar. El agradecimiento ahogó su voz. Esta penetrante e indecible elocuencia que se encuentra en la mirada, en el gesto, en el silencio mismo, acabó por convencer a Derville y le conmovió vivamente.

—Escuchad, señor —dijo a su cliente—, esta noche he ganado trescientos francos en el juego; bien puedo emplear la mitad de esta suma en hacer la felicidad de un hombre. Iniciaré de nuevo los pasos y las diligencias necesarias para procuraros las piezas de que me habláis, y hasta que lleguen, os entregaré cien sueldos diarios. Si sois el coronel Chabert, sabréis perdonar la modicidad del préstamo a un joven que aún tiene que hacer su fortuna. Proseguid.

El supuesto coronel permaneció un instante inmóvil y estupefacto: su extrema desgracia había destruido sin duda sus creencias. Si él corría tras su ilustración militar, tras su fortuna, tras de sí mismo, quizás era para obedecer a ese sentimiento inexplicable, en germen en el corazón de todos los hombres, y al cual debemos las investigaciones de los alquimistas, la pasión de la gloria, los descubrimientos de la astronomía, de la física, todo lo que impulsa al hombre a engrandecerse, multiplicándose por los hechos o por las ideas. El *ego*, en su pensamiento, no era más que un objeto secundario, de la misma manera que la vanidad del triunfo o el placer de la victoria llegan a ser más queridos para el que hace la apuesta que el objeto mismo de lo apostado. Las palabras del joven procurador fueron, pues, como un milagro para aquel hombre rechazado durante diez años por su mujer, por la justicia, por la creación social entera. ¡Encontrar en casa de un procurador aquellas diez piezas de oro que le habían sido rehusadas durante tanto tiempo, por tantas personas y de tantas maneras! El coronel se parecía a aquella señora que habiendo tenido las fiebres durante quince años, creyó haber cambiado de enfermedad el día en que estuvo curada. Hay felicidades en las que uno ya no cree; llegan, son como el rayo, consumen. Así, la gratitud del pobre hombre era demasiado viva para que pudiera expresarla. Habría parecido frío a las personas superficiales, pero Derville adivinó toda una probidad en aquel estupor. Un bribón habría sido capaz de hablar.

—¿Dónde estaba yo? —dijo el coronel con la ingenuidad de un niño o de un soldado, porque a menudo hay algo de niño en el verdadero soldado y casi siempre algo de soldado en el niño, sobre todo en Francia.

—En Stuttgart. Salíais del encierro —respondió el procurador.

—¿Conocéis a mi mujer? —preguntó el coronel.

—Sí —repuso Derville inclinando la cabeza.

—¿Cómo es?

—Sigue siendo encantadora.

El anciano hizo un gesto con la mano y pareció devorar cierto secreto dolor con aquella resignación grave y solemne que caracteriza a los hombres probados en la sangre y en el fuego de los campos de batalla.

—Caballero —dijo con una especie de alegría, porque aquel pobre coronel respiraba, salía una segunda vez de la tumba, acababa de derretir una capa de nieve menos soluble que la que en otro tiempo le había helado la cabeza, y aspiraba el aire cual si saliese de una mazmorra—, caballero —dijo—, si yo hubiese sido un guapo mozo, ninguna de mis desgracias me habrían ocurrido. Las mujeres creen en las personas cuando éstas rellenan sus frases con la palabra amor. Entonces ellas trotan, van, intrigan, afirman los hechos, hacen de diablo por quien les agrada. ¿Cómo habría podido yo interesar a una mujer? Yo tenía entonces una cara de *Requiem*, iba vestido como un *sans-culotte*, parecía más un esquimal que un francés, ¡yo que antaño pasaba por ser el más guapo de los dandis, en 1799! ¡Yo, Chabert, conde del Imperio! En fin, cuando me echaron a la calle, como un perro, encontré al aposentador de quien ya os he hablado. El camarada se llamaba Boutin. El pobre diablo y yo formábamos el mejor par de rocines que jamás haya visto en mi vida; le vi durante el paseo; si yo le reconocí, en cambio, a él le fue imposible adivinar quién era yo. Fuimos juntos a una taberna. Allí, cuando me di a conocer, la boca de Boutin se abrió en una carcajada como un mortero que revienta. ¡Esa alegría, caballero, me ocasionó uno de mis pesares más vivos! ¡Me revelaba sin fingimientos todos los cambios que me habían sobrevenido! ¡Era, entonces, irreconocible, incluso a los ojos del más humilde y agradecido de mis amigos! En otro tiempo, yo había salvado la vida a Boutin, pero esto fue un desquite que le debía. No voy a contaros la forma en que él me hizo este favor. La escena tuvo lugar en Italia, en Ravena. La casa en la que Boutin evitó que fuese apuñalado, no era una casa muy decente. En esa época, yo no era coronel, era simple oficial de caballería, como Boutin. Afortunadamente, aquella historia comportaba detalles que sólo podían ser conocidos de nosotros, y cuando se la recordé, su incredulidad disminuyó. Luego, le conté los accidentes de mi extraña existencia. Aunque mis ojos, mi voz, fuesen, me dijo, singularmente alterados, aunque yo no tuviese ya ni cabellos, ni dientes, ni cejas y estuviese blanco como un albino, acabó por encontrar a su coronel en el mendigo, después de mil preguntas a las que respondí victoriosamente. Me contó sus aventuras, que no eran menos extraordinarias que las mías: regresaba de los confines de la China, donde había

querido penetrar después de haber huido de Siberia. Me informó de los desastres de la campaña de Rusia y de la primera abdicación de Napoleón. ¡Esta noticia es una de las cosas que más daño me hicieron! Éramos dos despojos curiosos, después de haber rodado así sobre el globo como ruedan en el océano los guijarros arrastrados de una orilla a otra por las tempestades. Los dos habíamos visto Egipto, Siria, España, Rusia, Holanda, Alemania, Italia, Dalmacia, Inglaterra, China, Tartaria, Siberia; sólo nos faltaba ir a las Indias y a América. En fin, más ágil que yo, Boutin se encargó de ir a París lo más rápidamente posible con objeto de informar a mi mujer del estado en que me hallaba. Escribí a la señora Chabert una carta muy detallada. ¡Era la cuarta, señor! Si yo tuviese padres, quizá todo ello no habría sucedido; pero debo confesaros que soy un hijo del hospicio, un soldado que tenía por patrimonio su valor, por familia todo el mundo, por patria a Francia, por protector a Dios. ¡Me equivoco!; ¡tenía un padre, el emperador! ¡Ah!, ¡si ese hombre querido viviese todavía! y viese a *su Chabert*, como él me llamaba, en el estado en que me encuentro, ¡cómo se encolerizaría! ¡Qué queréis! nuestro sol se ha puesto, y ahora todos tenemos frío. ¡Después de todo, los sucesos políticos podían justificar el silencio de mi mujer! Boutin partió. Él era muy feliz. Tenía dos osos blancos muy bien amaestrados que le daban con qué vivir. Yo no podía acompañarle; mis dolores no me permitían hacer grandes etapas. Lloré, señor, cuando nos separamos, después de haber caminado tanto como pudo pedírmelo mi estado, en compañía suya y de sus osos. En Carlsruhe tuve un acceso de neuralgia en la cabeza y permanecí seis semanas acostado sobre la paja de una posada. No acabaría, señor, si hubiese de contaros todas las desgracias de mi vida de mendigo. Los padecimientos morales, al lado de los cuales palidecen los dolores físicos, excitan, sin embargo, menos piedad, porque no se los ve. Me acuerdo de haber llorado delante de una mansión de Estrasburgo, donde yo antaño había dado una fiesta y donde no obtuve nada, ni siquiera un pedazo de pan. Habiendo decidido, de acuerdo con Boutin, el itinerario que debía seguir, iba a cada oficina de correos a preguntar si había una carta y dinero para mí. Llegué a París sin haber encontrado nada. ¡Cuánta desesperación no he tenido que trazar! «Boutin habrá muerto», me decía a mí mismo. En efecto, el pobre diablo había sucumbido en Waterloo. Me enteré de su muerte más tarde y por casualidad. Su misión cerca de mi mujer había sido sin duda infructuosa. Al fin entré en París, al mismo tiempo que los cosacos. Para mí esto era dolor sobre dolor. Al ver los rusos en Francia, yo no pensaba ya que tenía ni zapatos en los pies ni dinero en mi bolsillo. Sí, señor, mis vestidos estaban hechos trizas. La víspera de mi llegada, me vi obligado a dormir en los bosques de Claye. El relente de la noche me causó sin duda un acceso de no sé qué enfermedad, que se apoderó de mí cuando atravesaba el barrio de San Martín. Caí casi desvanecido junto a la puerta de una ferretería. Cuando me desperté, me encontraba en una cama del Hospital. Allí permanecí durante un mes, bastante feliz. Pronto me despidieron; yo estaba sin dinero, pero con buena salud y sobre el buen pavimento de París. ¡Con qué alegría y con qué presteza fui a la calle de Mont-Blanch, donde mi

mujer debía alojarse en una mansión mía! ¡Bah! la calle de Mont-Blanch habíase convertido en la calle de Chaussée-d'Antin. Ya no vi mi casa; había sido vendida, demolida. Unos especuladores habían construido varias casas en mis jardines. Ignorando que mi mujer se hubiese casado con el señor Farraud, yo no podía obtener ningún informe. En fin, me dirigí a la casa de un viejo abogado, que en otro tiempo se encargaba de mis asuntos. El buen hombre había muerto después de haber cedido su clientela a un joven. Éste me enteró, con gran asombro mío, de la apertura de mi herencia, su adjudicación, la boda de mi mujer y el nacimiento de sus dos hijos. Cuando le dije que yo era el coronel Chabert, se echó a reír con tal franqueza, que me alejé de él sin hacerle la menor observación. Mi detención de Stuttgart me hizo pensar en Charenton, y decidí obrar con prudencia. Entonces, señor, sabiendo dónde vivía mi mujer, me encaminé a su casa, con el corazón lleno de esperanza. Bien — dijo el coronel con un movimiento de rabia concentrada—, yo no fui recibido cuando me hice nombrar por un nombre supuesto, y el día en que tomé el mío, fui puesto a la calle. Para ver a la condesa regresar del baile o de los espectáculos, a la alborada, permanecí noches enteras pegado contra su puerta cochera. Mi mirada se sumergía en aquel coche que pasaba delante de mis ojos con la rapidez del relámpago, y en él entreveía apenas a esa mujer que es mía y que ya no me pertenece. ¡Oh! desde aquel día, he vivido para la venganza —exclamó el anciano con voz sorda irguiéndose de pronto ante Derville—. Ella sabe que existo; ha recibido de mí, desde mi regreso, dos cartas escritas por mí mismo. ¡Ya no me quiere! Ignoro si la quiero o si la aborrezco. La deseo y la maldigo a la vez. Ella me debe su fortuna, su felicidad; ¡pues, bien, no me ha hecho llegar el más ligero socorro! A veces ya no sé lo que va a ser de mí.

Al decir estas palabras, el viejo soldado volvió a caer sobre su silla y quedó inmóvil. Derville permaneció silencioso, ocupado en contemplar a su cliente.

—El asunto es grave —dijo al fin maquinalmente—. Incluso admitiendo la autenticidad de las piezas que deben encontrarse en Heilsberg, no veo que pudiésemos triunfar fácilmente. El proceso irá sucesivamente ante tres tribunales. Hay que reflexionar con mente serena sobre semejante causa, ya que es excepcional.

—¡Oh! —respondió fríamente el coronel volviendo a levantar la cabeza con un movimiento de orgullo— si sucumbo, sabré morir, pero en compañía.

El anciano había desaparecido. Los ojos del hombre enérgico brillaban reanimados por los fuegos del deseo y de la venganza.

—Quizá será preciso transigir —dijo el procurador.

—¡Transigir! —repitió el coronel Chabert—. ¿Estoy muerto o vivo?

—Caballero —repuso el procurador—, seguiréis, según espero, mis consejos. Vuestra causa será mi causa. Pronto os daréis cuenta del interés que me tomo por vuestra situación, casi sin ejemplo en los fastos judiciales. Entretanto, voy a daros una carta para mi notario, el cual os entregará, contra recibo, cincuenta francos cada diez días. No sería conveniente que viniéseis a buscar aquí vuestro socorro. Si sois el coronel Chabert, no debéis estar a merced de nadie. Daré a ese dinero la forma de un

préstamo. Tenéis bienes que recobrar, sois rico.

Este último detalle de delicadeza arrancó lágrimas al anciano. Derville se levantó bruscamente, porque quizá no fuera natural que un procurador mostrara conmoverse; pasó a su gabinete, de donde regresó con una carta sellada que entregó al conde Chabert. Cuando el pobre hombre la tuvo entre sus dedos, sintió dos piezas de oro a través del papel.

—¿Queréis designarme las actas, darme el nombre de la ciudad, del reino? —dijo el procurador.

El coronel dictó los informes verificando la ortografía de los nombres de lugar; luego cogió el sombrero con una mano, miró a Derville, tendióle la otra mano, una mano encallecida, y le dijo con voz llena de sencillez:

—A fe mía, señor, después del emperador, vos sois el hombre a quien deberé más. Sois *un valiente*.

El procurador apretó la mano del coronel, le acompañó hasta la escalera y le alumbró.

—Boucard —dijo Derville a su pasante principal—, acabó de oír una historia que me costará quizá veinticinco luses. Si me veo robado, no lamentaré haber perdido mi dinero, porque habré conocido al más hábil comediante de nuestra época.

Cuando el coronel se encontró en la calle delante de un reverbero retiró de la carta las dos piezas de veinte francos que el procurador le había dado, y las miró un instante a la luz. Volvía a ver oro por primera vez desde hacía nueve años.

—¡Voy, pues, a poder fumar cigarros! —se dijo.

II

LA TRANSACCIÓN

Unos tres meses después de esta consulta, efectuada de noche por el coronel Chabert en casa de Derville, el notario encargado de pagar el semi-sueldo que el procurador pasaba a su singular cliente, fue a verle para conversar acerca de un asunto grave, y empezó por reclamarle seiscientos francos entregados al viejo militar.

—¿Te diviertes, pues, manteniendo al antiguo ejército? —díjole el notario, llamado Crottat, joven que acababa de adquirir el bufete en el que era pasante principal, y cuyo patrón había huido después de una espantosa quiebra.

—Te doy las gracias, querido colega —respondió Derville—, por recordarme este asunto. Mi filantropía no pasará de veinticinco luses, y temo ya haber sido víctima de mi patriotismo.

En el momento en que Derville terminaba su frase, vio encima de su escritorio los paquetes que su pasante principal había dejado en él. Sus ojos se fijaron en unos sellos oblongos, cuadrados, triangulares, rojos, azules, pegados a una carta por los correos prusiano, austríaco, bávaro y francés.

—¡Ah! —dijo riendo— he aquí el desenlace de la comedia, vamos a ver si he sido engañado.

Cogió la carta y la abrió, pero no pudo leer nada en ella, porque estaba escrita en alemán.

—Boucard, id vos mismo a mandar traducir esta carta, y volved en seguida —dijo Derville entreabriendo la puerta de su gabinete y alargando la carta a su pasante principal.

El notario de Berlín al que se había dirigido el procurador le comunicaba que las actas cuya expedición le pedía estarían en su poder unos días después de esta carta de notificación. Los documentos, según decía, estaban completamente en regla, y revestidas de las legalizaciones necesarias para hacer fe en juicio. Además, le comunicaba que casi todos los testigos de los hechos consagrados por los procesos verbales existían en Prussisch-Eylau, y que la mujer a la cual el conde Chabert debía la vida vivía aún en uno de los barrios de Heilsberg.

—Esto se pone serio —exclamó Derville, cuando Boucard hubo terminado de darle la sustancia de la carta—. Pero, dime, pequeño —repuso dirigiéndose al notario—, voy a tener necesidad de informes que deben estar en tu despacho. No es en casa de ese viejo bribón de Roguin...

—Nosotros decimos el infortunado, el desgraciado Roguin —repuso el señor Alejandro Crottat, riendo e interrumpiendo a Derville.

—¿No es en casa de ese infortunado, que acaba de llevarse ochocientos mil

francos de sus clientes y de reducir a varias familias a la desesperación, donde se ha hecho la partición de la herencia de Chabert? Me parece que he visto esto en nuestros autos del caso Farraut.

—Sí —respondió Crottat—, yo era entonces tercer pasante; yo copié y estudié muy bien esa partición. Rosa Chapotel, esposa y viuda de Jacinto, llamado Chabert, conde del Imperio, gran oficial de la Legión de honor; se habían casado sin capitulaciones, tenían, pues, sus bienes comunes. Si mal no recuerdo, su activo se elevaba a seiscientos mil francos. Antes de la boda, el conde Chabert había hecho testamento en favor de los hospicios de París, por medio del cual les dejaba la cuarta parte de la fortuna que poseyera en el momento de su fallecimiento; el patrimonio real heredaba la otra cuarta parte. Hubo licitación, venta y adjudicación, con lo que los curiales hicieron su agosto. Cuando la adjudicación, el monstruo que entonces gobernaba en Francia, devolvió por medio de un decreto la porción del fisco a la viuda del coronel.

—¿De modo que la fortuna personal del conde Chabert no ascendía más que a trescientos mil francos?

—¡Por supuesto, querido! —respondió Crottat—. A veces los procuradores tenéis espíritu justo, aunque se os acuse de embusteros, al abogar tanto por el pro como por el contra.

El conde Chabert, cuyas señas se leían en la parte baja del recibo que había entregado al notario, vivía en el barrio de Saint-Marceau, calle del Petit-Banquier, en casa de un viejo aposentador de la guardia imperial, convertido en criador de vacas y llamado Vergniaud. Una vez hubo llegado allá, Derville viose obligado a ir a pie en busca de su cliente; porque su cochero negose a aventurarse por una calle sin pavimentar y cuyas roderas eran demasiado profundas para las ruedas de un cabriolé. Mirando a todos lados, el procurador acabó por encontrar, en la parte de esa calle vecina a la avenida, entre dos muros edificados con osamentas y tierra, dos malas pilastras de murrillos, que el paso de los carruajes había roto en parte, a pesar de dos trozos de madera hincados a modo de guardacantones. Estas pilastras sostenían una viga cubierta por una albardilla de tejas en la que se leían estas palabras escritas en caracteres rojos: VERGNIAUD, GANADERO. A la derecha de este nombre veíanse unos huevos y a la izquierda una vaca, todo pintado de blanco. La puerta estaba abierta, y sin duda permanecía así todo el día. En el fondo de un patio bastante espacioso se levantaba, frente a la puerta, una casa, si es que este nombre puede aplicarse a uno de esos locales construidos en los arrabales de París y que no pueden compararse con nada, ni siquiera a las más mezquinas viviendas del campo, de las que tienen la miseria sin tener su poesía. En efecto, en medio de los campos, las cabañas tienen todavía una gracia que les confiere la pureza del aire, el verdor, el aspecto de los campos, una colina, un camino sinuoso, unas viñas, un seto vivo, los aperos de labranza; pero, en París, la miseria no se eleva más que con su horror. Aunque construida recientemente, esta casa parecía estar a punto de caerse en ruinas.

Ninguno de los materiales había tenido su verdadero destino, procedían todos de las demoliciones que se efectúan a diario en París. Derville leyó encima de un postigo hecho con las planchas de una muestra: ALMACÉN DE NOVEDADES. Las ventanas no se parecían entre sí y se encontraban singularmente colocadas. La planta baja, que parecía ser la parte habitable, estaba levantada por un lado, mientras que por el otro, las habitaciones estaban enterradas por una eminencia. Entre la puerta y la casa se extendía un charco lleno de estiércol adonde iban a parar las aguas de la lluvia y de la casa misma. La pared en la que se apoyaba esta mísera vivienda y que parecía más sólida que las otras, estaba provista de cabañas enrejadas en las que verdaderos conejos procreaban sus numerosas familias. A la derecha de la puerta cochera se encontraba la vaquería encima de la cual había un granero para el forraje, y que comunicaba con la casa por medio de una lechería. A la izquierda había un corral, un establo y un cobertizo para cerdos, que había sido terminado, como el de la casa, con malas tablas de madera blanca clavadas unas sobre las otras y mal recubiertas con juncos. Como casi todos los lugares en los que se cocinan los elementos de la gran comida que París devora todos los días, el patio en el que Derville puso el pie ofrecía las trazas de la precipitación impuesta por la necesidad de llegar a una hora fija. Aquellos grandes recipientes de hojalata abollados, en los que se transportaba la leche, y los potes que contenían la nata, estaban arrojados confusamente delante de la lechería con sus tapones de trapo. Los pingajos agujereados que servían para secarlos, colgaban al sol, pendido en cordeles atados a postes. Aquel caballo pacífico, cuya raza sólo se encuentra en las lecherías, había dado unos pasos separándose de la carreta y permanecía delante de la cuadra, cuya puerta se hallaba cerrada. Una cabra mordisqueaba los pámpanos de la parra desmedrada y polvorienta que trepaba por la pared amarilla y agrietada de la casa. Un gato se hallaba acurrucado sobre los potes de la nata y los lamía. Las gallinas, asustadas al ver que se acercaba Derville, se alejaron cacareando y el perro guardián ladró.

—¡Es posible que viva ahí el hombre que decidió la suerte de la batalla de Eylau! —dijose Derville, abarcando con una sola mirada el conjunto de aquel espectáculo innoble.

La casa había quedado bajo la protección de tres golfetes. Uno de ellos, encaramado en la lanza de una carreta cargada de verde forraje, arrojaba piedras dentro de un tubo de chimenea de la casa vecina, con la esperanza de que fueran a caer al interior de la marmita. El otro trataba de hacer que un cerdo subiese a la tabla de una carreta que tocaba el suelo, mientras que el tercero, suspendido del otro extremo, esperaba que el cerdo hubiera subido para levantarla haciendo bascular la carreta. Cuando Derville les preguntó si era efectivamente allí donde vivía el señor Chabert, ninguno de ellos contestó, y los tres le miraron con una estupidez inteligente, si es que es posible aliar estas dos palabras. Derville remitió sus preguntas, sin éxito. Impacientado por el aire socarrón de aquellos tres granujas, les dijo esas injurias jocosas que los jóvenes se creen con derecho a dirigir a los niños, y

los picaros rompieron el silencio con una risa brutal. Derville se enojó. El coronel, que le oyó, salió de una pequeña habitación baja situada cerca de la lechería y apareció en el umbral de la puerta con una flema militar inexplicable. Tenía en la boca una de esas pipas notablemente ennegrecida, una de esas humildes pipas de tierra blanca llamadas *quemahocicos*. Levantó la visera de una gorra horriblemente mugrienta, vio a Derville y atravesó el estiércol, para llegar cuanto antes junto a su bienhechor, gritándoles con voz amistosa a los galopines:

—Silencio en las filas.

Los niños guardaron en seguida un respetuoso silencio que anunciaba el imperio ejercido sobre ellos por el viejo soldado.

—¿Por qué no me habéis escrito? —dijo a Derville—. Caminad a lo largo de la vaquería. Mirad, allí, el camino está empedrado —exclamó al ver la indecisión del procurador, que no quería mojarse los pies en el estiércol.

Dando saltitos, Derville llegó al umbral de la puerta por la cual había salido el coronel. Chabert pareció hallarse contrariado de tener que recibir a su visitante en la habitación que ocupaba. En efecto, Derville no vio allí más que una sola silla. El lecho del coronel consistía en unos cuantos haces de paja sobre los cuales su huésped había extendido dos o tres jirones de esas viejas tapicerías recogidas no sé dónde y que sirven a las lecheras para recubrir los bancos de sus carretas. El suelo consistía sencillamente en tierra apisonada. Las paredes, salitrosas, verduzcas y agrietadas, esparcían tan fuerte humedad, que aquella contra la cual estaba apoyada la cama del coronel estaba tapizada con una estera de junco. El famoso *carric* se hallaba colgado de un clavo. Dos malos pares de botas yacían en un rincón. Ningún vestigio de ropa blanca. Encima de la mesa, carcomida, los Boletines del *Gran Ejército*, reimpressos por Plancher, estaban abiertos y parecían constituir la lectura del coronel, cuya fisonomía aparecía tranquila y serena en medio de aquella miseria. Su visita a Derville parecía haber cambiado el carácter de sus rasgos, en los cuales el procurador encontró las huellas de un pensamiento feliz, un brillo particular que había proyectado en ellos la esperanza.

—¿Acaso os molesta el humo de la pipa? —dijo tendiendo a su procurador la silla medio desvencijada.

—¡Pero, coronel, vivís aquí de un modo horrible!

Esta frase le fue arrancada a Derville por la desconfianza natural en los procuradores y por la deplorable experiencia que pronto les dan los espantosos dramas desconocidos a los que asisten.

—¡He aquí —se dijo— un hombre que ciertamente habrá empleado mi dinero en satisfacer las tres virtudes teologales del soldado: el juego, el vino y las mujeres!

—Es verdad, señor, aquí no brillamos por el lujo. Es un vivac atemperado por la amistad, pero... (Aquí, el soldado lanzó una mirada profunda al hombre de leyes), pero yo no he hecho mal a nadie, a nadie he rechazado, y duermo tranquilo.

El procurador pensó que habría poca delicadeza en pedirle cuentas a su cliente de

las sumas que le había adelantado, y contentose con decirle:

—¿Por qué no habéis querido venir a París, donde habrías podido vivir tan económicamente como aquí, pero donde habrías estado mejor?

—Es que —respondió el coronel—, las buenas personas con quienes vivo me habían recogido y alimentado gratuitamente desde hace un año; ¿cómo abandonarlas en el momento en que tenía un poco de dinero? Además, el padre de esos tres arrapiezos es un viejo *egipcio*...

—¿Cómo, un egipcio?

—Llamamos así a los soldados que han regresado de la expedición de Egipto, de la cual yo también formé parte. No solamente todos aquellos que regresaron de allá son un poco hermanos, sino que Vergniaud se encontraba entonces en mi regimiento, habíamos compartido el agua en el desierto; en fin, aún no he terminado de enseñar a leer a esas marmotas.

—Con vuestro dinero, bien podría haberos alojado mejor ese hombre.

—¡Bah! —dijo el coronel— también sus hijos se acuestan como yo sobre paja. Su mujer y él no tienen un lecho mejor; son muy pobres, ¡ya veis! han tomado un establecimiento que es superior a sus fuerzas. Pero si yo recobro mi fortuna... En fin, ¡ya es suficiente!

—Coronel, mañana o pasado mañana debo recibir vuestras actas de Heilsberg. Vuestra libertadora vive todavía.

—¡Maldito dinero! ¡decir que no tengo! —exclamó arrojando su pipa al suelo.

Una pipa ennegrecida es una pipa preciosa para un fumador; pero fue con un gesto tan natural, con un movimiento tan generoso, que todos los fumadores le habrían perdonado aquel crimen de lesa tabaco. Quizá los ángeles habrían recogido los fragmentos.

—Coronel, vuestro asunto es excesivamente complicado —díjole Derville saliendo de la habitación para ir a pasearse al sol, a lo largo de la casa.

—Me parece a mí —dijo el soldado— muy sencillo. ¡Me han creído muerto y heme aquí! Devolvedme mi mujer y mi fortuna; dadme el grado de general al que tengo derecho, porque pasé a Coronel en la guardia imperial la víspera de la batalla de Eylau.

—Las cosas no van de ese modo en el mundo judicial —repuso Derville—. Escuchadme. Vos sois el conde Chabert, muy bien; pero se trata de demostrarlo judicialmente a ciertas personas que pueden tener interés en negar vuestra existencia. Así, vuestras actas serán discutidas. Esta discusión acarreará diez o doce cuestiones preliminares. Todas irán contradictoriamente hasta el tribunal supremo, y constituirán otros tantos procesos costosos, que se prolongarán, por muy grande que sea la actividad que yo ponga en ello. Vuestros adversarios pedirán una investigación a la que no podremos negamos, y que requerirá quizás una comisión rogatoria a Prusia. Pero supongamos lo mejor: admitamos que en seguida reconozca la justicia que vos sois el coronel Chabert. ¿Sabemos cómo será juzgada la cuestión suscitada por la

inocente bigamia de la condesa Ferraud? En vuestra causa, la cuestión de derecho se halla fuera del Código, y no puede ser juzgado por los jueces más que ateniéndose a las leyes de la conciencia, como hace el jurado en las cuestiones delicadas que presentan las rarezas sociales de algunos procesos criminales. Ahora bien, vos no habéis tenido hijos de vuestro matrimonio, y el señor conde Ferraud tiene dos del suyo; los jueces pueden declarar nulo el matrimonio en el que se encuentran los vínculos más débiles, en provecho del matrimonio que comporta los vínculos más sólidos, desde el momento que hubo buena fe de parte de los contrayentes. ¿Os encontraréis en una posición moral lucida al querer poseer, a la fuerza, a vuestra edad y en las circunstancias en que os encontráis, a una mujer que ya no os ama? Tendréis en contra vuestra a vuestra mujer y a su marido, dos personas poderosas que podrán influir en los tribunales. El proceso, pues, posee elementos de duración. Tendréis tiempo de envejecer en medio de las penas más acuciantes.

—¿Y mi fortuna?

—¿Creéis, pues, que tenéis una gran fortuna?

—¿No tenía, acaso, treinta mil libras de renta?

—Querido coronel, en 1799, antes de vuestra boda, habíais hecho un testamento que legaba la cuarta parte de vuestros bienes a los hospicios.

—Es cierto.

—Pues, bien, al creeros muerto, ¿no ha sido preciso proceder a un inventario, a una liquidación con objeto de dar esa cuarta parte a los hospicios? Vuestra mujer no ha tenido escrúpulos en engañar a los pobres. El inventario, en el que sin duda ella se guardó muy bien de mencionar el dinero contante y sonante, las piedras preciosas, en el que habrá declarado poca vajilla de plata, y en que el mobiliario ha sido estimado en dos tercios por bajo de su valor real, sea para favorecerla, sea para pagar menos derechos al fisco, y también porque los contadores partidores son responsables de su valoración, el inventario, hecho así, ha establecido seiscientos mil francos en valores. Por su parte, vuestra viuda tenía derecho a la mitad. Todo ha sido vendido, vuelto a comprar por ella, ella se ha beneficiado de todo, y los hospicios han tenido sus setenta y cinco mil francos. Luego, como el fisco heredaba de vos, dado que vos no habíais hecho mención de vuestra mujer en vuestro testamento, el emperador devolvió por un decreto a vuestra viuda la porción que correspondía al dominio público. Ahora, ¿a qué tenéis derecho? A trescientos mil francos solamente, menos las costas.

—¿Y a eso llamáis justicia? —dijo el coronel atónito.

—Pues, claro...

—¡Muy bonita!

—Es así, mi pobre coronel. Ya veis que lo que habíais creído fácil, no lo es. Incluso la señora Ferraud puede que quiera conservar la porción que le ha sido dada por el emperador.

—Pero ella no era viuda, el decreto es nulo...

—De acuerdo, pero todo se pleitea. Escuchadme. En estas circunstancias, creo

que una transacción sería, tanto para vos como para ella, el mejor desenlace del proceso. Obtendríaís con ella una fortuna más considerable que aquélla a la que tenéis derecho.

—¿No sería esto vender a mi mujer?

—Con veinticuatro mil francos de renta, tendréis, en la situación en que os encontráis, mujeres que os convendrán más que la vuestra y que os harán más feliz. Pienso hoy mismo ir a ver a la señora condesa de Ferraud con objeto de sondear el terreno; pero no he querido dar este paso sin preveniros.

—Vamos juntos a su casa...

—¿Tal como vais vestido? —dijo el procurador—. No, coronel, no. Podríaís perder en el acto vuestro proceso...

—¿Entonces, creéis que mi proceso puede ganarse?

—Por supuesto —respondió Derville—. Pero, mi querido coronel Chabert, vos no prestáis atención a una cosa. Yo no soy rico, mi cargo aún no ha sido pagado del todo. Si los tribunales os conceden una *provisión*, es decir, una suma anticipada sobre vuestra fortuna, no os la concederán más que después de haber reconocido vuestras cualidades de conde Chabert, gran oficial de la Legión de Honor.

—¡Toma! Soy gran oficial de la Legión, ya no me acordaba —dijo ingenuamente.

—Bien, ¿hasta para esto —repuso Derville—, no es preciso pleitear, pagar abogados, promover y saldar juicios, dar cuerda a los curiales y vivir? Las costas de las instancias preparatorias ascenderán en seguida a más de doce o quince mil francos. Yo no los tengo, yo, que he sido aplastado por los intereses enormes que pago a quien me ha prestado el dinero de mi cargo. ¡Y vos! ¿Dónde lo encontraríaís, vos?

Gruesos lagrimones cayeron de los ojos marchitos del pobre soldado y rodaron por sus arrugadas mejillas. A la vista de estas dificultades, sintiose descorazonado. El mundo social y mundo judicial pesaban sobre su pecho como una pesadilla.

—Iré —exclamó— al pie de la columna de la plaza de Vendôme y allí me pondré a gritar: «¡Soy el coronel Chabert, que desbarató el gran cuadro de los rusos en Eylau!». Y el bronce mismo me reconocerá.

—Y sin duda os llevarán a Charenton.

Al oír este nombre temido, la exaltación del militar desapareció.

—Entonces, ¿no habría para mí algunas posibilidades en el Ministerio de la Guerra?

—¡Las oficinas! —dijo Derville—. Id allá, pero con un juicio bien en regla que declare nula vuestra acta de defunción. La burocracia quisiera aniquilar a las gentes del Imperio.

El coronel permaneció unos instantes perplejo, inmóvil, mirando sin ver, sumido en una desesperación sin límites. La justicia militar es franca, rápida, decide a la turca, y casi siempre juzga bien; esta justicia era la única que conoció Chabert. Al darse cuenta del dédalo de dificultades en que era preciso meterse al ver cuánto

dinero necesitaba para navegar por él, el pobre soldado recibió un golpe mortal en esa potencia particular del hombre que recibe el nombre de *voluntad*. Parecía imposible vivir pleiteando, era para él mil veces más sencillo permanecer pobre, pidiendo limosna y alistarse como soldado de caballería si algún regimiento quería admitirle. Sus padecimientos físicos y morales habían menoscabado ya su cuerpo en algunos de los órganos más importantes. Tenía una de esas enfermedades para las cuales la medicina carece de nombre, cuya sede es en cierto modo móvil como el aparato nervioso que parece más atacado entre todos los de nuestra máquina, afección que habría que llamar el *spleen* de la desgracia. Por muy grave que fuese ya este mal invisible, pero real, era aún curable por un feliz desenlace. Para quebrantar del todo aquel vigoroso organismo, bastaría un obstáculo nuevo, algún hecho imprevisto que rompiera los resortes debilitados y produjese esas vacilaciones, esos actos incomprendidos, incompletos, que los fisiólogos observan en los seres arruinados por los pesares.

Al reconocer entonces los síntomas de un profundo abatimiento en su cliente, Derville le dijo:

—Tened buen ánimo, la solución de este asunto sólo puede ser favorable. Únicamente, examinad si podéis darme toda vuestra confianza y aceptar ciegamente el resultado que yo crea mejor para vos.

—Haced como queráis —dijo Chabert.

—Sí, pero ¿os abandonáis a mí como un hombre que va hacia la muerte?

—¿Voy acaso a quedarme sin estado, sin nombre? ¿Es esto tolerable?

—No lo creo así —dijo el procurador—. Perseguimos por las buenas un juicio para anular vuestra acta de defunción y vuestro matrimonio, para que podáis tener de nuevo vuestros derechos. Incluso, por la influencia del conde Ferraud, seréis llevado a los cuadros del ejército como general, y sin duda obtendréis una pensión.

—¡Id, pues! —respondió Chabert— confío enteramente.

—Os mandaré un apoderamiento para que lo firméis —dijo Derville—. Adiós, ¡tened valor! Si necesitáis dinero, contad conmigo.

Chabert estrechó calurosamente la mano de Derville y permaneció con la espalda apoyada contra la pared, sin tener fuerzas para seguirle de otro modo que con los ojos. Como todas las personas que comprenden poco los asuntos judiciales, se asustaban de aquella lucha imprevista. Durante esta conversación, varias veces se había adelantado, fuera de una pilastra de la puerta cochera, la figura de un hombre que se hallaba apostado en la calle para espiar la salida de Derville, y que se acercó a éste cuando salió. Era un hombre que vestía una chaqueta azul, un delantal blanco a pliegues como los de los taberneros y llevaba cubierta la cabeza con una gorra de nutria. Su rostro era moreno, demacrado, arrugado, pero enrojecido en los pómulos por el exceso de trabajo y curtido por el aire libre.

—Dispensad, caballero —dijo a Derville, deteniéndole por el brazo—, si me tomo la libertad de hablaros, pero, al veros, me he preguntado si erais el amigo de

nuestro general.

—Bien —dijo Derville—, ¿en qué os interesáis por él? Pero ¿quién sois vos? —repuso desconfiado el procurador.

—Soy Luis Vergniaud —respondió—, y quisiera deciros unas palabras.

—¿Y sois vos quien ha alojado de tal forma al conde Chabert?

—Disculpadme, caballero, pero tiene la mejor habitación. Le habría dado la mía si no hubiese tenido más que uno, y yo me habría ido a acostar en el establo. Un hombre que ha padecido como él, que enseña a leer a mis rapaces, un general, *un egipcio*, el primer teniente bajo cuyas órdenes he servido... ¡habría que ver! De todos nosotros, él es quien está mejor alojado. He compartido con él todo cuanto tenía. Desgraciadamente, no era mucho, el pan, la leche, los huevos; en fin, ¡en la paz como en la guerra! Lo hemos hecho de buen grado. Pero él nos ha humillado.

—¿Él?

—Sí, señor, nos ha humillado, lo que se dice por completo... Yo tomé un establecimiento que estaba por encima de nuestras fuerzas, y él lo veía muy bien. Esto le contrariaba y se empeñaba en cuidar del caballo. Yo le dije: «¡Pero, mi general!». «¡Bah! —dijo—; no pienso ser un holgazán; hace ya mucho que sé manejar el cepillo». Yo había hecho bonos por el precio de mi lechería a un tal Grados... ¿Le conocéis, caballero?

—Amigo mío, no tengo tiempo para escucharos. Decidme, únicamente, de qué modo el coronel os ha humillado.

—Nos ha humillado, señor, tan cierto como que me llamo Luis Vergniaud y mi mujer ha llorado por ello. Ha sabido por los vecinos que no teníamos un céntimo para el primero de nuestros bonos. El viejo rezongón, sin decir nada, reunió todo lo que vos le dabais, y ha pagado el bono. ¡Qué malicia! Mi mujer y yo sabíamos que ese pobre viejo no tenía tabaco ¡y pasaba sin él! ¡Oh! ahora, todas las mañanas, tiene sus cigarros. Yo me vendería antes que... ¡No! hemos sido humillados. Ahora bien, yo quisiera proponeros que nos prestaseis, puesto que nos han dicho que erais tan buena persona, un centenar de escudos sobre nuestro establecimiento, con objeto de que pudiésemos mandarle hacer vestidos, y amueblarle la habitación. Él ha creído que nos pagaba, ¿no es cierto? Pues, al contrario, ¿sabéis? el viejo nos ha obligado ¡y humillado! No tenía que jugamos esta mala ¡tasada! ¡Nos ha vejado! ¡Y a unos amigos, por si fuera poco! A fe de hombre honrado, tan cierto como que me llamo Luis Vergniaud, que me vendería a mí mismo antes que no devolveros ese dinero.

Derville miró al lechero y dio unos pasos hacia atrás para volver a ver la casa, el patio, los estercoleros, el establo, los conejos, los niños.

—A fe mía, creo que uno de los caracteres de la virtud es no ser propietario —se dijo—. ¡Vamos, tendrás los cien escudos! y todavía más. Pero no seré yo quien te los daré, el coronel será lo suficientemente rico como para ayudarte, y no quiero quitarle ese placer.

—¿Será pronto?

—Pues, sí.

—¡Oh! Dios mío, ¡qué contenta se pondrá mi esposa!

Y el rostro del lechero pareció iluminarse.

—Ahora —díjole Derville volviendo a subir a su cabriolé— vamos a ver a nuestro adversario. No dejemos ver nuestro juego, tratemos de conocer el suyo y ganaremos de un solo golpe la partida. Habrá que asustarle. Es mujer. ¿Qué es lo que más asusta a las mujeres? Las mujeres no se asustan más que de...

Púsose a estudiar la situación de la condesa y cayó en una de esas meditaciones a las que se entregan los grandes políticos al concebir sus planes, tratando de adivinar el secreto de los gabinetes enemigos. ¿Los procuradores no son en cierto modo unos hombres de Estado, encargados de asuntos privados? Una ojeada lanzada a la situación del señor conde Ferraud y su mujer se hace aquí necesaria para comprender el talento del procurador.

El señor conde Ferraud era hijo de un consejero del parlamento de París, que había emigrado durante la época del Terror, y que, si bien salvó la cabeza, perdió la fortuna. Regresó durante el Consulado y permaneció constantemente fiel a los intereses de Luis XVIII, entre cuyos amigos figuraba su padre antes de la Revolución. Pertenece, pues, a aquella parte del barrio de San Germán que resistió noblemente la seducción de Napoleón. La fama de capacidad que se granjeó el joven conde, que a la sazón era llamado sencillamente señor Ferraud, hízole objeto de las coqueterías del emperador, que a menudo se sentía tan feliz por sus conquistas sobre la aristocracia como por haber ganado una batalla. Prometiéronle al conde la restitución de su título, la de sus bienes no vendidos, mostráronle en perspectiva un ministerio, un cargo de senador. El emperador fracasó. El señor Ferraud era, cuando la muerte del conde Chabert, un joven de veintiséis años, sin fortuna, dotado de formas agradables, que tenía éxitos y que el barrio de San Germán había adoptado como una de sus glorias; pero la señora condesa de Chabert había sabido sacar tan buen partido de la sucesión de su marido, que, al cabo de dieciocho meses de viudez, poseía unas cuarenta mil libras de renta. Su boda con el joven no causó sorpresa entre los chismosos del barrio de San Germán. Complacido por este matrimonio que respondía a sus ideas de fusión. Napoleón devolvió a la señora Chabert la parte que heredaba el fisco en la sucesión del coronel; pero la esperanza de Napoleón fue una vez más frustrada. A la señora Ferraud no le agradaba solamente el amante en aquel joven, sino que había sido seducida por la idea de entrar en aquella sociedad desdeñosa que, a pesar de su rebajamiento, dominaba la corte imperial. Todas sus vanidades se veían halagadas tanto como sus pasiones en aquella boda. Iba a convertirse en *una mujer como es debido*. Cuando el barrio de San Germán se enteró de que la boda del joven conde no significaba una defección, los salones se le abrieron a su mujer. Llegó la Restauración, La fortuna política del conde Ferraud no fue rápida. Comprendía las exigencias de la situación en la que se encontraba Luis XVIII, era del número de los iniciados que aguardaban que *el abismo de las revoluciones se hubiese cerrado*,

porque esta frase real, de la que tanto se burlaron los liberales, ocultaba un sentido político. Sin embargo, la real orden citada en la larga frase curial con que se inicia esta historia le había devuelto dos bosques y unas tierras cuyo valor había aumentado considerablemente durante el secuestro. En aquel momento, aunque el conde Ferraud fuese consejero de Estado, director general, no consideraba su situación más que como el comienzo de su fortuna política. Preocupado por las inquietudes de una ambición devoradora, tomó como secretario a un antiguo procurador arruinado llamado Delbecq, hombre más que hábil, que conocía admirablemente los recursos de la gente de leyes y a quien confiaba la gestión de sus asuntos privados. El taimado secretario había comprendido muy bien su situación cerca del conde para decidir portarse honradamente por cálculo. Esperaba llegar a un puesto elevado merced al crédito de su patrón, cuya fortuna era objeto de todos sus cuidados. Su conducta desmentía de tal modo su vida anterior, que pasaba por ser un hombre calumniado. Con el tacto y la astucia de que más o menos están dotadas todas las mujeres, la condesa, que había adivinado el modo de ser de su administrador, le vigilaba hábilmente, y sabía de tal modo manejarle, que sacó ya de él un partido muy bueno para incrementar su fortuna particular. Había sabido persuadir a Delbecq de que era ella quien gobernaba al señor Ferraud, y háblele prometido que le haría nombrar presidente de un tribunal de primera instancia en una de las ciudades más importantes de Francia si se consagraba enteramente a sus intereses. La promesa de un puesto inamovible que le permitiese casarse ventajosamente y conquistar más tarde una elevada posición en la carrera política al llegar a ser diputado, hizo de Delbecq un alma consagrada a la condesa. No le había dejado fallar ninguna de las oportunidades favorables que los movimientos de Bolsa y el alza de las propiedades apreciaron en París a las personas hábiles durante los tres primeros años de la Restauración. Había triplicado el capital de su protectora con tanta mayor facilidad, que todos los medios habríanle parecido buenos a la condesa con objeto de que su fortuna llegara pronto a ser enorme. Empleaba los emolumentos de las plazas ocupadas por el conde a expensas de la casa, con el fin de poder capitalizar sus rentas, y Delbecq se prestaba a los cálculos de esta avaricia sin tratar de explicarse los motivos. Esta clase de personas sólo se preocupan de los secretos cuyo descubrimiento es necesario a sus intereses. Por otra parte, hallaba de un modo tan natural la razón en esta sed de oro de que están afectadas la mayor parte de las parisienses y era precisa una fortuna tan grande para apoyar las pretensiones del conde Ferraud, que el intendente creía a veces vislumbrar en la avidez de la condesa un efecto de su abnegación para el hombre del que seguía enamorada. La condesa había sepultado los secretos de su conducta en el fondo de su corazón. Allí se encontraban unos secretos de vida y muerte para ella, allí se encontraba precisamente el nudo de esta historia.

En los comienzos del año 1818, la Restauración fue asentada sobre unas bases en apariencia inquebrantables, sus doctrinas gubernamentales, comprendidas por los espíritus elevados parecieronles que habían de traer a Francia una era de nueva

prosperidad; entonces la sociedad parisiense cambió de rostro. La señora condesa Ferraud encontrase con que por casualidad había hecho a la vez una boda de amor, fortuna y ambición. Todavía joven y hermosa, la señora Ferraud desempeñó el papel de una mujer de moda, y vivió en el ambiente de la corte. Rica por sí misma, rica por su marido, el cual, considerado como uno de los hombres más capaces del partido realista y amigo del rey, parecía destinado a obtener algún ministerio, pertenecía a la aristocracia, compartía el esplendor de ésta. En medio de este triunfo, viose aquejada de un cáncer moral. Hay sentimientos que las mujeres adivinan a pesar del cuidado que los hombres ponen en esconderlos. Al primer regreso del rey, el conde Ferraud había concebido cierto pesar relativo a su matrimonio. La viuda del coronel Chabert no le había aliado con nadie, se hallaba solo y sin apoyo para orientarse en una carrera llena de escollos y enemigos. Luego, quizá, cuando pudo juzgar fríamente a su mujer, reconoció en ella algunas deficiencias de educación que la hacían inadecuada para secundarle en sus proyectos. Unas palabras dichas por él a propósito del matrimonio de Talleyrand iluminaron a la condesa, la cual comprendió que si su matrimonio estuviera por hacer, jamás hubiese sido la señora de Ferraud. Este sentimiento, ¿qué mujer lo perdonaría? ¿No contiene en germen todas las injurias, todos los crímenes, todos los repudios? Pero ¡qué llaga no habían de causar estas palabras en el corazón de la condesa, si pensamos que temía volver a ver a su primer marido! Había sabido que estaba vivo, y lo había rechazado. Luego, durante el tiempo en que no había vuelto a oír hablar de él, habíase complacido en creerlo muerto en Waterloo con las águilas imperiales, en compañía de Boutin. Sin embargo, decidió ligar a ella al conde por el más fuerte de los vínculos, por medio de la cadena de oro, y quiso ser tan rica, que su fortuna hiciese indisoluble su segundo matrimonio, si por casualidad volvía a aparecer el conde Chabert. Y había reaparecido; sin que ella se explicase por qué la lucha que ella temía no hubiera comenzado ya. Quizá los sufrimientos, la enfermedad, la habían librado de aquel hombre. Quizás estaba medio loco, Charenton podía aún devolverle la razón. No había querido tener como confidentes de ello a Delbecq ni a la policía, por miedo a someterse a un amo o de precipitar la catástrofe. Hay en París muchas mujeres que, semejantes a la condesa Ferraud, viven con un monstruo moral desconocido o bordean un abismo; se forman una callosidad en el lugar de su dolencia y pueden aún seguir riendo y divirtiéndose.

—Hay algo bien singular en la situación del conde Ferraud —díjose Derville al salir de su largo ensimismamiento, en el momento en que su cabriolé se detenía en la calle de Varennes, a la puerta del hotel Ferraud—. ¿Cómo, siendo tan rico y amigo del rey, no es aún par de Francia? Es verdad que, como me decía la señora de Grandlieu, entra quizás en la política del rey el dar una gran importancia a la dignidad de par al no prodigarla. Por otra parte, el hijo de un consejero en el parlamento no es ni un Crillon ni un Rohan. El conde Ferraud sólo puede entrar subrepticamente en la Cámara alta. Pero, si su matrimonio fuese disuelto, ¿no podría acaso hacer pasar a su cabeza, con gran satisfacción del rey, la dignidad de par de uno de esos viejos

senadores que no tienen más que hijas? Ahí tenemos, ciertamente, un buen espantajo que echar por delante para asustar a nuestra condesa —díjose al subir la escalinata.

Sin saberlo, Derville había puesto el dedo en la llaga secreta, hundido la mano en el cáncer que devoraba a la señora Ferraud, Fue recibido por ella en un lindo comedor de invierno en donde desayunaba jugando con un mono atado por una cadena a una especie de pequeña estaca provista de varas de hierro. La condesa se hallaba envuelta en un elegante peinador; los bucles de sus cabellos negligentemente recogidos, escapábanse de un gorro que le daba un aire lleno de picardía. Estaba fresca y risueña. La plata, el nácar brillaban encima de la mesa y había a su alrededor curiosas flores plantadas en jarrones magníficos de porcelana. Al ver a la mujer del conde Chabert, rica con los despojos de éste, en el seno del lujo, en la cima de la alta sociedad, mientras el desventurado vivía en casa de un pobre lechero en medio de las bestias, díjose el procurador:

—La moraleja de esto es que una mujer hermosa jamás querrá reconocer a su marido ni siquiera a su amante en un hombre que viste un viejo *carric*, lleva peluca de estopa y botas agujereadas.

Una sonrisa maliciosa y mordaz expresó las ideas mitad filosóficas, mitad burlonas que habían de ocurrírsele a un hombre tan bien situado para conocer el fondo de las cosas, a pesar de las mentiras bajo las cuales la mayor parte de las familias parisienses ocultan su existencia.

—Buenos días, señor Derville —dijo ella continuando en dar de beber café al mono.

—Señora —dijo bruscamente el procurador, porque le llamó la atención el tono ligero con que la condesa le había dicho: «Buenos días, señor Derville»— vengo a hablar con vos de un asunto bastante grave.

—Lo siento mucho, el señor conde está ausente...

—Pues a mí me encanta, señora. Lo que yo sentiría es que él asistiese a nuestro coloquio. Por otra parte, sé por Delbecq, que os gusta resolver vuestros propios problemas sin tener que molestar al señor conde.

—Entonces, voy a mandar llamar a Delbecq —dijo la condesa.

—De nada os serviría, a pesar de su habilidad —repuso Derville—. Escuchad, señora, unas palabras serán suficientes para que os pongáis seria. El conde Chabert existe.

—¿Acaso es diciendo estas bufonerías como queréis que me ponga seria? —dijo la condesa soltando una carcajada.

Pero la condesa quedó de pronto sobrecogida por la extraña lucidez de la fija mirada con que Derville la interrogaba, como si leyera en el fondo de su alma.

—Señora —respondió el procurador con gravedad fría y penetrante—, vos ignoráis la extensión de los peligros que os amenazan. No os hablaré de la indiscutible autenticidad de las piezas ni de la certeza de las pruebas que atestiguan la existencia del conde Chabert. No soy hombre que me encargue de una mala causa, ya

lo sabéis. Si os oponéis a nuestra inscripción de falsedad del acta de defunción, perderéis este primer proceso, y resuelta en favor nuestra esta cuestión nos hace ganar todas las demás.

—¿De qué pretendéis, pues, hablarme?

—Ni del coronel, ni de vos. Tampoco os hablaré de las memorias que podrían hacer algunos abogados agudos, armados con los curiosos hechos de esta causa y del partido que podrían sacar de las cartas que habéis recibido de vuestro primer marido antes de la celebración de vuestra boda con el segundo.

—¡Esto es falso! —exclamó la condesa con vehemencia—. Jamás he recibido cartas del conde Chabert; y si alguien dice ser el coronel, no es más que un intrigante, algún penado libertado, como Cogniard, quizá. Me estremezco sólo con pensarlo. ¿Puede acaso resucitar el coronel, caballero? Bonaparte me dio el pésame por su muerte a través de un ayuda de campo, y yo percibo todavía hoy tres mil francos de pensión concedida a su viuda por las Cámaras. He tenido mil razones para rechazar a todos los Chabert que han venido, como rechazaré a todos los que puedan venir aún.

—Afortunadamente, estamos solos, señora. Podemos mentir cómodamente —dijo él fríamente, divirtiéndose en aguijonear la cólera que agitaba a la condesa, con objeto de arrancarle algunas indiscreciones, con una maniobra familiar a los procuradores, acostumbrados a permanecer tranquilos cuando sus adversarios o sus clientes se arrebatan—. Bien, pues, vamos a vérnoslas —dijose a sí mismo, imaginando al instante una trampa para demostrarle a la condesa su habilidad—. La prueba de la entrega de la primera carta existe, señora —dijo en voz alta—, contenía valores...

—¡Oh! Lo que es valores, no contenía.

—Habéis recibido, pues, esa primera carta —repuso Derville sonriendo—. Os halláis ya presa en la primera trampa que os tiende un procurador, y creéis poder luchar con la justicia...

La condesa se sonrojó, palideció, escondió el rostro entre las manos. Luego sacudió su vergüenza y repuso con la sangre fría que es natural en esa clase de mujeres:

—Puesto que sois el procurador del pretendido Chabert, concededme el honor de...

—Señora —dijo Derville interrumpiéndola—, yo soy en estos momentos vuestro procurador, de la misma manera que soy el del coronel. ¿Creéis que quiera perder una clientela tan preciosa como la vuestra? Pero vos no me escucháis...

—Hablad, caballero —dijo la condesa con un gesto gracioso.

—Vuestra fortuna os venía del señor conde Chabert y vos le habéis rechazado. Vuestra fortuna es colosal, y vos dejáis que él ande mendigando. Señora, los abogados son muy elocuentes cuando las causas resultan elocuentes por sí mismas: aquí se dan circunstancias capaces de levantar contra vos la opinión pública.

—Pero, caballero —dijo la condesa, impaciente por el modo como Derville la

volvía de un lado a otro sobre el asador—, admitiendo que vuestro señor Chabert exista, los tribunales mantendrán mi segundo matrimonio a causa de los hijos, y yo habré cumplido entregando doscientos veinticinco mil francos al señor Chabert.

—Señora, ignoro de qué lado verán los tribunales la cuestión sentimental, Si, por una parte, tenemos a una madre y a sus hijos, tenemos por otra a un hombre abrumado por las desgracias, envejecido a causa de vos, de vuestros desdenes. ¿Dónde encontrará una mujer? Además, ¿pueden ir los jueces contra la ley? Vuestro matrimonio con el coronel, tiene, ante la ley, la prioridad. Pero, si estáis representada bajo odiosos colores, podríais tener un adversario con el que no contáis. Ahí, señora, está el peligro contra el cual quisiera preveniros.

—¿Un nuevo adversario? —dijo la condesa—. ¿Quién es?

—El señor conde Ferraud, señora.

—El señor Ferraud siente por mí un vivo afecto, y un respeto demasiado profundo por la madre de sus hijos...

—No digáis esas tonterías —interrumpiela Derville— a procuradores acostumbrados a leer en el fondo de los corazones. En este momento, el señor Ferraud no tiene el menor deseo de romper vuestro matrimonio y estoy persuadido de que os adora; pero si alguien fuera a decirle que su matrimonio puede ser anulado, que su mujer será llevada como delincuente al banquillo de la opinión pública...

—Me defendería, señor.

—No, señora.

—¿Qué motivo tendría para abandonarme, señor?

—El de casarse con la hija única de un par de Francia, cuya dignidad de par le sería transmitida por real orden...

La condesa palideció.

—¡Ya la tenemos! —díjose Derville—. Bien, ya te tengo, el asunto del pobre coronel está ganado. Por otra parte, señora —añadió en voz alta—, tendría menos remordimientos debido a que un hombre cubierto de gloria, general, conde, gran oficial de la Legión de honor, no es cosa de poca monta; y si este hombre le reclama su mujer...

—¡Basta, basta, señor! —dijo la condesa—. Nunca tendré a nadie más que vos como procurador. ¿Qué debo hacer?

—¡Transigir! —dijo Derville.

—¿Me ama todavía? —dijo la joven.

—No creo que pueda ser de otro mundo.

Al oír estas palabras, la condesa levantó la cabeza. Un fulgor de esperanza brilló en sus ojos; contaba quizá con especular sobre el cariño de su primer marido para ganar su proceso por medio de cualquier ardid femenino.

—Aguardaré vuestras órdenes, señora, para saber si es preciso que se os notifiquen nuestras actas o si queréis venir a mi casa para decidir las bases de una transacción —dijo Derville saludando a la condesa.

Ocho días después de las dos visitas que Derville había hecho, y en una hermosa mañana del mes de junio, los esposos, desunidos por un azar casi sobrenatural, partieron de los dos puntos más opuestos de París para ir a encontrarse en el despacho de su procurador común. Los anticipos que Derville había hecho generosamente al coronel Chabert habían permitido a éste vestir conforme a su rango. El difunto llegó, pues, en un cabriolé muy bien arreglado. Llevaba cubierta la cabeza con una peluca apropiada a su fisonomía, iba vestido de paño azul, con camisa blanca, llevaba encima de su chaleco el distintivo rojo de los grandes oficiales de la Legión de honor. Al recobrar de nuevo las costumbres de su antigua vida, había vuelto a encontrar su elegancia marcial. Manteníase erguido. Su rostro, grave y misterioso, en el que se reflejaba la felicidad y todas las esperanzas, parecía remozado y más rollizo, tomando de la pintura mía de sus expresiones más pintorescas. No se parecía al Chabert de viejo *carric* más de lo que un sueldo se parece a una pieza de cuarenta francos recién acuñada. Al verle, los transeúntes habrían Reconocido fácilmente en él a uno de esos bellos despojos de nuestro antiguo ejército, a uno de esos hombres heroicos sobre los cuales se refleja nuestra gloria nacional, y que la representan, como el brillo de un espejo iluminado por el sol parece reflejar todos sus rayos. Esos viejos soldados son cuadros y libros todo junto. Cuando el conde descendió de su coche para subir a la casa de Derville, saltó ligero como habría podido hacerlo un joven. Apenas se había apartado su cabriolé, cuando llegó un lindo cupé con un escudo de armas. La señora condesa Ferraud bajó de él vistiendo con sencillez, pero con un vestido calculado para que hiciera resaltar su esbelto talle. Llevaba una linda capota forrada de rosa, que enmarcaba perfectamente su rostro, disimulando sus contornos y lo reavivaba. Si los clientes se habían rejuvenecido, el despacho seguía siendo parecido a sí mismo y ofrecía entonces el cuadro con cuya descripción ha comenzado esta historia. Simonnin desayunaba, con el hombro apoyado en la ventana, que entonces estaba abierta, y miraba el azul del cielo a través de la abertura de aquel patio rodeado de cuatro edificios ennegrecidos.

—¡Ah! —exclamó el pequeño pasante—, ¿quién quiere apostar un espectáculo a que el coronel Chabert es general y cordón rojo?

—El patrón es un brujo —dijo Godeschal.

—Entonces, ¿no podemos hacerle ninguna jugarreta esta vez? —preguntó Desroches.

—¡Ya se encarga de ello su mujer, la condesa Ferraud! —dijo Boucard.

—Vamos —dijo Godeschal—, entonces ¿la condesa Ferraud se vería obligada a ser de dos?...

—¡Ya está aquí! —respondió Simonnin.

En aquel momento, el coronel entró y preguntó por Derville.

—Está ahí señor conde —respondió Simonnin.

—¿De modo que no eres sordo, bribonzuelo? —dijo Chabert, cogiendo de la oreja al pequeño pasante y retorciéndola con gran regocijo de los demás pasantes, que

se echaron a reír y miraron al coronel con la curiosa consideración debida a aquel singular personaje.

El conde Chabert estaba con Derville en el momento en que su mujer entró por la puerta del despacho.

—¡Decid, pues, Boucard, si no va a ocurrir una escena singular en el gabinete del patrón! He ahí a una señora que puede ir los días pares con el conde Ferraud y los días impares con el conde Chabert.

—¡Callad, señores! pueden oímos —dijo severamente Boucard— yo nunca he visto un despacho en el que se bromease, como hacéis vosotros, a expensas de los clientes Derville había dejado al coronel en el dormitorio cuando llegó la condesa.

—Señora —le dijo—, ignorando si os resultaría agradable ver al señor conde de Chabert, os he separado. Sin embargo, si deseaseis...

—Caballero, es una atención que os agradezco.

—He preparado la minuta de un acta cuyas condiciones podrán ser discutidas por vos y por el señor Chabert; yo iré alternativamente de vos a él, para presentaros, a una y a otro, las razones respectivas.

— Veamos, caballero —dijo la condesa dejando escapar un gesto de impaciencia. Derville leyó lo siguiente:

Entre los abajo firmantes,

El señor Jacinto, llamado *Chabert*, conde, mariscal de campo y gran oficial de la Legión de honor, que vive en París, calle de Petit-Banquier, por una parte;

Y la señora Rosa Chapotel, esposa del señor conde Chabert, anteriormente nombrado, nacida...

—Adelante —dijo la condesa—, dejemos los preámbulos, lleguemos a las condiciones.

—Señora —dijo el procurador, el preámbulo explica de un modo sucinto la situación en que os encontráis el uno y el otro. Luego, por el artículo 1.º, reconocéis, en presencia de tres testigos, que son dos notarios y el lechero en cuya casa ha vivido vuestro marido, a los cuales he confiado bajo secreto vuestro asunto, y que guardarán el más profundo silencio; reconocéis, os digo, que el individuo designado en las actas adjuntas al contrato privado, pero cuyo estado se encuentra por otra parte establecido por un acta de notoriedad preparada en casa de Alejandro Crottat, vuestro notario, es el conde Chabert, vuestro primer marido. Por el artículo 2, el conde Chabert, en el interés de vuestra felicidad, se compromete a no hacer uso de sus derechos más que en los casos previstos por el acta misma. Y tales casos —dijo Derville haciendo una especie de paréntesis— no son otros que la falta de cumplimiento de las cláusulas de esta convención secreta. Por su lado —repuso— el señor Chabert consiente en proseguir de buen grado con vos un juicio que anulará su acta de defunción y pronunciará la disolución de su matrimonio.

—Eso no me conviene en modo alguno —dijo asombrada la condesa—; no quiero procesos. Ya sabéis por qué.

—Por el artículo 3 —dijo el procurador, continuando con flema imperturbable—, vos os comprometéis a constituir a nombre de Jacinto, conde Chabert, una renta vitalicia de veinticuatro mil francos, inscrita en el libro de la Deuda pública, pero cuyo capital os será devuelto a su muerte...

—¡Pero resulta eso muy caro! —dijo la condesa.

—¿Podéis transigir más barato?

—Quizá.

—¿Qué queréis, entonces, señora?

—Quiero... no quiero proceso; quiero...

—¿Que siga estando muerto? —dijo vivamente Derville interrumpiéndola.

—Caballero —dijo la condesa—, si hacen falta veinticuatro mil libras de renta, pleitearemos...

—¡Sí, pleitearemos! —exclamó con voz sorda el coronel, que abrió la puerta y apareció de pronto ante su mujer, con una mano en su chaleco y la otra tendida hacia el suelo, gesto al que el recuerdo de su aventura confería una horrible energía.

—¡Es él! —dijo para sus adentros la condesa.

—¡Demasiado caro! —repuso el viejo soldado—. Yo os he dado cerca de un millón, y vos traficáis con mi desgracia. Pues, bien, ahora yo os quiero, a vos y a vuestra fortuna. Tenemos comunidad de bienes, nuestra matrimonio no ha cesado...

—¡Pero si ese señor no es el coronel Chabert! —exclamó la condesa fingiendo sorpresa.

—¡Ah! —dijo el anciano en tono profundamente irónico— ¿queréis pruebas? Os tomé en el Palacio Real...

La condesa palideció. Al verla palidecer bajo su carmín, el viejo soldado, conmovido por el intenso sufrimiento que causaba a una mujer a la que antaño amara con ardor, se detuvo; pero recibió una mirada tan ponzoñosa, que continuó en seguida:

—Estabais con la...

—Por favor, caballero —dijo la condesa al procurador—, permitidme que abandone este lugar. No he venido aquí para escuchar tales horrores.

Levantose y salió. Derville lanzose al despacho. A la condesa le habían nacido alas y había salido como volando. Al volver a su gabinete, el procurador encontró al coronel en un violento acceso de cólera y paseándose a grandes pasos.

—En aquellos tiempos cada cual tomaba la mujer donde quería —decía—; pero hice mal al escogerla equivocadamente, al fiarme de las apariencias. No tiene corazón.

—Bien, coronel, ¿acaso no tenía yo razón al rogaros que no vinieseis? Ahora estoy seguro de vuestra identidad. Cuando aparecisteis, la condesa hizo un movimiento cuyo pensamiento no era equívoco. ¡Pero habéis perdido vuestro

proceso, vuestra mujer sabe que sois irreconocible!

—La mataré...

—¡Locura! os cogerían y seríais guillotinado como un miserable. Por otra parte, quizá fallaseis el golpe, lo cual sería imperdonable, porque no hay que fallar nunca con su mujer cuando se la quiere matar. Dejarme que repase vuestras tonterías, amigo mío, ya que no sois más que un niño grande. Ahora marcharos. Tened cuidado con lo que hacéis, ella sería capaz de haceros caer en alguna trampa y que os encerrasen en Charenton. Voy a notificarle nuestras actas con objeto de garantizaros contra cualquier sorpresa.

El pobre coronel obedeció a su joven bienhechor y salió balbuceando excusas. Bajó lentamente los peldaños de la oscura escalera, perdido en sombríos pensamientos, abrumado quizá por el golpe que acababa de recibir, para él el más cruel, el más profundamente asestado en su corazón, cuando oyó al llegar al último descansillo el crujir de un vestido y apareció su mujer.

—Venid, señor —le dijo tomándole del brazo con un movimiento parecido a los que antaño le eran familiares.

La acción de la condesa, el acento de su voz, que volvió a ser graciosa, bastaron para calmar la cólera del coronel, que se dejó conducir hasta el coche.

—Bien, subid, pues —le dijo la condesa cuando el lacayo hubo acabado de desplegar el estribo.

Y se encontró, como por arte de magia, sentado al lado de su mujer, en el cupé.

—¿Adónde va la señora? —preguntó el lacayo.

—A Grosly —dijo la condesa.

Los caballos partieron y cruzaron todo París.

—Señor... —dijo la condesa al coronel en un tono de voz que revelaba una de esas raras emociones en la vida y por las cuales todo en nosotros se ve agitado.

En esos momentos, corazón, fibras, nervios, fisonomía, alma y cuerpo, todo, incluso cada uno de los poros se estremece. La vida parece haber huido de nosotros; sale y brota, se comunica como un contagio, se transmite por la mirada, por el acento de la voz, por el gesto, imponiendo nuestra voluntad a los demás. El viejo soldado estremecióse al oír aquella sola palabra, aquel primer, aquel terrible «señor». Pero al mismo tiempo era un reproche, una súplica, un perdón, una esperanza, una desesperación, una interrogación, una respuesta. Aquella palabra lo comprendía todo. Hacía falta ser una comediante para poner tanta elocuencia, tantos sentimientos en una palabra. Lo verdadero no es tan completo en su expresión, no expresa tanto, deja ver todo lo que hay en el interior. El coronel tuvo mil remordimientos de sus sospechas, de sus exigencias, de su cólera y bajó los ojos para no dejar traslucir su turbación.

—Señor —repuso la condesa tras una imperceptible pausa, ¡bien os he reconocido!

—Rosina —dijo el viejo soldado—, esta palabra contiene el único bálsamo que

puede hacerme olvidar mis desgracias.

Dos gruesas lágrimas cayeron, cálidas, en las manos de su esposa, que estrechó, para expresar una ternura paternal.

—Señor —dijo la condesa—, ¿cómo no habéis adivinado que me resultaba horrible aparecer ante una persona extraña en una situación tan falsa como es la mía? Si tengo que sonrojarme por mi situación, por lo menos que ello sea en familia. ¿Acaso este secreto no había de quedar sepultado en nuestros corazones? Espero que me absolveréis por mi aparente indiferencia por las desgracias de un Chabert en cuya existencia no debía creer. Recibí vuestras cartas —apresurose a decir, al leer en el rostro de su marido la objeción que en él se manifestaba—, pero llegaron a mis manos trece meses después de la batalla de Eylau; estaban abiertas, sucias, la letra me era irreconocible, y tuve que creer, después de haber obtenido la firma de Napoleón sobre mi nuevo contrato de matrimonio, que un hábil intrigante quería burlarse de mí. Para no turbar el reposo del señor conde Ferraud y no alterar los lazos familiares, he debido, pues, tomar precauciones contra un falso Chabert. ¿No tenía razón para obrar así? ¡Decid!

—Sí, has tenido razón; soy yo quien he sido un tonto, un animal, un imbécil, por no haber sabido calcular mejor las consecuencias de semejante situación. Pero ¿adónde vamos? —dijo el coronel viéndose junto a la barrera de la Chapelle.

—A mis tierras, cerca de Groslay, en el valle de Montmorency. Allí, señor, reflexionaremos juntos sobre el partido que hemos de tomar. Conozco mis deberes. Si soy vuestra de derecho, ya no os pertenezco de hecho. ¿Queréis que nos convirtamos en la comidilla de todo París? No enteremos al público acerca de esta situación que para mí presenta un lado ridículo y sepamos conservar la dignidad. Vos me amáis todavía —siguió la condesa lanzando al coronel una mirada triste y dulce—, pero yo, ¿acaso no he sido autorizada a formar otros lazos? En esta singular posición, una voz secreta me dice que espere en vuestra bondad, que tan conocida me es. ¿Me habré equivocado al tomaros por el único árbitro de mi suerte? Sed juez y parte. Me confío a la nobleza de vuestro carácter. Tendréis la generosidad de perdonarme los resultados de faltas inocentes. Os lo confesaré, amo al señor Ferraud, Me he creído con derecho a amarle. No me sonrojo al hacer esta confesión ante vos; si os ofende, no os deshonra en modo alguno. No puedo ocultaros los hechos. Cuando el azar me dejó viuda, yo no era madre.

El coronel hizo un gesto con la mano a su mujer, para imponerle silencio, y permanecieron sin pronunciar una sola palabra por espacio de media legua. Chabert creía ver a los dos niños ante sí.

—¡Rosina!

—¿Señor?

—¿Entonces, los muertos hacen mal en volver?

—¡Oh! señor, ¡no, no! No me creáis ingrata. Sólo que encontráis a una amante, una madre, allí donde habíais dejado una esposa. Si ya no está en mi poder el amaros,

sé cuánto os debo y, puedo ofrecer os aún todo el afecto de una hija.

—Rosina —repuso el anciano con voz dulce—, no guardo ningún resentimiento contra ti. Lo olvidaremos todo —añadió con una de esas sonrisas cuya gracia es siempre el reflejo de un alma hermosa—. No soy tan poco delicado como para exigir apariencias de amor en una mujer que ya no me ama.

La condesa le lanzó una mirada tan llena de gratitud, que el pobre Chabert habría querido volver a entrar en su fosa de Eylau. Ciertos hombres poseen un alma lo suficientemente fuerte como para realizar uno de tales sacrificios, cuya recompensa se encuentra para ellos en la certidumbre de haber labrado la felicidad de una persona amada.

—Amigo mío, ya hablaremos de todo esto más tarde y con calma —dijo la condesa.

La conversación tomó otro rumbo, porque era imposible mantenerla mucho rato en este mismo tema. Aunque los dos esposos volviesen a menudo sobre su extraña situación, sea por medio de alusiones, sea formalmente, hicieron un agradable viaje, recordando los sucesos de su pasada unión y las cosas del Imperio. La condesa supo imprimir un dulce encanto a sus recuerdos y difundió en la conversación un matiz de melancolía necesario para mantener en ella la gravedad. Hacía revivir el amor sin excitar deseo alguno, dejaba entrever a su primer esposo toda la riqueza moral que había adquirido, tratando de acostumbrarle a la idea de restringir su felicidad a los únicos goces que saborea un padre al lado de una hija querida. El coronel había conocido a la condesa del Imperio, volvía a verla como una condesa de la Restauración. Finalmente los dos esposos llegaron por un camino transversal a un gran parque situado en el pequeño valle que separa las alturas de Margency de la linda aldea de Grosly. La condesa poseía allí una deliciosa casa en la que el coronel vio, al llegar, todo lo necesario para una estancia de él con su mujer. La desgracia es una especie de talismán cuya virtud consiste en corroborar nuestra constitución primitiva: aumenta la desconfianza y la maldad en ciertas personas, mientras que acrecienta la bondad de aquellos que poseen un corazón excelente.

El infortunio había hecho, pues, al coronel aún más caritativo y mejor de lo que era antes; podía, por consiguiente, iniciarse en el secreto de los sufrimientos femeninos que permanecen desconocidos para la mayor parte de los hombres. Sin embargo, a pesar de su escasa desconfianza, no pudo por menos de preguntarle a su mujer:

—¿De modo que estabais tan segura de que habrías de traerme aquí?

—Sí —respondió—, si encontraba al coronel Chabert en el pleiteante.

El aire de verdad que supo poner en esta respuesta, disipó las ligeras sospechas que el coronel tuvo vergüenza de haber concebido. Durante tres días, la condesa portose de un modo admirable para con su primer marido. Con tiernos cuidados y con su constante dulzura, parecía querer borrar el recuerdo de los padecimientos que había experimentado, hacerse perdonar las desgracias que, según sus confesiones,

había causado inocentemente; complacían en desplegar para él, mientras dejaba advertir una especie de melancolía, los encantos por los cuales sabía que él tenía cierta debilidad; porque somos más particularmente accesibles a ciertas maneras, a ciertas gracias del corazón o de la inteligencia a las que no resistimos; ella quería interesarle por su situación y enternecerlo lo suficientemente para adueñarse de su espíritu y disponer soberanamente de él.

Decidida a todo para llegar a sus fines, no sabía aún lo que habría de hacer de aquel hombre, pero es seguro que quería aniquilarlo socialmente. Al tercer día, por la tarde, sintió que, a pesar de sus esfuerzos, no podía ocultar las inquietudes que le ocasionaba el resultado de sus manejos. Para encontrarse un momento a sus anchas, subió a su habitación, sentose ante su escritorio, dejó la máscara de serenidad que conservaba delante del conde Chabert, como una actriz que, al volver, fatigada, a su camerino, después de un penoso quinto acto, cae medio muerta y deja en la sala una imagen de sí misma a la que ya no se parece. Púsose a terminar una carta empezada que estaba escribiendo a Delbecq, a quien decía que fuese, en su nombre, a pedir al despacho de Derville comunicación de las actas concernientes al coronel Chabert, copiarlas y fuera en seguida a reunirse con ella en Groslay. Apenas la había terminado, cuando oyó en el pasillo los pasos del coronel, que, inquieto, la buscaba.

—¡Ay! —dijo ella en voz alta—, ¡quisiera morirme! mi situación es intolerable...

—Pues, ¿qué ocurre? —preguntó el coronel.

—Nada, nada —dijo ella.

La condesa se levantó, dejó al coronel y bajó para hablar sin testigos con su doncella, a la que hizo partir para París, recomendándole que entregase ella misma a Delbecq la carta que acababa de escribir y de devolvérsela tan pronto como él la hubiese leído. Luego la condesa fue a sentarse en un banco en el que fuese vista con facilidad para que el coronel pudiese ir a reunirse con ella tan pronto como quisiera. El coronel, que ya estaba buscando a su mujer, fue a sentarse al lado de ella.

—Rosina —le dijo—, ¿qué os ocurre?

La condesa no respondió. La tarde era una de esas tardes magníficas y serenas cuyas secretas armonías difunden en el mes de junio tanta suavidad en las puestas de sol. El aire era puro y el silencio profundo, de suerte que podía oírse a lo lejos, en el parque, las voces de algunos niños que añadían una especie de melodía a las sublimidades del paisaje.

—¿No me respondéis? —preguntó el coronel a su esposa.

—Mi marido... —dijo la condesa, la cual se detuvo, hizo un movimiento e interrumpiose para preguntarle sonrojándose—. ¿Cómo diría yo al hablar del señor conde Ferraud?

—Llámale marido, pobre criatura —respondió el coronel en tono de bondad—; ¿acaso no es el padre de sus hijos?

—Bien —repuso la condesa—, si ese señor me pregunta qué he venido a hacer aquí, si se entera de que me he encerrado aquí con un desconocido, ¿qué le diré?

Escuchad, señor —añadió asumiendo una actitud llena de dignidad—, decidid sobre mi suerte, estoy resignada a todo...

—Querida —dijo el coronel apoderándose de las manos de su mujer—, he decidido sacrificarme enteramente a vuestra felicidad...

—¡Eso es imposible! —exclamó la joven con un movimiento convulsivo—. Pensad que para ello deberíais renunciar a vos mismo, y de una manera auténtica...

—¡Cómo! —dijo el coronel—. ¿Es que mi palabra no os basta?

La palabra *auténtica* cayó sobre el corazón del anciano y despertó en él desconfianzas involuntarias. Lanzó a su mujer una mirada que la hizo sonrojarse, ella bajó los ojos y él tuvo miedo de verse obligado a despreciarla. La condesa temía haber perturbado el salvaje pudor, la probidad severa de un hombre cuyo carácter generoso y virtudes primitivas le eran conocidos. Aunque estas ideas hubiesen esparcido algunas nubes sobre su frente, la buena armonía se restableció en seguida entre ambos. Un grito infantil resonó a lo lejos.

—¡Julio, deja tranquila a vuestra hermana! —exclamó la condesa.

—¡Cómo! ¿Vuestros hijos están aquí? —dijo el coronel.

—Sí, pero les he prohibido que os molesten.

El viejo soldado comprendió la delicadeza, el tacto de mujer que había en aquel proceder tan gracioso, y tomó la mano de la condesa para besársela.

—Que vengan —dijo.

La niña venía corriendo para quejarse de su hermano.

—¡Mamá!

—¡Mamá!

—Es él que...

—Es ella...

Las manos se tendían hacia la madre, y las dos voces infantiles se mezclaban. Fue una escena repentina y deliciosa.

—¡Pobres hijos! —exclamó la condesa no pudiendo contener las lágrimas—. Será preciso abandonarles: ¿a quién los concederán los jueces? No es posible dividir el corazón de una madre, ¡yo los quiero!

—¿Sois vos quien hace llorar a mamá? —dijo Julio lanzando una mirada llena de cólera al coronel.

—¡Callaos, Julio! —exclamó la madre con tono imperioso.

Los dos niños permanecieron en pie y en silencio, examinando a su madre y al desconocido con una curiosidad que es imposible expresar con palabras.

—¡Oh! sí —repuso—, si me separan del conde, que me dejen los niños, y me someteré a todo...

Fueron unas palabras decisivas que obtuvieron todo el éxito que ella esperaba.

—Sí —exclamó el coronel como si acabase una frase empezada mentalmente—, debo volver bajo tierra. Ya me lo había dicho a mí mismo.

—¿Puedo aceptar tal sacrificio? —respondió la condesa—. Si algunos hombres

murieron para salvar el honor de su amante, sólo dieron su vida una vez. ¡Pero así daríais la vida todos los días! No, no, eso es imposible. Si no se tratase más que de vuestra existencia, ello no sería nada; pero firmar que vos no sois el coronel Chabert, reconocer que sois un impostor, dar vuestro honor, cometer una falsedad todas las horas del día, no, el sacrificio humano no podría llegar a ese extremo. ¡Pensadlo, pues! No. De no ser por mis hijos, ya habría huido con vos a los confines del mundo...

—Pero —repuso Chabert—, ¿es que no puedo vivir aquí, en vuestro pequeño pabellón, como uno de vuestros parientes? Estoy gastado como un cañón viejo, y no necesito más que un poco de tabaco y el *Constitucional*.

La condesa rompió a llorar. Hubo entre la condesa Ferraud y el coronel Chabert un combate de generosidad del que el soldado salió vencedor. Una tarde, al ver a aquella madre en medio de sus hijos, el soldado fue seducido por las gracias conmovedoras de un cuadro de familia, en el campo, a la sombra y en el silencio; tomó la decisión de permanecer muerto, y no asustándose ya de la autenticidad de un acta, preguntó cómo había que hacer para asegurar irrevocablemente la felicidad de aquella familia.

—¡Haced cómo queráis! —respondióle la condesa—, os declaro que no me mezclaré en nada de este asunto. No debo hacerlo.

Delbecq había llegado unos días antes y siguiendo las instrucciones verbales de la condesa, el intendente había sabido ganarse la confianza del anciano militar. Al día siguiente por la mañana, pues, el coronel Chabert partió con el antiguo procurador para Saint-Léu-Taverny, donde Delbecq había hecho preparar en casa del notario un acta concebida en términos tan crudos, que el coronel salió bruscamente del despacho después de haber oído su lectura.

—¡Rayos y truenos! —exclamó— ¡Hacía bonito papel! ¡Pasaría por un falsario!

—Caballero —le dijo Delbecq—, os aconsejo que no firméis demasiado de prisa. En vuestro lugar, sacaría por lo menos treinta mil libras de renta de este proceso, porque la señoría los daría.

Luego de haber fulminado a aquel distinguido bribón con su clara mirada de hombre de bien indignado, el coronel huyó, llevando de mil sentimientos encontrados. Volvióse desconfiado, se indignó, se calmó, todo sucesivamente.

Finalmente entró en el parque de Groslay por la brecha de un muro y llegó con paso lento a descansar y a reflexionar cómodamente en un gabinete practicado bajo un quiosco desde donde se divisaba el camino de Saint-Leu. El sendero estaba enarenado con esa especie de tierra amarillenta con la cual se sustituye la grava de río y la condesa, que se hallaba sentada en el saloncito de aquella especie de pabellón, no oyó al coronel, porque estaba demasiado preocupada por el éxito de su asunto para prestar la menor atención al ligero ruido que hizo su marido. El viejo soldado tampoco vio a su mujer encima de él en el pequeño pabellón.

—Bien, señor Delbecq, ¿ha firmado? —preguntó la condesa a su administrador,

al que vio solo por el camino de encima de la cerca de una zanja.

—No, señora. Ni siquiera sé lo que ha sido de nuestro hombre. El viejo caballo se ha encabritado.

—Tendremos, pues, que acabar por meterlo en Charenton —dijo la condesa—, puesto que le tenemos en nuestras manos.

El coronel, que recobró la agilidad de la juventud para saltar por encima de la zanja estuvo en un santiamén delante del administrador, al que propinó el más bello par de bofetadas que jamás hayan recibido las dos mejillas de un procurador.

—Añade también que los viejos caballos saben dar coces —le dijo.

Disipada su cólera, el coronel ya no se sintió con fuerzas para saltar el foso. La verdad se había mostrado en toda su desnudez. Las palabras de la condesa y la respuesta de Delbecq habían puesto al descubierto el complot del cual él iba a ser la víctima. Los cuidados que se le habían prodigado era el cebo para cogerle en una trampa. Aquellas palabras fueron como una gota de veneno sutil que determinó en el viejo soldado el retorno de sus dolores tanto físicos como morales. Volvió hacia el quiosco por la puerta del parque, caminando lentamente, como un hombre deshecho. ¡De modo que no podía haber paz ni tregua para él! A partir de aquel momento, había que comenzar con aquella mujer la guerra odiosa de que le había hablado Derville, entrar en una vida de procesos, alimentarse de hiel, beber cada mañana un cáliz de amargura. Luego, pensamiento atroz, ¿dónde encontrar el dinero necesario para pagar los gastos de las primeras instancias? Le sobrevino un hastío tan grande de la vida, que, si hubiese habido agua por allí cerca, habríase arrojado a ella, y si hubiera tenido una pistola, habríase levantado la tapa de los sesos. Volvió a caer en la confusión de ideas que, desde la conversación con Derville en casa del lechero, había cambiado su moral. Llegado al fin delante del quiosco, subió a su gabinete aéreo cuyas rosetas de vidrio ofrecían la vista de las distintas y encantadoras perspectivas del valle, y donde encontró a su mujer sentada en una silla. La condesa contemplaba el paisaje y guardaba una actitud llena de serenidad mostrando la impenetrable fisonomía que saben tomar las mujeres decididas a todo. Secose los ojos como si hubiera derramado lágrimas y con un gesto distraído jugó con la larga cinta rosa de su cinturón. No obstante, a pesar de su calma aparente, no pudo por menos de estremecerse al ver ante sí a su venerable bienhechor, de pie, con los brazos cruzados, pálido el semblante, la frente severa.

—Señora —dijo después de haberla mirado fijamente unos momentos obligándola a sonrojarse—. Señora, no os maldigo: os desprecio. Doy las gracias ahora al azar que nos has desunido. Ni siquiera experimento un deseo de venganza, ya no os amo. No quiero nada de vos. Vivid tranquila confiando en la fe de mi palabra; vale más que todos los garabatos de los notarios de París. Jamás reclamaré el nombre al que quizás hice un poco ilustre. No soy más que un pobre diablo llamado Jacinto, que no pide más que su puesto al sol. Adiós...

La condesa se echó a los pies del coronel, y quiso retenerle cogiéndole las manos,

pero él la rechazó con asco diciéndole:

—No me toquéis.

La condesa hizo un gesto intraducible cuando oyó el rumor de los pasos de su marido. Luego, con la profunda perspicacia que confiere una elevada maldad o el feroz egoísmo del mundo, creyó poder vivir en paz sobre la promesa y el desprecio de aquel leal soldado.

Chabert desapareció, en efecto. El lechero quebró y se hizo cochero de cabriolé. Quizás el coronel se entregó de momento a una ocupación del mismo género. Quizá, parecido a una piedra lanzada a un barranco, fue, de cascada en cascada, a perderse en el barro de guijarros que pulula por las calles de París.

III

EL HOSPICIO DE LA VEJEZ

Seis meses después de este acontecimiento, Derville, que ya no oía hablar del coronel Chabert ni de la condesa Ferraud, pensó que entre ambos se había producido una transacción, que, por venganza, la condesa había mandado realizar en otro despacho. Entonces, una mañana, calculó las sumas adelantadas al llamado Chabert, añadió las costas y rogó a la condesa Ferraud que reclamase al señor conde Chabert el importe de esta minuta, suponiendo que ella sabía donde se encontraba su primer marido.

Al día siguiente, el administrador del conde Ferraud, recientemente nombrado presidente del tribunal de primera instancia en una ciudad importante, escribió a Derville estas desoladoras palabras:

Señor,

La señora condesa Ferraud me encarga que os diga que vuestro cliente había abusado completamente de vuestra confianza, y que el individuo que afirmaba ser el conde Chabert ha reconocido haber asumido indebidamente cualidades falsas.

Recibid, etc.

Delbecq.

—Se tropieza: uno con personas que con, palabra de honor, por demás estúpidas. Han robado el bautismo. Sed, pues, humano, generoso, filántropo y procurador, y os hundiréis. He aquí un asunto que me cuesta más de dos billetes de mil francos.

Algún tiempo después de haber recibido esta carta, Derville buscaba en el Palacio de Justicia a un abogado con el cual quería hablar y que abogaba en la policía correccional. Quiso el azar que Derville entrase en la sexta sala en el momento en que el presidente condenaba como vagabundo al llamado Jacinto a dos meses de prisión, y ordenaba que fuese llevado en seguida al depósito de mendicidad de San Dionisio, sentencia que, según la jurisprudencia de los prefectos de policía, equivale a una detención perpetua. Al oír el nombre de Jacinto, Derville contempló al delincuente sentado entre dos gendarmes en el banco de los acusados, y reconoció en la persona del condenado a su falso-coronel Chabert.

El viejo soldado estaba tranquilo, inmóvil, casi distraído. A pesar de sus harapos, a pesar de la miseria impresa en sus facciones, reflejaba una gran dignidad. Su mirada tenía una expresión de estoicismo que no podía pasar inadvertida a los ojos de un magistrado; pero, cuando un hombre cae en manos de la justicia, ya no es más que un ser moral, una cuestión de derecho y de hecho, de la misma manera que a los ojos de

los estadísticos se convierte en una cifra. Cuando el soldado fue llevado de nuevo a la escribanía del tribunal para ser conducido con los vagabundos que se estaba juzgando en aquellos momentos, Derville usó del derecho que tienen los procuradores para entrar en todas partes, en el Palacio de Justicia, le acompañó a la escribanía y le contempló allí durante unos instantes, así como a los curiosos mendigos entre los cuales se encontraba. La antesala de la escribanía ofrecía entonces uno de esos espectáculos que desgraciadamente ni los legisladores, ni los filántropos, ni los pintores, ni los escritores se deciden a estudiar.

Como todos los laboratorios de la curia, esta antesala era una pieza oscura y maloliente cuyas paredes tienen arrimada una banqueta de madera ennegrecida por el paso constante de los desgraciados que acuden a esta cita procedentes de todas las miserias sociales. Un poeta diría que la luz siente vergüenza de iluminar aquella terrible alcantarilla por la que pasan tantos infortunios. No hay un solo puesto en el que no se haya sentado algún crimen en germen o consumado; ni un solo lugar en el que no se haya encontrado algún hombre que, desesperado por la ligera mortificación de la justicia había impreso en su primera falta, no haya comenzado una existencia al cabo de la cual había de erguirse la guillotina o resonar la pistola del suicidio. Todos aquellos que caen sobre el pavimento de París rebotan contra aquellos muros amarillentos, sobre los cuales un filántropo que no fuese un especulador podría descifrar la justificación de los numerosos suicidas de que se lamentan los escritores hipócritas, incapaces de dar un paso para prevenirlos, y que se encuentra escrita en esa antesala, especie de prefacio para los dramas de la Morgue o para los de la plaza de la Grève.

En aquel momento, el coronel Chabert sentose en medio de aquellos hombres de semblantes enérgicos, vestidos con las horribles libreas de la miseria, silenciosos a intervalos o hablando en voz baja, porque tres gendarmes de facción se paseaban haciendo resonar sus sables sobre el suelo.

—¿Me reconocéis? —dijo Derville al viejo soldado colocándose delante de él.

—Sí, señor —respondió Chabert levantándose.

—Si sois un hombre honrado —repuso Derville en voz baja—, ¿cómo habéis podido seguir siendo mi deudor?

El viejo soldado se sonrojó como habría podido hacerlo una joven acusada por su madre de un amor clandestino.

—¡Cómo! ¿La señora Ferraud nos os ha pagado? —exclamó en voz alta.

—¿Pagado?... —dijo Derville—. Me ha escrito que eras un intrigante.

El coronel levantó los ojos con un sublime movimiento de horror y de imprecación, como para clamar al cielo por aquel nuevo engaño.

—Señor —dijo con voz tranquila, a fuerza de alteración—, conseguir de los gendarmes el favor de dejarme entrar en la escribanía, voy a firmaros un mandato que seguramente será pagado.

A unas palabras que Derville dijo al brigadier, le fue permitido hacer entrar a su

cliente en la escribanía, donde Jacinto escribió unas líneas dirigidas a la condesa Ferraud.

—Mandad esto a su casa —dijo el soldado—, y se os pagarán vuestros gastos y el dinero que me adelantasteis. Creed, señor, que si no os he testimoniado el agradecimiento que os debo por vuestros servicios, no por ello este agradecimiento se halla menos aquí —dijo poniendo la mano sobre el corazón—. Sí, aquí está lleno y entero. Pero ¿qué pueden hacer los desgraciados? Únicamente amar.

—¡Cómo! —le dijo Derville—, ¿no habéis estipulado para vos alguna renta?

—¡No me habléis de eso! —respondió el viejo militar—. No podéis saber hasta dónde llega mi desprecio por esa vida exterior a la que tanto se aferran la mayoría de los hombres. De pronto me he visto aquejado de una enfermedad, el hastío de la humanidad. Cuando pienso que Napoleón está en Santa Elena, todo lo de aquí abajo me es indiferente. Ya no puedo ser soldado, ahí tenéis toda mi desgracia. En fin —añadió con un gesto infantil—, es mejor tener lujo en los sentimientos que en el vestir. Yo no temo el desprecio de nadie.

Y el coronel fue a sentarse de nuevo en su banco.

Derville salió. Cuando volvió a su despacho, envió a Godeschal, a la sazón su segundo pasante, a la casa de la condesa Ferraud, la cual, al leer la nota, en seguida hizo que se le pagase la suma debida al procurador del conde Chabert.

* * *

En el año 1840, hacia el fin del mes de junio, Godeschal, entonces procurador, iba a Ris, en compañía de Derville, su predecesor. Cuando llegaron a la avenida que conduce de la carretera principal a Bicêtre, vieron bajo uno de los olmos del camino a uno de esos pobres canosos y decrepitos que han obtenido el bastón de mariscal de los mendigos, viviendo en Bicêtre como las mujeres indigentes viven en la Salpêtrière. Aquel hombre, uno de los dos mil desgraciados alojados en el hospicio de la *Vejez*, se hallaba sentado en un guardacantón y parecía concentrar toda su inteligencia en una operación bien conocida de los inválidos y que consiste en hacer secar al sol el tabaco de Sus pañuelos, para evitar quizás el blanquearlos. Aquel anciano tenía un rostro simpático. Iba vestido con esa tela de paño rojizo, que el hospicio entrega a sus huéspedes, especie de horrible librea.

—Fijaos, Derville —dijo Godeschal a su compañero de viaje—, fijaos en ese viejo. ¿No se parece a esos grotescos que nos vienen de Alemania? ¡Y eso vive, y quizás es feliz!

Derville tomó sus lentes, miró al pobre, hizo un movimiento de sorpresa y dijo:

—Ese viejo, querido, es todo un poema, o, como dicen los románticos, un drama. ¿Has encontrado alguna vez a la condesa Ferraud?

—Sí, es una mujer muy inteligente, pero demasiado devota —dijo Godeschal.

—Ese viejo es su marido legítimo, el conde Chabert, el antiguo coronel; sin duda

habrá sido ella la que le ha traído aquí. Si se halla en este hospicio, en vez de vivir en un hotel, es únicamente por haberle recordado a la linda condesa Ferraud que la había tomado como se toma un coche de alquiler. Todavía recuerdo la mirada de tigre que le lanzó en aquella ocasión.

Habiendo excitado con estas palabras la curiosidad de Godeschal, Derville le contó la historia que precede. Dos días después, el lunes por la mañana, al regresar a París, los dos amigos echaron una ojeada a Bicêtre, y Derville propuso ir a ver al conde Chabert.

A mitad de camino de la avenida, los dos amigos encontraron sentado sobre el tronco de un árbol abatido a aquel anciano, que tenía en la mano un bastón y se entretenía trazando rayas en la arena. Al mirarle atentamente, admitieron que acababa de desayunar fuera del establecimiento.

—Buenos días, coronel Chabert —le dijo Derville.

—¡Nada de Chabert, nada de Chabert! Me llamo Jacinto —respondió el anciano—. Ya no soy un hombre, soy el número 164, séptima sala —añadió mirando a Derville con ansiedad temerosa, con un temor de niño y de viejo—. ¿Vais a ver al condenado a muerte? No está casado. Es muy feliz.

—Pero hombre —dijo Godeschal—. ¿Queréis dinero para comprar tabaco?

Con todo el candor de un pillete de París, el coronel tendió ávidamente la mano a cada uno de los dos desconocidos, quienes le dieron una pieza de veinte francos él les dio las gracias con una mirada estúpida, diciéndoles:

—¡Bravo, soldados!

Fingió apuntarles y exclamó sonriendo:

—¡Fuego con las dos piezas! ¡Viva Napoleón! —y describió en el aire con su bastón un arabesco imaginario.

—El sufrimiento moral le habrá hecho caer en una segunda infancia —dijo Derville.

—¡Él, en la infancia! —exclamó un viejo hospiciano que le estaba mirando—. ¡Ah! hay días en los que hay que andarse con cuidado con él. Es un viejo malicioso lleno de filosofía e imaginación. Pero hoy, ¡qué queréis! Hoy está de buen humor. En 1820 ya estaba aquí. Por aquel entonces, un oficial prusiano, cuya calesa subía la cuesta de Villejuif, pasó a pie por aquí. Nos hallábamos los dos solos, Jacinto y yo, junto a la carretera. Esta oficial conversaba, mientras andaba, con otro, con un ruso o con un animal de la misma especie, cuando al ver al anciano, el prusiano como por broma, le dijo: «He aquí un viejo cazador que debió de estar en Rosbach». «Yo era demasiado joven para estar allí, le respondió, pero he sido bastante viejo para encontrarme en Jena». Entonces el prusiano prosiguió su camino sin hacer más preguntas.

—¡Qué destino! —exclamó Derville—. Salido del hospicio de los *Niños abandonados*, viene a morir en el hospicio de la *Vejez*, después de haber, en el intervalo, ayudado a Napoleón a conquistar Egipto y Europa. ¿Sabed, querido —

repuso Derville tras una pausa—, que hay en nuestra sociedad tres hombres, el sacerdote, el médico y el hombre de justicia, que no pueden amar el mundo? Llevan ropaje negro, quizá porque llevan el luto de todas las virtudes, de todas las ilusiones. El más desgraciado de todos es el procurador. Cuando el hombre va a buscar al sacerdote, llega a él impulsado por el arrepentimiento, por los remordimientos, por creencias que le hacen interesante, que le acrecientan y que consuelan el alma del mediador, cuya tarea no deja de ir acompañada de cierto goce: purifica, repara, reconcilia. Pero, nosotros, los procuradores, vemos repetirse los mismos malos sentimientos, nada los corrige, nuestros despachos son cloacas que no pueden remediarse. ¡Cuántas cosas no he aprendido en el ejercicio de mi cargo! He visto morir a un padre en una buhardilla, en la más espantosa miseria, abandonado por dos hijas a las que había dado cuarenta mil libras de renta. He visto quemar testamentos; he visto a madres despojar a sus hijos, maridos robar a sus mujeres, a mujeres matar a sus maridos sirviéndose del amor que les inspiraban para volverles locos o imbéciles, con objeto de vivir en paz con un amante. He visto a mujeres dar al hijo de su matrimonio brebajes que habían de acarrearles la muerte, con objeto de enriquecer al hijo del amor. No puede decirse todo lo que he visto, porque he visto crímenes contra los cuales la justicia es impotente. En fin, todos los horrores que los novelistas creen inventar se hallan siempre por debajo de la verdad. Vos vais a conocer todas esas cosas, os lo aseguro; yo me voy a vivir al campo con mi mujer. París me inspira horror.

—Ya he tenido ocasión de ver muchas cosas en el despacho de Desroches — respondió Godeschal.

París, febrero-marzo de 1832



LA MISA DEL ATEO



LA MISA DEL ATEO

A Auguste Borget

Por su amigo

DE BALZAC

Un médico a quien la ciencia debe una hermosa teoría fisiológica, y que, joven aún, ha logrado situarse entre las celebridades de la Escuela de París, centro de luces al que todos los médicos de Europa rinden homenaje, el doctor Bianchon practicó durante mucho tiempo la cirugía antes de entregarse a la medicina. Sus primeros estudios fueron dirigidos por uno de los más grandes cirujanos franceses, por el ilustre Desplein, que pasó como un meteoro por la Ciencia. Según confiesan sus enemigos, llevose a la tumba un método que no podía transmitirse. Al igual que todos los hombres de talento, no tenía herederos; se llevó consigo todo cuanto poseía. La gloria de los cirujanos se parece a la de los actores, que sólo existe mientras viven y cuyo talento ya no es apreciable cuando han desaparecido. Los *actores* y los cirujanos, así como los grandes cantantes, como los virtuosos que con su ejecución multiplican el poder de la música, son todos ellos héroes del momento. Desplein ofrece la prueba de esta semejanza entre el destino de estos genios transitorios. Su nombre, antaño tan famoso, casi olvidado hoy, permanecerá en su especialidad sin franquear los límites de la misma. Pero ¿no se requieren circunstancias inauditas para que el nombre de un sabio pase del dominio de la ciencia a la historia general de la humanidad? ¿Poseía Desplein esa universalidad de conocimientos que hace de un hombre el *verbo* o la *figura* de un siglo? Desplein poseía un divino golpe de vista: penetraba en el enfermo y en la enfermedad por medio de una intuición adquirida o natural que le permitía abarcar los diagnósticos particulares del individuo, determinar el momento preciso, la hora, el minuto en que era preciso operar, teniendo en cuenta las circunstancias atmosféricas y las particularidades del temperamento. Para marchar así de acuerdo con la naturaleza, ¿había, acaso, estudiado la incesante unión de los seres y de las sustancias elementales contenidas en la atmósfera o que suministra la tierra al hombre que las absorbe y las prepara para sacar de ellas una expresión particular? ¿Procedía por ese poder de deducción y de analogía al cual se debe el genio de Cuvier? Sea lo que fuese, el caso es que este hombre habíase convertido en el confidente de la carne, la abarcaba en lo futuro y en lo pasado, basándose en el presente. Pero ¿resumió toda la ciencia en su persona, como hicieron Hipócrates, Galeno, Aristóteles? ¿Condujo toda una escuela hacia mundos nuevos? No. Si bien es imposible negar a ese perpetuo observador de la química humana la antigua ciencia de la magia, es decir, el conocimiento de los principios en fusión, las causas de la vida, la vida antes que la vida, lo que será por sus preparaciones antes de ser, hay que confesar que, desgraciadamente, todo en él fue personal: aislado en su vida por el

egoísmo, el egoísmo mata hoy su gloria. Su tumba no se halla coronada por la estatua sonora que repite al porvenir los misterios que el genio busca a sus expensas. Pero quizás el talento de Desplein era solidario de sus creencias, y por consiguiente, mortal. Para él, la atmósfera terrestre era un saco generador: veía la tierra como un huevo dentro de su cascarón, y no sabiendo si hubo primero el huevo o la gallina, no admitía ni el gallo ni el huevo. No creía ni en el animal anterior ni en el espíritu posterior al hombre. Desplein no estaba en dudas, afirmaba. Su ateísmo puro y franco se parecía al de muchos sabios, la mejor gente del mundo, pero invenciblemente ateos, ateos como las personas religiosas no admiten que pueda haberlos. Esta opinión no podía ser distinta en un hombre acostumbrado desde su juventud a diseccionar el ser por excelencia, antes, durante y después de la vida, a escrutarlo en todos sus aparatos, sin encontrar esa alma única, tan necesaria a las teorías religiosas. Al reconocer un centro cerebral, un centro nervioso y un centro aero-sanguíneo, los primeros de los cuales se complementan tan perfectamente, que en los últimos días de su vida tuvo la convicción de que el sentido del oído no era absolutamente necesario para oír, ni el sentido de la vista absolutamente necesario para ver, y que el plexo solar los sustituía sin que se pudiera dudar de ello; Desplein, al encontrar dos almas en el hombre corroboró su ateísmo por este hecho, a pesar de que ello no prejuzga aún nada acerca de Dios. Aquel hombre murió, dicen, en la impenitencia final en la que desgraciadamente mueren un gran número de hermosos genios a quienes Dios pueda perdonar.

La vida de este hombre tan grande ofrecía muchas pequeñeces, para emplear la expresión de que se servían sus enemigos, ansiosos de disminuir su gloria, pero que sería más acertado denominar contrasentidos aparentes. Al no tener nunca conocimiento de las determinaciones por las cuales actúan los espíritus superiores, los envidiosos o los necios se arman en seguida de algunas contradicciones superficiales para levantar un acta de acusación sobre la cual los hacen juzgar de momento. Si, más tarde, el éxito corona las combinaciones atacadas, mostrando la correlación de los preparativos y de los resultados, subsiste siempre algo de las calumnias de vanguardia. Así, en nuestros días, Napoleón fue condenado por nuestros contemporáneos cuando desplegaba las alas de su águila sobre Inglaterra: fue preciso 1822 para poder explicar 1804 y las barcasas de Boulogne.

En Desplein la gloria y la ciencia eran inatacables: sus enemigos la emprendían con su humor extraño, con su carácter; por cuanto poseía esa cualidad que los ingleses denominan *excentricity*. Vestido a veces soberbiamente como Crébillon el trágico, de pronto afectaba una singular indiferencia en materia de indumentaria; veíasele tan pronto en coche, tan pronto a pie. Alternativamente brusco y bondadoso, en apariencia áspero y avaro, pero capaz de ofrecer su fortuna a sus señores en el exilio que le hicieron el honor de aceptarla durante algunos días, ningún hombre ha inspirado juicios más contradictorios. Aunque capaz, para tener un cordón negro que los médicos no deberían pordiosear, de dejar caer, en la corte, un libro de horas de su

bolsillo, debéis creer que se burlaba de todo en su fuero interna; sentía un profundo desprecio por los hombres, después de haberlos observado de arriba abajo, después de haberlos sorprendido en su verdadera expresión, en medio de los actos de la existencia más solemnes y más mezquinos. En un grande hombre, las cualidades son a menudo solidarias. Si, entre estos colosos, uno de ellos tiene más talento que ingenio, su ingenio es aún más vasto que el de aquel que dice sencillamente: «Tiene ingenio». Todo genio supone un punto de vista moral. Este punto de vista puede aplicarse a alguna especialidad; pero quien ve la flor, debe ver el sol. Quien al oír a un diplomático, salvado por él, pregunta: «¿Cómo está el emperador?», respondió: «¡El cortesano vuelve, el hombre seguirá!», no es solamente un cirujano o un médico, sino que es también asombrosamente ingenioso. Así, el observador paciente y asiduo de la humanidad comprenderá las pretensiones exorbitantes de Desplein y le creará, como él mismo se creía, idóneo para ser un ministro tan grande como lo era cirujano.

Entre los enigmas que ofrece a los ojos de varios contemporáneos la vida de Desplein, hemos escogido uno de los más interesantes, porque la solución se encontrará en la conclusión del relato, y le vengará de algunas necias acusaciones.

De todos los alumnos que Desplein tuvo en su hospital, Horacio Bianchon fue uno de los que le inspiraron un mayor afecto. Antes de ser interno en el Hospital, Horacio Bianchon había sido estudiante de medicina, alojado en una miserable pensión del barrio latino conocida bajo el nombre de *Casa Vauquer*. Aquel pobre joven percibía allí los ataques de esta ardiente miseria, especie de crisol del cual los hombres de talento deben salir puros e incorruptibles como diamantes capaces de ser sometidos a todos los golpes sin romperse. Al fuego violento de sus pasiones desencadenadas, adquieren la probidad más inalterable, y contraen el hábito de las luchas que aguardan al genio por medio del trabajo constante en el cual han encerrado sus apetitos burlados. Horacio era un joven recto, incapaz de tergiversar nada en los asuntos de honor, yendo sin frases directamente a los hechos, dispuesto a empeñar por sus amigos el abrigo, de la misma manera que estaba dispuesto en todo momento a darles parte de su tiempo y de sus vigias. Horacio era, en fin, uno de esos amigos que no se preocupan de lo que reciben a cambio de lo que dan, seguros de recibir a su vez más de lo que darán. La mayor parte de sus amigos tenían para con él ese respeto interior que inspira una virtud sin aspavientos, y varios de ellos temían sus censuras. Pero todas estas cualidades las desplegaba Horacio sin pedantería. Ni puritano, ni sermoneador, a veces juraba mientras daba un consejo. Buen compañero, no más gazmoño de lo que pueda serlo un coracero, llano y franco, no como un marino, ya que el marino de hoy es un ladino diplomático, sino como un bravo joven que no tiene nada que disimular en la vida, iba con la cabeza bien alta y el pensamiento risueño. En fin, para decirlo todo en pocas palabras, Horacio era el Pilades de más de un Orestes, si se toman hoy día los acreedores como la figura más real de las Furias antiguas. Llevaba su miseria con aquella alegría que quizás es uno de los grandes elementos del valor, y como todos los que no poseen nada, contraía

pocas deudas. Sobrio como un camello, despierto como un ciervo, era firme en sus ideas y en su conducta. La vida feliz de Bianchon comenzó el día en que el ilustre cirujano adquirió la prueba de las cualidades y defectos que, tanto los unos como los otros, hacen doblemente precioso a sus amigos el carácter del doctor Horacio Bianchon. Cuando un jefe de clínica toma bajo su enseña a un joven, este joven tiene, como suele decirse, un pie en el estribo. Desplein no dejaba nunca de llevarse consigo a Bianchon para que éste le asistiera en las casas opulentas, en las que casi siempre caía alguna gratificación en el bolsillo del interno y donde se revelaban insensiblemente al provinciano los misterios de la vida parisiense; lo tenía junto a sí en su gabinete cuando efectuaba las consultas, y le daba trabajo que hacer; a veces le enviaba a acompañar a un enfermo rico a tomar las aguas; en fin, le estaba preparando una clientela. Resulta de todo ello que al cabo de cierto tiempo el tirano de la cirugía tuvo un seide. Estos dos hombres, el uno en la cúspide de los honores y de la ciencia, gozando de una inmensa fortuna y de una inmensa gloria, el otro modesto omega, sin fortuna, sin gloria, hiciéronse íntimos amigos. El gran Desplein se lo decía todo a su interno; el interno sabía si tal mujer se había sentado en una silla al lado del maestro o en el famoso canapé que se encontraba en el gabinete y donde dormía: Bianchon conocía los misterios de aquel temperamento de león y de toro que acabó ensanchando sin medida el busto de aquel grande hombre y ocasionó su muerte por un desarrollo excesivo del corazón. Estudió las singularidades de aquella vida tan ocupada, los proyectos de aquella avaricia tan sórdida, las esperanzas del hombre político escondido tras el sabio; pudo prever las decepciones que aguardaban al único sentimiento sepultado en aquel corazón menos de bronce que bronceado.

Un día Bianchon dijo a Desplein que un pobre aguador del barrio de Saint-Jacques había contraído una horrible enfermedad causada por las fatigas y la miseria; aquel pobre auvernés sólo había comido patatas durante el largo invierno de 1821. Desplein dejó a todos sus enfermos. Exponiéndose a hacer reventar a su caballo, voló, seguido de Bianchon, a la casa del pobre hombre y le hizo transportar él mismo a la casa de salud establecido por el célebre Dubois en el barrio de Saint-Denis. Fue a cuidar a aquel hombre, le dio, cuando estuvo restablecido, el dinero necesario para comprar un caballo y un tonel. Este auvernés se distinguió por un rasgo original. Uno de sus amigos cae enfermo, lo llevó en seguida a Desplein, diciendo a su bienhechor:

—No habría podido consentir que fuese a otro.

Desplein, con lo arisco que era, estrechó la mano al aguador y le dijo:

—Tráemelos todos.

E hizo entrar al hijo del Cantal en el Hospital, donde tuvo para él los más solícitos cuidados. Bianchon había notado ya en su jefe una predilección por los auverneses y sobre todo por los aguadores; pero como Desplein ponía una especie de orgullo en sus tratamientos en el hospital, el discípulo no veía en ello nada extraño.

Un día, al atravesar la plaza de Saint-Sulpice, Bianchon vio a su maestro entrando en la iglesia hace las nueve de la mañana. Desplein, que por aquel entonces no daba

un paso sin su cabriolé, iba a pie, y se deslizaba por la puerta de la calle del Petit-Lion como si hubiese entrado en una casa sospechosa. Lleno, naturalmente, de curiosidad, el interno, que conocía las opiniones de su maestro en cuanto a religión, deslizose al interior de Saint-Sulpice y no quedó poco asombrado al ver al gran Desplein, aquel ateo sin piedad para los ángeles que no ofrecen punto de apoyo al bistorí, y que no pueden tener ni fístulas ni gastritis, en fin, vio a aquel hombre intrépido burlón humildemente arrodillado, ¿y dónde?... en la capilla de la Virgen, delante de la cual oyó una misa, dio para los gastos del culto, dio para los pobres, y permaneció serio como si se hubiese tratado de una operación.

—No viene, ciertamente, a aclarar algunas cuestiones relativas al parto de la Virgen —decíase Bianchon, cuyo asombro no conocía límites—. Si yo lo hubiese visto sosteniendo, durante la procesión del Corpus, uno de los cordones del palio, sólo habría habido motivo de risa, pero a esta hora, solo y sin testigos, esto da que pensar.

Bianchon no quiso parecer como si estuviera espionando al primer cirujano del Hospital, y se marchó. Casualmente aquel día Desplein le invitó a comer con él fuera de casa, en un restaurante. A los postres, mediante hábiles preparativos, Bianchon vino a hablar de la misa, calificándola de farsa.

—¡Una farsa —dijo Desplein— que ha costado a la cristiandad más sangre que todas las batallas de Napoleón y que todas las sanguijuelas de Broussais! La misa es una invención papal que no se remonta más allá del siglo VI; y que han basado en el *Hoc est corpus*. ¡Cuántos torrente de sangre no ha sido necesario derramar para establecer la fiesta del Corpus Christi, mediante cuya institución quiso la curia romana corroborar su victoria en el asunto de la Presencia real, cisma que, durante tres siglos, ha turbado a la Iglesia! Las guerras del conde de Tolosa y los albigenses son la cola de este asunto. Los valdenses y los albigenses se negaban a reconocer esta innovación.

En fin, Desplein se complacía en derrochar toda su elocuencia de ateo, y aquello fue un flujo de burlas volterianas, o para ser más exactos, una contrahechura del *Citateur*.

—¡Vaya! —dijose Bianchon—. ¿Dónde está mi devoto de esta mañana?

Guardó silencio, dudando de que hubiese visto a su jefe en Saint-Sulpice. Desplein no se habría molestado en mentir a Bianchon, los dos se conocían demasiado bien, habían cambiado ya sus ideas sobre puntos tan graves, discutido sistemas *de natura rerum* sondeándolos o disecándolos con los cuchillos y el escalpelo de la incredulidad. Transcurrieron tres meses. Bianchon no concedió mayor importancia a aquel hecho, aunque quedase grabado en su memoria. En aquel año, un día, uno de los médicos del Hospital, cogió a Desplein del brazo delante de Bianchon, como para interrogarle.

—¿Qué ibais, pues, a hacer a Saint-Sulpice, querido maestro? —le dijo.

—A ver a un cura que tiene una llaga en la rodilla y al que la señora duquesa de

Angulema me ha concedido el honor de recomendarme —dijo Desplein.

El médico se dio por satisfecho con esta respuesta, pero no así Bianchon.

—¡Ah!, ¡con que va a ver rodillas enfermas a la iglesia! Lo que iba a hacer era oír misa —díjose el interno.

Bianchon se prometió a sí mismo espiar a Desplein; recordó el día y la hora en que le había sorprendido entrando en Saint-Sulpice, y prometiose ir allá al año siguiente, al mismo día y a la misma hora, con objeto de saber si le sorprendería allí de nuevo. En tal caso, la periodicidad de su devoción autorizaría a una investigación científica, porque no había de encontrarse en tal hombre una contradicción directa entre el pensamiento y la acción. Al año siguiente, en el día y la hora consabidos, Bianchon, que ya no era interno de Desplein, vio el cabriolé del cirujano detenerse en la esquina de la calle de Tournon y la del Petit-Lion, desde donde su amigo fue siguiendo jesuíticamente a lo largo de los muros de Saint-Sulpice, donde oyó de nuevo su misa en el altar de la Virgen. ¡Sí, era realmente Desplein! el cirujano jefe, el ateo *in petto*, el devoto por azar. La intriga iba embrollándose. La persistencia de aquel ilustre sabio lo complicaba todo. Cuando Desplein hubo salido, Bianchon se acercó al sacristán que vino a desnudar el altar de la capilla, y le preguntó si aquel caballero era un devoto habitual.

—Hace veinte años que estoy aquí —dijo el sacristán—, y en todo este tiempo el señor Desplein viene cuatro veces al año a oír esta misa; él la ha fundado.

—¡Una fundación hecha por él! —dijo Bianchon alejándose—. Esto vale el misterio de la Inmaculada Concepción, cosa que por sí sola ya es para volver incrédulo a un médico.

Transcurrió algún tiempo sin que el doctor Bianchon, aunque amigo de Desplein, tuviera ocasión para hablarle de esta particularidad de su vida. Si se encontraban en consulta o en sociedad, era difícil hallar aquel momento de confianza y de soledad en que dos hombres, los pies junto al fuego y las cabezas apoyadas en el respaldo de un sillón, se dicen sus secretos. En fin, a siete años de distancia, después de la revolución de 1830, cuando el pueblo se amotinaba en el arzobispado, cuando las inspiraciones republicanas le impulsaban a destruir las cruces doradas que brillaban, como relámpagos, en la inmensidad de aquel océano de casas; cuando la incredulidad, lado a lado con la insurrección, campaba a sus anchas por las calles, Bianchon sorprendió a Desplein entrando una vez más en Saint-Sulpice. El doctor le siguió allí, púsose cerca de él, sin que su amigo hiciera el menor gesto o le testimoniase la menor sorpresa. Ambos oyeron la misa de fundación.

—¿Vais a decirme, querido amigo —dijo Bianchon a Desplein cuando salieron de la iglesia—, la razón de vuestro comportamiento? Os he sorprendido ya tres veces yendo a misa, ¡vos! Supongo que me aclararéis este misterio y me explicaréis el desacuerdo flagrante entre vuestras opiniones y vuestra conducta. ¡No creéis en Dios y vais a misa! Querido maestro, tenías la obligación de contestarme.

—Me parezco a muchos devotos, a hombres profundamente religiosos en

apariencia, pero tan ateos como podamos serlo vos y yo.

Y hubo un torrente de sátiras sobre algunos personajes políticos, el más conocido de los cuales nos ofrece en este siglo una nueva edición del *Tartufo* de Molière.

—Yo no os pregunto todo eso —le dijo Bianchon—; yo quiero saber la razón por la cual vos habéis venido aquí, por qué habéis fundado esta misa.

—A fe mía, querido amigo —dijo Desplein—, me encuentro con un pie en la sepultura, y bien puedo hablaros de los comienzos de mi vida.

En aquel momento, Bianchon y el grande hombre se encontraban en la calle de los Quatre-Vents, una de las calles más horribles de París. Desplein mostró el sexto piso de una de esas casas que se parecen a un obelisco, cuya puerta trasera da a una avenida en el extremo de la cual se encuentra una tortuosa escalera. Era una casa verduzca, en cuya planta baja vivía un vendedor de muebles, y que parecía alojar en cada uno de sus pisos una miseria diferente. Al levantar el brazo con un movimiento de energía, Desplein dijo a Bianchon:

—¡Yo he vivido allá arriba dos años!

—Ya lo sé, también ha vivido allí D'Arthez, yo venía casi todos los días, en mi primera juventud, le llamábamos entonces *el tarro de los grandes hombres*. ¿Y después?

—La misa que acabo de oír está relacionada con acontecimientos que sucedieron cuando yo vivía en la buhardilla en la que me decís habitó D'Arthez, aquélla en cuya ventana hay un cordel cargado de ropa blanca encima de una maceta de flores. He tenido unos comienzos tan difíciles, mi querido Bianchon, que puedo disputar a quien sea la palma de los padecimientos parisienses. Todo lo he soportado: hambre, sed, falta de dinero, falta de vestido, de calzado y de ropa blanca, todo lo que la miseria tiene de más duro. En esa buhardilla que me gustaría volver a ver junto con vos, he soplado en mis dedos entumecidos por el frío. He estado en ella trabajando durante un invierno viendo humear mi cabeza y distinguiendo el aire de mi aliento de la misma manera que vemos el de los caballos en un día de intenso frío. No sé donde hay que encontrar el punto de apoyo para resistir esta vida. Yo estaba solo, sin auxilio, sin un céntimo para comprar libros ni para pagar los gastos de mi educación médica; sin un amigo: mi carácter irascible, receloso, inquieto, no me hacía ningún favor. Nadie quería ver en mis irritaciones el malestar y el trabajo de un hombre que desde el fondo del nivel social en que se encuentra, se agita para llegar a la superficie. Pero yo tenía, a vos puedo decíroslo, ya que con vos no tengo necesidad de disimular, yo tenía ese fondo de buenos sentimientos y de sensibilidad viva que constituirá siempre la fortuna de los hombres lo suficientemente fuertes como para trepar a una cumbre cualquiera, después de haber estado sumido mucho tiempo en los pantanos de la miseria. Yo no podía sacar de mi familia, ni de mis paisanos, nada más que la insuficiente pensión que me entregaban. En fin, en esa época, yo comía por la mañana un panecillo que el panadero de la calle del Petit-Lion me vendía más barato porque era del día antes o de hacía dos días, y lo iba desmenuzando en leche; así mi

desayuno sólo me costaba dos sueldos. No comía más que cada dos días en una pensión en la que la comida costaba dieciséis sueldos. Así yo no gastaba más que nueve sueldos al día. ¡Ya imaginaréis tan bien como yo qué cuidados podía tener de mis vestidos y de mi calzado! No sé si más tarde nos causa tanta pena la traición de un compañero, como la que vos y yo hemos podido experimentar, al advertir la burlona mueca de un zapato que se descose, al oír crujir la sisa de la manga de una levita. No bebía más que agua, sentía el mayor respeto por los cafés. Zoppi se me antojaba como una tierra de promisión, en la que sólo los Lúculos del barrio latino tenía derecho de presencia. «¿Podré yo algún día —me decía a mí mismo a veces— entrar ahí a tomar una laza de café con leche, jugar una partida de dominó?». En fin, yo descargaba en mis trabajos la rabia que me inspiraba la miseria. Trataba de acumular conocimientos positivos con objeto de tener un inmenso valor personal, para merecer el lugar al que llegaría el día en que hubiera salido de mi nada. Consumía más aceite que pan: la luz que me iluminaba durante esas noches obstinadas me costaba más caro que mi comida. Este duelo ha sido largo, testarudo, sin consuelo. No despertaba ninguna simpatía a mi alrededor. Para tener amigo, ¿no es preciso relacionarse con gente joven, poseer algún dinero para ir a tomar unas copas con ellos, ir adondequiera que van los estudiantes? ¡Yo no tenía nada! Y nadie en París se imagina que *nada* es *nada*. Cuando se trataba de descubrir mis miserias, experimentaba en la garganta esa contracción nerviosa que hace creer a nuestros enfermos que les sube una bola del esófago a la laringe. Más tarde he encontrado a esas personas, que han nacido ricos, y que, no habiendo carecido nunca de nada, ignoran el problema de esta regla de tres: *Un joven ES al crimen como una moneda de cien sueldos ES a X*. Esos imbéciles dorados me dicen:

»«¿Por qué, entonces, os cargabais de deudas? ¿Por qué, pues, contraíais obligaciones onerosas?».

»Me hacen el efecto de aquella princesa que, al enterarse de que el pueblo carecía de pan, decía: “¿Por qué no compra bizcocho?”. Quisiera ver a uno de esos ricos, que se queja de que le cobro demasiado cuando se trata de operarle, sí, quisiera ver cómo se las arregla solo en París, sin un céntimo, sin un amigo, sin crédito, y obligado a trabajar con sus manos para vivir. ¿Qué haría? ¿Adónde iría a saciar el hambre? Bianchon, si me habéis visto a veces amargado y duro, es que entonces sobreponía mis primeros dolores a la insensibilidad, al egoísmo de los que he tenido millares de pruebas en las altas esferas; o bien pensaba en los obstáculos que el odio, la envidia, los celos, la calumnia, han levantado entre el éxito y yo. En París, cuando ciertas personas os ven a punto de poner el pie en el estribo, las unas os agarran por el traje, las otras aflojan la cincha para que os rompáis la crisma al caer; aquél quita los hierros a las herraduras de vuestro caballo, el otro os roba el látigo: el menos traidor es el que veis que se os acerca para descerrajaros un tiro a quemarropa. Vos, hijo mío, poseéis el suficiente talento para comprender pronto la horrible e incesante batalla que la mediocridad libra al hombre superior. Si perdéis veinticinco luisas una tarde, al

día siguiente seréis acusado de ser un jugador, y vuestros mejores amigos dirán que el día antes perdisteis veinticinco mil francos. Si tenéis dolor de cabeza, os tomarán por loco. Si tenéis genio vivo, seréis insociable. Si, para resistir a este batallón de pigmeos, reunís a vuestro alrededor fuerzas superiores, vuestros mejores amigos gritarán que queréis devorarlo todo, que tenéis la pretensión de dominar, de tiranizar. En fin, vuestras cualidades se convertirán en defectos, vuestros defectos en vicios y vuestras virtudes serán crímenes. Si habéis salvado a uno, le habréis matado; si vuestro enfermo reaparece, constará que habréis asegurado el presente a expensas del porvenir; no ha muerto, pero morirá. Tropezad, y habréis caído. Inventad lo que sea, reclamad vuestros derechos, seréis hombre difícil, un hombre astuto que no quiere permitir que lleguen los jóvenes. Así, amigo mío, no creo en Dios, aún creo menos en el hombre. ¿No conocéis en mí a un Desplein completamente distinto del Desplein del que todos hablan mal? Pero no removamos este montón de cieno. Así, pues, yo vivía en esa casa, había de trabajar para poder aprobar mi primer examen, y no tenía un céntimo. Había llegado a uno de esos últimos extremos en los que uno se dice: “Me alistaré voluntario en el ejército”. Tenía una esperanza, esperaba de mi pueblo una maleta de ropa blanca, un regalo de esas ancianas tías que, no conociendo nada, piensan en vuestras camisas, imaginándose que con treinta francos al mes su sobrino vive como un rey. La maleta llegó mientras yo estaba en la Facultad y había costado cuarenta francos de portes; el portero, un zapatero alemán que se alojaba en un desván, los había pagado y guardaba la maleta. Yo me estuve paseando por la calle de los Fossés-Saint-Germain-des-Près y por la calle de la Facultad de Medicina, sin poder inventar una estratagema que me entregase la maleta sin verme obligado a dar los cuarenta francos que naturalmente habría tenido que pagar después de haber vendido la ropa blanca. Mi estupidez me hizo adivinar que no tenía otra vocación más que la cirugía. Amigo, las almas delicadas, ésas cuya fuerza se ejerce en una esfera elevada, carecen de ese espíritu de intriga, fértil en recursos, en combinaciones; su genio es el azar: no buscan, encuentran.

»En fin, volví a la noche, en el momento en que regresaba mi vecino, un aguador llamado Bourgeat, un hombre de Saint-Flour. Nos conocíamos como se conocen dos inquilinos cada uno de los cuales tiene su habitación en el mismo piso, que se oyen toser, dormir, vestirse, y que terminan acostumbrándose el uno al otro. Mi vecino me dijo que el propietario, al cual yo debía tres meses, me había despedido. Al día siguiente tenía que marcharme. Él mismo había ido despedido también a causa de la profesión. Pasé la noche más dolorosa de mi vida. “¿Dónde encontrar un mozo para que llevase mis pobres enseres, mis libros? ¿Cómo pagar al mozo y al portero? ¿Adónde ir?”. Yo repetía llorando estas preguntas insolubles, como los locos repiten constantemente sus estribillos. Me dormí. La miseria tiene para ella un sueño divino lleno de hermosos ensueños. A la mañana siguiente, cuando estaba tomando mi taza de pan desmenuzado en la leche, Bourgeat entra en mi habitación y en su mal francés me dice:

»—Señor estudiante, soy un pobre hombre, incluso del hospital de Saint-Flour, sin padre ni madre, y que no soy lo bastante rico para casarme. Tampoco vos sois fértil en parientes ni provisto de lo que se cuenta. Escuchad, ahí abajo tengo un carretón que he alquilado a dos sueldos la hora, y en él caben todas nuestras cosas; si queréis, podemos tratar de vivir juntos, puesto que nos han despedido de aquí. Después de todo, no es el paraíso terrenal.

»—Ya lo sé —le dije—, mi buen Bourgeat. Pero estoy muy preocupado; abajo tengo una maleta que contiene por valor de cien escudos de ropa blanca, con los cuales podría pagar al dueño y lo que debo al portero, y no tengo ni cien sueldos.

»—¡Bah! yo tengo algún dinero —respondió alegremente Bourgeat mostrándome una vieja bolsa de cuero grasiento—. Guardad vuestra ropa blanca.

»Bourgeat pagó mis tres meses de alquiler, el suyo y pagó al portero. Luego puso nuestros muebles, mi ropa blanca en la carreta y la arrastró por las calles deteniéndose delante de cada casa en la que pendía un letrero. Yo subía para ir a ver si el local por alquilar podía convenirnos. A mediodía, vagábamos todavía por el barrio latino sin haber encontrado nada. El precio constituía un gran obstáculo. Bourgeat me propuso desayunar en casa de un comerciante en vinos, a cuya puerta dejamos la carreta. Al atardecer, descubrí en el patio de Rohan, pasaje del Comercio, en lo alto de una escalera, bajo los tejados, dos habitaciones separadas por la escalera. Tuvimos que pagar cada uno sesenta francos de alquiler al año. Hemos, pues, alojados, a mí y a mi humilde amigo. Comimos juntos. Bourgeat, que ganaba unos cincuenta sueldos diarios, poseía unos cien escudos, pronto iba a poder realizar su ambición comprando una tartana y un caballo. Al enterarse de mi situación, porque supo sonsacarme mis secretos con una profunda astucia y una bondad que aún hoy me remueve las entrañas, renunció por algún tiempo a la ambición de toda su vida: Bourgeat era aguador desde hacía veintidós años, y sacrificó sus cien escudos a mi porvenir.

Al decir esto, Desplein estrechó fuertemente el brazo de Bianchon.

—¡Me dio el dinero necesario para mis exámenes! Aquel hombre, amigo mío, comprendió que yo tenía una misión, que las necesidades de mi inteligencia iban delante de las suyas. Se ocupó de mí, me llamaba su *pequeño*, me prestó el dinero necesario para que me comprase libros, venía a veces, despacito, a ver como yo trabajaba; en fin, tomó precauciones maternas para que substituyese la alimentación insuficiente y mala a que estaba acostumbrado una alimentación sana y abundante. Bourgeat, hombre de unos cuarenta años, tenía un rostro burgués de la edad media, frente abombada, cabeza que un pintor había podido utilizar como modelo para un Licurgo. El pobre hombre tenía necesidad de derramar el tesoro de cariño que llenaba su corazón; no había sido amado más que por un perro que se le había muerto hacía algún tiempo, y del que siempre me hablaba preguntándome si creía que la Iglesia consentiría en decir misas por el reposo de su alma. Su perro, decía el aguador, era un verdadero cristiano, que, durante doce años le había acompañado a la iglesia sin

haber ladrado jamás, escuchando los órganos sin abrir la boca, y permaneciendo acurrucado cerca de él con un aire que le hacía creer que estaba rezando con él. Aquel hombre vertió sobre mí todos sus afectos: me aceptó como un ser que estaba solo y que padecía; convirtiose para mí en la madre más solícita, el bienhechor más delicado, en fin, el ideal de esa virtud que se complace en su obra. Cuando le encontraba por la calle, me lanzaba una mirada de inteligencia llena de una inconcebible nobleza: fingía entonces caminar como si no llevase nada, parecía feliz de verme en buena salud, bien vestido. Fue, en fin, la abnegación del pueblo, el amor de la griseta referido a una esfera superior. Bourgeat hacía mis recados, me despertaba por la noche a horas determinadas, limpiaba mi lámpara, fregaba el descansillo de la escalera; tan buen criado como buen padre, y aseado como una joven inglesa. Hacía la comida. Como Filopemen, aserraba la leña, y comunicaba a todas sus acciones la sencillez conservando su dignidad, porque parecía comprender que el fin lo ennoblecía todo. Cuando abandoné a aquel buen hombre para entrar en el Hospital, experimentó no sé qué dolor sombrío, al pensar que ya no podría vivir conmigo; pero se consoló con la perspectiva de reunir dinero para poderme pagar los gastos de la tesis, y me hizo prometer que iría a verle todos los días de salida. Bourgeat estaba orgulloso de mí, me amaba por mí y por él. Si buscáis mi tesis, veríais que se la dediqué. En el último año de mi internado, yo había ganado suficiente dinero para devolver todo lo que debía a aquel digno auvernés comprándole un caballo y una tartana; indignose al saber que yo me privaba de mi dinero, y sin embargo, estaba encantado de ver realizados sus deseos; reía y me regañaba, miraba su tartana, su caballo, y se secaba una lágrima diciéndome:

«—¡Mal hecho! ¡Qué bonita tartana! No teníais razón... El caballo es fuerte como un auvernés.

»Nunca he visto nada tan conmovedor como esta escena, Bourgeat quiso comprarme, quieras que no, el estuche de cirujano con aplicaciones de plata que habéis visto en mi gabinete, y que es para mí la cosa más preciosa. Aunque embriagado por mis primeros éxitos, jamás se le escapó la menor palabra, el menor gesto que quisieran decir: “Lo que ese hombre es, a mí me lo debe”. Y sin embargo, sin él, la miseria habría acabado conmigo. El pobre hombre había ido dando su vida por mí; no comía más que pan frotado con ajo para que yo pudiese tener café para mis vigias. Cayó enfermo. Pasé, como podéis imaginar, las noches a su cabecera, le saqué de apuros la primera vez; pero tuvo una recaída dos años más tarde, y a pesar de los cuidados más asiduos, a pesar de los mayores esfuerzos de la ciencia, tuvo que sucumbir. Nunca hubo rey que estuviera tan bien atendido como él. Sí, Bianchon, intenté, para arrancar aquella vida a la muerte, cosas inauditas. Yo quería hacerle vivir lo suficiente para hacerle testigo de su obra, para realizar todos sus votos, para satisfacer el único reconocimiento que me ha llenado el corazón, para apagar un incendio que aún hoy me consume.

«—Bourgeat —prosiguió Desplein después de una pausa, visiblemente

emocionado—, mi segundo padre, murió en mis brazos, dejándome cuanto poseía por un testamento que había hecho en casa de un escribano público y con la fecha del año en que fuimos a vivir juntos al patio de Rohan. Ese hombre poseía la fe del carbonero. Amaba a la santa Virgen como habría amado a su mujer. Católico ferviente, nunca había dicho, sin embargo, una sola palabra acerca de mi falta de religión. Cuando estuvo en peligro, me rogó que no reparase en medios para que él pudiera tener los auxilios de la Iglesia. Mandé decir todos los días una misa por él. A menudo, durante la noche, me testimoniaba sus temores con respecto al porvenir, temía no haber vivido bastante santamente. ¡Pobre hombre! Trabajaba de la mañana a lo noche ¿A quién pertenecería, pues, el paraíso, si es que hay un paraíso? Recibió los sacramentos como un santo que era, y su muerte fue digna de su vida. Su entierro no fue seguido más que por mí. Cuando hube dejado bajo tierra a mi único bienhechor, busqué el modo de saldar la deuda que tenía contraída con él; me di cuenta de que no tenía ni familia, ni amigos, ni mujer, ni hijos. ¡Pero tenía fe! Tenía una convicción religiosa, ¿tenía yo derecho a discutirla? Me había hablado tímidamente de las misas que se dicen para el descanso de los muertos, él no quería imponerme esta obligación, pensando que ello equivaldría a quererse cobrar sus favores. Tan pronto como pude establecer una fundación, di a San Sulpicio la suma necesaria para hacer allí cuatro misas al año. Como la única cosa que puedo ofrecer a Bourgeat es la satisfacción de sus píos deseos, el día en que se dice esta misa, al comienzo de cada estación del año, yo voy en su nombre y rezo para él las oraciones requeridas. Digo con la buena fe del doctor: “Dios mío, si hay una esfera en la que pongas, después de su muerte, a aquellos que han sido perfectos, piensa en el bueno de Bourgeat; y, si hay algo que sufrir por él, dame sus sufrimientos, para que él pueda entrar más de prisa en lo que llaman el paraíso”. He aquí, amigo mío, todo cuanto puede permitirse un hombre que profesa mis opiniones. Dios debe de ser un buen diablo, y no puede guardarme rencor. Os lo juro, daría mi fortuna para que la creencia de Bourgeat pudiera entrar en mi cerebro.

Bianchon, que cuidó a Desplein en su última enfermedad, no se atreve hoy a afirmar que el ilustre cirujano hubiese muerto ateo. ¿No les gustaría a las personas creyentes la idea de que el humilde auvernés fue a abrirle la puerta del Cielo, de la misma manera que él le abrió en otro tiempo la puerta del templo terrestre en cuyo frontispicio se lee: *A los grandes hombres, la patria agradecida?*

París, enero de 1836

* * *

Aun cuando las circunstancias de este relato sean todas ellas verdaderas, sería un grave error aplicarlas a un solo hombre de esa época, ya que el autor ha reunido en una misma figura documentos relativos a varias personas distintas.



LA INTERDICCIÓN



LA INTERDICCIÓN

*Dedicado al señor contraalmirante Bazoche,
gobernador de la isla Bourbon.*

Por el autor, agradecido,

DE BALZAC

I

LOS DOS AMIGOS

En las primeras horas de una madrugada de 1828, dos personas salían de un hotel situado en la calle del Faubourg-Saint-Honoré, cerca del Élysée-Bourbon. Una de ellas era el famoso médico Horacio Bianchon; la otra, uno de los hombres más elegantes de París, el barón de Rastignac, amigos desde hacía mucho tiempo. Cada uno de ellos había despedido su coche, y al salir, no se veía ninguno por la calle, pero hacía muy buena noche y el pavimento estaba seco.

—Vamos a pie hasta el bulevar —dijo Eugenio de Rastignac a Bianchon—. Tú tomarás un coche en el Círculo; allí los hay hasta la mañana. Me acompañarás hasta mi casa.

—Con mucho gusto.

—Bien, amigo mío, ¿qué me dices?

—¿De esa mujer? —respondió fríamente el doctor.

—¡No cambiarás nunca, Bianchon! —exclamó Rastignac.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hablas, amigo, de la marquesa de Espard como de una enferma próxima a ingresar en tu clínica.

—¿Quieres que te diga lo que pienso, Eugenio? Que si abandonas a la señora de Nucingen por esta marquesa, cambiarás tu caballo tuerto por uno ciego.

—La señora de Nucingen tiene treinta años, Bianchon.

—Y ésta tiene treinta y tres —replicó vivamente el doctor.

—Sus más crueles enemigas no le echan más de veintiséis.

—Amigo, cuando tengas interés en conocer la edad de una mujer, mírale las sienes y la punta de la nariz. Por mucho que hagan las mujeres con sus cosméticos, nada pueden contra estos incorruptibles testigos de sus agitaciones. Cada uno de sus años ha dejado allí sus estigmas. Cuando las sienes de una mujer aparecen en cierto modo marchitas; cuando en la punta de su nariz se encuentran esos puntitos que se parecen a las imperceptibles partículas negras que hacen llover en Londres las

chimeneas en las que se quema carbón mineral... ¡adiós!; la mujer ha sobrepasado los treinta años. Será hermosa, será inteligente, será amante, será todo lo que tú quieras, pero habrá pasado de los treinta años, llega a su madurez. Yo no censuro a los que se sienten atraídos por esta clase de mujeres; pienso simplemente que un hombre no debe confundir una rosa con un capullo, aunque comprendo que el amor no va nunca a consultar el registro civil; nadie ama a una mujer porque tenga tal o cual edad, porque sea hermosa o fea, tonta o inteligente: se ama porque se ama.

—Pues yo la amo por muchas otras razones. Es marquesa de Espard, nació en Blamont-Chauvry, es una mujer de moda, es inteligente, tiene un pie tan lindo como el de la duquesa de Berry, posee quizá cien mil libras de renta y quizás un día me case con ella. En fin, la amo porque me colocará en una situación en la que yo podré pagar mis deudas.

—Yo te creía rico —interrumpiolo Bianchon.

—¡Bah! Tengo veinte mil libras de renta, precisamente lo que hace falta para tener cuadra. He sufrido mucho, amigo, en el asunto del señor de Nucingen. Ya te contaré esta historia. He casado a mis hermanas, he ahí lo más positivo que he realizado desde que nos conocemos, y prefiero haberlas colocado a poseer cien mil escudos de renta. Ahora, ¿qué quieres que haga? Tengo ambiciones. ¿Adónde puede llevarme la señora de Nucingen? Un año más, y seré mi hombre cifrado, encasillado, como si fuera un hombre rasado. Tengo todos los inconvenientes del matrimonio y los del celibato sin tener las ventajas de lo uno ni de lo otro; situación falsa, a la que llegan los que permanecen demasiado tiempo pegados a unas mismas faldas.

—Pues francamente, amigo mío, tu marquesa no me convence.

—Tus opiniones liberales te perturban el juicio. Si la señora de Espard fuese una señorita Rabourdin...

—Escúchame, amigo: noble o burguesa, seguiría siendo una mujer sin alma, sería el tipo más acabado del egoísmo. Créeme, los médicos estamos acostumbrados a juzgar a las personas y las cosas; los más hábiles de nosotros confiesan el alma al auscultar el cuerpo. A pesar del lindo gabinete en que hemos pasado la velada, a pesar del lujo de ese hotel, sería posible que la señora marquesa tuviera deudas.

—¿Qué es lo que te hace creer tal cosa?

—Yo no afirmo, supongo. Ha hablado de su alma como el difunto Luis XVIII hablaba de su corazón. Óyeme bien: esa mujer delgada, pálida, de cabello castaño, y que se lamenta para que la compadezcan, goza de una salud de hierro, posee un apetito de lobo, una fuerza y una cobardía de tigre. ¡Nunca la gasa, ni la seda, ni la muselina, han sitio tan hábilmente colocadas alrededor de una mentira! *Ecco*.

—¡Me asustas, Bianchon! ¡Has aprendido muchas cosas desde que abandonamos nuestra pensión de la señora Vauquer!

—Sí, desde entonces, amigo, he visto muchas cosas. Conozco un poco las costumbres de esas bellas señoras de las cuales cuidáis el cuerpo y lo que tienen de más precioso, su hijo, cuando lo aman, o su rostro, al que nunca dejan de adorar; os

pasáis las noches a su cabecera, os matáis por salvarles la más ligera alteración de belleza, no importa dónde; habéis salido airoso, les guardáis el secreto como si os hubieseis muerto, os mandan pedir los honorarios y los encuentran horriblemente caros. ¿Quién las ha salvado? ¡La naturaleza! Lejos de alabaros, os desacreditan, temiendo daros como médico a sus buenas amigas. Bianchon, esas mujeres de las cuales decís: «Son unos ángeles» yo las he visto desnudas de los pequeños gestos graciosos con que cubren su alma, así como de los trapos con los que disimulan sus imperfecciones, sin maneras y sin corsé: no son hermosas. Hemos empezado viendo mucho lodo, mucha suciedad bajo las aguas del mundo, cuando nos encontrábamos en la roca de la casa Vauquer; lo que allí hemos visto no era nada. Desde que frecuento la alta sociedad, he encontrado monstruosidades vestidas de raso, Michonneaus de guante blanco, Poirrets recargados de cordones, grandes señores que practican mejor la usura que el tío Gobseck. Para vergüenza de los hombres, cuando he querido estrecharle la mano a la Virtud, la he encontrado temblando de frío en una buhardilla, perseguida por las calumnias, vegetando con mil quinientos francos de renta o de sueldo, y pasando por loca, original o estúpida. En fin, amigo mío, la marquesa es una mujer de moda, y tengo horror precisamente a esta clase de mujeres. ¿Quieres saber por qué? Una mujer de alma cultivada, de gustos puros, de inteligencia clara, con el corazón lleno de buenos sentimientos, que lleva una vida sencilla, no tiene ni una sola oportunidad de ser una mujer de moda. Voy a concluir. Una mujer de moda y un hombre de poder son dos analogías; pero con la diferencia de que las cualidades por las que un hombre se eleva por encima de los otros constituyen su gloria, en tanto que aquéllas por las que una mujer llega a su imperio de un día se identifican con espantosos vicios: se desnaturaliza para esconder su carácter; debe, para llevar la vida militante del mundo, tener una salud de hierro bajo una frágil apariencia. En calidad de médico sé que la bondad del estómago excluye la bondad del corazón. Tu mujer de moda no siente nada, su ansia furiosa de placer tiene su causa en el deseo de calentar su naturaleza fría. Como tiene más cabeza que corazón, sacrifica a su triunfo las pasiones verdaderas y los amigos, como un general manda a la lucha a sus más abnegados oficiales para ganar una batalla. La mujer de moda ya no es una mujer: no es ni madre, ni esposa, ni amante; es un sexo en el cerebro, médicamente hablando. Así, tu marquesa presenta todos los síntomas de su monstruosidad, tiene el pico del ave de rapiña, los ojos claros y fríos, la palabra suave; es afilada como el acero de una máquina, todo lo conmueve, menos el corazón.

—Hay algo de verdad en lo que dices, Bianchon.

—¿Algo de verdad? —repuso Bianchon—. Todo es verdad. ¿Crees, pues, que no me he sentido herido hasta el fondo del corazón por la insultante cortesía con la que me hacía medir la distancia ideal que la nobleza pone entre nosotros? ¿Que no he sentido una profunda lástima por sus caricias de gata pensando en su objetivo? Dentro de un año, no escribiría ella una sola palabra para hacerme el más ligero

favor, y esta tarde me ha cosido a sonrisas, creyendo que yo podía influir en mi tío Popinot, de quien depende el que gane o no su proceso...

—Amigo mío, ¿acaso habrías preferido que te tratase mal? Admito tu catilinaria contra las mujeres de moda; pero ahora desbarras. Yo preferiría siempre como mujer a la marquesa de Espard que a la más recatada, a la más casta, a la más amante criatura de la tierra. ¡Casaos con un ángel! Es preciso ir a enterrarse en su felicidad al fondo de la campiña. La mujer de un hombre político es una máquina de gobierno, una máquina de bellos cumplidos, de reverencias: es el primero y el más fiel de los instrumentos de que se sirve un ambicioso; en fin, es un amigo que puede comprometerse sin peligro, y al que se desautoriza sin consecuencias. ¡Imagínate a Mahomet en París, en el siglo XIX! Su mujer sería una Rohan, inteligente y aduladora como una embajadora, astuta como Fígaro. Tu amante esposa no conduce a nada; una mujer de mundo conduce a todo: es el diamante con el que un hombre corta todos los vidrios cuando carece de la llave de oro con la cual se abren todas las puertas. Para los burgueses, las virtudes burguesas; para los ambiciosos, los vicios de la ambición. Por otra parte, amigo mío, ¿crees que el amor de una duquesa de Langeais o de Maufrigneuse, de una *lady* Dudley, no reporta inmensos placeres? ¡Si supieras cuánto valor confiere a la menor demostración de afecto el aire severo y frío de esas mujeres! Una sonrisa esbozada bajo el abanico desmiente la reserva de una actitud impuesta, y que vale por todas las ternuras desenfrenadas de tus burguesas de hipotética abnegación; porque en amor la abnegación está muy próxima a la especulación. Además, una mujer de moda, una Blamont-Chauvry, tiene también sus virtudes. Sus virtudes son la fortuna, el poder, el esplendor, cierto desdén por todo lo que se encuentra por debajo de ella...

—Gracias —dijo Bianchon.

—¡No seas bobo! —respondió riendo Rastignac—. Vamos, no seas vulgar, haz como tu amigo Desplein: sé barón, sé caballero de la orden de San Miguel, conviértete en par de Francia y casa a tus hijas con duques.

—Lo que yo quiero es que los quinientos mil diablos...

—¡Vamos! Entonces tú sólo posees superioridad en medicina; realmente, me das mucha pena.

—Odio esta clase de personas, deseo una revolución que nos libere para siempre.

—De modo que, querido Robespierre de bisturí, ¿no irás mañana a ver a tu tío Popinot?

—Sí —dijo Bianchon—, tratándose de ti, iría incluso a buscar agua al infierno...

—Amigo mío, me conmueves; yo había jurado que el viejo marqués sería objeto de interdicción. He aquí que aún me queda una vieja lágrima para darte las gracias.

—Pero —dijo Horacio— no te prometo que consiga lo que tú deseas en el caso de Juan Julio Popinot. No le conoces; pero mañana lo traeré a casa de la marquesa, y que le embauque, si puede. Lo dudo. Todas las «trufas», todas las duquesas, todas las «cuchillas de guillotina» estarían ahí con la gracia de sus seducciones, el rey le

prometería la dignidad de par, Dios le concedería la investidura del Paraíso y le condonaría las rentas del Purgatorio: ninguno de estos poderes conseguiría nada de él. Es tan juez como muerte es la muerte.

Los dos amigos habían llegado delante del Ministerio de Asuntos Exteriores, en la esquina del bulevar de los Capuchinos.

—Ya estás en tu casa —dijo riendo Bianchon, señalándole el hotel del ministro—. Y he aquí mi coche —añadió indicándole un fiacre—. Así se resume para cada uno de nosotros el porvenir.

—Tú serás feliz en el fondo del agua, en tanto que yo lucharé siempre en la superficie con las tempestades, hasta que, al zozobrar, vaya a buscar sitio en tu gruta, viejo mío.

—Hasta el sábado —repuso Bianchon.

—De acuerdo —dijo Rastignac—. ¿Me prometes el Popinot?

—Sí, haré todo lo que mi conciencia me permita hacer. Quizás esta demanda en interdicción oculta algún pequeño *dramorama*, para que recordemos, en una palabra, nuestros malos buenos tiempos.

«¡Pobre Bianchon! Nunca dejará de ser un buen hombre», díjose Rastignac al ver alejarse el coche de alquiler.

«Rastignac me ha encargado la más difícil de todas las negociaciones —díjose Bianchon acordándose, al levantarse al día siguiente, de la delicada misión que se le había confiado—. Pero nunca he pedido a mi tío el más mínimo favor en el Palacio de Justicia, y he hecho para él más de mil visitas gratuitamente. Por otra parte, entre nosotros, no nos preocupemos. Él me dirá sí o no, y asunto concluido».

II

EL JUEZ MAL JUZGADO

Después de este pequeño monólogo, el célebre doctor dirigióse, hacia las siete de la mañana, a la calle de Fouarre, donde vivía el señor Juan Julio Popinot, juez del Tribunal de primera instancia del Departamento del Sena. La calle de Fouarre, llamada en otro tiempo calle de la Paja, fue en el siglo XIII la calle más ilustre de París. Allí estuvieron las facultades de la Universidad cuando la voz de Abelardo y la de Gerson resonaban en el mundo sabio. Actualmente es una de las calles más sucias del distrito quinto, el barrio más pobre de París, aquél cuyos dos tercios de la población carecen de leña en invierno, el que arroja más chiquillos al torno de la Inclusa, más enfermos al Hospital, más mendigos a las calles, el que envía más traperos a las esquinas, más enfermos dolientes a lo largo de los muros donde se reflejan los rayos del sol, más obreros sin trabajo a las plazas, el mayor número de acusados a la policía correccional. En medio de esta calle siempre húmeda, y cuyo arroyo lleva hacia el Sena las aguas negras de algunas tintorerías, hay una vieja casa, sin duda restaurada bajo Francisco I, y construida con ladrillos sostenidos por cadenas de piedra de talla. Su solidez parece atestiguada por una configuración exterior que no se ve raras veces en algunas casas de París. Si podemos atrevemos a usar esta expresión, diremos que tiene una especie de vientre producido por el bombeo que describe su primer piso, abrumado bajo el peso del segundo y del tercero, pero que sostiene el fuerte muro de la planta baja. A simple vista, parece como si hubiera de derrumbarse, pero el observador no tarda en darse cuenta de que con esta casa ocurre como con la torre de Bolonia: los viejos ladrillos y las viejas piedras corroídas conservan invenciblemente su centro de gravedad. En todas las estaciones del año, las sólidas hiladas de la planta baja ofrecen el color amarillento y el imperceptible rezumar que la humedad da a la piedra. El transeúnte se estremece al pasar a lo largo de ese muro al que unos guardacantones protegen mal contra la rueda de los cabriolés. Como en todas las casas construidas antes de la invención de los coches, el vano de la puerta forma una arcada sumamente baja, bastante parecida al porche de una cárcel. A la derecha de esta puerta hay tres ventanas revestidas exteriormente de rejas de hierro con barrotes tan apretados que a los curiosos les resulta imposible ver el interior de las piezas húmedas y oscuras, tan sucios y polvorientos, por otra parte, están los cristales; a la izquierda hay otras dos ventanas parecidas, una de las cuales, a veces abierta, permite distinguir al portero, a su mujer y a sus hijos, moviéndose, trabajando, cocinando, comiendo y gritando en medio de una sala en la que todo se cae a pedazos y a la que se desciende por dos escalones, profundidad que parece indicar el progresivo alzamiento del pavimento parisiense. Si,

en un día de lluvia, algún transeúnte se resguarda bajo la larga bóveda de vigas salientes y blanqueadas con cal que conduce a la puerta de la escalera, le es difícil no contemplar el cuadro que presenta el interior de esta casa. A la izquierda se encuentra un jardincillo cuadrado que no permite dar más de cuatro pasos en todos los sentidos, jardín de tierra negra en el que hay unas parras sin pámpanos, donde, a falta de vegetación, van a parar, a la sombra de dos árboles, papeles, ropa vieja, tejas caídas del tejado; tierra estéril, en la que el tiempo ha arrojado sobre las paredes, sobre los troncos de los árboles y sobre las ramas una huella polvorienta parecida al hollín. Los dos cuerpos de edificio de la casa reciben su luz de este jardincillo, rodeado por dos casas vecinas decrepitas, que amenazan ruina, en las que cada piso constituye un grotesco testimonio de la forma en que vive su inquilino. Aquí, largos bastones sostienen inmensas madejas de lana teñida puestas a secar; allí, en unas cuerdas, se balancean unas camisas; las mujeres cantan, los maridos silban, los niños gritan; el carpintero asierra sus planchas, un tornero en cobre hace chirriar el metal: todas las industrias se ponen de acuerdo para producir un ruido que el número de los instrumentos hace furibundo. La decoración interior de este pasaje, que no es ni un patio, ni un jardín, ni una bóveda, y que participa de todas estas cosas, está constituida principalmente por pilares de madera colocados sobre unos cubos de piedra y que figuran ojivas. Dos arcadas dan al jardincillo; otras dos, que se hallan frente a la puerta cochera, permiten ver una escalera de madera cuya rampa fue en otro tiempo una maravilla, tanto afecta el hierro formas extrañas y cuyos peldaños gastados tiemblan bajo el pie. Las puertas de cada apartamento tienen sus jambas sucias de grasa y de polvo, y están guarnecidas de dobles puertas revestidas de terciopelo de Utrecht sembrado de clavos, desdorados dispuestos en rombos. Estos vestigios de esplendor revelan que, en tiempos de Luis XIV, esta casa estaba habitada por algún consejero en el Parlamento, por ricos eclesiásticos o por algún tesorero. Pero tales vestigios del antiguo lujo suscitan una sonrisa por un ingenuo contraste entre el presente y el pasado. El señor Juan Julio Popinot vivía en el primer piso de esta casa, donde la oscuridad natural de los primeros pisos de las casas parisienses venía aumentada por la angostura de la calle. Aquella vieja vivienda era conocida en todo el distrito quinto, al que la Providencia había dado aquel magistrado como da una planta bienhechora para curar o mitigar cada enfermedad. He aquí el croquis de este personaje al cual quería seducir la brillante marquesa de Espard.

En su calidad de magistrado, el señor Popinot vestía siempre de negro, lo cual contribuía a hacerle ridículo a los ojos de las personas acostumbradas a juzgarlo todo según un examen superficial. Los hombres celosos por conservar la dignidad que impone este vestido deben someterse a cuidados continuos y minuciosos; pero el pobre señor Popinot era incapaz de obtener sobre sí mismo la pulcritud puritana que exige el negro. Su pantalón, siempre raído, parecía hecho de la tela con que se confeccionan las togas de abogado, y su porte habitual acababa dibujando en él un número tan grande de pliegues, que en algunos sitios había líneas blanquecinas, rojas

o relucientes, que denunciaban una avaricia sórdida o la pobreza más descuidada. Sus gruesas medias de lana hacían muecas en sus zapatos deformados. Su camisa tenía ese tono amarillento contraído en el armario por una larga permanencia, y que revelaba en la difunta señora Popinot la manía de la ropa blanca; siguiendo la moda flamenca, sin duda sólo dos veces al año se entregaba a las molestias de una colada. El resto de la indumentaria del magistrado se hallaba en armonía con el pantalón, los zapatos, las medias y la camisa. Había una felicidad constante en su incuria, porque el día en que se ponía un traje nuevo, lo asimilaba al conjunto de su *toilette* haciendo en él un gran número de manchas con inexplicable rapidez. El buen hombre aguardaba a que su cocinera le avisase de la vetustez de su sombrero para renovarlo. No cuidaba en modo alguno su cabellera gris, y sólo se afeitaba dos veces por semana. No llevaba nunca guantes, y generalmente metía sus manos en sus bolsillos vacíos, cuya entrada sucia, casi siempre desgarrada, añadía un rasgo más a la negligencia de su persona. Cualquiera que haya frecuentado el Palacio de Justicia de París, lugar en el que se observan todas las variedades del vestido negro, podrá imaginarse la facha del señor Popinot. La costumbre de estar sentado durante jornadas enteras modifica grandemente los cuerpos, de la misma manera que el aburrimiento ocasionado por interminables pleitos actúa sobre la fisonomía de los magistrados. Encerrado en salas ridículamente angostas, sin majestad de arquitectura y en las que el aire queda en seguida viciado, el juez parisiense asume forzosamente un rostro ceñudo, contraído por la atención, entristecido por el aburrimiento; su color palidece y adquiere tintes verduzcos o terrosos, según el temperamento del individuo. En fin, en un tiempo dado, el joven más lozano se convierte en una pálida máquina de *considerandos*, un aparato que aplica el Código sobre todos los casos con la flema de las ruedas de un reloj. Si, pues, la naturaleza había dotado al señor Popinot de un exterior poco agradable, la magistratura no lo había embellecido. Sus gruesas rodillas, sus grandes pies y sus grandes manos contrastaban con un rostro sacerdotal que recordaba vagamente una cabeza de becerro, dulce hasta el empalago, mal iluminada por unos ojos vagos, desprovista de sangre, hendida por una nariz recta y chata, encima de la cual aparecía una frente sin protuberancia, decorada por dos inmensas orejas que carecían de gracia. Sus cabellos raros permitían ver el cráneo por medio de varios surcos irregulares. Un solo rasgo recomendaba este rostro al fisonomista. Aquel hombre poseía una boca en cuyos labios florecía una bondad divina. Eran unos grandes labios rojos, de mil pliegues, sinuosos, móviles, en los que la naturaleza había expresado hermosos sentimientos; unos labios que hablaban al corazón y revelaban en ese hombre la inteligencia, la claridad, el don de la intuición, un espíritu angélico. Por consiguiente, le habrías comprendido mal si le hubieseis juzgado por su frente deprimida, por sus ojos sin calor y por su aspecto desgarrado. Su vida respondía a su fisonomía, estaba llena de secretos trabajos y ocultaba la virtud de un santo. Profundos estudios de Derecho habíanle recomendado tan bien, cuando Napoleón reorganizó la justicia en 1806 y en 1811, que, por consejo de Cambaceres,

fue uno de los primeros en ser inscrito para sentarse en el Tribunal Imperial de París. Popinot no era intrigante. A cada nueva exigencia, a cada nueva solicitud, el ministro retiraba a Popinot, el cual no puso nunca los pies ni en casa del archicanciller, ni en casa del gran juez. De la Corte fue trasladado a las listas del Tribunal, luego rechazado hasta el último peldaño por las intrigas de gente activa y amante de chanchullos. Fue nombrado juez suplente. Un grito general se elevó en el Palacio de Justicia: «¡Popinot, juez suplente!». Esta injusticia sorprendió a todo el mundo judicial, a los abogados, a los ujieres, a todo el mundo, salvo al propio Popinot, que no se quejó. Pasado el primer clamor, todos encontraron que todo era lo mejor en el mejor de los mundos posible, que ciertamente debe ser el mundo judicial. Popinot fue juez suplente hasta el día en que el más célebre guardasellos de la Restauración vengó las malas pasadas que se le habían hecho a aquel hombre modesto y silencioso por los grandes jueces del Imperio. Después de haber sido juez suplente durante doce años, el señor Popinot había de morir sin duda como simple juez en el Tribunal del Sena.

Para explicar el obscuro destino de uno de los hombres superiores del orden judicial, es preciso entrar aquí en algunas consideraciones que servirán para revelar su vida, su carácter, y que mostrarán, por otra parte, algunos de los engranajes de esta máquina llamada la Justicia. El señor Popinot fue clasificado por los tres presidentes que tuvo sucesivamente el Tribunal del Sena en una categoría de *judicería*, única palabra que puede expresar la idea adecuada. No obtuvo en este puesto la reputación de capacidad que sus trabajos le habían merecido de antemano. De la misma manera que un pintor es invariablemente encerrado en la categoría de los paisajistas, de los retratistas, de los pintores de historia, de marina o de género por el público de los artistas, de los expertos o de los necios, e igual criterio aplica el mundo a los escritores, a los hombres de Estado, a todas las personas que comienzan por una especialidad antes de ser proclamados universales; de la misma manera tuvo Popinot su destino y fue encasillado en su género. Los magistrados, los abogados, los procuradores, todo lo que padece en el terreno judicial distingue dos elementos en una causa: el derecho y la equidad. La equidad resulta de los hechos, el derecho es la aplicación de los principios a los hechos. Un hombre puede tener razón en equidad, y no recibir satisfacción en justicia, sin que el juez sea acusable. Entre la conciencia y el hecho hay un abismo de razones determinantes que son desconocidas del juez y que condenan o legitiman el propio hecho. Un juez no es Dios, su deber consiste en adaptar los hechos a los principios, juzgar especies variadas hasta el infinito sirviéndose de una medida determinada. Si el juez tuviera la capacidad de leer en la conciencia y desentrañar los motivos con objeto de hacer equitativas las sentencias, cada juez sería un grande hombre. Francia necesita unos seis mil jueces; ninguna generación tiene a su servicio seis mil grandes hombres, con mucha mayor razón no puede encontrarlos para su magistratura. Popinot era en medio de la civilización parisiense un cadí muy hábil, el cual, por la naturaleza de su espíritu y a fuerza de

haber frotado la letra de la ley en el espíritu de los hechos, había reconocido el defecto de las aplicaciones espontáneas y violentas.

Ayudado por su segunda vista judicial, atravesaba la envoltura de la doble mentira, bajo la cual los pleiteantes ocultan el interior de los procesos. Tan juez como el ilustre Desplein era cirujano, penetraba las conciencias como el sabio penetraba los cuerpos. Su vida y sus costumbres le habían conducido a la apreciación exacta de los pensamientos más secretos por el examen de los hechos. Hurgaba en un proceso como Cuvier hurgaba en el humus de la tierra. Al igual que este gran pensador, iba de deducción en deducción antes de llegar a una conclusión, y reproducía el pasado de la conciencia como Cuvier reconstruía un anoploterio. A propósito de una relación, se despertaba a menudo durante la noche, sorprendido por un filón de verdad que brillaba a menudo en su pensamiento. Afectado por las injusticias profundas que coronaban esas luchas en las que todo abandona al hombre honrado, en las que todo redundaba en provecho de los bribones, concluía a menudo contra el derecho en favor de la equidad en todas las causas en las que se trataba de cuestiones en cierto modo adivinatorias. Pasaba, pues, entre sus colegas, por un espíritu poco práctico, ya que sus razones doblemente deducidas alargaban las deliberaciones. Cuando Popinot notaba repugnancia en escucharle, daba su opinión brevemente. Decían que juzgaba mal esta clase de asuntos; pero, como su talento de apreciación era sorprendente, su juicio era lúcido y su penetración profunda, se estimó que poseía una aptitud especial para las penosas funciones de juez de instrucción. Continuó siendo, pues, juez de instrucción durante la mayor parte de su vida judicial.

Aunque sus cualidades le hicieran eminentemente idóneo para esta carrera difícil, y tuviese la reputación de ser un profundo criminalista a quien sus funciones agradaban, la bondad de su corazón le hacía sufrir indeciblemente. Aunque mejor retribuidas que las de juez civil, las funciones de juez de instrucción no tientan a nadie; son demasiado esclavizadoras. Popinot, hombre de modestia y de virtuoso saber, sin ambición, trabajador infatigable, no se quejaba de su destino: hizo al bien público el sacrificio de sus gustos, y se dejó deportar a las lagunas de la instrucción criminal, en la que supo ser a la vez severo y bienhechor. A veces su escribano entregaba al acusado dinero para comprar tabaco, o para tener un vestido caliente en invierno, llevándole del gabinete del juez a la Souricière, cárcel temporal, en la que se hallan los acusados que están a disposición del instructor. Sabía ser juez inflexible y hombre caritativo. Así, nadie obtenía más fácilmente que él confesiones sin recurrir a los ardides judiciales. Poseía, por otra parte, la perspicacia del observador. Este hombre, de una bondad tonta en apariencia, simple y distraído, adivinaba las astucias de los Crispines del presidio, burlaba a las ramerías más taimadas y vencía a los malvados. Circunstancias poco comunes habían aguzado su perspicacia; pero, para poder decir en qué consistían, es necesario penetrar en su vida íntima: porque el juez era en él el aspecto social, pero en él había otro hombre más grande y menos conocido.

Doce años antes del día en que esta historia empieza, en 1816, con aquella terrible miseria que coincidió fatalmente con la estancia de los supuestos aliados en Francia, Popinot fue nombrado Presidente de la comisión extraordinaria, instituida para distribuir socorros a los indigentes de su barrio, en el momento en que proyectaba abandonar la calle de Fouarre, en la que le agradaba tan poco vivir como a su mujer. Este gran jurisconsulto, este profundo criminalista, cuya superioridad parecía una aberración a sus colegas, había estudiado, desde hacía cinco años, los hechos delictivos en relación con las causas que los habían originado. Al subir a las buhardillas, al advertir las miserias, al estudiar las necesidades crueles que conducen gradualmente a los pobres a acciones censurables, midiendo, en fin, sus largas luchas, sentíase penetrado de compasión. Este juez convirtiose entonces en el san Vicente de Paúl de esos niños grandes, de esos obreros doloridos. Su transformación no se efectuó de pronto. La beneficencia tiene su entrenamiento, como los vicios tienen el suyo. La caridad devora la bolsa de un santo, como la ruleta come los bienes del jugador, gradualmente. Popinot fue de infortunio en infortunio, de limosna en limosna; luego, cuando hubo aliviado la miseria pública que forma como un aparato bajo el cual se irrita una llaga febril, convirtiose, al cabo de un año, en la providencia de su barrio. Fue miembro del comité de beneficencia y de la oficina de caridad. Por dondequiera que podían ejercerse funciones gratuitas, aceptaba y obraba sin faramallas, al modo del *hombre del manto* que se pasa la vida llevando sopas a los mercados y a los lugares donde se encuentran personas hambrientas. Popinot tenía la suerte de actuar en una circunferencia más vasta y en una esfera más elevada: lodo lo vigilaba, prevenía el crimen, daba trabajo a los obreros parados, hacía colocar a los inválidos, distribuía recursos con discernimiento en todos los puntos amenazados, erigiéndose en el consejero de la viuda, protector de los niños sin asilo, comanditario de los pequeños comercios.

Nadie en el Palacio de Justicia, ni en París, conocía esta vida secreta de Popinot. Hay virtudes tan resonantes, que llevan consigo la obscuridad: los hombres se apresuran a meterlas debajo del celemín. En cuanto a aquellos que debían favores al magistrado, todos ellos trabajaban durante el día y estaban fatigados por la noche, por lo cual, eran poco idóneos a encomiarle; tenían la ingratitud de los niños, que nunca pueden pagar sus deudas porque deben demasiado. Hay ingratitudes obligadas; pero ¿qué corazón ha podido sembrar el bien para cosechar la gratitud y creerse grande? Desde el segundo año de su apostolado secreto, Popinot había acabado por convertir en un locutorio el almacén de la planta baja de su casa, que estaba iluminado por las tres ventanas con rejas de hierro. Las paredes y el techo de esta gran pieza habían sido blanqueados con cal, y el mobiliario consistía en bancos de madera parecidos a los de las escuelas, en un armario tosco, un escritorio de madera de nogal y un sillón. En el armario estaban sus registros de beneficencia, sus modelos de *bonos de pan*, su diario. Tenía sus escrituras en forma comercial, con objeto de no ser víctima de su propio corazón. Todas las miserias del barrio estaban cifradas, clasificadas en un libro

en el que cada desgracia tenía su cuenta, como en casa de un comerciante los diversos deudores. Cuando existían dudas acerca de una familia, acerca de un hombre que socorrer, el magistrado encontraba a sus órdenes los informes de la policía de seguridad. Lavienne, criado idóneo para tal dueño, era su ayuda de campo. Él sacaba o renovaba las papeletas del monte de piedad, y corría a los lugares amenazados mientras su dueño trabajaba en el Palacio de Justicia. De cuatro a siete de la mañana en verano, de seis a nueve en invierno, esta sala estaba llena de mujeres, de niños, de indigentes, a los que Popinot daba audiencia. No había necesidad alguna de estufa en invierno; la gente era tan numerosa, que la atmósfera se calentaba; únicamente ponía Lavienne paja en el suelo, húmedo en exceso. A la larga, los bancos habíanse quedado pulidos como caoba barnizada; luego, a la altura de un persona, la pared había recibido no sé qué oscura pintura aplicada por los harapos de aquella pobre gente. Aquellos desgraciados amaban tanto a Popinot, que, cuando, antes de abrir su puerta, se agolpaban delante de su casa por la mañana en invierno, nunca producían un murmullo que pudiera turbar su sueño. Los traperos, gente noctámbula, conocían aquella vivienda, y veían a menudo el gabinete del magistrado iluminado a horas intempestivas. En fin, los ladrones decían al pasar: «He ahí su casa», y la respetaban. La mañana pertenecía a los pobres, la mitad del día a los criminales, la tarde a los trabajos judiciales.

El genio de observación que poseía Popinot era, pues, necesariamente *bifronte*: adivinaba las virtudes de la miseria, los buenos sentimientos vejados, las bellas acciones en principio, los sacrificios ignorados, de la misma manera que iba a buscar al fondo de las conciencias los más leves trazos del crimen en germen, los hilos más sutiles de los delitos, para discernir todo el conjunto. El patrimonio de Popinot valía mil escudos de renta. Su mujer, hermana del señor Bianchon padre, médico en Sancerre, le había aportado el doble de esta suma. Esta mujer había fallecido hacía cinco años y había dejado su fortuna a su marido. Como los honorarios de juez suplente no son considerables, y Popinot sólo ejercía desde hacía cuatro años, es fácil adivinar la causa de su parsimonia en todo lo que concernía a su persona o a su vida, teniendo en cuenta cuán mediocres eran sus rentas y cuán grande era su beneficencia. Por otra parte, la indiferencia en lo que concierne al vestir, y que revelaba en el caso de Popinot al hombre preocupado, ¿no es acaso la marca distintiva de la alta ciencia, del arte cultivado locamente, del pensamiento perpetuamente activo? Para terminar este retrato, bastará añadir que Popinot formaba parte del pequeño grupo de jueces del Tribunal del Sena, a los que no había sido otorgada la condecoración de la Legión de Honor.

Tal era el hombre a quien el Presidente de la segunda cámara del Tribunal, a la que pertenecía Popinot, que había ingresado de nuevo desde hacía dos años en el seno de los jueces civiles, había encargado el interrogatorio del marqués de Espard, bajo la demanda presentada por su mujer con el fin de obtener una interdicción.

La calle de Fouarre, donde pululaban tantos desventurados a una hora tan

temprana de la mañana, volvíase desierta a las nueve y adquiría de nuevo su aspecto sombrío y miserable. Bianchon aceleró, pues, el trote de su caballo, con objeto de sorprender a su tío en medio de su audiencia. No pudo por menos de sonreír al pensar en el extraño contraste que produciría el juez al lado de la señora de Espard; pero prometiose llevarle a arreglar su aspecto personal de un modo que no resultase demasiado ridículo.

—Mi tío sólo tiene un traje nuevo, me parece —decíase Bianchon al entrar en la calle de Fouarre, donde las ventanas de la sala arrojaban una pálida claridad—. Creo que lo mejor será que me las entienda con Lavienne sobre este punto.

Al oír el ruido del cabriolé, una docena de menesterosos sorprendidos salieron de debajo del porche y se descubrieron al reconocer al médico; porque Bianchon, que trataba gratuitamente a los enfermos que le recomendaba el juez, no era menos conocido que éste de los desgraciados que allí se encontraban reunidos. Bianchon vio a su tío en medio de la sala cuyos bancos estaban, en efecto, repletos de indigentes que ofrecían las grotescas singularidades de vestido, a la vista de las cuales se detienen en plena calle los transeúntes menos artistas. Ciertamente, un dibujante, un Rembrandt, si los hubiera en nuestros días, habría concebido allí una de sus más magníficas composiciones al ver aquellas miserias ingenuamente expuestas y silenciosas. Aquí, la arrugada cara de un austero anciano de barba blanca y cráneo apostólico ofrecía un san Pedro hecho y derecho. Su pecho, descubierto en parte, dejaba ver unos músculos salientes, indicio de un temperamento de bronce, que le había servido de punto de apoyo para sostener todo un poema de desventuras. Allí, una mujer joven daba el pecho a su último hijo para impedir que llorase, mientras sostenía a otro, de unos cinco años de edad, entre sus rodillas. Aquel seno, cuya blancura resplandecía en medio de los andrajos, aquel niño de carnes transparentes, y su hermano, cuya actitud revelaba un porvenir de pillete, conmovían el alma por medio de una especie de oposición semigraciosa con la larga hilera de rostros enrojecidos por el frío en medio de la cual aparecía aquella familia. Más lejos, una anciana, pálida y fría, ofrecía la máscara del pauperismo sublevado, presto a vengar en un día de sedición todas las penalidades pasadas. Había también el obrero joven, débil, perezoso, cuyos ojos llenos de inteligencia anunciaban altas facultades reprimidas por necesidades vanamente combatidas, guardando silencio sobre sus sufrimientos, y próximo a morir por no encontrar la ocasión de pasar por entre los barrotes de aquel inmenso vivero, en el que se agitan aquellas miserias que se devoran entre sí. Las mujeres se hallaban en mayoría; sus maridos, que habían ido a sus talleres, les habían dejado sin duda el cuidado de abogar la causa del hogar con ese espíritu que caracteriza a la mujer del pueblo, casi siempre reina en su mísera vivienda. Habríaís visto en todas las cabezas pañuelos desgarrados, en todos los cuerpos vestidos manchados de barro, andrajos, pero en todas partes unos ojos que brillaban como otras tantas llamas vivas. Reunión horrible, cuyo aspecto inspiraba al principio repulsión, pero que pronto ocasionaba una especie de terror en el momento

en que uno se daba cuenta de que, puramente fortuita, la resignación de aquellas almas, luchando con todas las necesidades de la vida, era una especulación basada en la beneficencia. Las dos velas que iluminaban la sala vacilaban en una especie de niebla causada por el hedor de la atmósfera en aquel lugar mal ventilado.

El magistrado no era el personaje menos pintoresco en medio de aquella asamblea. Llevaba en la cabeza un gorro de algodón rojizo. Como estaba sin corbata, su cuello, rojo de frío y arrugado, se dibujaba claramente por encima del cuello raído de su vieja bata. Su cara fatigada ofrecía la expresión semiestúpida que da la preocupación. Su boca, semejante a la de todos los que trabajan, estaba recogida como una bolsa de la que se han estrechado los cordones. Su frente contraída parecía soportar el fardo de todas las confidencias que se le habían hecho: sentía, analizaba y juzgaba. Atento como un usurero, sus ojos abandonaban sus libros y sus informes para penetrar hasta el fuero interno de los individuos a los que examinaba con la rapidez de visión por medio de la cual los avaros expresan sus inquietudes. De pie detrás de su dueño, dispuesto a ejecutar sus órdenes, Lavienne ejercía sin duda las funciones de policía y acogía a los recién llegados animándoles contra su propia vergüenza. Cuando apareció el médico, prodújose un movimiento en los bancos. Lavienne volvió la cabeza y quedose extrañamente sorprendido al ver a Bianchon.

—¡Ah! ¿Estás ahí, muchacho? —dijo Popinot—. ¿Qué es lo que te trae a estas horas?

—Temía que hoy, sin haber hablado conmigo, hicierais cierta visita de carácter judicial sobre la cual quisiera deciros algo.

—Bien —repuso el juez dirigiéndose a una mujer baja y gruesa que estaba de pie junto a él—, si no me decís lo que os pasa, yo no lo adivinaré, hija mía.

—Daos prisa —le dijo Lavienne—, no robéis el tiempo a los demás.

—Señor —dijo al fin la mujer ruborizándose y bajando la voz de modo que sólo pudieron oírla Popinot y Lavienne—, había escondido el dinero que tenía y...

—Y vuestro hombre os lo quitó, ¿no es eso? —dijo Popinot adivinando el desenlace de la confesión.

—Sí, señor.

—¿Cómo os llamáis?

—La Pomponne.

—¿Vuestro marido?

—Toupinet.

—¿Calle del Petit-Banquier? —repuso Popinot hojeando su registro—. Está en la cárcel —añadió leyendo una observación al margen de la casilla en que aquella familia se hallaba inscrita.

—Por deudas, señor.

Popinot meneó la cabeza.

—Pero, señor, no tengo con qué llevar adelante mi negocio de vendedora ambulante, ha venido el casero y quiere que le pague, y si no, me echa de la casa.

Lavienne se inclinó hacia su dueño y le dijo unas palabras al oído.

—Bien, ¿qué necesitáis para comprar vuestra fruta en el mercado?

—Pues, señor, necesitaría, para continuar mi comercio... sí, necesitaría diez francos.

El juez hizo una seña a Lavienne, que sacó diez francos y los dio a la mujer mientras el juez inscribía el préstamo en su registro. Al ver el movimiento de alegría que hizo estremecer a la vendedora, Bianchon adivinó la ansiedad con que sin duda había ido aquella mujer a la casa del juez.

Bianchon llevó aparte al criado e informose del tiempo que llevaría aquella audiencia.

—El señor ha tenido doscientas personas esta mañana, y todavía tiene que *hacer* ochenta más —dijo Lavienne—; el señor doctor tendría tiempo de ir a sus primeras visitas.

—Muchacho —dijo el juez volviéndose y cogiendo a Horacio por el brazo—, tomá, aquí tienes dos direcciones cerca de aquí, la una en la calle del Sena, la otra en la calle de la Ballesta. Corre hacia allá. En la calle del Sena, una joven acaba de asfixiarse, y en la calle de la Ballesta encontrarás a un hombre que necesita ingresar en tu clínica. Te aguardaré para desayunar.

Bianchon regresó al cabo de una hora. La calle de Fouarre estaba desierta, empezaba a clarear; su tío volvía a subir a su casa; el último pobre cuya miseria acababa de aliviar el magistrado, se marchaba; la bolsa de Lavienne estaba vacía.

—¡Bien! ¿Cómo van? —preguntó el juez al médico mientras subían la escalera.

—El hombre ha muerto —respondió Bianchon—, la muchacha podrá salvarse.

Desde que los ojos y la mano de una mujer faltaban en la casa, la vivienda de Popinot había adquirido un aspecto en consonancia con el del dueño. La incuria del hombre llevado por una idea dominante, imprimía su extraño sello a todas las cosas. Por todas partes un polvo inveterado, en los objetos esos cambios de destino cuya industria recordaba la de los pisos de soltero. Había papeles en jarrones de llores, botellas de tinta vacías sobre los muebles, platos olvidados, en fin, un gran desorden. Pero el gabinete del magistrado, particularmente removido por aquel desorden incesante, revelaba su extraordinaria prisa, la actividad del hombre abrumado de quehaceres, perseguido por necesidades que se entrecruzan. La biblioteca parecía haber sido saqueada, los libros por el suelo; los registros de procedimiento también en el suelo dispuestos en línea. Este suelo entarimado hacía dos años que no había sido fregado. Las mesas y los muebles estaban atestados de «ex votos» ofrecidos por la miseria agradecida. Sobre los cucuruchos de vidrio azul que adornaban la chimenea se encontraban dos globos de vidrio, en el interior de los cuales se hallaban esparcidos diversos colores mezclados, lo que les daba el aspecto de un curioso producto de la naturaleza. Ramilletes de flores artificiales, cuadros en los que las iniciales de Popinot estaban rodeadas de corazones y de siemprevivas, decoraban las paredes. Aquí, cajas de ebanistería hechas con pretensión, y que no podían servir para

nada. Allá, pisapapeles trabajados con el gusto de las obras realizadas en presidio por los penados. Estas obras maestras de paciencia, estas muestras de gratitud, estos ramilletes secos, daban al gabinete y a la habitación del juez el aspecto de una tienda de juguetes para niños. El buen hombre llenaba estas obras de notas, de plumas olvidadas y de pequeños papeles. Estos sublimes testimonios de una caridad divina estaban llenos de polvo, sin frescor. Algunas aves perfectamente disecadas, pero roídas por la polilla, se erguían en aquella selva de baratijas en la que dominaba un gato de angora, el gato favorito de la señora Popinot, y al que un naturalista arruinado había restituido sin duda todas las apariencias de la vida, pagando así con un tesoro eterno una pequeña limosna. Algún artista de barrio, cuyo corazón había extraviado los pinceles, había pintado los retratos del señor y de la señora Popinot. Hasta la alcoba del dormitorio veíanse pelotas bordadas, paisajes y cruces de papel plisado, todo lo cual revelaba un ímprobo trabajo. Los visillos de las ventanas estaban ennegrecidos por el humo, y las cortinas no tenían ya ningún color. Entre la chimenea y la larga mesa cuadrada en la que trabajaba el magistrado, la cocinera había servido dos tazas de café con leche encima de un velador. Dos sillones de caoba aguardaban al tío y al sobrino. Como quiera que la luz interceptada por las ventanas no llegaba a este lugar, la cocinera había dejado dos bujías cuya mecha desmesuradamente larga formaba como una seta, y proyectaba esa luz rojiza que hace durar la bujía por la lentitud de la combustión, descubrimiento debido a los avaros.

—Querido tío, deberíais poneros ropa de mayor abrigo cuando bajáis a esa sala.

—Es que me pesa tener que hacerles esperar, ¡pobre gente! Bien, ¿qué quieres de mí?

—Vengo a invitaros a comer mañana en casa de la marquesa de Espard.

—¿Una de nuestras parientas? —preguntó el juez con aire tan ingenuamente preocupado, que Bianchon se echó a reír.

—No, tío; la marquesa de Espard es una dama muy importante, que ha presentado una demanda al Tribunal para lograr la interdicción de su marido, y vos habéis sido encargado de...

—¿Y quieres que vaya a comer con ella? ¿Estás loco? —dijo el juez cogiendo el Código de procedimiento—. Toma, lee, pues, el artículo que prohíbe al magistrado comer y beber en compañía de una de las partes a las cuales él debe juzgar. Que venga a verme, si tiene algo que decirme, tu marquesa. Mañana, en efecto, yo debería ir a interrogar a su marido, después de haber examinado el asunto durante la noche próxima.

Levantose, tomó un expediente que se encontraba bajo un pisapapeles a su alcance y dijo, después de haber leído el epígrafe:

—He aquí los documentos. Puesto que esta importante dama te interesa —dijo—, veamos la demanda.

III

LA DEMANDA

Popinot cruzó su bata, cuyos pliegues volvían a caer dejando al desnudo el pecho; mojó el pan en el café con leche, que ya se le había enfriado, y buscó la demanda, que leyó, permitiéndose algunos paréntesis y algunos comentarios que su sobrino, por su parte, apostilló.

Al Señor Presidente del Tribunal Civil de primera instancia del Departamento del Sena, en el Palacio de Justicia.

La señora Juana Clementina Atenais de Blamont-Chauvry, esposa del señor Carlos Mauricio María Andoche, conde de Nègrepelisse, marqués de Espard (¡buena nobleza!), propietario; la susodicha señora de Espard, domiciliada en la calle del Faubourg Saint-Honoré, n.º 104, y el susodicho señor de Espard, calle de la Montagne-Sainte-Geneviève, número 22 (¡ah, sí!, el señor Presidente me ha dicho que era en mi barrio), teniendo aquélla al señor Desroches como procurador...

—¡Desroches! ¡Un procuradorcillo mal visto del Tribunal y de sus colegas, y que perjudica a sus clientes!

—¡Pobre muchacho! —dijo Bianchon—. Carece de fortuna y hartó trabajo tiene para poder ganarse la vida, eso es todo.

Tiene el honor de exponeros, señor Presidente, que, desde hace un año, las facultades morales e intelectuales del señor de Espard, su marido, han sufrido una alteración tan profunda, que constituyen hoy el estado de demencia y de imbecilidad previsto por el artículo 486 del Código civil, y exigen, en bien de su fortuna y de su persona, y en interés de sus hijos, le sean aplicadas las disposiciones requeridas por el mismo artículo;

Que, en efecto, el estado moral del señor de Espard, que, desde hace algunos años inspiraba graves temores fundados en el sistema adoptado por él para el gobierno de sus asuntos, ha recorrido, durante este último año especialmente, una deplorable escala de depresión; que la voluntad ha sido la primera en experimentar los efectos del mal, y que su anulación ha dejado al señor marqués de Espard entregado a todos los peligros de una incapacidad comprobada por los hechos siguientes:

Desde hace algún tiempo, todos los ingresos que producen los bienes del marqués de Espard pasan, sin causas plausibles y sin ventajas, ni siquiera temporales, a una mujer anciana cuya fealdad repulsiva es observada en general, llamada señora

Jeanrenaud, que habita tan pronto en París, en la calle de la Vrillière, n.º 8, tan pronto en Villeparisis, cerca de Claye, departamento de Sena y Marne, y en provecho de su hijo, de treinta y seis años, oficial de la ex guardia imperial, que, por su crédito, ha sido colocado por el señor marqués de Espard en la guardia real en calidad de jefe de escuadra en el Primer Regimiento de Coraceros. Estas personas, reducidas en 1814 a la más extrema miseria, han adquirido sucesivamente inmuebles de un valor considerable, entre otros, y últimamente, un hotel en la Grande rue Verte, donde el señor Jeanrenaud hace actualmente gastos considerables con objeto de establecerse allí con la señora Jeanrenaud, su madre, en vista de la boda que proyecta contraer; los cuales gastos se elevan ya a más de cien mil francos. Esta boda ha sido facilitada por las diligencias del marqués de Espard cerca de su banquero, el señor Mongenod, a quien ha pedido la mano de la sobrina para el susodicho señor Jeanrenaud, prometiendo su crédito para alcanzar para él la dignidad de barón. Este nombramiento ha tenido lugar efectivamente por decreto de Su Majestad, con fecha del 29 de diciembre último, por solicitud del marqués de Espard, según puede ser justificado por Su Grandeza el Señor Guardasellos, en caso de que el Tribunal juzgase conveniente recurrir a su testimonio;

Que ninguna razón, incluso tomada de entre aquellas que la moral y la ley reprueban igualmente, puede justificar el imperio que la señora viuda Jeanrenaud ejerce sobre el marqués de Espard, quien, por otra parte, la ve muy raras veces; ni explicar su extraño afecto por el susodicho señor barón Jeanrenaud, con quien sus comunicaciones son poco frecuentes; sin embargo, su autoridad resulta ser tan grande, que cada vez que tiene necesidad de dinero, aunque no fuese más que para complacer simples caprichos...

—¡Eh, eh! *Razón que la moral y la ley reprueban.* ¿Qué quieren insinuar el pasante o el procurador? —dijo Popinot.

Bianchon se echó a reír.

... Esa dama o su hijo obtienen sin ningún género de dudas del marqués de Espard lo que piden, y a falta de dinero en metálico, el señor de Espard firma letras de cambio negociadas por el señor Mongenod, el cual ha ofrecido a la demandante que podría dar fe de ello.

Que, por otra parte, basándose en estos hechos, ha sucedido recientemente, con ocasión de renovar los arriendos de las tierras de Espard, que habiendo dado los colonos una suma bastante importante para la continuación de sus contratos, el señor Jeanrenaud se ha hecho efectuar inmediatamente la entrega;

Que la voluntad del marqués de Espard concurre en tan escaso grado al abandono de estas sumas que, cuando se le ha hablado de ello, no ha parecido acordarse; que cada vez que personas graves le han interrogado sobre su interés por esos dos individuos, sus respuestas han indicado una tan completa negación de sus ideas, de

sus intereses, que hay necesariamente en este asunto una causa oculta sobre la cual la demandante apela a la mirada escrutadora de la Justicia, dado que es imposible que esta causa no sea criminal, abusiva o de una naturaleza apreciable por la medicina legal, si es que esta obsesión no es de aquellas que entren en el abuso de las fuerzas morales, y a las que no puede calificarse más que valiéndose del término extraordinario de *posesión*...

—¡Demonio! —repuso Popinot—. ¿Qué me dices de eso, doctor? Todos estos hechos son muy extraños.

—Podrían ser —respondió Bianchon— un efecto del poder magnético.

—¿Tú crees, entonces, en las tonterías de Mesmer, en la visión a través de los muros?

—Sí, tío —repuso gravemente el doctor—, mientras os oía leer esa demanda, estaba pensando en ello. Os declaro que he comprobado, en otra esfera de acción, varios hechos análogos, concernientes al imperio sin límite que un hombre puede adquirir sobre otro. Estoy, contrariamente a la opinión de mis colegas, totalmente convencido del poder de la voluntad, considerada como una fuerza motriz. He visto, aparte todo charlatanismo, los efectos de esa *posesión*. Los actos prometidos al *magnetizador* por el *magnetizado* durante el sueño han sido escrupulosamente realizados en el estado de vigilia. La voluntad del uno habíase convertido en la voluntad del otro.

—¿Toda clase de acto?

—Sí.

—Incluso criminal.

—Incluso criminal.

—Si no fueras tú quien lo afirma, no lo creería.

—Puedo daros fe de ello —dijo Bianchon.

—¡Hum! ¡Hum! —exclamó el juez—. Suponiendo que la causa de esta pretendida *posesión* perteneciese a este orden de hechos, sería difícil de comprobar y de lograr que se admitiese en justicia.

—No veo —dijo Bianchon—, si esa señora Jeanrenaud es horriblemente fea y vieja, qué otro medio de seducción pudiera tener.

—Pero —repuso el juez—, en 1814, época en la cual esta seducción habría estallado, esa mujer debía tener catorce años menos; si ha estado liada diez años antes con el señor de Espard, esos cálculos de fecha nos llevan a veinticuatro años atrás, época en la que la dama podía ser joven, bonita, y haber conquistado, por medios muy naturales, tanto para ella como para su hijo, un imperio sobre el señor de Espard, al cual ciertos hombres no son capaces de sustraerse. Si la causa de ese imperio parece reprobable a los ojos de la justicia, es justificable a los ojos de la naturaleza, la señora Jeanrenaud habrá podido enojarse a causa de la boda celebrada probablemente hacia esa época por el marqués de Espard con la señorita de Blamont-

Chauvry; y en el fondo de todo ello pudiera no haber más que una rivalidad entre mujeres, puesto que el marqués ya hace tiempo que no vive con la señora de Espard.

—Pero ¿y esa fealdad repulsiva, tío mío?

—El poder de las seducciones —repuso el juez— se halla en razón directa de la fealdad; es ésta una cuestión muy antigua. Pero, continuemos.

... Que, desde el año 1815, para procurar las sumas exigidas por esas dos personas, el señor marqués de Espard ha ido a alojarse con sus dos hijos en la calle de la Montagne-Sainte Geneviève, en un apartamento cuya pobreza es indigna de su apellido y de su calidad (uno se aloja como quiere, ¡qué caramba!); que retiene allí a sus dos hijos, el conde Clemente de Espard y el vizconde Camilo de Espard, en una vida en desacuerdo con su porvenir, con su apellido y con su fortuna; que a menudo la falta de dinero es tan grande, que recientemente el propietario, un tal señor Mariast, mandó quitar los muebles del apartamento; que cuando esto se efectuó en su presencia, el marqués de Espard ayudó al escribano, al que trató como a un hombre de calidad, prodigándole todas las muestras de cortesía y de atención que hubiera podido tener para con una persona de dignidad superior a la suya...

Tío y sobrino se miraron, riendo.

Que, por otra parte, todos los actos de su vida, fuera de los hechos alegados con respecto a la señora viuda Jeanrenaud y del señor barón Jeanrenaud, su hijo, se hallan marcados por la locura; que, pronto hará de ello diez años, se ocupa tan exclusivamente de la China, de sus costumbres, de su historia, que todo lo refiere a los hábitos de los chinos; que, interrogado sobre este punto, confunde los asuntos de la época, los acontecimientos del día antes, con los hechos relativos a la China; que censura los actos del Gobierno y la conducta del Rey, aunque por otra parte le ama, comparándolos con la política china;

Que esta monomanía ha impulsado al marqués de Espard a acciones desprovistas de sentido; que, contra las costumbres de su rango y las ideas que él profesaba sobre el deber de la nobleza, ha emprendido un negocio comercial para el cual ha suscrito diariamente obligaciones hasta tal punto que amenazan hoy su honor y su fortuna, dado que le confieren la calidad de negociante y pueden, por falta de pago, hacerle declarar en quiebra; que estas obligaciones, contraídas con los vendedores de papel, los impresores, los litógrafos y los coloristas, que han suministrado los elementos necesarios a esta publicación titulada: *Historia pintoresca de la China*, y que aparece por entregas, son de tal importancia, que esos mismos proveedores han suplicado a la demandante que solicite la interdicción del marqués de Espard, con objeto de salvar sus créditos...

—¡Ese hombre está loco! —exclamó Bianchon.

—¿Crees tú eso? —dijo el juez—. Es preciso oírle. El que no escucha más que una campana, no oye más que un sonido.

—Pero me parece... —dijo Bianchon.

—Pero me parece —dijo Popinot—, que si alguno de mis parientes quisiera apoderarse de la administración de mis bienes, y que en vez de ser un simple juez de quien los colegas pueden examinar todos los días el estado moral, yo fuese duque y par, un procurador un poco avisado, como lo es Desroches, podría levantar una demanda parecida contra mí.

... Que la educación de sus hijos ha padecido quebranto a causa de la susodicha monomanía, y que les ha hecho aprender, contrariamente a todas las costumbres de la enseñanza, los hechos de la historia china que contradicen las doctrinas de la religión católica, y les ha hecho aprender los dialectos chinos...

—Aquí, Desroches me parece un pícaro —dijo Bianchon.

—La demanda ha sido redactada por su primer pasante, Godeschal, al que tú conoces —dijo el juez.

... Que deja a menudo a sus hijos privados de las cosas más necesarias; que la demandante, a pesar de sus instancias, no puede verles; que el señor marqués de Espard se los lleva una sola vez al año; que, sabiendo las privaciones a las que se hallan sometidos, ha realizado vanos esfuerzos para darles las cosas necesarias a la existencia, y de las que carecían...

—¡Oh!, señora marquesa, todo eso no son más que farsas. El que prueba demasiado, no prueba nada. Hijo mío —dijo el juez dejando el expediente sobre sus rodillas—, ¿cuál es la madre a la que ha faltado alguna vez el corazón, la inteligencia, las entrañas, hasta el punto de permanecer por debajo de las inspiraciones sugeridas por el instinto animal? Una madre es tan astuta para llegar adonde están sus hijos, como una joven puede serlo para llevar a buen término una intriga amorosa. Si tu marquesa hubiese querido alimentar o vestir a sus hijos, ni el mismo diablo habría podido impedirselo, ¿no te parece? ¡Es demasiado larga esa culebra para querer hacérsela tragar a un viejo juez! Prosigamos:

... Que la edad a la que llegan los susodichos hijos exige, desde ahora, que se tomen precauciones para sustraerlos a la funesta influencia de esta educación, que se provea a ellos según su rango, y que no tengan bajo sus ojos el ejemplo que les ofrece la conducta de su padre;

Que basándose en los hechos que se acaban de alegar, existen pruebas cuya

repetición obtendrá fácilmente el Tribunal: a veces, el señor de Espard ha llamado al juez de paz del distrito doce, mandarín de tercera clase; a menudo ha llamado *letrados* a los profesores del colegio de Enrique IV. A propósito de las cosas más sencillas, ha dicho que esto no sucedía de este modo en la China; hace, durante una conversación ordinaria, alusión, sea a la señora Jeanrenaud, sea a sucesos acaecidos durante el reinado de Luis XIV, y permanece entonces sumido en una negra melancolía; a veces se imagina hallarse en la China. Varios de sus vecinos, especialmente los señores Edme Becker, estudiante de medicina, y Juan Bautista Frémot, profesor, domiciliados en la misma casa, piensan, después de haber tratado al marqués de Espard, que su monomanía, en todo lo que concierne a la China, es una consecuencia de un plan forjado por el señor barón Jeanrenaud y la señora viuda su madre para completar el anulamiento de las facultades morales del marqués de Espard, dado que el único servicio que parece prestarle al señor de Espard la señora Jeanrenaud es el de procurarle todo lo que se relaciona con el imperio de la China;

Que, en fin, la demandante ofrece probar al Tribunal que las sumas absorbidas por los señores Jeanrenaud madre e hijo, de 1814 a 1828, no se elevan a menos de un millón de francos.

Para la confirmación de los hechos que preceden, la demandante ofrece al señor Presidente el testimonio de las personas que ven habitualmente al señor marqués de Espard, y cuyos nombres y calidad se hallan indicados más abajo, entre las cuales muchas le han suplicado que provoque la interdicción del señor marqués de Espard, como el único medio de poner su fortuna al abrigo de su deplorable administración y a sus hijos lejos de su funesta influencia.

Esto considerado, señor Presidente, y vistas las piezas adjuntas, la demandante ruega que os plazca, dado que los hechos que preceden prueban evidentemente el estado de demencia y de imbecilidad del señor marqués de Espard, arriba mencionado, calificado y domiciliado, ordenar que, para conseguir la interdicción del mismo, la presente demanda y las piezas de apoyo sean comunicadas al señor Procurador del Rey y encargar a uno de los señores jueces del Tribunal que efectúe la relación en el día que tengáis a bien indicar y para que podáis hacer justicia. Etc.

—Y aquí tenéis —dijo Popinot— la orden del Presidente que me encarga del asunto. Bien, ¿qué quiere de mí la marquesa de Espard? Lo sé todo. Mañana iré con mi escribano a ver al señor marqués, porque esto no me parece nada claro.

—Oídmeme, querido tío, nunca os he pedido el más pequeño favor que guardase relación con vuestras funciones judiciales; pues bien, os suplico que tengáis para con la señora de Espard una complacencia que merece su situación. Si viniese aquí, ¿la escucharíais?

—Sí.

—Entonces, id a oírla en su propia casa; la señora de Espard es una mujer enfermiza, nerviosa, delicada, que se encontrarla incómoda en vuestro nido de ratas.

Id por la tarde, en vez de aceptar su invitación para comer con ella, puesto que la ley os prohíbe beber y comer con vuestros justiciables.

—¿Es que la ley no os prohíbe recibir herencias de vuestros muertos? —dijo Popinot creyendo advertir un matiz de ironía en los labios de su sobrino.

—Vamos, tío; aunque no fuese más que para adivinar la verdad de este asunto, acceded a lo que os pido. Vos iréis allá en calidad de juez de instrucción, puesto que las cosas no os parecen bastante claras. ¡Diantre!, el interrogatorio de la marquesa no es menos necesario que el de su marido.

—Tienes razón —dijo el magistrado—, bien pudiera ser que la loca fuese ella. Iré.

—Vendré a recogeros; escribid en vuestra agenda: *Mañana por la noche, a las nueve, en casa de la señora de Espard*. Bien —dijo Bianchon viendo que su tío anotaba la cita.

Al día siguiente, a las nueve de la noche, el doctor Bianchon subió la polvorienta escalera de su tío, y le encontró trabajando en la redacción de algún juicio espinoso. El traje pedido por Lavienne no había sido traído por el sastre, de suerte que Popinot cogió su traje viejo, lleno de manchas, y fue el Popinot *incomptus* cuyo aspecto suscitaba la risa en aquellos que desconocían su vida íntima. Bianchon consiguió, sin embargo, poner en orden la corbata de su tío y abrocharle el traje, escondió las manchas cruzando el reverso de los faldones de derecha a izquierda y ofreciendo así a la vista la parte aún nueva de la tela. Pero a los pocos instantes, el juez arremangó el vestido sobre el pecho al poner las manos en los bolsillos del chaleco, obedeciendo a su costumbre. El vestido, desmesuradamente plegado por delante y por detrás formó como una joroba en mitad de la espalda y produjo entre el chaleco y el pantalón una solución de continuidad por la cual apareció la camisa. Para desgracia suya, Bianchon no se dio cuenta de este aumento de ridículo hasta el momento en que su tío se presentó en casa de la marquesa.

Un breve bosquejo de la vida de la persona a cuya casa iban en aquel momento el médico y el juez, se hace aquí necesario para que resulte inteligible la conferencia que Popinot iba a celebrar con ella.

La señora de Espard era, desde hacía siete años, una mujer muy de moda en París, donde la moda eleva y humilla sucesivamente a personajes que, ora grandes, ora pequeños, es decir, unas veces en candelera y otras olvidados, se vuelven más tarde insoportables como lo son todos los ministros caídos en desgracia y todos los reyes destronados. Molestos por sus pretensiones frustradas, estos aduladores del pasado murmuran de todo, y como los disipadores arruinados, son los amigos de todo el mundo. Para haber sido abandonada por su marido hacia el año 1815, la señora de Espard debía haberse casado a principios del año 1812. Sus hijos tenían, pues, necesariamente, el uno quince y el otro trece años. ¿Por qué azar una madre de familia, de unos treinta y seis años de edad, era una mujer de moda? Aunque la moda sea caprichosa y nadie pueda predecir sus favoritos, aunque a menudo exalte a la

mujer de un banquero o a alguna persona de elegancia y belleza dudosas, debe parecer sobrenatural que la moda hubiese adoptado aires constitucionales al admitir la *presidencia de la edad*.

Aquí la moda había hecho como todo el mundo, aceptaba a la señora de Espard como mujer joven. La marquesa tenía treinta y seis años en los registros del estado civil y veintidós años por la noche en un salón. Pero ¡cuántos cuidados y artificios! Bucles artificiosos le ocultaban las sienes. En su casa se condenaba a la penumbra haciéndose la enferma con objeto de permanecer en los matices protectores de una luz tamizada por la muselina. Como Diana de Poitiers, empleaba el agua fría en sus baños; como ella, la marquesa se acostaba sobre crin, dormía sobre almohadones de tafilete para conservar su cabellera, comía poco, no bebía más que agua, combinaba sus movimientos con objeto de evitar la fatiga, y ponía una exactitud monástica en los menores actos de la vida. Este rudo sistema, dicen, ha sido llevado hasta el empleo del hielo en lugar del agua por una ilustre polaca que, en nuestros días, combina una vida ya secular con las ocupaciones y con las costumbres de una petimetra. Destinada a vivir tantos años como vivió Marion Delorme, a la que algunos biógrafos atribuyen una edad de ciento treinta años, la ex-*virreina* de Polonia presenta, cerca de los cien años, una mente y un corazón jóvenes, un rostro gracioso, un talle esbelto; en su conversación, en la que las palabras crepitan como sarmientos en el fuego, puede comparar a los hombres y los libros de la literatura actual con los hombres y los libros del siglo XVIII. Desde Varsovia, encarga sus gorros en casa de Herbault. Gran dama, tiene el corazón juvenil de una muchacha; nada y corre como un estudiante, y sabe echarse en un diván con la misma gracia que una joven coqueta; insulta a la muerte y se ríe de la vida. Después de haber asombrado en otro tiempo al emperador Alejandro, hoy puede sorprender al emperador Nicolás con la magnificencia de sus fiestas. Todavía hace derramar lágrimas a algún joven enamorado, porque tiene la edad que quiere tener y la ternura inefable de una griseta. En fin, es un verdadero cuento de hadas, si es que no es ella misma el hada de los cuentos. ¿Es que la señora de Espard había conocido a la señora de Zayonscek? ¿Es que quería imitar la vida de ésta? Sea lo que fuere, la marquesa probaba la bondad de ese régimen, sus colores eran puros, su frente carecía de arrugas, su cuerpo conservaba, como el de la amada de Enrique II, la agilidad, la lozanía, atractivos ocultos que inspiran y fijan el amor en una mujer. Las precauciones tan sencillas de este régimen indicado por el arte, por la naturaleza, quizá también por la experiencia, encontraban por otra parte en ella un sistema general que las corroboraba. La marquesa estaba dotada de una profunda indiferencia por todo lo que no fuese ella misma; los hombres la divertían, pero ninguno de ellos le había producido estas grandes excitaciones que remueven profundamente las dos naturalezas. No tenía ni odio ni amor. Ofendida, se vengaba fría y tranquilamente, aguardando la ocasión de satisfacer el mal pensamiento que conservaba sobre quienquiera que hubiera quedado mal situado en su memoria. No se agitaba; hablaba, porque sabía que al decir dos palabras, una mujer puede hacer matar

a tres hombres. Al ser abandonada por el señor de Espard había experimentado un placer singular: ¿acaso no se llevaba él a dos niños que, por el momento, la aburrían y que, más tarde, podían perjudicar a sus pretensiones? Los dos hijos de quienes tanto parecía preocuparse la marquesa en su demanda, eran, lo mismo que su padre, desconocidos del mundo como el paso norte-este es desconocido de los marinos. El señor de Espard pasaba por ser un excéntrico que habla abandonado a su mujer sin tener contra ella el más leve motivo de queja. Dueña de sí misma a los veintidós años de edad, y dueña de su fortuna, que consistía en veintiséis mil libras de renta, la marquesa vaciló mucho tiempo antes de tomar un partido, y de decidir de su existencia.

Aunque se aprovechase de los gastos que su marido había hecho en su hotel, y conservase los muebles, los coches, los caballos, en fin, toda una casa instalada, al principio llevó una vida retirada, durante los años 16, 17 y 18, época en la que las familias se reponían de los desastres ocasionados por las tormentas políticas. Perteneciente, por otra parte, a una de las casas más importantes e ilustres del Faubourg Saint-Germain, sus padres le aconsejaron que viviese en familia, después de la separación forzosa a la que la condenaba el inexplicable capricho de su marido.

En 1820, la marquesa salió de su letargo, hizo su aparición en la Corte, en las fiestas, y recibió en su casa. De 1821 a 1827, llevó un gran tren de vida, hízose notar por su exquisito gusto y por su «toilette»; tuvo su día y sus horas de recepción; luego, pronto se sentó en el trono en el que anteriormente habían brillado la señora vizcondesa de Beauséant, la duquesa de Langeais, la señora Firmiani, la cual, después de su boda con el señor De Camps, había cedido el cetro a la duquesa de Maufrigneuse, a la cual lo arrebató la señora de Espard. El mundo no sabía nada más acerca de la vida íntima de la marquesa de Espard. Parecía como si hubiera de estar mucho tiempo en el horizonte parisiense, como un sol cercano a su ocaso, pero que nunca acabaría de ponerse. La marquesa había trabado relaciones con una duquesa no menos célebre por su belleza que por su devoción a la persona de un príncipe a la sazón en desgracia, pero acostumbrado siempre a entrar como dominador en los gobiernos ulteriores. La señora de Espard era también amiga de una extranjera cerca de la cual un ilustre y taimado diplomático ruso analizaba los asuntos públicos. En fin, una vieja condesa acostumbrada a barajar las cartas del gran juego político la había adorado maternalmente. Para todas las personas perspicaces, la señora de Espard preparábase así para hacer suceder una influencia sorda pero real al reinado público y frívolo que debía a la moda. Su salón adquiría una consistencia política. Estas palabras: *¿Qué se dice de ello en casa de la señora de Espard? El salón de la señora de Espard está contra tal o cual medida*, comenzaban a ser repetidas por un número bastante grande de tontos como para conferir a su rebaño de fieles la autoridad de una camarilla. Algunos heridos políticos, vendados, cosquilleados por ella, tales como el favorito de Luis XVIII, que ya no lograba que se le tomase en consideración, y antiguos ministros próximos a volver al poder, afirmaban que era tan

fuerte en diplomacia como lo era en Londres la mujer del embajador ruso. La marquesa había dado varias veces, sea a diputados, sea a pares, palabras e ideas que desde la tribuna habían resonado en Europa. À menudo había juzgado bien acerca de algunos acontecimientos sobre los cuales sus contertulios no se atrevían a dar su opinión. Los principales personajes de la corte iban por la noche a jugar al *whist* en su casa.

Por otra parte, poseía las cualidades de sus defectos. Pasaba por ser discreta y lo era. Su amistad parecía a toda prueba. Servía a sus protegidos con una persistencia que probaba que lo que más le importaba era aumentar su crédito. Esta conducta estaba inspirada por su pasión dominante, la vanidad. Las conquistas y los placeres, que tanto anhelan muchas mujeres, eran considerados por ella como medios: ella quería vivir sobre todos los puntos del gran círculo que pueda describir la vida. Entre los hombres todavía jóvenes a los que pertenecía el futuro y que se apretujaban en sus salones, en los grandes días de fiesta, hacíanse notar los señores de Marsay, de Ronquerolles, de Montriveau, de la Roche-Hugon, de Sérizy, Ferraud, Máximo de Trailles, de Listomère, los dos Vandenesse, du Châtelet, etcétera. A menudo admitía a un hombre sin querer recibir a su mujer, y su poder era ya bastante fuerte para imponer estas duras condiciones en ciertas personas ambiciosas, tales como dos célebres banqueros realistas, los señores de Nucingen y Femando de Tillet. Había estudiado tan bien los puntos fuertes y flacos de la vida parisiense, que siempre se había comportado de modo que no dejara a ningún hombre la más mínima ventaja sobre ella. Habría podido prometerse una suma enorme por una carta en la que ella se comprometiese, y no habría podido encontrarse ni una sola.

Si la sequedad de su alma le permitía desempeñar su papel al natural, no la servía menos su aspecto exterior. Tenía un talle juvenil. Su voz era, según ella quería, suave, fresca, clara o dura. Poseía en grado eminente los secretos de esa actitud aristocrática por la cual una mujer borra su pasado. La marquesa conocía bien el arte de poner un espacio inmenso entre ella y el hombre que se cree con derecho a la familiaridad, después de una felicidad fortuita. Su mirada imponente sabía negarlo todo. En su conversación, los grandes y bellos sentimientos, las nobles determinaciones parecían brotar naturalmente de un alma y de un corazón puros; pero ella era en realidad todo cálculo, y era también muy capaz de perjudicar a un hombre torpe en sus transacciones, cuando transigiría sin pudor en provecho de sus intereses personales. Al tratar de unirse a esta mujer, Rastignac había acertado al considerarla el más hábil de los instrumentos: pero aún no se había servido de él; lejos de poder manejarlo, hacíaese ya triturar por él. Aquel joven *condottiere* de la inteligencia, condenado, como Napoleón, a librar siempre batalla sabiendo que una sola derrota era la tumba de su fortuna, había encontrado en su protectora un peligroso adversario. Por primera vez en su vida turbulenta, jugaba una partida seria con una adversaria digna de él. En la conquista de la señora de Espard advertía un misterio; así, la servía, antes de servirse de ella: peligroso comienzo.

El hotel de Espard requería una numerosa servidumbre, ya que el tren de la marquesa era considerable. Las grandes recepciones tenían lugar en la planta baja, pero la marquesa habitaba el primer piso de la casa. La gran escalera magníficamente adornada y los aposentos decorados con el gusto noble que antaño respiraba Versalles, revelaban una inmensa fortuna. Cuando el juez vio que la puerta cochera se abría delante del cabriolé de su sobrino, examinó con una rápida ojeada el aspecto general de aquella casa, las flores que guarnecían la escalera, la exquisita limpieza de las rampas, de las paredes, de las alfombras, y contó los criados de librea que al ser llamados acudieron inmediatamente. Sus ojos, que el día antes sondeaban al fondo de su sala la grandeza de las miserias bajo los vestidos sucios de barro de la gente del pueblo, estudiaron con la misma lucidez de visión los muebles y la decoración de las piezas a través de las cuales pasó, para descubrir en ellas las miserias de la grandeza.

—El señor Popinot. El señor Bianchon.

Estos dos nombres fueron pronunciados a la entrada del gabinete en que la marquesa se hallaba, linda pieza amueblada de nuevo recientemente y que daba sobre el jardín del hotel. En aquel momento, la señora de Espard se encontraba sentada en uno de aquellos antiguos sillones que la SEÑORA había puesto de moda. Rastignac ocupaba cerca de ella, a su izquierda, una silla baja en la que se había acomodado como el favorito de una dama italiana. De pie, en el ángulo de la chimenea, había un tercer personaje. Tal como había adivinado el médico, la marquesa era una mujer de un temperamento seco y nervioso: sin su régimen, su tez habría adquirido el color rojizo que confiere un constante recalentamiento; pero aumentaba aún su blancura artificial con los matices y los tonos vigorosos de las telas de que se rodeaba o con que se vestía. El marrón rojizo, el pardo negruzco con reflejos de oro le sentaban a maravilla. Su gabinete, copiado del de una famosa *lady* a la sazón de moda en Londres, era de terciopelo marrón; pero había añadido numerosos adornos cuyos lindos dibujos atenuaban la excesiva austeridad de este color. Estaba peinada como una muchacha, y sus bucles hacían resaltar el óvalo un poco alargado de su rostro; pero así como la forma redonda es vulgar, la forma alargada resulta majestuosa. Los dobles espejos de facetas que alargan o acortan a voluntad los rostros, dan una prueba evidente de esta regla aplicable a la fisonomía. Al advertir a Popinot, que se detuvo en la puerta como un animal asustado, tendiendo el cuello, con la mano izquierda en el bolsillo de su chaleco y la derecha armada de un sombrero grasiento, la marquesa lanzó a Rastignac una mirada en la cual la burla se hallaba en germen. El aspecto un poco abobado del buen hombre armonizaba de tal modo con su aire azorado que Rastignac no pudo por menos de volver la cabeza para disimular la risa cuando observó la cara contristada de Bianchon, que se sentía humillado en la persona de su tío. La marquesa saludó con un gesto de su cabeza e hizo un penoso esfuerzo por levantarse de su asiento, al que volvió a dejarse caer no sin elegancia, pareciendo disculparse por su descortesía con una debilidad fingida.

En aquel momento, el personaje que se encontraba de pie entre la chimenea y la

puerta saludó ligeramente y avanzó dos sillas, ofreciéndolas con un gesto al doctor y al juez; luego, cuando les vio sentados, volvió a colocarse junto a la chimenea y se cruzó de brazos. Unas palabras acerca de este hombre.

Hay en nuestros días un pintor, Decamps, que posee en el grado más elevado el arte de interesar al espectador por aquello que quiere representar, tanto si se trata de una piedra como de un hombre. En este respecto, su lápiz es más sabio que su pincel. Si dibuja una habitación desnuda y deja una escoba apoyada contra la pared; si él quiere, os estremeceréis: creeréis que esta escoba acaba de ser el instrumento de un crimen y que está mojada en sangre; será la escoba de que se sirvió la viuda Bancal para limpiar la sala en la que Fualdès fue degollado. Sí, el pintor despeluzará la escoba como un hombre encolerizado, erizará las briznas como si se tratase de vuestros cabellos horrorizados; la convertirá en el puente entre la poesía secreta de su imaginación y la poesía que se desplegará en la vuestra. Después de haberos asustado con esta escoba, al día siguiente dibujará otra junto a la cual se encuentra un gato dormido, pero misterioso en su sueño, os indicará que esta escoba le sirve a la mujer de un zapatero alemán para trasladarse al Brocken. O bien se tratará de una escoba pacífica, de la que suspenderá el vestido de un empleado del Tesoro. Decamps tiene en su pincel lo que Paganini tenía en el arco de su violín, un poder magnéticamente comunicativo. Pues bien, haría falta trasladar al estilo ese talento sobrecogedor, ese genio del lápiz para describir al hombre esbelto, flaco y alto, vestido de negro, de largos cabellos negros, que permanecía en pie sin pronunciar una palabra. Este señor tenía un rostro como la hoja de un cuchillo, fría, áspera, cuyo color semejaba el de las aguas del Sena cuando el río está turbio y arrastra los carbones de algún barco. Miraba al suelo, escuchaba y juzgaba. Su actitud daba miedo. Estaba allí, como la famosa escoba a la que Decamps ha conferido el poder acusador de revelar un crimen. A veces, la marquesa trató durante la conversación de obtener una opinión tácita deteniendo un instante su mirada en aquel personaje, pero por muy vehemente que fuese la muda interrogación, él permaneció grave e impassible, como la estatua del Comendador.

IV

LO QUE FUE DICHO ENTRE UNA MUJER DE MODA Y EL JUEZ POPINOT

El bueno de Popinot, sentado en el borde de su silla, frente al fuego, con el sombrero entre las piernas, miraba los candelabros dorados, el reloj, las curiosidades amontonadas en la chimenea, en fin todas esas lindas naderías tan costosas de las que se rodea una mujer de moda. Fue sacado de su contemplación burguesa por la señora de Espard, que le decía con una voz aflautada:

—Señor, os debo un millón de gracias...

—Un millón de gracias —pensó el buen hombre— es demasiado, no hay para tanto.

—... Por las molestias que os dignáis...

—¡Dignáis! —dijo para sus adentros— esa mujer se está burlando de mí.

—... Dignáis tomaros para venir a ver a una pobre pleiteante, demasiado enferma para poder salir...

En esto el juez cortó la palabra a la marquesa lanzándole una mirada inquisitiva con la cual examinó el estado sanitario de la pobre pleiteante.

—Está fresca como una lechuga —pensó Popinot—. Señora —respondió adoptando un aire respetuoso—, no me debéis nada. Aunque mi diligencia no se encuentre en las costumbres del Tribunal, no debemos ahorrar nada con tal de llegar al descubrimiento de la verdad en tal clase de asuntos. Nuestros juicios están entonces menos determinados por el texto de la ley que por las inspiraciones de nuestra conciencia. Tanto si busco la verdad en mi gabinete como aquí, con tal de que la encuentre, me consideraré recompensado suficientemente.

Mientras hablaba Popinot, Rastignac estrechaba la mano a Bianchon y la marquesa hacía al doctor una leve inclinación de cabeza llena de graciosos favores.

—¿Quién es ese señor? —dijo Bianchon al oído de Rastignac, indicándole el hombre vestido de negro.

—Es el caballero de Espard, hermano del marqués.

—Vuestro señor sobrino me ha dicho —respondió la marquesa a Popinot— cuán numerosas eran vuestras ocupaciones, y ya sé que sois lo bastante bueno como para querer ocultar una buena obra, con objeto de dispensar a vuestros favorecidos de tener que agradecerlos. Parece ser que ese Tribunal os fatiga muchísimo. ¿Por qué no doblan el número de los jueces?

—¡Ah!, señora, no iría mal, si así fuera —dijo Popinot—. Pero cuando lo hagan, ya las gallinas tendrán dientes.

Al oír esta frase, que tanto armonizaba con el semblante del juez, el caballero de

Espard le miró de arriba abajo con una sola mirada.

La marquesa miró a Rastignac, que se inclinó hacia ella.

—He aquí —dijo el joven elegante a la marquesa— cómo son las personas encargadas de pronunciarse acerca de los intereses y de la vida de los particulares.

Como la mayor parte de los hombres envejecidos en un oficio, Popinot se dejaba arrastrar voluntariamente por los hábitos que en él había contraído. Su conversación olía a juez de instrucción. Le gustaba interrogar a sus interlocutores, aturdirles con consecuencias inesperadas, hacerles decir más de lo que querían decir. Pozzo di Borgo se divertía, cuentan, sorprendiendo los secretos de sus interlocutores, cogiéndolos en sus trampas diplomáticas: desplegaba así, por un hábito invencible, su inteligencia llena de astucia. Tan pronto como Popinot hubo examinado, por así decir, el terreno que pisaba, consideró que era necesario recurrir a las sutilezas más hábiles, las mejor disimuladas y las más alambicadas, usadas en el Palacio de Justicia para sorprender la verdad. Bianchon permanecía frío y severo como un hombre que se decide a soportar un suplicio callando sus dolores; pero interiormente deseaba que su tío pudiera pisotear a aquella mujer como se pisotea una víbora: comparación que le fue inspirada por el largo vestido, la línea curva de su actitud, el cuello alargado, la cabeza pequeña y los movimientos sinuosos de la marquesa.

—Bien, caballero —repuso la señora de Espard—, por muy grande que sea mi aversión hacia el egoísmo, hace demasiado tiempo que sufro para no desear que acabéis cuanto antes. ¿Voy a tener pronto una solución feliz?

—Señora, haré cuanto esté de mi parte —dijo Popinot con aire lleno de bondad—. ¿Ignoráis la causa de la separación existente entre vos y el marqués de Espard? —inquirió el juez mirando a la marquesa.

—Sí, señor —respondió ella asumiendo la actitud adecuada para pronunciar unas palabras preparadas de antemano—. A principios del año 1816, el señor de Espard, que, desde hacía tres meses había cambiado completamente de humor, me propuso ir a vivir cerca de Briançon, en una de sus tierras, sin tener en consideración mis costumbres, ni mi salud, a la que aquel clima habría arruinado. Me negué a seguirle. Mi negativa le inspiró reproches tan poco justificados, que, a partir de aquel momento, tuve mis sospechas sobre la rectitud de su juicio. Al día siguiente me abandonó, dejándome su hotel, la libre disposición de mis rentas, y él fue a alojarse en la calle de la Montagne-Saint-Genève, llevándose a mis dos hijos...

—¿Permitís?, señora —dijo el juez interrumpiéndola—, ¿cuáles eran esas rentas?

—Veintiséis mil libras —respondió la marquesa—. Consulté inmediatamente al anciano señor Bordin para saber lo que tenía que hacer; pero parece ser que para quitarle a un padre el gobierno de sus hijos son tales las dificultades, que tuve que resignarme a vivir sola a los veintidós años, edad en la que muchas jóvenes pueden cometer tonterías. Sin duda habréis leído mi demanda, caballero, y conocéis los principales hechos sobre los cuales me baso para pedir la interdicción del señor de Espard, ¿no es cierto?

—¿Habéis dado pasos cerca de él, señora —inquirió el juez— para poder obtener a vuestros hijos?

—Sí, señor, pero todo ha sido inútil. Es muy cruel para una madre verse privada del afecto de sus hijos, sobre todo cuando pueden procurar goces a los que tanta importancia damos todas las mujeres.

—El mayor debe tener dieciséis años —dijo el juez.

—¡Quince! —respondió vivamente la marquesa.

En esto Bianchon miró a Rastignac. La señora de Espard se mordió los labios.

—¿Por qué os interesa saber la edad de mis hijos?

—¡Ah!, señora —dijo el juez sin parecer dar importancia al alcance de sus palabras—, un joven de quince años y su hermano, que sin duda cuenta trece años de edad, tienen piernas y cabeza, podrían venir a veros a escondidas; si no vienen, es que obedecen a su padre, y para obedecerle en este punto, es preciso que le quieran mucho.

—No os comprendo —dijo la marquesa.

—Ignoráis quizá —respondió Popinot— que vuestro procurador pretende en vuestra demanda que vuestros queridos hijos son muy desgraciados al lado de su padre...

La señora de Espard dijo con encantadora inocencia:

—Ignoro lo que el procurador me ha hecho decir.

—Perdonad mis inducciones, pero la justicia lo pesa todo —repuso Popinot—. Lo que os pregunto, señora, se halla inspirado por el deseo de conocer bien el asunto. Según vos, el señor de Espard os habría abandonado con el pretexto más fútil. En lugar de ir a Briançon, adonde quería llevaros, se ha quedado en París. Este punto no está claro. ¿Conocía a esa señora Jeanrenaud antes de casarse?

—No, señor —respondió la marquesa con una especie de disgusto visible solamente para Rastignac y para el caballero de Espard.

Sentíase herida al verse puesta en evidencia por aquel juez cuyo juicio se proponía ella pervertir; pero como la actitud de Popinot seguía siendo bobalicona a fuerza de preocupación, acabó atribuyendo sus preguntas al genio *interrogante* del bailío de Voltaire.

—Mis padres —prosiguió diciendo la marquesa— me casaron a la edad de dieciséis años con el señor de Espard, cuyo nombre, fortuna y costumbres respondían a lo que mi familia exigía del hombre que había de ser mi marido. El señor de Espard tenía entonces veintiséis años, era un gentilhomme en la acepción inglesa de la palabra; sus maneras me agradaron, parecía tener mucha ambición, y me gustan los ambiciosos —dijo mirando a Rastignac—. Si el señor de Espard no hubiese encontrado a esa señora Jeanrenaud, sus cualidades, su saber, sus conocimientos le habrían llevado, según el juicio de sus amigos de aquel entonces, a asuntos de gobierno; el Rey Carlos X, a la sazón SEÑOR, le tenía en alta estima, y la dignidad de par, un cargo en la Corte, un puesto elevado le estaban aguardando. Esa mujer le

ha trastornado la cabeza y ha destruido el porvenir de toda una familia.

—¿Cuáles eran entonces las ideas religiosas del señor de Espard?

—Era —dijo la marquesa—, Y es todavía muy religioso.

—¿No pensáis que la señora Jeanrenaud haya podido influir en él por medio del misticismo?

—No, señor.

—Tenéis un hermoso hotel, señora —dijo bruscamente Popinot, sacando las manos de los bolsillos de su chaleco y levantándose para calentarse a la lumbre—. Este gabinete está muy bien, he aquí unas sillas magníficas, vuestros aposentos son muy suntuosos; debéis de sufrir muchísimo, en efecto, hallándoos aquí, al saber a vuestros hijos mal alojados, mal vestidos y mal alimentados. No imagino nada más horrible para una madre.

—Sí, señor. Me gustaría mucho poder dar algunos gustos a esas pobres criaturas, a las que su padre hace trabajar de la mañana a la noche en esa deplorable obra sobre la China.

—Vos dais hermosos bailes, en ellos se divertirían, pero quizá cobrarían afición a la disipación; sin embargo, su padre bien podría enviároslos una o dos veces cada invierno.

—Me los trae el día primero del año y el día de mi cumpleaños. En esos días el señor de Espard se digna comer con ellos en mi casa.

—Esa conducta resulta muy singular —dijo Popinot asumiendo el aire de un hombre convencido—. ¿Habéis visto a esa señora Jeanrenaud?

—Un día, mi cuñado, que, por interés hacia su hermano...

—¡Ah! —dijo el juez interrumpiendo a la marquesa—, ¿el caballero es hermano del señor de Espard?

El caballero se inclinó sin decir una palabra.

—El señor de Espard, que ha seguido este asunto, me llevó al Oratorio, adonde va esa mujer a oír predicar, porque es protestante. La he visto, no tiene nada de atrayente, parece una carnicera; es sumamente gorda, horriblemente picada de viruelas; tiene las manos y los pies de un hombre, es bizca, en fin, es un verdadero monstruo.

—Es inconcebible —dijo el juez, con el aspecto del más bobo de todos los jueces del Reino. Y esa criatura vive cerca de aquí, en la calle Verde, en un hotel. ¿Es que no hay burgueses?

—Un hotel en el que su hijo ha hecho unos gastos exorbitantes.

—Señora —dijo el juez—, yo vivo en el Faubourg Saint-Marceau, no conozco esa clase de gastos: ¿a qué llamáis gastos exorbitantes?

—Pues —dijo la marquesa—, a una cuadra, cinco caballos y tres coches: una calesa, un cupé y un cabriolé.

—¿Y cuesta eso mucho? —dijo Popinot, asombrado.

—¡Muchísimo! —dijo Rastignac interviniendo en la conversación—. Semejante

tren requiere, para la cuadra, la conservación de los coches y el vestir a los criados, entre quince y dieciséis mil francos.

—¿De veras, señora? —inquirió con aire de sorpresa el juez.

—Sí, como mínimo —respondió la marquesa.

—Y el amueblar el hotel ha debido costar también mucho...

—Más de cien mil francos —respondió la marquesa, que no pudo por menos de sonreírse ante la vulgaridad del juez.

—Los jueces, señora —repuso el buen hombre— somos bastante incrédulos, e incluso cobramos por serlo. Al parecer, el señor barón Jeanrenaud y su madre habrían robado de un modo extraño al señor de Espard. He aquí una cuadra que, según vos, costaría dieciséis mil francos anuales. La mesa, los sueldos de los criados, los grandes gastos de la casa deberían ascender al doble, lo cual exigiría de cincuenta a sesenta mil francos al año. ¿Creéis que esa gente, poco ha tan miserables, pueda poseer una fortuna tan considerable? Un millón produce apenas cuarenta mil libras de renta.

—Señor, el hijo y la madre han invertido los fondos dados por el señor de Espard en rentas sobre el Libro de la Deuda Pública, cuando estaban 60 o a 80. Creo que sus ingresos deben de ascender a más de sesenta mil francos. El hijo, por otra parte, cobra muy buenos sueldos.

—Si ellos gastan sesenta mil francos —dijo el juez—, ¿cuántos gastáis vos, entonces?

—Pues —respondió la señora de Espard—, aproximadamente lo mismo.

El caballero hizo un movimiento, la marquesa se sonrojó, Bianchon miró a Rastignac; pero el juez conservó un aire de inocencia que engañó a la señora de Espard. El caballero ya no tomó parte alguna en la conversación, viéndolo todo perdido.

—Esas personas, señora —dijo Popinot—, pueden ser llevadas ante el juez extraordinario.

—Tal era mi opinión —repuso la marquesa, encantada—. Amenazadas por la policía correccional, habrían transigido.

—Señora —dijo Popinot—, cuando el señor de Espard os abandonó, ¿no os dio una procura para administrar vuestros bienes?

—No comprendo qué perseguís con vuestras preguntas —dijo vivamente la marquesa—. Me parece que, si tomaseis en consideración el estado en que me pone la demencia de mi marido, deberíais ocuparos de él y no de mí.

—A eso vamos, señora. Antes de confiar a vos o a otros la administración de los bienes del señor de Espard, en caso de que fuera objeto de interdicción, el Tribunal debe saber cómo habéis gobernado vos los vuestros. Si el señor de Espard os hubiera dado una procura, os habría testimoniado confianza, y el Tribunal apreciaría ese hecho. ¿Habéis tenido una procura? ¿Habríais podido comprar, vender inmuebles, invertir fondos?

—No, señor; no entra en las costumbres de los Blamont-Chauvry el comerciar —

dijo la marquesa, vivamente picada en su orgullo nobiliario y olvidándose de su asunto—. Mis bienes están intactos, y el señor de Espard no me ha dado ninguna procura.

El caballero se llevó la mano a los ojos para no dejar advertir la viva contrariedad que le hacía sentir la poca previsión de su cuñada, que se estaba matando con sus respuestas. Popinot había ido directamente al hecho, a pesar de los rodeos de su interrogatorio.

—Señora —dijo el juez señalando al caballero—, el señor está unido sin duda a vos por vínculos de sangre, ¿no es cierto?, ¿podemos hablar sinceramente delante de esos caballeros?

—Hablad —dijo la marquesa, extrañada por esta precaución.

—Bien, señora, admito que no gastéis más de sesenta mil francos al año, y esta suma parecerá bien empleada al que vea vuestras cuadras, vuestro hotel, vuestros numerosos servidores y las costumbres de una casa cuyo lujo me parece superior al de los Jeanrenaud.

La marquesa hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora bien —repuso el juez—, si no poseéis más que veintiséis mil francos de renta, dicho sea entre nosotros, vos podríais tener un centenar de miles de francos de deudas. El Tribunal tendría entonces motivo para pensar que entre las razones que os impulsan a pedir la interdicción de vuestro señor marido existe un interés personal, una necesidad de pagar vuestras deudas... si... las tuvieseis. Las solicitudes que se me han formulado me han hecho interesar por vuestra situación, meditad bien sobre las circunstancias, confesaos. Todavía estaríais a tiempo, en caso de que mis suposiciones fueran justas, para evitar el escándalo de una censura que el Tribunal podría manifestar en su juicio, si no expresarais de un modo claro vuestra situación. Estamos obligados a examinar los motivos de los demandantes lo mismo que a escuchar la defensa del hombre que ha de ser objeto de interdicción, investigar si los demandantes no han sido guiados por la pasión, extraviados por codicias que desgraciadamente abundan demasiado...

La marquesa estaba sobre ascuas.

—... Y yo tengo necesidad de que se me den explicaciones a este respecto —decía el juez—. Señora, no es que quiera pedirnos cuentas; deseo únicamente saber cómo habéis podido llevar un tren de sesenta mil libras de renta, y esto desde hace algunos años. Hay muchas mujeres que realizan este milagro en sus hogares, pero vos no sois de esa clase de mujeres. Hablad; podéis tener medios muy legítimos... mercedes reales, algunos recursos en las indemnizaciones recientemente otorgadas; pero en tal caso, la autorización de vuestro marido habría sido necesaria para percibirlos.

La marquesa habíase quedado muda.

—Pensad —dijo Popinot— que el señor de Espard puede querer defenderse y su abogado tendrá derecho a investigar si es que vos tenéis acreedores. Este gabinete ha

sido amueblado recientemente y vuestros aposentos no tienen el mobiliario que en 1816 os dejó el marqués. Si, como me hacíais el honor de decirme, el mobiliario es costoso para unos Jeanrenaud, más lo es aún para vos, que sois una gran dama. Aunque soy juez, soy también hombre, puedo equivocarme, ilustradme. Pensad en los deberes que me impone la ley, en las rigurosas investigaciones que ella exige, cuando se trata de pronunciar la interdicción de un padre de familia que se encuentra en todo el vigor de la edad. Así, me disculparéis, señora marquesa, por las objeciones que tengo el honor de haceros y sobre las cuales os es fácil suministrarme algunas explicaciones. Cuando se interdice a un hombre a causa de demencia, hace falta un curador; ¿quién sería el curador?

—Su hermano —dijo la marquesa.

El caballero asintió. Hubo un momento de silencio que resultó embarazoso para aquellas cinco personas. Burla burlando, el juego había puesto el dedo en la llaga de aquella mujer. El rostro burguesamente bonachón de Popinot, del que la marquesa, el caballero y Rastignac estaban dispuestos a reírse, había adquirido a sus ojos su fisonomía verdadera. Al mirarla disimuladamente, los tres advertían los mil significados de aquella boca elocuente. El hombre ridículo convertíase en un juez perspicaz. Ahora se explicaba su atención en evaluar el gabinete: había partido del elefante dorado que sostenía el reloj para interrogar sobre aquel lujo y acababa de leer en el corazón de aquella dama.

—Si el marqués de Espard está loco por la China —dijo Popinot mostrando el adorno de la chimenea—, me complace observar que a vos os agradan igualmente los productos de ese país. Pero quizás es al señor marqués a quien debéis todas esas chinerías —dijo señalando preciosas fruslerías.

Esta burla de buen gusto hizo sonreír a Bianchon, petrificó a Rastignac y la marquesa se mordió sus delgados labios.

—Caballero —dijo la señora de Espard—, en lugar de ser el defensor de una mujer colocada en la cruel alternativa de ver perdidos su fortuna y sus hijos o de pasar por ser la enemiga de su marido, ¡vos me acusáis!, ¡receláis de mis intenciones!, confesad que vuestra conducta es bien extraña...

—Señora —respondió vivamente el juez—, la circunspección que el Tribunal aporta en esta clase de asuntos os habría dado, en cualquier otro juez, un crítico quizá menos indulgente que yo. Por otra parte, ¿creéis que el abogado del señor de Espard será muy complaciente? ¿No sabrá quizás envenenar unas intenciones que pueden ser puras y desinteresadas? Vuestra vida le pertenecerá, hurgará en ella sin poner en sus investigaciones la respetuosa deferencia que yo tengo para con vos.

—Muchas gracias, caballero —respondió irónicamente la marquesa—. Admitamos por un momento que debo treinta mil, cincuenta mil francos; eso sería una bagatela tratándose de las casas de Espard y de Blamont-Chauvry; pero si mi marido no goza de sus facultades intelectuales, ¿constituiría ello un obstáculo para su interdicción?

—No, señora —dijo Popinot.

—Aunque me hayáis interrogado con un espíritu de astucia que yo no debía suponer en un juez, en unas circunstancias en las que la franqueza habría sido suficiente para enterarse de todo —respondió la marquesa—, y aunque me considero autorizada para no deciros nada, os responderé sin rodeos que mi situación en la vida social y todos los esfuerzos realizados para conservar relaciones están en desacuerdo con mis gustos. Después de mi abandono comencé viviendo mucho tiempo en medio de la soledad; pero el interés de mis hijos ha hablado, he comprendido que debía suplir a su padre. Al recibir a mis amigos, al mantener todas estas relaciones, al contraer deudas; he garantizado su futuro, les he preparado brillantes carreras en las que encontrarán ayuda y sostén; y para tener lo que ellos han adquirido así, muchos calculadores, magistrados o banqueros, pagarían de buena gana todo lo que me ha costado.

—Aprecio vuestra abnegación, señora —repuso el juez—. Una abnegación que os honra, y en nada censuro vuestra conducta. El magistrado pertenece a todos: debe conocerlo todo, debe sopesarlo todo.

El tacto de la marquesa y su costumbre de tratar a los hombres lucieronle adivinar que el señor Popinot no podría ser influido por ningún género de consideraciones. Había contado con un magistrado ambicioso y encontraba a un hombre de conciencia. Pensó en seguida en otros medios para asegurar el éxito de su asunto. Los criados trajeron el té.

Al ver estos preparativos:

—¿Tiene la señora otras explicaciones que darme? —dijo el juez.

—Caballero —respondió la marquesa con altanería—, haced lo que os dicte vuestro oficio. Interrogad al señor de Espard, y me compadeceréis, estoy segura...

Levantó la cabeza mirando a Popinot con un orgullo mezclado con impertinencia; el buen hombre la saludó respetuosamente.

—¿Qué clase de hombre es tu tío? —dijo Rastignac a Bianchon—. ¿Es que no comprende nada? ¿No sabe, pues, quién es la marquesa de Espard e ignora su influencia, su poder oculto sobre la gente? Mañana tendrá ella en su casa al Guardasellos...

—Querido, ¿qué quieres que haga? —dijo Bianchon—, ¿no te había advertido? No es un hombre corriente.

El médico viose obligado a saludar a la marquesa y a su mudo caballero para correr tras Popinot, que no siendo hombre para permanecer en una situación embarazosa, quiso marcharse.

—Esa mujer debe cien mil escudos —dijo el juez al montar en el cabriole de su sobrino.

—¿Qué pensáis del asunto?

—Yo —dijo el juez— nunca formo una opinión antes de haberlo examinado todo. Mañana temprano mandaré buscar a la señora Jeanrenaud, a mi gabinete, a las cuatro,

para pedirle explicaciones acerca de los hechos que le conciernen, porque ella está comprometida en el asunto.

—Ya quisiera yo ver cómo acaba.

—¡Oh!, Dios mío, ¿no comprendes que la marquesa es el instrumento de ese hombre alto y flaco que no ha dicho esta boca es mía? Hay en él un poco de Caín, pero del Caín que busca su garrote fraticida en el Tribunal, donde, por desgracia, tenemos algunas espadas de Sansón.

—¡Ah!, Rastignac —exclamó Bianchon—, ¿qué haces tú en esa galera?

—Estamos acostumbrados a ver algunos de esos pequeños complots en las familias. No hay año sin que no se produzcan autos de sobreseimiento en demandas de interdicción. En nuestras costumbres, uno no queda deshonrado por esta clase de tentativas, mientras que enviamos a galeras a un pobre diablo por haber roto el cristal que le separaba de una caja llena de oro. Nuestro Código no está exento de defectos.

—Pero ¿y los hechos de la demanda?

—Muchacho, ¿es que no conoces aún las novelas judiciales que los clientes imponen a sus procuradores? Si los procuradores se condenaran a no presentar más que la verdad, no ganarían ni para sal.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, una señora gruesa, que semejava bastante un tonel al que hubieran puesto un vestido y un cinturón, sudaba y resollaba al subir la escalera del juez Popinot. Con grandes esfuerzos había salido de un lando verde que le sentaba a las mil maravillas: no se concebía a la mujer sin el lando, ni el lando sin la mujer.

—Soy yo, señor mío —dijo presentándose a la puerta del gabinete del juez—, la señora Jeanrenaud, a quien habéis enviado a buscar ni más ni menos que si se tratase de una ladrona.

Estas palabras vulgares fueron pronunciadas con una voz vulgar, acentuadas por los obligados silbidos de un asma y coronadas por un acceso de tos.

—Cuando atravieso los lugares húmedos, no podríais creer cuánto sufro, señor. En fin, ya me tenéis aquí.

El juez quedose boquiabierto al ver a aquella mujer. La señora Jeanrenaud tenía un rostro muy colorado acribillado por una infinidad de agujeros; de frente baja, nariz respingona, cara redonda como una bola; porque en aquella buena mujer todo era redondo. Tenía los ojos vivos de una campesina, el aire franco, la palabra jovial, unos cabellos castaños retenidos por un falso gorro debajo de un sombrero verde adornado con un viejo ramillete de orejas de oso. Sus voluminosos senos provocaban la risa haciendo temer una grotesca explosión a cada nuevo acceso de tos. Sus gruesas piernas eran de aquellas que hacen decir de una mujer por los galopines de París que está construida sobre estacas. La viuda llevaba un vestido verde guarnecido de chinchilla que le sentaba como una mancha de sebo en el velo de una novia. En fin, todo en ella compaginaba con sus últimas palabras: «Aquí me tenéis».

—Señora —le dijo Popinot—, se sospecha de vos que habéis usado de seducción

sobre el marqués de Espard para haceros entregar sumas considerables.

—¿De qué?, ¿de qué? —dijo la mujer—, ¿de seducción? Pero señor mío, vos sois un hombre respetable, y por otra parte, como magistrado, debéis de poseer sentido común, ¡miradme! Decidme si soy mujer para seducir a nadie. No puedo anudar los cordones de mis zapatos ni agacharme. He aquí que hace veinte años, Dios sea loado, que no puedo ponerme un corsé, so pena de muerte violenta. Yo era delgada como un espárrago a los diecisiete años, y linda, hoy ya puedo decíroslo. Me casé, pues, con Jeanrenaud, un buen hombre, conductor de barcas de sal. Tuve a mi hijo, un guapo mozo, que es mi gloria; y, aunque me esté mal decirlo, es mi más hermosa obra. Mi pequeño Jeanrenaud era un buen soldado de Napoleón y le sirvió en la guardia imperial. ¡Ay!, la muerte de mi hombre, que pereció ahogado, produjo en mí una revolución: tuve la viruela, permanecí dos años en mi habitación sin moverme, y salí de ella gorda como me veis, fea a perpetuidad y desgraciada como las piedras... ¡He ahí mis seducciones!

—Pero, señora, ¿cuáles son, entonces, los motivos que puede tener el señor de Espard para haberos dado unas sumas...?

—Inmensas, señor, ésta es la palabra, podéis decirlo; pero en cuanto a los motivos, no estoy autorizada para declararlos.

—Haríais mal. En estos momentos, su familia, justamente inquieta, va a acusarle...

—¡Dios de Dios! —dijo la buena mujer levantándose con vivacidad—, ¿sería, pues, factible que hubieran de darle tormento por mi causa?, ¡el rey de los hombres, un hombre que no tiene igual! Antes de que le ocurra el menor contratiempo, iba a decir, antes de que le falte un solo pelo de la cabeza, lo devolveremos todo, señor juez. Poned esto en vuestros papeles. ¡Dios de Dios! Voy corriendo a decirle a Jeanrenaud lo que hace al caso. ¡Ah! ¿Habrase visto?

Y la anciana se levantó, salió, rodó por la escalera y desapareció.

—Ésa no miente —dijose el juez—. Mañana lo sabré todo, porque mañana iré a ver al marqués de Espard.

V

EL LOCO

Las personas que han rebasado la edad en la que el hombre gasta sus energías a tontas y a locas, conocen la influencia ejercida sobre los acontecimientos importantes por actos en apariencia indiferentes y no se extrañarán de la importancia que se concede al pequeño hecho siguiente. Al día siguiente, Popinot tuvo una coriza, enfermedad sin peligro, conocida bajo el nombre inadecuado de «resfriado de cerebro». Incapaz de sospechar la gravedad de una demora, el juez, que notó que tenía algo de fiebre, quedóse en su habitación y no fue a interrogar al marqués de Espard. Esta jornada perdida fue en este asunto como el caldo tomado por María de Médicis, que, al retrasar su conversación con Luis XIII, permitió a Richelieu llegar primero a Saint-Germain y volver a apoderarse de su real cautivo. Antes de seguir al magistrado y a su escribano a la casa del marqués de Espard, quizá sea necesario echar una ojeada a la casa, a los asuntos de aquel padre de familia presentado como loco en la demanda de su mujer.

Se encuentran aquí y allá, en los viejos barrios de París, varios edificios en los que el arqueólogo reconoce cierto deseo de adornar la ciudad, y ese amor a la propiedad que induce a conferir duración a las construcciones. La casa en donde vivía entonces el señor de Espard, en la calle de la Montagne-Sainte-Geneviève, era uno de esos antiguos monumentos en piedra de talla y que no carecían de cierta riqueza en la arquitectura; pero el tiempo había ennegrecido la piedra y las revoluciones de la ciudad habían alterado su interior y su exterior. Los altos personajes que antaño habitaran el barrio de la Universidad se habían ido junto con las instituciones eclesiásticas, y esta casa había albergado entonces industrias e inquilinos para los cuales no había sido destinada. En el siglo pasado, una imprenta había degradado los entarimados, ensuciado las partes de madera, ennegrecido los muros y destruido las principales disposiciones interiores. Hotel de un cardenal en otro tiempo, aquella noble mansión estaba hoy a merced de oscuros inquilinos. El carácter de su arquitectura indicaba que había sido construida durante los reinados de Enrique III, Enrique IV y Luis XIII, época en que se construían en los alrededores los hoteles Mignon, Serpente, el palacio de la princesa palatina y la Sorbona. Un anciano se acordaba de haber oído llamar a esta casa, en el siglo pasado, hotel Duperron. Parecía verosímil que este ilustre cardenal la había construido o solamente habitado. Hay en el ángulo del patio una escalinata compuesta de varios peldaños, por la que se entra en la casa y se baja al jardín por otra escalinata construida en mitad de la fachada interior. A pesar de las degradaciones, el lujo desplegado por el arquitecto en las balaustradas y en la tribuna de estas dos escalinatas revela la ingenua intención de

evocar el apellido del propietario, especie de retruécano esculpido que a menudo se permitían nuestros antepasados. En fin, basándose en esta prueba, los arqueólogos pueden ver en los tímpanos que adornan las dos fachadas principales algunos vestigios de cordones del capelo cardenalicio. El señor marqués de Espard ocupaba la planta baja, sin duda para poder gozar del jardín, que en ese barrio podía ser considerado como espacioso, y se hallaba expuesto al sur, dos ventajas exigidas imperiosamente por la salud de sus hijos. Por otra parte, el estado en que tomó aquellos lugares, en los que todo exigía reparación, había decidido necesariamente al propietario a mostrarse comprensivo. El señor de Espard había podido, pues, sin ser tildado de loco, hacer en la casa algunos gastos para instalarse en ella convenientemente. La altura de las estancias, su disposición, sus partes de madera, el arreglo de los techos, todo respiraba esa grandeza que el clero ha impreso en las cosas emprendidas o creadas por él, y que los artistas vuelven a encontrar actualmente en los más ligeros fragmentos que subsisten, aunque no fuese más que un libro, un vestido, un sillón. Las pinturas encargadas por el marqués ofrecían esos tonos preferidos por Holanda, por la antigua burguesía parisiense y que procuran actualmente bellos efectos a los pintores de género. Los paneles estaban cubiertos de papeles que armonizaban con las pinturas. Las ventanas tenían cortinas de tela poco costosa, pero escogida de modo que produjese un efecto en armonía con el aspecto general. Los muebles eran raros y estaban bien distribuidos. Cualquiera que entrase en aquella casa no podía evitar un sentimiento dulce y apacible, inspirado por la calma profunda, por el silencio que reinaba en ella, por la modestia y por la unidad del color, dando a esta expresión el sentido que le dan los pintores. Cierta nobleza en los detalles, la exquisita limpieza de los muebles, una armonía perfecta entre las cosas y las personas, todo respiraba suavidad. Pocas personas eran admitidas en estos aposentos habitados por el marqués y sus dos hijos, cuya existencia podía parecer misteriosa a todo el vecindario. En uno de los cuerpos del edificio que daban a la calle, en el tercer piso, hay tres grandes habitaciones que permanecían en el estado de deterioro y de desnudez grotesca en que las había dejado la imprenta. Estas tres piezas, destinadas a la explotación de la *Historia pintoresca de la China*, estaban dispuestas de modo que contuviesen un despacho, un almacén y un gabinete en el que pasaba el señor de Espard una parte de la jornada; porque después del desayuno, hasta las cuatro de la tarde, el marqués permanecía solo en su gabinete, en el tercer piso, para vigilar la publicación que había emprendido. Las personas que iban a verle le encontraban generalmente allí. A menudo, al volver de sus clases, los dos hijos subían a aquel despacho. El apartamento de la planta baja formaba, pues, un santuario en el que el padre y sus hijos permanecían desde la hora de la comida hasta el día siguiente. Su vida de familia quedaba así cuidadosamente protegida. Tenía por todo servicio una cocinera, mujer anciana que se hallaba en la casa desde hacía mucho tiempo, y un ayuda de cámara de cuarenta años de edad, que estaba a su servicio antes de que el marqués contrajese matrimonio con la señorita de Blamont. El aya de

los niños se había quedado con ellos. Los cuidados minuciosos de que daba fe el apartamento indicaban el espíritu de orden, el amor maternal que esta mujer desplegaba en el gobierno de la casa en interés de su dueño y de los niños. Graves y poco comunicativos, estos tres servidores parecían haber comprendido el pensamiento que dirigía la vida interior del marqués. Este contraste entre sus costumbres y las de la mayor parte de los criados constituían una singularidad que proyectaba sobre esta casa un aire de misterio y que fomentaba la calumnia a la que el propio señor de Espard daba pie. Motivos laudables habían hecho que decidiese no relacionarse con ninguno de los inquilinos de la casa. Al emprender la educación de sus hijos, deseaba preservarlos de todo contacto con personas extrañas. Quizá quiso evitar también las molestias de tener vecinos. En un hombre de su calidad, en una época en la que el liberalismo agitaba particularmente el barrio latino, esta conducta debía excitar contra él pequeñas pasiones, sentimientos cuya necedad sólo es comparable con su bajeza, y que engendraban comadreo de porteros, palabras maliciosas de puerta en puerta, todo ello ignorado del señor de Espard y de sus servidores. Su ayuda de cámara pasaba por ser un jesuita, su cocinera era una mujer muy astuta, el aya se entendía con la señora Jeanrenaud para robar al loco. El loco era el marqués. Los inquilinos llegaron insensiblemente a tildar de locura un gran número de cosas observadas en el señor de Espard y pasadas por el tamiz de sus apreciaciones sin que encontrasen en ellas motivos razonables. Creyendo poco en el éxito de su publicación sobre la China, habían acabado por persuadir al dueño de la casa de que el señor de Espard estaba sin dinero, en el preciso momento en que, por un olvido que cometen muchas personas ocupadas, había dejado que el cobrador de las contribuciones le enviase un apremio por el pago de la cuota atrasada. El propietario había reclamado entonces, a partir del 1.º de enero, el alquiler por medio del envío de un recibo que la portera no había entregado. El 15, una orden de pago fue entregada también tardíamente al señor de Espard, que consideró este acto como un mal entendido, sin creer en malos procedimientos de parte de un hombre en cuya casa vivía desde hacía doce años. El marqués fue abordado por un escribano mientras su ayuda de cámara iba a llevar el dinero del alquiler a su propietario. Este incidente, insidiosamente contado a las personas con las que estaba en relación para su empresa, había alarmado a algunas de ellas, que ya dudaban de la solvencia del señor de Espard, a causa de las sumas enormes que le sustraían, según se decía, el barón Jeanrenaud y su madre. Las sospechas de los inquilinos, de los acreedores y del dueño estaban, por otra parte, casi justificadas por la gran economía con que el marqués efectuaba sus gastos. Comportábase como un hombre arruinado. Sus criados pagaban inmediatamente en el barrio los más pequeños objetos necesarios para la vida, y obraban como personas que no quieren crédito; si hubiesen pedido algo fiado, quizá hubieran obtenido una negativa, tanto crédito habían alcanzado los chismorreos calumniosos en el barrio. Hay comerciantes que aprecian a los clientes que les pagan mal, pero que mantienen con ellos relaciones constantes, mientras que odian a otros

parroquianos excelentes pero que se mantienen a distancia. Los hombres son así. Casi todas las clases sociales conceden al comadreo o a las almas viles que las adulan las facilidades y los favores que rehúsan a la superioridad que les hiere, sea cual sea la forma en que ésta se revela. El tendero que despotrica contra la Corte tiene también sus cortesanos. En fin, las maneras del marqués y las de sus hijos habían de engendrar malas disposiciones en sus vecinos y llevarles insensiblemente a un grado de malicia en el que las personas ya no retroceden ante una cobardía, cuando ésta perjudica al adversario que ellos mismos se han creado. El señor de Espard era gentilhombre, como su mujer era una gran dama: dos tipos magníficos, ya tan raros en Francia, que el observador puede contar con los dedos las personas que ofrecen de ellos una completa realización. Estos dos personajes se basan en ideas primitivas, en creencias por así decir innatas, en costumbres tomadas desde la infancia, y que ya no existen. Para creer en la sangre pura, en una raza privilegiada, para colocarse con el pensamiento por encima de las demás personas, ¿no es preciso, desde el nacimiento, haber medido el espacio que separa a los patricios del pueblo? Para mandar, ¿no es necesario no haber conocido iguales? ¿No es preciso, en fin, que la educación inculque las ideas que la naturaleza inspira a los grandes hombres a los que ella puso una corona en la frente antes de que su madre pudiera depositar un beso? Estas ideas y esta educación ya no son posibles en Francia, donde desde hace cuarenta años el azar se ha arrogado el derecho de hacer nobles templándolos en la sangre de las batallas, cubriéndolos de gloria, coronándolos con la aureola del genio; donde la abolición de las sustituciones y de los mayorazgos, desmenuzando las herencias, obliga al noble a ocuparse en asuntos del Estado y donde la grandeza personal no puede ya ser más que una grandeza adquirida tras largos y pacientes trabajos: una era completamente nueva. Considerado como un resto de aquel gran cuerpo llamado el feudalismo, el señor de Espard merecía una admiración respetuosa. Si se creía por la sangre superior a los demás hombres, también creía en todas las obligaciones de la nobleza; poseía las virtudes y la fuerza que ésta exige. Había criado a sus hijos en sus principios, les había comunicado desde la cuna la religión de su casta. Un sentimiento profundo de su dignidad, el orgullo del nombre, la certeza de ser grandes por sí mismos, engendraron en ellos un orgullo real, el valor de los paladines y la bondad protectora de los señores castellanos; sus maneras, en armonía con sus ideas, y que habrían parecido bellas en el caso de unos príncipes, ofendían a todas las personas de la calle de la Montagne-Sainte-Genève, país de igualdad, si cabe, donde, por otra parte, creían al señor de Espard arruinado, donde, desde el menor al mayor, todo el mundo rehusaba los privilegios de la nobleza a un noble sin dinero, por la razón de que cada uno deja que los usurpen los burgueses enriquecidos. Así, la falta de comunicación entre esta familia y las otras personas, existía tanto en el aspecto moral como en el físico.

En el padre, lo mismo que en los hijos, el exterior y el alma se hallaban en armonía. El señor de Espard, que a la sazón contaba unos cincuenta años de edad,

habría podido servir de modelo para expresar la aristocracia nobiliaria del siglo XIX. Era delgado y rubio; su rostro, en la forma y en la expresión general, poseía una innata distinción que revelaba sentimientos elevados; pero ostentaba el sello de una frialdad calculada que imponía un respeto algo excesivo. Su nariz aguileña, torcida en la punta, de izquierda a derecha, ligera desviación que no carecía de gracia; sus ojos azules, su frente alta, bastante saliente en las cejas para formar un espeso cordón que sombreaba los ojos, indicaban un espíritu recto, susceptible de perseverancia, una gran lealtad; pero daban al propio tiempo un aire extraño a su fisonomía. La forma de la frente habría podido hacer creer, en efecto, en algo de demencia, y sus espesas cejas unidas aumentaban aún esta impresión. Poseía las manos blancas y cuidadas de los gentileshombres, sus pies eran estrechos y altos. Su hablar, indeciso; no sólo en la pronunciación, que parecía la de un tartamudo, sino aun en la expresión de sus ideas. Su pensamiento y su palabra producían en el ánimo del oyente el efecto de un hombre que va y viene, que, para emplear una expresión del lenguaje familiar, tantea, todo lo toca, se interrumpe en sus gestos y no acaba nada. Este defecto, puramente exterior, contrastaba con la decisión de su boca llena de firmeza, con el carácter rígido de su fisonomía. Su andar algo brusco estaba en perfecta consonancia con su modo de hablar. Estas singularidades contribuían a confirmar su pretendida locura. A pesar de su elegancia, era para su persona de una economía sistemática, y llevaba durante tres o cuatro años la misma levita negra, cepillada con extremo cuidado por su viejo ayuda de cámara. En cuanto a sus hijos, los dos eran hermosos y dotados de una gracia que no excluía la expresión de un aristocrático desdén. Poseían esa coloración viva, esa frescura en la mirada, esa transparencia en la carne que denotan costumbres puras, exactitud en el régimen de vida, regularidad en los trabajos y diversiones. Los dos tenían negros los cabellos y azules los ojos, la nariz torcida como la de su padre; pero quizá su madre les había transmitido aquella dignidad en el hablar, en la mirada y en el ademán, hereditaria en los Blamont-Chauvry. Su voz, fresca como el cristal, poseía el don de emocionar y aquella suavidad que ejerce tan grandes seducciones; en fin, poseían la voz que una mujer habría querido oír después de haber recibido la llama de sus miradas. Conservaban sobre todo la modestia de su orgullo, una casta reserva, un *noli me tangere* que, más tarde, habría podido parecer un efecto del cálculo, tantos deseos de conocerles inspiraba esta actitud. El mayor, el conde Clemente de Nègrepelisse, iba a cumplir pronto los dieciséis años. Desde hacía dos años había abandonado la linda chaquetilla inglesa que conservaba aún su hermano, el vizconde Camilo de Espard. El conde, que desde hacía unos seis meses ya no iba al colegio Enrique IV, iba vestido como un joven entregado a las primeras felicidades que procura la elegancia. Su padre no había querido que hiciera inútilmente un curso de filosofía, trataba de dar a sus conocimientos una especie de vínculo por medio del estudio de las matemáticas trascendentes. Al mismo tiempo, el marqués le enseñaba las lenguas orientales, el derecho diplomático de Europa, la heráldica y la historia en las grandes fuentes, en los mapas, en las piezas auténticas, en las recopilaciones de

reales órdenes. Camilo había iniciado hacía poco el estudio de la retórica.

El día en que Popinot se propuso ir a interrogar al señor de Espard fue un jueves, día de fiesta. Antes de que su padre se despertase, los dos hermanos estaban jugando en el jardín. Clemente se defendía mal contra las instancias de su hermano, que deseaba ir al tiro por primera vez, y le pedía que apoyase su demanda cerca del marqués. El vizconde abusaba siempre un poco de su debilidad y a menudo se complacía en luchar con su hermano. Los dos se pusieron, pues, a discutir y a pegarse jugando, como un par de escolares. Al correr por el jardín, uno tras otro, hicieron suficiente ruido como para despertar a su padre, que se asomó a la ventana, sin ser visto por ellos, gracias al calor del combate. El marqués se complacía en observar a sus dos hijos, que se entrelazaban como dos serpientes, y mostraban sus cabezas animadas por el despliegue de sus fuerzas: sus rostros eran blancos y rosados, sus ojos despedían relámpagos, sus miembros se retorcían como cuerdas en el fuego; caían, volvían a levantarse, como dos atletas en un circo, y ocasionaban a su padre una de esas felicidades que podrían recompensar los más vivos pesares de una vida agitada. Dos personas, una en el segundo piso, otra en el primero, miraron al jardín y dijeron que el viejo loco se divertía haciendo que sus hijos se pegasen. En seguida aparecieron varias cabezas a las ventanas; el marqués las vio, dijo unas palabras a sus hijos, que en seguida treparon a la ventana, saltaron al interior de su habitación y Clemente obtuvo el permiso que pedía Camilo. En toda la casa no se hablaba más que del nuevo rasgo de locura del marqués.

Cuando, hacia el mediodía, el señor Popinot se presentó, acompañado de su escribano, a la puerta de la casa, donde preguntó por el señor de Espard, la portera le condujo al tercer piso, contándole como el señor Espard aquella misma mañana había hecho que sus hijos se pegasen, y reía el muy monstruo, viendo como el menor mordía al mayor hasta hacerle sangre, porque sin duda quería verlos destruirse recíprocamente.

—Si me preguntáis el por qué —añadió la portera—, os diré que ni él mismo lo sabe.

En el momento en que la portera decía al juez estas palabras decisivas, le había llevado al descansillo del tercer piso, frente a una puerta llena de anuncios de las entregas sucesivas de la *Historia pintoresca de la China*. Aquel descansillo sucio de barro, aquella puerta en la que la imprenta había dejado sus estigmas, aquella ventana medio rota y el techo en el que los aprendices se habían entretenido dibujando monstruosidades con la llama humeante de sus bujías, el montón de papeles y de basuras acumuladas en los rincones a propósito o por descuido, en fin, todos los detalles del cuadro que se ofrecía a sus miradas concordaban tan bien con los hechos alegados por la marquesa, que, a pesar de su imparcialidad, el juez no pudo por menos de creer en ellos.

—Ahí lo tenéis —dijo la portera—, ahí tenéis la fábrica en la que los chinos comen con qué alimentar al barrio entero.

El escribano miró al juez sonriendo, y Popinot tuvo que hacer grandes esfuerzos por mantenerse serio. Los dos entraron en la primera habitación, en la que se encontraba un anciano que sin duda hacía las veces de empleado de oficina, mozo de almacén y cajero. Aquel viejo era el maestro Jaime de la China. Largas planchas, en las que estaban apiladas las entregas publicadas, guarnecían las paredes de aquella estancia. Al fondo, un tabique de madera, adornado interiormente por cortinas verdes, formaba un gabinete. Una gatera destinada a recibir o a entregar el dinero indicaba el lugar donde estaba situada la caja.

—¿El señor de Espard? —dijo Popinot dirigiéndose a este hombre, que vestía una blusa gris.

El mozo de almacén abrió la puerta de la segunda habitación, donde el magistrado y su escribano vieron a un venerable anciano, de blanca cabellera, vestido con sencillez, condecorado con la cruz de San Luis, sentado ante un escritorio, y que cesó de comparar las láminas de colores para mirar a los dos recién llegados. Aquella pieza era un despacho modesto, lleno de libros y de pruebas de imprenta. Había en ella una mesa de madera negra, en la que sin duda venía a trabajar una persona que en aquellos momentos se hallaba ausente.

—¿Es el señor el marqués de Espard? —dijo Popinot.

—No, señor —respondió el anciano levantándose—. ¿Qué deseáis de él? —añadió dirigiéndose hacia ellos y testimoniando por su actitud unas maneras corteses y unos hábitos debidos a la educación de un gentilhombre.

—Quisiéramos hablarle de asuntos que le son enteramente personales —respondió Popinot.

—De Espard, ahí hay unos señores que preguntan por ti —dijo entonces aquel personaje entrando en la última pieza, donde se hallaba el marqués junto a la chimenea, leyendo los periódicos.

Aquel último gabinete tenía una alfombra gastada, las ventanas estaban guarnecidas de cortinillas de tela gris; no había más que algunas sillas de caoba, dos sillones, un escritorio y encima de la chimenea un mal reloj y dos candelabros. El anciano precedió a Popinot y a su escribano, les adelantó dos sillas, como si fuese el dueño de la casa, y el señor de Espard le dejó hacer. Después de los respectivos saludos, durante los cuales el juez observó al pretendido loco, el marqués preguntó con naturalidad cuál era el objeto de aquella visita. En esto, Popinot miró al anciano y al marqués con aire harto significativo.

—Creo, señor marqués —respondió—, que el carácter de mis funciones y la investigación que me ha traído exigen que estemos solos, por más que, en este caso, el espíritu de la ley requiera que los interrogatorios reciban una especie de publicidad doméstica. Soy juez en el Tribunal de primera instancia del Departamento del Sena, y he sido encargado por el señor presidente para interrogaros sobre los hechos articulados en una demanda de interdicción presentada por la señora marquesa de Espard.

El anciano se retiró.

VI

EL INTERROGATORIO

Cuando el juez y el marqués se encontraron solos, el escribano cerró la puerta, sentose sin hacer cumplidos ante el escritorio, donde desenvolvió sus papeles y preparó el proceso verbal. Popinot no había cesado de mirar al señor de Espard: observaba el efecto producido en él por aquella declaración, tan cruel para un hombre cargado de razón. El marqués de Espard, cuyo rostro estaba generalmente pálido, como el de las personas rubias, púsose de pronto rojo de cólera, estremeciose ligeramente, sentose, dejó el periódico encima de la chimenea y bajó los ojos. Pronto volvió a asumir la dignidad de un gentilhombre y contempló al juez, como para buscar en su fisonomía los indicios de su carácter.

—Caballero —inquirió—, ¿cómo no he sido prevenido de semejante demanda?

—Señor marqués, debido a que se considera que las personas cuya interdicción se solicita no gozan de su razón, es inútil la notificación de la demanda. El deber del Tribunal consiste en comprobar ante todo las alegaciones de los demandantes.

—No hay nada más justo —respondió el marqués—. Bien, caballero, tened la bondad de indicar la forma en que debo comportarme...

—Sólo tenéis que responder a mis preguntas, sin omitir detalle alguno. Por muy delicadas que fuesen las razones que os hubieran inducido a obrar de tal modo que dieran a la señora de Espard el pretexto de su demanda, hablad sin temor. Es inútil decir que la magistratura conoce sus deberes y que en semejante caso el secreto más profundo...

—Señor —dijo el marqués, cuyos rasgos revelaron entonces un dolor verdadero—, si de mis explicaciones resultase un reproche de la conducta observada por la señora marquesa, ¿qué ocurriría?

—El Tribunal podría expresar una censura en los motivos de su juicio.

—¿Esa censura es facultativa? Si yo estipulase con vos, antes de contestaros, que no habrá nada de ofensivo para la señora de Espard en lo que se diga, en el caso de que vuestro informe me resultara favorable, ¿el Tribunal tendrá en cuenta mi súplica?

El juez miró al marqués, y aquellos dos hombres cambiaron entonces pensamientos de la misma nobleza.

—Noel —dijo Popinot a su escribano—, retiraos a la otra pieza. Si os necesito, ya os llamaré. Si, como estoy en estos momentos dispuesto a creerlo —prosiguió, dirigiéndose al marqués, cuando el escribano hubo salido—, hay en este asunto algún mal entendido, puedo prometeros, caballero, que sobre vuestra demanda el Tribunal actuaría con cortesía. Hay un primer hecho alegado por la señora de Espard, el más grave de todos, y sobre el cual os ruego que me ilustréis —dijo el juez tras una pausa

—. Se trata de la disipación de vuestra fortuna en provecho de una tal señora Jeanrenaud, viuda de un batelero, o, mejor dicho, en provecho de su hijo el coronel, al que, según dicen, vos habéis colocado, por el cual habéis agotado el favor de que gozáis cerca del rey, y, en fin, al que habéis protegido hasta el extremo de procurarle una buena boda. La demanda insinúa que esta amistad sobrepasa en abnegación a todos los sentimientos, incluso aquellos que la moral reprueba...

Un súbito rubor tiñó el rostro y la frente del marqués, incluso sus ojos se le llenaron de lágrimas; luego, un justo orgullo reprimió esta sensibilidad que, en un hombre, pasa por debilidad.

—En verdad, caballero —respondió el marqués con voz alterada—, que me ponéis en una extraña perplejidad. Los motivos de mi conducta estaban condenados a morir conmigo... Para hablar de ello, debo descubrir os llagas secretas, entregaros el honor de mi familia y, cosa delicada que vos podréis apreciar, tendré que hablaros de mí mismo. Espero, caballero, que todo quedará entre nosotros. Sabréis encontrar en vuestras formas judiciales un sistema que permita redactar un juicio sin que se hable de mis revelaciones...

—Bajo ese respecto, todo es posible, señor marqués.

—Caballero —dijo el señor de Espard—, poco después de mi boda, mi mujer había hecho tan grandes gastos, que me vi obligado a recurrir a un empréstito. ¿Sabéis cuál fue la situación de las familias nobles durante la Revolución? No se me había permitido tener administrador ni hombre de negocios. Actualmente, los gentileshombres se ven obligados a efectuar ellos mismos sus negocios. La mayor parte de mis títulos de propiedad habían sido traídos del Languedoc, de la Provenza o del Franco Condado a París por mi padre, que temía, con bastante razón, las investigaciones que los títulos de familia y lo que él llamaba entonces los pergaminos de los privilegiados, atraían sobre sus propietarios. Nuestro apellido es Nègrepelisse. De Espard es un título adquirido bajo Enrique IV por una alianza que nos proporcionó los bienes y los títulos de la casa de Espard, con la condición de poner en el centro de nuestro escudo de armas el escudo de los de Espard, vieja familia del Beam, aliada con la casa de Albret a través de las mujeres: *de oro, con tres palos, acuartelado de azur con dos patas de grifo de argén puestas en bandolera*, con el famoso: DES PARTEM LEONIS por divisa. En los días de esta alianza, perdimos Nègrepelisse, pequeña ciudad tan célebre en las guerras de religión como lo fue entonces aquel de mis antepasados que llevaba su nombre. El capitán de Nègrepelisse quedó arruinado por el incendio de sus bienes, porque los protestantes no perdonaron a un amigo de Montluc. La Corona fue injusta con el señor de Nègrepelisse, y éste no tuvo ni el bastón de mariscal, ni gobierno, ni indemnizaciones; el rey Carlos IX, que le amaba, murió sin haber podido recompensarle; Enrique IV le procuró su matrimonio con la señorita de Espard, heredera de los dominios de esa casa; pero todos los bienes de los Nègrepelisse habían pasado ya a manos de los acreedores. Mi bisabuelo el marqués de Espard fue, como yo, puesto bastante joven al frente de sus

negocios por la muerte de su padre, el cual, después de haber disipado la fortuna de su mujer, no le dejó más que las tierras sustituidas de la casa de Espard, pero gravadas por una viudedad. Aquel joven marqués de Espard se encontraba en una situación tanto más difícil cuanto que tenía un cargo en la Corte. Particularmente bien visto de Luis XIV, el favor del rey fue para él un título de fortuna. Aquí, señor, hízose en nuestro escudo una mancha de cieno y de sangre que yo me he ocupado en lavar. Descubrí este secreto en los títulos relativos a las tierras de Nègrepelisse y en legajos de correspondencia.

En aquel momento solemne, el marqués hablaba sin tartamudear, no le escapaba ninguna de aquellas repeticiones que le eran habituales; pero todos han podido observar que las personas que en las cosas ordinarias de la vida se ven afectadas por estos dos defectos, se desembarazan de ellos en el momento en que alguna pasión viva anima sus palabras.

—Tuvo efecto la revocación del edicto de Nantes —dijo—. Quizás ignoráis, señor, que para muchos favoritos fue una ocasión de fortuna. Luis XIV dio a los grandes de su corte las tierras confiscadas a las familias protestantes que no se pusieron en regla para la venta de sus bienes. Algunas personas favorecidas fueron, como se decía entonces, a la caza de protestantes. He adquirido la certeza de que la fortuna actual de dos familias ducales se compone de tierras confiscadas a desgraciados negociantes. No voy a explicaros a vos, hombre de justicia, las maniobras empleadas para tender trampas a los refugiados que tenían grandes fortunas que llevarse: básteos saber que la tierra de Nègrepelisse, y la de Gravenges, que antaño nos habían pertenecido, se encontraban en manos de una familia protestante. Mi abuelo entró en ellas por la donación que le hizo Luis XIV. Esta donación se basaba en unas actas que ostentaban el sello de una espantosa iniquidad. El propietario de estas dos tierras, creyendo poder regresar a Francia, había simulado una venta y se marchaba a Suiza a reunirse con su familia, a la que había enviado previamente a ese país. Quería sin duda aprovechar todas las prórrogas concedidas por la real orden con objeto de arreglar los asuntos de su comercio. Aquel hombre fue detenido por una orden del gobernador, el fideicomisario declaró la verdad, el pobre negociante fue ahorcado y mi abuelo tuvo las dos tierras. Yo habría querido poder ignorar la parte que mi abuelo tuvo en esta intriga; pero el gobernador era su tío materno y yo leí por desgracia una carta por medio de la cual le rogaba que se dirigiese a Deodato, nombre convenido entre los cortesanos para hablar del rey. En esa carta, a propósito de la víctima, campea un tono de chanza que me causó horror. En fin, señor, las sumas enviadas por la familia refugiada para rescatar la vida del pobre hombre fueron guardadas por el gobernador, quien, sin embargo, hizo dar muerte al negociante.

El marqués de Espard hizo una pausa, como si estos recuerdos fueran todavía demasiado pesados para él.

—Ese desgraciado se llamaba Jeanrenaud —repuso—. Ese nombre debe

explicaros mi conducta. No he pensado, sin un vivo dolor, en la secreta vergüenza que pesaba sobre mi familia. Esta fortuna permitió a mi abuelo contraer matrimonio con una Navarreins-Lansac, heredera de los bienes de esa rama menor, mucho más rica entonces que la rama mayor de los Navarreins. Mi padre convirtiose entonces en uno de los propietarios más considerables del reino. Pudo casarse entonces con mi madre, que era una Grandlieu de la rama menor. Aunque mal adquiridos, esos bienes nos aprovecharon de un modo extraño. Decidido a reparar en seguida el mal, escribí a Suiza, y no tuve punto de reposo hasta el momento en que estuve sobre la pista de los herederos del protestante. Acabé por saber que los Jeanrenaud, reducidos a la más extrema miseria, habían abandonado Friburgo y habían regresado a Francia. En fin, descubrí en el señor Jeanrenaud, simple teniente de caballería en tiempo de Bonaparte, al heredero de esa desdichada familia. A mis ojos, el derecho de los Jeanrenaud era evidente. Para que la prescripción se establezca, ¿no es preciso que los detentadores puedan ser atacados? ¿A qué poder se habrían dirigido los refugiados? Su tribunal estaba allá arriba, o mejor dicho, señor —dijo el marqués golpeándose el corazón—, el tribunal estaba aquí. No he querido que mis hijos pudieran pensar de mí lo que yo he pensado de mi padre y de mi abuelo; he querido legarles una herencia y unos escudos de armas sin mancilla, no he querido que la nobleza fuera una mentira en mi persona. En fin, políticamente hablando, los emigrados que reclaman contra las confiscaciones revolucionarias, ¿deben conservar todavía unos bienes que son el fruto de confiscaciones obtenidas mediante crímenes? He encontrado en el señor Jeanrenaud y en su madre una probidad asombrosa: al oírles a ellos, parecía como si me despojasen. A pesar de mis instancias, no aceptaron más que el valor que tenían las tierras en el día en que mi familia las recibió del rey. Este precio fue convenido entre ellos y yo en la suma de un millón cien mil francos, que me dejaron con la facilidad de pagar a mi conveniencia, sin intereses. Para llegar a este resultado, tuve que privarme de mis rentas durante mucho tiempo. Aquí, señor, empecé a perder algunas ilusiones que yo me había forjado sobre el carácter de la señora de Espard. Cuando le propuse abandonar París e irnos a vivir a la provincia, donde, con la mitad de sus rentas, podríamos vivir honradamente, y llegar así pronto a una restitución de la que le hablé, sin decirle la gravedad de los hechos, la señora de Espard me trató de loco. Descubrí entonces el verdadero carácter de mi mujer: ella habría aprobado sin escrúpulos la conducta de mi abuelo y se habría burlado de los hugonotes. Asustado ante su frialdad, ante su poco afecto hacia sus hijos, que me abandonó sin pesar, decidí dejarle su fortuna, después de haber liquidado nuestras deudas comunes. Por otra parte, me dijo no era ella quien había de pagar mis tonterías. Careciendo de suficientes rentas para vivir y proveer a la educación de mis hijos, decidí educarlos yo mismo, hacer de ellos hombres de corazón y gentileshombres. Al invertir mis rentas en los fondos públicos, pude saldar mis cuentas antes de lo que esperaba, porque aproveché las oportunidades que ofreció el aumento de las rentas. Reservándome cuatro mil libras para mis hijos y para mí, no

habría podido pagar más que veinte mil escudos por año, lo que habría exigido cerca de dieciocho años para consumir mi liberación, mientras que últimamente he saldado el millón cien mil francos que debía. Así, tengo la dicha de haber realizado esta restitución sin haber causado el menor daño a mis hijos. He aquí, señor, la razón de los pagos hechos a la señora Jeanrenaud y a su hijo.

—Así —dijo el juez conteniendo la emoción que le producía este relato— la señora marquesa, ¿conocía los motivos de vuestro retiro?

—Sí, señor.

Popinot hizo un gesto muy expresivo, se levantó de pronto y abrió la puerta del gabinete.

—Noel, podéis marcharos —dijo a su escribano—. Caballero —dijo luego el juez—, aunque lo que acabáis de decirme sea suficiente para enterarme del asunto, desearía que me dijerais algo relativo a los otros hechos alegados en la demanda. Así, habéis emprendido aquí un negocio comercial más allá de las costumbres de un hombre de calidad.

—No podemos hablar de este asunto aquí —dijo el marqués haciendo al juez un gesto indicando que debían salir—. Nouvion —añadió, dirigiéndose al anciano—, bajo a mi casa, mis hijos volverán dentro de poco, tú comerás con nosotros.

—Señor marqués —dijo Popinot cuando estuvieron en la escalera—, ¿no es éste, entonces, vuestro apartamento?

—No, señor. He alquilado esas habitaciones para instalar las oficinas de esta empresa. Ved —añadió, mostrando un anuncio—, esta historia se publica bajo el nombre de uno de los más honorables librereros de París, y no por mí.

El marqués hizo entrar al juez en la planta baja diciéndole:

—Éste es mi apartamento, señor.

Popinot viose naturalmente conmovido por la poesía más encontrada que buscada que respiraba aquel hogar. Hacía un tiempo magnífico, las ventanas estaban abiertas, el aire del jardín difundía en el salón aromas vegetales; los rayos del sol alegraban y animaban las partes de madera algo pardas. Al ver aquello, Popinot consideró que un loco sería poco capaz de inventar la suave armonía que en aquellos momentos le cautivaba.

—Me haría falta un apartamento parecido —pensaba—. ¿Vais a abandonar pronto este barrio? —preguntó en voz alta.

—Así lo espero —respondió el marqués—; pero aguardaré a que mi hijo menor haya terminado sus estudios y que el carácter de mis hijos esté completamente formado, antes de introducirles en el mundo y al lado de su madre; por otra parte, después de haberles dado la sólida instrucción que poseen, quiero que la completen haciéndoles viajar por las capitales de Europa, con objeto de que vean los hombres y las cosas, y se habitúen a hablar las lenguas que han aprendido. Señor —dijo haciendo que el juez se sentara en el salón—, yo no podía hablaros de la publicación sobre la China delante de un viejo amigo de la familia, el conde de Nouvion, que

regresó de la emigración sin fortuna alguna y con el cual he realizado este negocio, menos por mí que por él. Sin confiarle los motivos de mi retiro, le dije que estaba arruinado como él, pero que tenía dinero suficiente para emprender una especulación en la cual podía él emplearse útilmente. Mi preceptor fue el abate Grozier, a quien, por recomendación mía, nombró Carlos X bibliotecario suyo de la biblioteca del Arsenal, la cual le fue devuelta cuando el príncipe era SEÑOR. El abate Grozier poseía profundos conocimientos sobre la China, sobre sus usos y costumbres; me había hecho heredero suyo a una edad en la que es difícil que uno no se fanatice por lo que aprende. A la edad de veinticinco años, yo sabía el chino, y confieso que jamás he podido evitar el sentir una admiración exclusiva por ese pueblo, que conquistó a sus conquistadores, cuyos anales se remontan indiscutiblemente a una época mucho más antigua que los tiempos mitológicos o bíblicos; que, por sus instituciones inmutables, ha conservado la integridad de su territorio, cuyos monumentos son gigantescos, cuya administración es perfecta, en el cual las revoluciones son imposibles, que ha juzgado el bello ideal como un principio de arte estéril, que ha elevado el lujo y la industria a un tan alto grado que en ningún punto podemos nosotros sobrepasarlo, mientras que nos iguala en aquello que nos creemos superiores. Pero, si a menudo llega el caso de que yo bromeo comparando con la China la situación de los Estados europeos, yo no soy chino, soy un gentilhomme francés. Si vos abrigáis dudas acerca de la financiación de esta empresa, puedo demostraros que contamos con dos mil quinientos suscriptores para este monumento literario, iconográfico, estadístico y religioso, cuya importancia ha sido generalmente apreciada; nuestros suscriptores pertenecen a todas las naciones de Europa; sólo tenemos mil doscientos en Francia. Nuestra obra costará unos trescientos francos, y el conde de Novvion encontrará en ella de seis a siete mil libras de renta para él, porque su bienestar fue el secreto motivo de esta empresa. Por mi parte, sólo tengo presente la posibilidad de dar a mis hijos algunas satisfacciones. Los cien mil francos que he ganado, a pesar mío, pagarán sus lecciones de armas, sus caballos, sus vestidos, sus espectáculos, los lienzos que pintan, los libros que quieren comprar, en fin, todos esos pequeños caprichos que los padres tanto desean satisfacer. Si hubiera sido preciso rehusar estas satisfacciones a mis pobres hijos, tan buenos, tan estudiosos, el sacrificio que yo hago a nuestro apellido me habría resultado doblemente penoso. En efecto, señor, los doce años durante los cuales me retiré del mundo para educar a mis hijos, me han valido el más completo olvido de la Corte. He abandonado la carrera política, he perdido toda mi fortuna histórica, toda una ilustración nueva que yo podía legar a mis hijos; pero nuestra casa no habrá perdido nada, mis hijos serán hombres distinguidos. Si no he obtenido la dignidad de par, mis hijos la conquistarán noblemente consagrándose a los asuntos de su país y le prestarán servicios que no se olvidan; al purificar el pasado de nuestra casa, yo le aseguraba un glorioso porvenir: ¿no equivale esto a haber realizado una hermosa tarea, aunque secreta y sin gloria? ¿Tenéis ahora, caballero, algo más que preguntarme?

En aquel momento, el ruido de varios caballos resonó en el patio.

—Ya están aquí —dijo el marqués.

En seguida los dos jóvenes, vestidos con sencillez y elegancia, entraron en el salón, agitando alegremente los látigos de montar, y luciendo sus botas, espuelas y guantes. Sus rostros animados traían el frescor del aire libre, estaban radiantes de salud. Los dos fueron a estrechar la mano de su padre, cambiaron con él, como entre amigos, una mirada llena de muda ternura y saludaron fríamente al juez. Popinot consideró como algo completamente inútil el interrogar al marqués sobre sus relaciones con sus hijos.

—¿Os habéis divertido? —les preguntó el marqués.

—Sí, papá. Yo, por primera vez, he derribado seis monigotes en doce tiros —dijo Camilo.

—¿Adónde habéis ido a pasear?

—Al Bosque de Bolonia, donde hemos visto a nuestra madre.

—¿Se ha parado?

—Íbamos tan de prisa en aquel momento, que sin duda no nos ha visto —respondió el joven conde.

—Pero, entonces, ¿por qué no fuisteis vosotros a presentaros a ella?

—He creído observar, papá, que a ella no le gusta que la vean que la abordamos en público —dijo Clemente en voz baja—. Ya somos demasiado mayores.

El juez poseía el oído suficientemente fino para oír esta frase, que atrajo algunas nubes sobre la frente del marqués. Popinot complacíase en contemplar el espectáculo que le ofrecían el padre y los hijos. Sus ojos, en los que se reflejaba una gran ternura, posábanse en el rostro del señor de Éspard, cuyos rasgos y maneras le representaban la probidad en su más hermosa forma, la probidad espiritual y caballeresca, la nobleza en toda su belleza.

—Ya... ya veis, señor —le dijo el marqués, recibiendo de nuevo su tartamudez—, ya veis que la justicia..., que la justicia puede entrar aquí..., aquí a todas horas; sí, a todas horas aquí. Si hay locos..., si hay locos, sólo pueden ser los hijos, que están un poco locos por su padre, y el padre que está muy loco por sus hijos; pero se trata de una locura de buena ley.

En aquel momento oyose la voz de la señora Jeanrenaud en la antesala, y la buena mujer entró en el salón, a pesar de las observaciones del ayuda de cámara.

—Yo no me ando por las ramas —gritaba—. Sí, señor marqués —dijo saludando a todos en general—, es preciso que os hable ahora mismo. ¡Dios santo!, aún he venido demasiado tarde, porque aquí veo al señor juez criminal.

—¡Criminal! —dijeron los dos niños.

—Existían muy buenas razones para que no os encontrase en vuestra casa, puesto que estabais aquí. ¡Bah!, la justicia está siempre presente cuando se trata de hacer mal. Vengo, señor marqués, a deciros que estoy de acuerdo con mi hijo acerca de devolvéroslo todo, puesto que en ello va vuestro honor, que se halla amenazado. Mi

hijo y yo preferimos devolvéroslo todo antes que causaros el más ligero pesar. En verdad, hay que ser bien estúpido para querer haceros objeto de interdicción...

—¡Hacer objeto de interdicción a nuestro padre! —exclamaron los dos niños—. ¿Qué sucede?

—Silencio, señora —dijo Popinot.

—Hijos míos, dejadnos —dijo el marqués.

Los dos muchachos se fueron al jardín sin hacer el menor comentario, pero llenos de inquietud.

—Señora —dijo el juez—, las sumas que el señor marqués os ha entregado os son legítimamente debidas, aunque se os hayan dado en virtud de un principio de probidad no muy extendido. Si las personas que poseen bienes confiscados de la manera que sea, incluso por maniobras pérfidas, estuvieran al cabo de ciento cincuenta años, obligadas a efectuar restituciones, encontraríanse en Francia pocas propiedades legítimas. Los bienes de Jacques Coeur han enriquecido a veinte familias nobles; las confiscaciones abusivas pronunciadas por los ingleses en provecho de sus partidarios, cuando los ingleses poseían una parte de Francia, han labrado la fortuna de varias casas principescas. Nuestra legislación permite al señor marqués disponer de sus ingresos a título gratuito sin que pueda ser acusado de disipación. La interdicción de un hombre se basa en la ausencia de toda razón en sus actos; pero aquí las entregas que se os han hecho se basan en los motivos más sagrados, más honorables. Así, podéis guardarlo todo sin remordimiento y dejar que el mundo interprete mal esta hermosa acción. En París, la virtud más pura es objeto de las más sucias calumnias. Es una desgracia que el estado actual de nuestra sociedad convierta en sublime la conducta del señor marqués. Yo quisiera, para el honor de nuestro país, que semejantes actos parecieran sencillos; pero las costumbres son tales, que me veo obligado, por comparación, a considerar al señor de Espard como un hombre al cual habría que conceder una corona en lugar de amenazarle con un juicio de interdicción. Durante todo el curso de una larga vida judicial, yo no he visto ni oído nada que me haya emocionado más que lo que acabo de ver y de oír. Pero no hay nada extraordinario en encontrar la virtud en su forma más bella, cuando es puesta en práctica por hombres que pertenecen a la clase más elevada. Después de haberme explicado de este modo, espero, señor marqués, que estaréis seguro de mi silencio, y que no tendréis ninguna inquietud acerca del juicio, si es que lo hay.

—¡Magnífico! —dijo la señora Jeanrenaud—. ¡A eso se le puede llamar un juez! Señor, si yo no fuera fea, os daría un beso; habláis como un libro.

El marqués tendió su mano a Popinot, y Popinot le dio un suave golpecito con la suya, dirigiendo a aquel grande hombre de la vida privada una mirada llena de penetrantes armonías a la que el marqués correspondió con una amable sonrisa. Aquellas dos naturalezas, tan llenas, tan ricas, una burguesa y divina, otra noble y sublime, se habían puesto al unísono dulcemente, sin choque, sin pasión, como si dos luces puras se hubiesen confundido. El padre de todo un barrio se sentía digno de

estrechar la mano de aquel hombre dos veces noble, y el marqués experimentaba en el fondo de su corazón un movimiento que le advertía de que la mano del juez era una de aquellas de las que se escapan incesantemente los tesoros de una bondad inagotable.

—Señor marqués —añadió Popinot, saludándole—, tengo la satisfacción de deciros que, desde las primeras palabras de este interrogatorio, había considerado que mi escribano resultaría inútil.

Luego se acercó al marqués, le llevó junto a la ventana y le dijo:

—Creo que en este asunto la señora marquesa ha sufrido ciertas influencias que vos debéis combatir desde hoy.

Popinot salió, volvióse varias veces en el patio y en la calle, conmovido por el recuerdo de esta escena, que formaba parte de esos efectos que arraigan en la memoria para volver a florecer en ciertas horas en las que el alma busca consuelos.

«Ese apartamento me convendría —dijose al llegar a su casa—. Si el señor de Espard lo deja, yo continuaré su arriendo...».

Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, Popinot, que el día antes había redactado su informe, dirigióse hacia el Palacio con la intención de hacer rápida y buena justicia. En el momento en que entraba en el vestuario para coger la toga y ponerse la golilla, el empleado de la sala le dijo que el presidente del Tribunal le rogaba que pasase a su gabinete, donde le aguardaba. Popinot acudió en seguida.

—Buenos días, querido Popinot —le dijo el magistrado—. Os estaba esperando.

—Señor presidente, ¿se trata de un asunto grave?

—Nada de importancia —dijo el presidente—. El Guardasellos, con quien tuve el honor de comer ayer, me llevó aparte, a un rincón. Se ha enterado de que vos estuvisteis a tomar el té en casa de la señora de Espard, en cuyo asunto habíais de intervenir. Me ha hecho comprender que no es conveniente que vos intervengáis en esa causa...

—¡Ah!, señor presidente, puedo aseguraros que salí de casa de la señora de Espard en el momento en que sirvieron el té; por otra parte, mi conciencia...

—Sí, sí —dijo el presidente—, el Tribunal entero, las dos cortés, el Palacio, os conocen. No os repetiré lo que he dicho de vos a Su Grandeza; pero, ya sabéis, *la mujer de César no debe ser objeto de sospecha*. Así, no hagamos de esta tontería un asunto de disciplina, sino una cuestión de conveniencia. Entre nosotros, debo deciros que se trata menos de vos que del Tribunal.

—Pero, señor presidente, si conocierais el asunto —dijo el juez tratando de sacar del bolsillo su informe.

—Estoy persuadido de antemano de que habéis aportado a este asunto la más estricta independencia. Yo mismo, en provincias, como simple juez, a menudo tomé mucho más que una taza de té con las personas a las que había de juzgar; pero basta con que el Guardasellos haya hablado de ello, que la gente pueda hablar de vos, para que el Tribunal evite una discusión sobre este asunto. Todo conflicto con la opinión

pública es siempre peligroso para un cuerpo constituido, incluso cuando tiene razón contra ella, porque las armas no son iguales. El periodismo puede decirlo todo, puede suponerlo todo; y nuestra dignidad nos lo prohíbe todo, incluso la respuesta. Por otra parte, he hablado con vuestro presidente y el señor Camusot acaba de ser nombrado, a base de la recusación que vos vais a dar. Es algo arreglado en familia. En fin, os pido vuestra recusación como un favor personal; en cambio, tendréis la cruz de la Legión de Honor, que se os debe desde hace tiempo, y yo me ocuparé de ello.

Al ver al señor Camusot, juez recientemente llamado de un tribunal de distrito al de París, y que se adelantó saludando al juez y al presidente, Popinot no pudo contener una sonrisa irónica. Aquel joven rubio y pálido, lleno de secreta ambición, parecía dispuesto a todo. Popinot se retiró saludando al presidente y al juez, sin dignarse rebatir la mentirosa acusación de que se le hacía objeto.

París, febrero de 1836.



EL CONTRATO DE MATRIMONIO



EL CONTRATO DE MATRIMONIO

Dedicado a G. Rossini

El señor de Manerville, el padre, era un aristócrata normando muy conocido del mariscal de Richelieu, quien le procuró matrimonio con una de las más ricas herederas de Burdeos en la época en que el anciano duque fue allí a pavonear en su calidad de gobernador de Guyena. El normando vendió las tierras que poseía en Bessín y se hizo gascón, seducido por la belleza del castillo de Lanstrac, deliciosa morada que pertenecía a su mujer. En los últimos días del reinado de Luis XV, compró el cargo de mayor de Guardas de la Puerta, y vivió hasta el año 1813, tras haber tramontado muy felizmente la Revolución. He aquí de qué manera: Hacia fines del año 1790, fue a la Martinica, donde su mujer tenía intereses, y confió la gestión de sus bienes de Gascuña a un honrado pasante de notario, llamado Matías, que a la sazón sentíase inclinado hacia las ideas nuevas. A su regreso, el conde de Manerville encontró intactas sus propiedades y provechosamente administradas. Esta habilidad era un fruto producido por el injerto del gascón en el normando. La señora de Manerville murió en 1810. Conocedor de la importancia de los intereses por las disipaciones de su juventud, y como muchos ancianos, concediéndoles más lugar que el que les corresponde en la vida, el señor de Manerville fue haciéndose progresivamente ahorrativo, avaro y mezquino. Sin pensar que la avaricia de los padres prepara la prodigalidad de los hijos, apenas dio nada a su hijo, a pesar de que se trataba de un hijo único.

Pablo de Manerville, que a fines del año 1810 regresó del colegio de Vendôme, permaneció bajo el dominio paterno durante tres años. La tiranía que hizo pesar sobre su heredero, un anciano de setenta y nueve años, influyó necesariamente en un corazón y en un carácter que no estaban formados. Sin carecer de ese valor físico que parece estar en el aire de Gascuña, Pablo no se atrevió a luchar contra su padre, y perdió aquella facultad de resistencia que engendra el valor moral. Sus sentimientos reprimidos se sumieron en el fondo de su corazón, donde los guardó mucho tiempo sin expresarlos; luego, más tarde, cuando sintió que estaban en desacuerdo con las máximas del mundo, fue capaz de pensar bien y obrar mal. Habríase batido por una sola palabra, y temblaba a la idea de tener que despedir a un criado; porque su timidez ejercitábase en los combates que requieren una voluntad constante. Capaz de grandes cosas para eludir la persecución, no la habría prevenido por una oposición sistemática, ni la habría afrontado por medio de un continuo despliegue de sus fuerzas. Cobarde en el pensamiento, audaz en la acción, conservó durante mucho tiempo aquel secreto candor que hace al hombre víctima voluntaria de cosas contra las cuales ciertas almas vacilan en rebelarse, prefiriendo padecerlas a quejarse de ellas. Hallábase cautivo en la vieja mansión de su padre, porque no tenía suficiente

dinero para alternar con los jóvenes de la ciudad, envidiando sus placeres sin poder compartirlos. El anciano aristócrata llevábale todas las tardes en un viejo coche, tirado por viejos caballos mal atalajados, acompañado de sus viejos lacayos mal vestidos, a una sociedad realista, compuesta de los restos de la nobleza parlamentaria y de la nobleza de la espada. Reunidas desde la Revolución para resistir a la influencia imperial, estas dos noblezas habíanse transformado en una aristocracia territorial. Aplastado por las grandes fortunas de las ciudades marítimas, este *Faubourg Saint-Germain* de Burdeos respondía con su desdén al fasto que ostentaban a la sazón el comercio, las administraciones y los militares.

Demasiado joven para comprender las distinciones sociales y las necesidades ocultas bajo la aparente vanidad que ellas mismas crean, Pablo se aburría en medio de aquellas antiguallas, sin saber que más tarde sus relaciones de juventud le asegurarían esa preeminencia aristocrática a la que Francia se sentirá siempre inclinada. Hallaba ligeras compensaciones al desabrimiento de sus veladas en algunos ejercicios que agradan a los jóvenes, porque su padre se los imponía. Para el viejo gentilhomme, saber manejar las armas, ser un excelente jinete, jugar a la pelota, adquirir linos modales, en fin, la frívola instrucción de los señores de antaño, era lo que constituía un joven cabal y cumplido. Pablo se ejercitaba, pues, todas las mañanas en las armas, en la equitación y en el tiro de pistola. El tiempo restante lo empleaba en la lectura de novelas, porque su padre no admitía los estudios trascendentes con que actualmente se pone fin a la educación. Una vida tan monótona habría llegado a matar a este joven, si la muerte de su padre no le hubiera librado de esta tiranía en el momento en que se había hecho insoportable. Pablo encontró capitales considerables acumulados por la avaricia paterna y propiedades en excelente estado; pero sentía horror hacia Burdeos y no le gustaba más Lanstrac, adonde iba su padre a pasar todos los veranos y le llevaba a cazar de la mañana a la noche.

En cuanto los asuntos relativos a la herencia quedaron terminados, el joven heredero, ávido de placeres, compró rentas con sus capitales, dejó la gestión de sus tierras en manos del viejo Matías, el notario de su padre, y pasó seis años lejos de Burdeos. Agregado de Embajada en Nápoles, primero; fue más tarde en calidad de secretario a Madrid, a Londres, y de este modo dio la vuelta a Europa. Después de haber conocido el mundo, después de haber perdido muchas ilusiones, después de haber disipado los capitales líquidos que su padre había acumulado, llegó un momento en el que, para continuar con su tren de vida, Pablo tuvo que echar mano de las rentas territoriales que su notario había acumulado para él. En este momento crítico, obsesionado por una de esas ideas tenidas por prudentes, quiso abandonar París, volver a Burdeos, dirigir sus negocios, llevar una vida de aristócrata en Lanstrac, mejorar sus tierras, casarse, y llegar un día a diputado. Pablo era conde, la nobleza volvía a ser un valor matrimonial, podía y debía hacer un buen casamiento. Si muchas mujeres desean casarse con un título, muchas más aún quieren un hombre para quien el conocimiento de la vida sea familiar. Ahora bien, Pablo había adquirido

por una suma de setecientos mil francos, devorada en seis años, ese cargo que no se vende y que es mejor que un cargo de agente de cambio; que exige también largos estudios, preparación, exámenes, conocimientos, amigos, enemigos, cierta elegancia en el talle, ciertas maneras, un nombre fácil y agradable de pronunciar; un cargo que, por otra parte, reporta buenas fortunas, duelos, apuestas perdidas en las carreras, decepciones, tedio, trabajos y muchos placeres indigestos. Era, en fin, un hombre elegante. Pese a sus locos dispendios, no había podido llegar a ser un hombre se moda. En el burlesco ejército de la gente de mundo, el hombre de moda representa el mariscal de Francia, el hombre elegante equivale a un teniente general. Pablo gozaba de su pequeña reputación de elegancia y sabía mantenerla. Sus criados iban bien vestidos, sus coches eran citados con admiración, sus cenas gozaban de cierta aceptación, en fin, su piso de soltero figuraba entre los siete u ocho cuyo fasto igualaba al de las mejores casas de París. Pero no había causado la desgracia de ninguna mujer, jugaba sin perder, gozaba de felicidad sin brillo, era demasiado honrado para engañar a quien quiera que fuese, siquiera una joven; no dejaba ver sus billetes amorosos, no poseía ningún cofrecillo con cartas de amor en el que sus amigos pudieran revolver mientras aguardaban a que hubiera acabado de ponerse el cuello o de afeitarse; no queriendo desmembrar sus tierras de Guyena, no poseía aquella temeridad que aconseja los golpes de audacia y llama la atención a toda costa sobre un joven; no pedía dinero prestado a nadie, y cometía el error de prestarlo a amigos que le abandonaban y ya no hablaban de él ni en bien ni en mal. Parecía haber medido su desorden. El secreto de su carácter estaba en la tiranía paterna, que había hecho de él una especie de mestizo social. Una mañana, dijo a uno de sus amigos, llamado De Marsay, que después llegó a ser famoso:

—Amigo mío, la vida tiene un sentido.

—Hace falta haber llegado a la edad de veintisiete años para comprenderlo —respondió irónicamente De Marsay.

—Sí, tengo veintisiete años, y precisamente a causa de mis veintisiete años quiero ir a vivir a Lanstrac como un gentilhombre. Viviré en Burdeos, adonde transportaré mi mobiliario de París, en el viejo hotel de mi padre, y vendré a pasar tres meses de invierno aquí, a esta casa que pienso conservar.

—¿Y te casarás?

—Y me casaré.

—Yo soy tu amigo, querido Pablo, bien lo sabes —repuso De Marsay tras un momento de silencio—, pues bien, procura ser un buen padre y un buen esposo, y te harás ridículo para el resto de tu vida. Si pudieras ser feliz y ridículo, la cosa carecería de importancia, pero es que no serás feliz. No tienes la mano bastante fuerte para gobernar una casa. Te hago justicia: eres un perfecto jinete, nadie mejor que tú para soltar y recoger las riendas, hacer piafar un caballo y permanecer en tu silla como atornillado. Pero, querido amigo, el matrimonio es distinto a cabalgar. Ya te estoy viendo, arrastrado por la señora condesa de Manerville, yendo contra tu

voluntad más a menudo a galope que al trote y bien pronto desmontado... ¡Oh! Pero desmontado como para quedarte en la cuneta, con las piernas rotas, ¿me oyes? Te quedan cuarenta mil y pico de libras de renta en propiedades en el departamento de la Gironda. Bien. Llévate tus caballos y tus criados, amuebla tu hotel de Burdeos, serás el rey de Burdeos, promulgarás allí los decretos que nosotros llevaremos a París, serás el corresponsal de nuestras estupideces, muy bien. ¡Haz locuras en provincias, haz incluso tonterías, aún mejor, quizá te hagas famoso! Pero... no te cases. ¿Quién se casa hoy? Comerciantes en el interés de su capital o para ser dos a tirar de la carreta; campesinos que quieren, produciendo muchos hijos, crearse obreros; agentes de cambio o notarios obligados a pagar sus cargos; reyes desgraciados que continúan desgraciadas dinastías. Sólo nosotros estamos libres de la albarda ¿y quieres ponértela? En fin, ¿por qué quieres casarte? Debes dar cuenta de tus razones a tu mejor amigo. Ante todo, aunque te casaras con una heredera tan rica como tú, ochenta mil libras de renta para dos no son lo mismo que cuarenta mil libras de renta para uno, por aquello de que luego se encuentran tres, y cuatro si nos llega un hijo. ¿Tendrás por casualidad amor para esa estúpida raza de Manerville que no te traerá más que preocupaciones? ¿Es que no sabes lo que es el oficio de padre y de madre? El matrimonio, mi buen Pablo, es la más estúpida de las inmoluciones sociales; sólo nuestros hijos se aprovechan de ella, y no conocen el valor de la misma hasta el momento en que sus caballos pacen las flores nacidas sobre nuestras tumbas. ¿Echas de menos a tu padre, a ese tirano que ha hecho desolada tu juventud? ¿Cómo harás para lograr que tus hijos te amen? Tus previsiones para su educación, tus desvelos para su felicidad, tus necesarias severidades te enajenarán su cariño. Los hijos quieren un padre pródigo o débil, al que más tarde despreciarán. Te hallarás, pues, entre el temor y el desprecio. ¡No es buen padre de familia todo el que quiere! Vuelve los ojos hacia nuestros amigos y dime, ¿a cuál quisieras tú tener por hijo? Hemos conocido a algunos que deshorrarían el apellido que llevan. Los hijos, caro amigo, son mercancías muy difíciles de cuidar. ¡Los tuyos serán unos angelitos, claro! ¿Has sondeado alguna vez el abismo que separa la vida del soltero de la vida del hombre casado? Escucha. Soltero, tú puedes decir: “No tendré más que tal suma de ridículo, el público no pensará de mí más que lo que yo le permita pensar”. ¡Casado, caes en lo infinito del ridículo! Soltero, haces tú mismo tu felicidad, hoy la tomas, mañana te privas de ella; casado, la tomas tal como viene, y el día que quieres ser feliz, no puedes. Casado, te vuelves imbécil, calculas dotes, hablas de moral pública y religiosa, encuentras inmorales a los jóvenes, así como peligrosos; en fin, que te convertirás en un académico social. Me das lástima. El solterón cuya herencia es esperada con ansia, que se defiende hasta el postrer suspiro contra una vieja guardiana a la que en vano pide que le dé de beber, es un bienaventurado en comparación con el hombre casado. No te hablo de todo lo que puede ocurrir de molesto, aburrido, irritante, tiranizador, contrariante, idiotizante, narcótico y paralizante en el combate de dos seres siempre en presencia el uno del otro, atados

para siempre, y que los dos han quedado atrapados creyendo que se convenían mutuamente; no, eso sería comenzar de nuevo la sátira de Boileau, y ya nos la sabemos de memoria. Yo te perdonaría tu idea ridícula si me prometieras casarte como un gran señor, instituir un mayorazgo con tu fortuna, aprovechar la luna de miel para tener dos hijos legítimos, dar a tu mujer una casa completa distinta de la tuya, no encontraros uno con otro más que en sociedad, y no volver de viaje jamás sin hacerte anunciar de antemano por un correo. Doscientas mil libras de renta son suficientes para esta existencia, y tus antecedentes te permiten crearla por medio de una rica inglesa hambrienta de título. ¡Ah!, esta vida aristocrática me parece realmente francesa, la única grande, la única que nos procura respeto, la amistad de una mujer, la única que nos distingue de la masa actual, en fin, la única por la cual un joven pueda abandonar la vida de soltero. En tal situación, el conde de Manerville resulta el consejero de su época, se coloca por encima de todo y ya no puede ser sino ministro o embajador. El ridículo no le alcanzará jamás, ha conquistado las ventajas sociales del matrimonio y conserva los privilegios de soltero.

—Pero amigo mío, yo no soy De Marsay, soy simplemente, como tú mismo me haces el honor de decir, Pablo de Manerville, buen padre y buen esposo, diputado del centro, y quizá par de Francia; destino excesivamente mediocre; pero soy modesto, me resigno.

—Y tu mujer —dijo el implacable De Marsay—, ¿se resignará?

—Mi mujer, amigo mío, hará lo que yo quiera.

—¡Ay, mi pobre amigo! ¿Esas tenemos todavía? Adiós, Pablo, desde hoy te retiro el aprecio. Una palabra aún, porque no podría suscribir fríamente tu abdicación. Ya ves donde reside la fuerza de nuestra posición. Un soltero, aunque no tuviera más que seis mil libras de renta, aunque no le quedara por toda fortuna más que su reputación de elegancia, más que el recuerdo de sus éxitos... Bien, esta sombra fantástica comporta enormes valores. La vida ofrece aún ciertas oportunidades a tal soltero. Sí, sus pretensiones pueden abarcarlo todo. Pero el matrimonio, Pablo, es el “tú no llegarás a más” social. Una vez casado, ya no podrás ser más que lo que eras, a menos que tu mujer se digne ocuparse de ti.

—¡Pero —dijo Pablo— es que tú me aplastas siempre bajo el peso de teorías excepcionales! Ya estoy cansado de vivir para los demás, de tener caballos para exhibirlos, de hacer todas las cosas por el qué dirán, de arruinarme para evitar que los necios exclamen: “¡Fíjate! Pablo va siempre en el mismo coche. ¿Qué hace con su fortuna? ¿Es que se la come? ¿Juega a la Bolsa? No, es millonario. La señora Fulana de Tal está loca por él. Ha mandado traer de Inglaterra un tronco de caballos que, por supuesto, son los más bellos de París. Se han visto en Longchamp las calesas de cuatro caballos de los señores De Marsay y De Manerville que iban perfectamente enjaezadas”. En fin, mil bobadas con las que una manada de imbéciles nos guía. Empiezo a ver que esta vida, en la que en lugar de caminar, rodamos, nos gasta y envejece. Créeme, querido Enrique, admiro tu poder, pero no lo envidio. Tú sabes

juzgarlo todo, tú puedes actuar y pensar como un hombre de Estado, colocarte por encima de las leyes generales, de las ideas recibidas, de los prejuicios admitidos, de las conveniencias adoptadas; en fin, tú percibes los beneficios de una situación en la cual yo no encontraría más que sinsabores. Tus deducciones frías, sistemáticas, reales quizá, son, a los ojos de la masa, espantosas inmoralidades. Yo formo parte de la masa. Yo debo jugar el juego según las reglas de la sociedad en la que estoy obligado a vivir. Al ponerte en la cúspide de las cosas humanas, en esos picachos de hielo, tú encuentras sentimientos todavía; pero yo me helaría en ellos. La vida de la mayoría de las personas de la que yo formo parte, burguesamente, se compone de emociones de las que ahora tengo necesidad. A menudo un hombre tiene suerte, coquetea con diez mujeres, y no tiene más que una; luego, sea cual fuere su fuerza, su habilidad, su práctica del mundo, le sobrevienen crisis en las que se encuentra como aplastado entre dos puertas. A mí me gusta el cambio constante y suave de la vida, quiero esa buena existencia en la» que uno encuentra siempre una mujer a su lado...

—El matrimonio parece un poco atrevido —exclamó De Marsay.

Pablo no se incomodó, y prosiguió diciendo:

—Ríete, si quieres; por lo que a mí respecta, me consideraré el hombre más feliz del mundo cuando mi ayuda de cámara entre para decirme: «La señora espera al señor para desayunar». Cuando pueda, al regresar a casa por la noche, encontrar un corazón...

—¡Demasiado arriesgado, Pablo! Tú no eres aún lo suficientemente moral para casarte.

—... Un corazón al que confiar mis asuntos y decir mis secretos. Quiero vivir con bastante intimidad con una criatura para que nuestro afecto no dependa de un sí o de un no, de una situación en la que el hombre más apuesto puede causar decepciones al amor. En fin, ¡tengo el suficiente valor para convertirme, como tú dices, en buen padre y buen marido! Me siento adecuado para las alegrías de la familia, y quiero ponerme en las condiciones exigidas por la sociedad para tener una mujer, unos hijos...

—Pareces un panal de miel... Serás un tonto toda la vida. ¡Ah! Quieres casarte para tener una mujer. Dicho de otro modo, quieres resolver felizmente para tu provecho el más difícil de los problemas que presentan hoy las costumbres burguesas creadas por la Revolución francesa, ¡y empezarás por una vida de aislamiento! ¿Crees que tu mujer no va a querer esa vida que tú desprecias? ¿Estará, como tú, asqueada de ella? Si no quieres la hermosa coyunda cuyo programa acaba de formularte tu amigo De Marsay, escucha un último consejo: permanece soltero durante trece años, diviértete como un condenado; luego, a los cuarenta años de edad, ante tu primer acceso de gota, cástate con una viuda de treinta y seis años: podrás ser feliz. ¡Si te casas con una joven, morirás de rabia!

—¡Ah! ¡Explícame eso! —exclamó Pablo, algo picado.

—Querido amigo —respondió De Marsay—, la sátira de Boileau contra las

mujeres es una serie de vulgaridades poetizadas. ¿Por qué las mujeres no han de tener defectos? ¿Por qué desheredarlas del Haber más claro que se encuentra en la naturaleza humana? A mi juicio, el problema del matrimonio ya no se encuentra donde lo ha puesto ese crítico. ¿Crees que ocurre con el matrimonio como con el amor, y que a un marido le baste con ser hombre para ser amado? ¿Es que vas a los gabinetes de las damas para no traer de ellos más que felices recuerdos? Todo, en nuestra vida de soltero, prepara un fatal error al hombre casado que no es un profundo observador del corazón humano. En los felices días de su juventud, un hombre, dado lo peregrino de nuestras costumbres, da siempre felicidad, triunfa de mujeres seducidas que obedecen a unos deseos. De una y otra parte, los obstáculos creados por las leyes, por los sentimientos y la defensa natural en la mujer, engendran una reciprocidad de sensaciones que engaña a las personas superficiales acerca de sus relaciones futuras en estado de matrimonio, en el que los obstáculos ya no existen, en que la mujer sufre el amor en lugar de permitirlo, rechaza a menudo el placer en vez de desearlo. Entonces, para nosotros, la vida cambia de aspecto. El soltero libre y sin preocupaciones, siempre agresor, no tiene que temer la falta de éxito. En estado de matrimonio, un fracaso es irreparable. Si a un amante le es posible lograr que una mujer se desdiga de una sentencia desfavorable, este cambio, amigo mío, es el Waterloo de los maridos. Como Napoleón, el marido está condenado a victorias que, a pesar de su número, no impiden que se vea perdido a la primera derrota. La mujer, tan halagada por la perseverancia, tan feliz por la cólera de un amante, llama brutalidad a todo esto cuando se trata del marido. Si el soltero escoge su terreno, si todo le está permitido, todo le está prohibido a un amo, y su campo de batalla es invariable. Además, la lucha es inversa. Una mujer está dispuesta a rehusar lo que debe; en tanto que, como amante, concede lo que en modo alguno debe. Tú, que quieres casarte y que te casarás, ¿has meditado alguna vez sobre el Código civil? Yo nunca me he ensuciado los pies en ese barullo de comentarios, en esa buhardilla de comadreo, llamado Escuela de Derecho, jamás he abierto el Código, pero veo sus aplicaciones en el mundo mismo. Soy legista de la misma manera que es médico el director de una clínica. La enfermedad no está en los libros, sino en la persona enferma. El Código, amigo mío, ha puesto a la mujer bajo tutela, la ha considerado como un menor, como un niño. Ahora bien, ¿cómo se gobierna a los niños? Por el temor. Tómate el pulso y dime si eres capaz de disfrazarte de tirano, tú, tan dulce, tan buen amigo, tan confiado; tú, de quien al principio me he reído, y que hoy te quiero lo suficiente como para entregarte mi ciencia. Sí, esto procede de una ciencia que ya los alemanes han llamado antropología. ¡Ah!, si yo no hubiera resuelto la vida por medio del placer, si no tuviera una profunda antipatía por aquellos que piensan en lugar de obrar, si no despreciara a los necios lo suficientemente estúpidos como para creer en la vida de un libro, cuando las arenas de los desiertos africanos se componen de las cenizas de no sé cuantos Londres, Venecias, Parises, Romas desconocidas, pulverizadas, yo escribiría un libro sobre los matrimonios modernos, sobre la

influencia del sistema cristiano; en fin, yo pondría un farolillo sobre ese montón de piedras agudas entre las cuales se acuestan los secuaces del *multiplicamini* social. ¿Pero acaso la Humanidad vale un cuarto de hora de mi tiempo? Además, ¿el único empleo razonable de la tinta no es el de atrapar los corazones por medio de cartas de amor? Bueno, ¿vas a traernos la condesa de Manerville?

—Quizá —dijo Pablo.

—Seguiremos siendo amigos —repuso De Marsay.

—¿Sí?... —dijo Pablo.

—Descuida, seremos corteses contigo, como La Casa Roja con los ingleses en Fontenoy.

Aunque esta conversación le habría inmutado, el conde de Manerville se impuso realizar lo que tenía proyectado, y volvió a Burdeos durante el invierno del año 1821. Los gastos que efectuó para restaurar y amueblar su hotel mantuvieron dignamente la reputación de elegancia que le precedía. Introducido de antemano por sus antiguas relaciones en la sociedad realista de Burdeos, a la que pertenecía tanto por sus opiniones como por su apellido y por su fortuna, fue muy bien acogido en ella. Su ciencia de la vida, sus maneras, su educación parisiense, encantaron al *Faubourg Saint-Germain* bordelés. Una vieja marquesa se sirvió de una expresión que antes estuvo en boga en la Corte para designar a la floreciente juventud de los petimetres de antaño, y cuyo lenguaje y maneras hacían ley: dijo de él que era *la flor de los guisantes*. La sociedad liberal recogió la frase, hizo de ella un apodo que tomó en son de burla, pero que los monárquicos tomaron en buen sentido. Pablo de Manerville cumplió gloriosamente con las obligaciones que le imponía el apodo. Ocurriole lo que les ocurre a los actores mediocres: el día en que el público les concede su atención, se vuelven casi buenos actores. Sintiéndose a gusto, Pablo desplegó las cualidades que comportaban sus defectos. Sus burlas no tenían nada de áspero ni amargo, sus maneras no eran altivas, su conversación con las mujeres expresaba el respeto que a ellas les agrada, ni excesiva deferencia ni excesiva familiaridad; su fatuidad no era más que un cuidado de su persona que le hacía agradable, tenía en consideración el rango, permitía a los jóvenes una negligencia a la que su experiencia parisiense ponía restricciones; aunque muy ducho en el manejo de la pistola y de la espada, poseía una dulzura femenina que la gente le agradecía. Su talle mediano y su gordura que no llegaba todavía a la obesidad, dos obstáculos a la elegancia personal, no impedían que su aspecto exterior cumpliera con su papel de Brummel bordelés. Una piel blanca realzada por el color de la salud, hermosas manos, lindo pie, ojos azules de largas pestañas, cabellos negros, movimientos graciosos, una voz de pecho que se mantenía siempre en un tono medio y vibraba en el corazón, todo en él armonizaba con su apodo. Pablo era, en efecto, esa flor delicada que requiere un esmerado cultivo, cuyas cualidades sólo se despliegan en un terreno húmedo y complaciente, cuyo desarrollo impiden las labores duras, que es agostada por los rayos demasiado vivos del sol y que la helada abate. Era uno de esos hombres hechos

para recibir la felicidad más que para darla, que tienen mucho de mujer, que quieren ser adivinados, animados, en fin, para los cuales el amor conyugal debe tener algo de providencial. Si este carácter crea dificultades en la vida íntima, es gracioso y lleno de atractivos para la gente. Así, Pablo tuvo mucho éxito en el círculo estrecho de la provincia, donde su ingenio, en medias tintas, debía ser mejor apreciado que en París. El arreglo de su hotel y la restauración del castillo de Lanstrac, donde introdujo el lujo y el confort ingleses, absorbieron los capitales que durante seis años le colocó su notario. Reducido estrictamente a sus cuarenta mil y pico de libras de renta, creyó prudente disponer su casa en forma que no gastara más. Cuando hubo paseado oficialmente sus coches, tratado a los jóvenes más distinguidos de la ciudad, efectuado partidas de caza con ellos en su castillo restaurado, Pablo comprendió que la vida de provincias no era posible sin el matrimonio. Demasiado joven aún para emplear su tiempo en ocupaciones avariciosas o interesarse por las mejoras especuladoras en las que las personas de provincias acaban enzarzándose, y que requiere la colocación de los hijos, pronto experimentó la necesidad de variadas distracciones cuya costumbre se convierte en la vida de un parisiense. Un apellidado a conservar, herederos a los que transmitir los bienes, las relaciones que le podría crear una casa en la que se reunieran las principales familias del país, el tedio de los enredos irregulares no fueron, sin embargo, motivos determinantes. Desde su llegada a Burdeos, habíase enamorado secretamente de la reina de Burdeos, la famosa señorita Evangelista.

Hacia comienzos del siglo, un rico español, llamado Evangelista, fue a establecerse en Burdeos, donde sus recomendaciones, tanto como su fortuna, habían hecho que fuera recibido en los salones aristocráticos. Su mujer contribuyó grandemente a mantenerle en buen olor en medio de aquella aristocracia que quizá sólo le había admitido tan fácilmente para picar a la sociedad de segundo orden. Criolla y parecida a las mujeres servidas por esclavos, la señora Evangelista, que, por otra parte, pertenecía a los Casa Real, ilustre familia de la monarquía española, vivía como una gran dama, ignoraba el valor del dinero, y no reprimía ninguno de sus caprichos, ni siquiera los más caros, viéndolos siempre satisfechos por un hombre enamorado que le ocultaba generosamente los engranajes de las finanzas. Feliz de ver que ella se sentía a gusto en Burdeos, donde sus negocios le obligaban a residir, el español adquirió allí un hotel, abrió casa, recibió con esplendidez y dio pruebas del mejor gusto en todas las cosas. Así, de 1800 a 1812, no se hablaba en Burdeos más que del señor y la señora Evangelista. El español murió en 1813, dejando a su mujer viuda a la edad de treinta y dos años, con una inmensa fortuna y la hija más linda del mundo, una niña de once años, que prometía ser y fue una persona cabal y cumplida. Por muy hábil que fuera la señora Evangelista, la Restauración alteró su posición; el partido realista se depuró, algunas familias abandonaron Burdeos. Aunque la cabeza y la mano de su marido quedaran ausentes en la gestión de los negocios, para los cuales ella tuvo la despreocupación de la criolla y la ineptitud de la petimetra, no

quiso cambiar nada en su modo de vivir. En el momento en que Pablo tomaba la decisión de volver a su patria, la señorita Natalia Evangelista era una persona notablemente hermosa y, al parecer, el partido más rico de Burdeos, donde ignoraban la progresiva disminución del capital de su madre, la cual, para prolongar su reinado, había disipado sumas enormes. Brillantes fiestas y la continuación de un regio tren de vida mantenían al público en la creencia en que se encontraba respecto a la riqueza de la casa Evangelista. Natalia cumplió diecinueve años de edad y ninguna propuesta de matrimonio llegó a oídos de su madre. Acostumbrada a satisfacer sus caprichos de muchacha, la señorita llevaba cachemiras, tenía joyas, vivía en medio de un lujo que asustaba a los especuladores, en una región y en una época en la que los hijos calculan tan bien como sus padres. Estas palabras fatales: «¡Sólo un príncipe se podría casar con la señorita Evangelista!», circulaba por los salones y las tertulias. Las madres de familia, las viejas que tenían nietas casaderas, las jóvenes celosas de Natalia, cuya constante elegancia y despótica belleza se les hacía insoportables, envenenaban cuidadosamente esta opinión con pérfidas palabras. Cuando oían que un joven con ganas de casarse decía con extática admiración a la llegada de Natalia a un baile: «¡Dios mío, qué hermosa es!». «Sí, respondían las mamás, pero es cara». Si algún recién llegado consideraba encantadora a la señorita Evangelista y decía que un hombre que quisiera casarse no podía hacer una elección mejor: «¿Pero quién, sería bastante atrevido —respondían— para casarse con una joven a la que su madre da mil francos al mes para su “toilette”, que posee sus caballos, su doncella, y lleva encajes? Lleva encajes de Malinas en sus peinadores. El coste de lavar su ropa fina podría mantener el hogar de un dependiente de comercio».

Estas razones y muchas otras repetidas con frecuencia a modo de elogio, apagaban el más vivo deseo que un hombre pudiera concebir por casarse con la señorita Evangelista. Reina de todos los bailes, desvanecida por las frases halagadoras, por las sonrisas y las admiraciones que recogía por dondequiera que pasara, Natalia no sabía nada de la vida. Vivía como el ave que vuela, como la flor que brota, viendo a su alrededor a todo el mundo dispuesto a colmar sus deseos. Ignoraba el precio de las cosas, no sabía cómo llegan ni cómo se conservan las rentas. Quizá creía que cada casa tenía sus cocineros, sus cocheros, sus doncellas y sus criados, de la misma manera que los prados tienen su hierba y los árboles sus frutos. Para ella, los mendigos y los pobres, los árboles caídos y los terrenos ingratos eran la misma cosa. Mimada como una esperanza por su madre, la fatiga no alteraba jamás su placer. Así, brincaba por el mundo como un corcel por su estepa, un corcel sin bridas ni herraduras.

Seis meses después de la llegada de Pablo, la alta sociedad de la ciudad había puesto uno en presencia de otro, a la *Flor de los guisantes* y a la *Reina de los bailes*. Aquellas dos flores se miraron en apariencia con frialdad y se encontraron mutuamente encantadores. Interesada en espiar los efectos de este encuentro calculado, la señora Evangelista adivinó en las miradas de Pablo los sentimientos que

le animaban, y se dijo: «¡Será mi yerno!», de la misma manera que se decía Pablo al ver a Natalia: «Será mi mujer». La fortuna de los Evangelista, proverbial en Burdeos, había quedado en la memoria de Pablo como un prejuicio de la infancia, de todos los prejuicios el más indeleble. Así, las conveniencias pecuniarias se encontraban en seguida, sin necesidad de esas investigaciones que causan tanto horror a las almas tímidas como a las almas orgullosas. Cuando ciertas personas trataron de decir a Pablo algunas palabras lisonjeras que era imposible negar a los modales, a la forma de hablar, a la belleza de Natalia, pero que concluían en observaciones tan cruelmente calculadoras sobre el futuro y a las que daba pie el tren de vida de la casa Evangelista, la *Flor de los guisantes* respondía con el desdén que merecían aquellas mezquinas ideas provincianas. Esta forma de pensar, que pronto fue conocida, hizo callar a las malas lenguas; ya que él daba tono a las ideas, al lenguaje, así como a las maneras y a las cosas. Había importado el desarrollo de la personalidad británica y sus barreras glaciales, la ironía byroniana, las acusaciones contra la vida, el desprecio de los vínculos sagrados, la vajilla de plata y la burla inglesa, la desestimación de las costumbres y de las cosas viejas de la provincia, el cigarro, el charon, el *poney*, los guantes amarillos y el galop. Ocurrió, pues, que Pablo, lo contrario de lo que se había estado haciendo hasta entonces: no hubo joven ni vieja que tratara de desanimarle. La señora Evangelista empezó por invitarle a suntuosos banquetes. ¿Podía la *Flor de los guisantes* faltar a unas fiestas a las que acudían los jóvenes más distinguidos de la ciudad? A pesar de la frialdad que afectaba Pablo, y que no engañaba ni a la madre ni a la hija, iba entrando poco a poco en la senda del matrimonio. Cuando Manerville pasaba en tálburi o montado en su hermoso caballo durante su paseo, algunos jóvenes se paraban y él oía que comentaban: «He ahí a un hombre feliz: es rico, es guapo, y dicen que va a casarse con la señorita Evangelista. Hay personas para las cuales parece haber sido hecho el mundo». Cuando se encontraba con la calesa de la señora Evangelista, sentíase orgulloso de la particular distinción que la madre y la hija ponían en el saludo que le dirigían. Si Pablo no hubiera estado enamorado secretamente de la señorita Evangelista, seguro que la gente le habría casado con ella a pesar de no desearlo. La gente, que no es causa de ningún bien, es cómplice de muchas desgracias; luego, cuando ve desarrollarse el mal que ha incubado maternalmente, reniega de él y se venga. La alta sociedad de Burdeos, atribuyendo un millón de dote a la señorita Evangelista, la daba a Pablo sin aguardar el consentimiento de ambas partes, como suele hacerse. Sus fortunas armonizaban tanto como sus personas. Pablo estaba acostumbrado al lujo y a la elegancia en medio de los cuales vivía Natalia. Acababa de disponer para sí mismo su hotel como nadie en Burdeos habría dispuesto una casa para alojar a Natalia. Un hombre acostumbrado a los gastos de París y a los caprichos de los parisienses, era el único que podía evitar las desgracias pecuniarias que comportaba un casamiento con aquella criatura ya tan criolla y tan gran dama como su madre. Donde unos bordeleses enamorados de la señorita Evangelista quedarían arruinados, el conde de Manerville podría, según se

decía, evitar todo desastre. Era, pues, un matrimonio hecho. Las personas de la alta sociedad realista, cuando delante de ellas se trataba el asunto del matrimonio, decían a Pablo frases alentadoras que halagaban su vanidad.

—Todos aquí os dan la señorita Evangelista. Si os casáis con ella, haréis bien; en ninguna parte, ni siquiera en París, podríais encontrar a una joven tan bella: es elegante, graciosa, y está emparentada con los Casa Real por su madre. Haréis la pareja más encantadora del mundo: tenéis los mismos gustos, el mismo modo de pensar respecto a la vida, formaréis el hogar más agradable de Burdeos. Vuestra mujer no tiene que traer a vuestra casa más que su gorro de dormir. En semejante asunto, una casa montada equivale a una dote. También podéis consideraros afortunado de encontrar una suegra como la señora Evangelista. Mujer inteligente, insinuante, esa mujer os será de valiosa ayuda en medio de la vida política a la que debéis aspirar. Por otra parte, lo ha sacrificado todo a su hija, a la que adora, y Natalia será sin duda una buena esposa, porque ama mucho a su madre. Además, hay que llegar a un fin.

—Todo eso está muy bien —respondía Pablo, que, a pesar de su amor, quería conservar su libre albedrío—, pero es preciso llegar a un fin feliz.

Pablo fue pronto a la casa de la señora Evangelista, llevado de su necesidad de emplear las horas vacías, más difíciles de pasar para él que para cualquier otra persona. Allí únicamente era donde podía respirar aquella grandeza, aquel lujo a que estaba acostumbrado. A los cuarenta años de edad, la señora Evangelista era hermosa, con una belleza parecida a la de aquellas magníficas puestas de sol que en verano coronan los días sin nubes. Su reputación inatacable ofrecía a las tertulias bordelesas un eterno pábulo a las conversaciones, y la curiosidad de las mujeres era tanto más viva cuanto que la viuda ofrecía los indicios de la constitución que hace a las españolas y a las criollas particularmente célebres. Tenía negros los cabellos y los ojos, el pie y el talle de la española, ese talle cimbreante cuyos movimientos tienen un nombre en España. Su rostro siempre bello seducía por aquel matiz criollo cuya animación sólo puede describirse comparándolo con una muselina arrojada sobre la púrpura, tan sonrosada es igualmente su blancura. Tenía unas formas llenas, atractivas, con esa gracia que sabe unir la indolencia a la vivacidad, la fuerza a la dejadez. Atraía e imponía, seducía sin prometer nada. Era alta, lo cual le confería a voluntad el aire y el porte de una reina. Los hombres quedaban prendidos en su conversación como pájaros en la liga, porque tenía de modo natural en su carácter el genio que la necesidad da a los intrigantes; iba de concesión en concesión, se armaba de lo que se le concedía para querer más, y sabía retroceder a mil pasos cuando se le pedía algo a cambio. Ignorante en realidad, había conocido las cortes de España y de Nápoles, las personas célebres de ambas Américas, a varias familias ilustres de Inglaterra y del continente; lo cual le prestaba una instrucción tan extensa en superficie, que parecía inmensa. Recibía a la gente con aquel gusto, con aquella grandeza que no se aprende, pero con la cual ciertas almas naturalmente hermosas

pueden crearse una segunda naturaleza asimilándose las cosas buenas dondequiera que las encuentren. Si su reputación de virtud quedaba inexplicada, no le servía menos para dar una gran autoridad a sus acciones, a sus palabras, a su carácter. La hija y la madre tenían entre sí una verdadera amistad, aparte del sentimiento filial y maternal. Las dos se avenían, su continuo contacto jamás había producido choque alguno. Así, muchas personas explicaban los sacrificios de la señora Evangelista por su amor maternal. Pero si Natalia consoló a su madre de una obstinada viudez, quizá no fue ella siempre el único motivo. La señora Evangelista, según se decía, habíase enamorado de un hombre al que la segunda Restauración había devuelto los títulos y la dignidad de par de Francia. Este hombre, muy contento de casarse con la señora Evangelista en 1814, había roto muy decentemente sus relaciones con ella en 1816. La señora Evangelista, la mujer más excelente del mundo en apariencia, poseía en su carácter una espantosa cualidad que sólo puede explicarse con el lema de Catalina de Médicis: *Odiare e aspettare, Odiare e sperare*. Acostumbrada a ocupar un lugar en todo preeminente, habiendo sido siempre obedecida, parecíase a todas las realezas: amable, dulce, perfecta, fácil en la vida, convertíase en terrible, implacable, cuando su orgullo de mujer, de española y de Casa Real era ofendido. Jamás perdonaba. Esta mujer creía en el poder de su odio, lo convertía en un maleficio que había de flotar encima de su enemigo. Había desplegado este fatal poder sobre el hombre que se había burlado de ella. Los acontecimientos, que parecían revelar la influencia de su *jettatura*, confirmáronla en su fe supersticiosa en ella misma. Aunque ministro y par de Francia, aquel hombre empezaba a arruinarse, y se arruinó completamente. Sus bienes, su consideración política y personal, todo había de perecer. Un día, la señora Evangelista pudo pasar con orgullo en su brillante coche, viéndolo a pie en los Campos Elíseos, y abrumarle con una mirada que despedía chispas de triunfo. Este lance le había impedido volver a casarse, al tenerla entretenida por espacio de dos años. Más tarde, su orgullo le había sugerido siempre comparaciones entre aquellos que se le ofrecían y el marido que la había amado tan sincera y tiernamente. Así, pues, entre cálculos, esperanzas y decepciones, había llegado a la época en que las mujeres no tienen otro papel que asumir más que el de madre, sacrificándose a sus hijas, transportando todos sus intereses, fuera de ellas mismas, a las cabezas de un hogar, último lugar de los afectos humanos. La señora Evangelista adivinó en seguida el carácter de Pablo, pero le ocultó el suyo. Pablo era el hombre que ella deseaba como yerno, un editor responsable de su futuro poder. Estaba emparentado por su madre con los Maulincour, y la anciana baronesa de Maulincour, amiga del vidamo de Pamiers, vivía en el centro del Faubourg Saint-Germain. El nieto de la baronesa, Augusto de Maulincour, ocupaba una hermosa posición. Pablo debía ser, pues, un excelente introductor de los Evangelista en la sociedad parisiense. La viuda sólo había conocido en raros intervalos el París del Imperio, y quería ir a brillar en medio del París de la Restauración. Solamente allí se encontraban los elementos de una fortuna política, la única con la cual las mujeres de la buena sociedad pudieran

decentemente cooperar. La señora Evangelista, obligada por los negocios de su marido a vivir en Burdeos, había perdido la afición a aquella ciudad; tenía allí casa abierta; todo el mundo sabe con cuantas obligaciones se ve entonces sujeta la vida de una mujer, pero ya no se cuidaba de Burdeos cuyos goces había agotado. Deseaba un teatro mayor, de la misma manera que los jugadores se aventuran cada vez a jugadas más importantes. En su propio interés, pensó en el destino brillante de Pablo. Propúsose emplear los recursos de su talento y de su ciencia de la vida en provecho de su yerno, con objeto de saborear luego bajo su nombre los placeres del poder. Muchos hombres son así las pantallas de ambiciones femeninas desconocidas. Por otra parte, la señora Evangelista tenía más de un interés en apoderarse del marido de su hija. Pablo viose necesariamente cautivado por esta mujer, que le cautivó tanto más cuanto que ella no parecía querer ejercer sobre él el menor imperio. Empleó, pues, todo su ascendiente para engrandecerse ella misma, para engrandecer a su hija y dar valor a todo lo que en ella había, con objeto de dominar de antemano al hombre en quien vio el medio de continuar su vida aristocrática. Pablo se estimó más a sí mismo cuando se vio apreciado por la madre y por la hija. Creyóse mucho más inteligente de lo que era al ver que sus reflexiones y sus más insignificantes palabras eran apreciadas por la señorita Evangelista, la cual sonreía o levantaba vivamente la cabeza, por la madre, en quien la adulación parecía siempre involuntaria. Estas dos mujeres tuvieron para con él tantas muestras de bondad, estuvo tan seguro de que las agradaba, le gobernaron tan bien al retenerle por el hilo del amor propio, que pronto pasó todo su tiempo en casa de las Evangelista.

Un año después de haberse instalado en la ciudad, sin haberse declarado, el conde Pablo mostrose tan atento con Natalia, que todo el mundo consideró ya que le estaba haciendo la corte. Ni la madre ni la hija parecían pensar en el matrimonio. La señorita Evangelista guardaba con él la reserva de la gran dama que sabe ser simpática y conversa agradablemente sin permitir dar un paso en su intimidad. Este silencio, tan poco habitual en las gentes de provincias, agradó mucho a Pablo. Las personas tímidas son espantadizas, las proposiciones bruscas les asustan. Huyen delante de la felicidad si ésta les llega con mucho ruido, y se entregan a la desgracia si se presenta con modestia, acompañada de suaves sombras. La española le sedujo al decirle una noche que, en una mujer superior, como en los hombres, había una época en la que la ambición substituía a los primeros sentimientos de la vida.

—Esta mujer es capaz —pensó Pablo al salir— de hacer que se me conceda una embajada incluso antes de que llegue a diputado.

Si, en cualquier circunstancia, un hombre no da vueltas alrededor de las cosas o de las ideas para examinarlas bajo sus diferentes facetas, este hombre es incompleto y débil, corre peligro de perecer. En aquel momento, Pablo era optimista: veía ventajas en todo, y no pensaba que una suegra ambiciosa podía convertirse en un tirano. Así, todas las noches, al salir, imaginábase casado, y calzábase dulcemente las pantuflas del matrimonio. En primer lugar, había gozado demasiado tiempo de su libertad para

que pudiera echar algo de menos en ella; estaba cansado de la vida de soltero, que no le ofrecía nada nuevo, no conocía de ella más que los inconvenientes; mientras que si a veces pensaba en las dificultades del matrimonio, veía con mayor frecuencia los placeres; todo era nuevo para él. «El matrimonio, decía a sí mismo, sólo es desagradable para la gente baja; para los ricos, la mitad de sus desgracias desaparecen». Cada día, pues, una idea favorable aumentaba la enumeración de las ventajas que para él se encontraban en aquel matrimonio. «Por muy alta que sea la posición a la que pueda llegar, Natalia estará siempre a la altura de su papel, decía también, y no es escaso mérito tratándose de una mujer. ¡A cuántos hombres del Imperio no he visto sufrir horriblemente a causa de sus esposas! ¿No es acaso una gran condición de felicidad la de no sentir nunca ofendida la vanidad, el orgullo, por la compañera que uno ha elegido? Nunca puede un hombre ser totalmente desgraciado con una mujer bien educada; nunca le deja en ridículo, sabe serle útil. Natalia recibirá a maravilla a las personas». Ponía entonces a contribución sus recuerdos de las mujeres más distinguidas del Faubourg Saint-Germain, para convencerse de que Natalia podía, si no eclipsarlas, por lo menos encontrarse al lado de ellas en un nivel de perfecta igualdad. Toda comparación era buena para Natalia. Los términos de comparación sacados de la imaginación de Pablo se plegaban a sus deseos. París le habría ofrecido cada día nuevos caracteres, muchachas de diferente belleza, y la multiplicidad de las impresiones habría dejado su razón en equilibrio; mientras que en Burdeos, Natalia no tenía rivales, era la flor única y se desenvolvía hábilmente en un momento en que Pablo se hallaba bajo la tiranía de una idea a la que sucumben la mayoría de los hombres. Así, estas razones de yuxtaposición, unidas a las razones de amor propio y a una pasión verdadera que para satisfacerse no tenía otra salida más que el matrimonio, llevaron a Pablo a un amor nada razonable sobre el cual tuvo el buen sentido de guardar el secreto para sí mismo, e hizo que pasara por un deseo de casarse. Procuró incluso estudiar a la señorita Evangelista como hombre que no quería comprometer su porvenir, ya que las terribles palabras de su amigo De Marsay resonaban a veces en sus oídos. En primer término, las personas acostumbradas al lujo poseen una aparente sencillez que engaña: lo desdeñan, se valen de él, es un instrumento y no el objeto de su existencia. Pablo no imaginó, al ver las costumbres de aquellas señoras tan conformes a las suyas, que sólo ocultasen una causa de ruina. Además, si hay algunas reglas generales para moderar las preocupaciones del matrimonio, no hay ninguna que permita adivinarlas ni prevenirlas. Cuando la desgracia se yergue entre dos seres que se han propuesto hacerse mutuamente la vida agradable y llevadera, esta desgracia nace del contacto producido por una intimidad continua que no existe entre dos jóvenes que han de casarse, y no podría existir en tanto las costumbres y las leyes no cambien en Francia. Todo es engaño entre dos seres a punto de asociarse; pero su engaño es inocente, involuntario. Cada cual se muestra necesariamente bajo una luz favorable; los dos pugnan por ver quién causará mejor efecto, y toman entonces de sí mismos una idea

favorable a la que más tarde no pueden responder. La vida verdadera, como los días atmosféricos, se compone mucho más de esos momentos tristes y fríos que nublan la Naturaleza que de períodos en los que el sol brilla y alegra los campos. Los jóvenes sólo ven los días hermosos. Más tarde atribuyen al matrimonio las desgracias de la vida misma, porque hay en el hombre una disposición que le lleva a buscar la causa de sus miserias en las cosas o en los seres que le son inmediatos.

Para descubrir en la actitud o en la fisonomía, en las palabras o en los gestos de la señorita Evangelista los indicios que pudieran revelar el tributo de imperfecciones que comportaba su carácter, como el de toda criatura humana, Pablo habría necesitado poseer no solamente las ciencias de Lavater y de Gall, sino también una ciencia de la que no existe ningún cuerpo de doctrina, la ciencia individual del observador y que exige conocimientos casi universales. Como todas las jóvenes, Natalia poseía un rostro impenetrable. La paz profunda y serena impresa por los escultores en los rostros de las figuras vírgenes destinadas a representar la Justicia, la Inocencia, todas las divinidades que nada saben de las agitaciones terrestres; esta serenidad es el mayor encanto de una joven, es la señal de su pureza; nada la ha conmovido todavía; ninguna pasión la ha quebrantado, ningún interés traicionado ha matizado la plácida expresión de su semblante; si está alterado, la muchacha ha dejado de serlo. De continuo al lado de su madre, Natalia, como toda mujer española, no había recibido más que una instrucción puramente religiosa y algunas enseñanzas de madre a hija, útiles para el papel que había de representar. La serenidad de su rostro era, pues, natural. Pero formaba un velo en el cual la mujer se hallaba envuelta, como la mariposa en su larva. Sin embargo, un hombre hábil en el manejo del escalpelo del análisis habría sorprendido en Natalia alguna revelación de las dificultades que su carácter había de ofrecer cuando tuviera que luchar con la vida conyugal o social. Su belleza realmente maravillosa provenía de una extraordinaria regularidad de rasgos en armonía con las proporciones de la cabeza y del cuerpo. Esta perfección es de mal augurio para el espíritu. Se encuentran pocas excepciones a esta regla. Toda naturaleza superior posee en la forma ligeras imperfecciones que se convierten en irresistibles atractivos, puntos luminosos en los que brillan sentimientos opuestos, en los que se detienen las miradas. Una perfecta armonía anuncia la frialdad de las organizaciones mixtas. Natalia poseía la cintura redonda, signo de fuerza, pero indicio seguro de una voluntad que a menudo llega a la testarudez en personas cuya inteligencia no es viva ni extensa. Sus manos de estatua griega confirmaban las predicciones del rostro y del talle, anunciando un espíritu de dominio ilógico, el querer por el querer. Sus cejas se juntaban, y según los observadores, este rasgo indica tendencia a los celos. Los celos de las personas superiores se convierten en emulación, engendra grandes cosas; los de los espíritus mezquinos se convierten en odio. El *Odiate e aspettate* de su madre se encontraba en ella sin disimulo. Sus ojos negros en apariencia, pero en realidad de un pardo anaranjado, contrastaban con sus cabellos cuyo rubio leonado, tan alabado por los romanos, se llama *eauburn* en

Inglaterra, y que son casi siempre los de una criatura nacida de dos personas de cabellos negros como eran los del señor y la señora Evangelista. La blancura y la delicadeza de la tez de Natalia daban a esta oposición de color entre sus cabellos y sus ojos atractivos indescriptibles, pero de una finura puramente exterior; porque siempre que las líneas de un rostro carecen de cierta redondez suave, sea cual fuere su perfección, la gracia de los detalles, no hagáis felices deducciones sobre el alma. Estas rosas de una juventud engañosa se deshojan, y os quedáis sorprendido, al cabo de unos años, al ver la sequedad, la dureza, allí donde admirabais la elegancia de las cualidades nobles. Aunque los contornos de su rostro tuvieran algo de augusto, la barbilla de Natalia era ligeramente empastada, expresión de pintor que puede servir para explicar la preexistencia de sentimientos cuya violencia no había de declararse hasta la mitad de su vida. Su boca, algo hundida, expresaba un orgullo en consonancia con su mano, su mentón, sus cejas y su hermoso talle. En fin, último diagnóstico que por sí solo habría determinado el juicio de un experto, la voz pura de Natalia, aquella voz tan seductora, tenía tonos metálicos. Por muy suavemente que fuera manejado aquel cobre, a pesar de la gracia con que los sonidos corrían por las espirales de la corneta, aquel órgano anunciaba el carácter del duque de Alba, de quien descendían colateralmente los Casa Real. Estos indicios hacían pensar en pasiones violentas sin ternura, afectos bruscos, odios irreconciliables, ingenio sin inteligencia, y afán de dominio, natural en las personas que se sienten inferiores a sus pretensiones. Estos defectos, nacidos del temperamento y de la constitución, compensados quizá por las cualidades de una sangre generosa, estaban sepultados en Natalia como el oro en la mina, y no habían de salir más que bajo los duros tratos y los choques a que los caracteres se hallan sometidos en el mundo. En aquellos momentos, la gracia y la lozanía de la juventud, la distinción de sus maneras, su santa ignorancia, la amabilidad de la joven coloreaban sus rasgos con un barniz delicado que engañaba necesariamente a las personas superficiales. Además, su madre le había muy pronto comunicado ese charlar agradable que parece superioridad, que responde a las objeciones con una chanza, y seduce por medio de una graciosa volubilidad bajo la cual una mujer esconde la toba de su espíritu como la naturaleza disfraza los terrenos ingratos bajo el lujo de las plantas efímeras. En fin, Natalia poseía el encanto de los niños mimados que no han conocido el sufrimiento: seducía por su franqueza, y carecía de ese aire solemne que las madres imponen a sus hijas trazándoles un programa de cumplidos y de lenguaje ridículos en el momento de casarlas. Estaba risueña y natural como la joven que nada sabe del matrimonio, no espera de él más que placeres, no prevé ninguna desgracia y cree adquirir el derecho de hacer siempre su voluntad. ¿Cómo habría podido Pablo, que amaba como se ama cuando el deseo aumenta el amor, reconocer en una joven de este carácter, y cuya belleza le deslumbraba, a la mujer tal cual había de ser a los treinta años de edad, siendo así que ciertos observadores habrían podido engañarse por las apariencias? Si la felicidad era difícil de encontrar en un matrimonio con aquella joven, no era, sin embargo,

imposible. A través de estos defectos en germen brillaban algunas hermosas cualidades. Bajo la mano de un hábil maestro, no hay cualidad que, bien desarrollada, no ahogue los defectos, sobre todo en una joven que ama. Mas para volver dúctil a una mujer tan poco maleable, aquel puño de hierro de que hablaba De Marsay a Pablo era necesario. El *dandy* parisiense tenía razón. El temor, inspirado por el amor, es un instrumento infalible para manejar el alma de una mujer. El que ama, teme; y el que teme, está más cerca del afecto que del odio. ¿Tendría Pablo la sangre fría, el juicio, la firmeza que exigía la lucha que un marido hábil no debe dejar sospechar a su mujer? Además, ¿amaba Natalia a Pablo? Semejante a la mayor parte de las jóvenes, Natalia tomaba por amor los primeros movimientos del instinto y el placer que le causaba el exterior de Pablo, sin saber nada de las cosas del matrimonio ni de las cosas del hogar. Para ella, el conde de Manerville, el aprendiz de diplomático que conocía las cortes de Europa, uno de los jóvenes elegantes de París, no podía ser un hombre ordinario, sin fuerza moral, a la vez tímido y valeroso, enérgico quizás en medio de la adversidad, pero sin defensa contra las contrariedades que echan a perder la felicidad. ¿Tendría ella más tarde bastante tacto para distinguir las buenas cualidades de Pablo en medio de sus ligeros defectos? ¿No aumentarían los unos, y no olvidaría las otras, según la costumbre de las jóvenes que nada saben de la vida? Hay una edad en que la mujer perdona vicios a quien le evita contrariedades y en que toma las contrariedades como desgracias. ¿Qué fuerza conciliadora, qué experiencia mantendría, iluminaría aquel joven hogar? Pablo y su mujer, ¿no creerían amarse cuando en realidad sólo se encontrarían aún en esas monadas acariciadoras que las jóvenes se permiten al comienzo de una vida en común de dos personas, en esos cumplidos que los maridos hacen al volver del baile, cuando poseen aún las gracias del deseo? En tal situación, ¿no se prestaría Pablo a la tiranía de su mujer, en lugar de establecer su imperio? ¿Sabría decir Pablo que no? Todo era peligro para un hombre débil allí donde aún el hombre más fuerte habría quizá corrido riesgos.

El tema de este estudio no consiste en la transición del soltero al estado del hombre casado, pintura que, ampliamente compuesta, no carecería del aliciente que presta la tempestad interior de nuestros sentimientos a las cosas más vulgares de la vida. Los acontecimientos y las ideas que llevaron a la boda de Pablo con la señorita Evangelista son una introducción a la obra, únicamente destinada a narrar la comedia que precede a toda vida conyugal. Hasta ahora, esta escena ha sido olvidada por los autores dramáticos, aunque ofrezca recursos nuevos a su inspiración. Esta escena, que determinó el futuro de Pablo y que la señora Evangelista veía acercarse con terror, es la discusión a que dan lugar los contratos de matrimonio en todas las familias, nobles o burguesas: porque las pasiones humanas son tan vigorosamente agitadas por intereses pequeños como por los grandes. Estas comedias representadas ante notario se parecen todas más o menos a ésta, cuyo interés estará por tanto menos en las páginas de este libro que en la memoria de las personas casadas.

A principios del invierno, en 1822, Pablo de Manerville hizo pedir la mano de la

señorita Evangelista por su tía, la baronesa de Maulincour. Aunque la baronesa no pasaba nunca más de dos meses en Médoc, permaneció allí hasta fines de octubre para ayudar a su sobrino en esta circunstancia y desempeñar el papel de madre. Después de haber hablado con la señora Evangelista, la tía, anciana experimentada, fue a dar cuenta a Pablo del resultado de sus gestiones.

—Hijo mío —le dijo—, vuestro asunto ya está concluido. Hablando de cosas de intereses, he sabido que la señora Evangelista no daba nada por sí misma a su hija. La señorita Natalia se casa con sus derechos. ¡Casaos, amigo mío! Las personas que tienen apellido y tierras que transmitir, una familia que conservar, debe terminar haciendo esto tarde o temprano. Yo quisiera ver a mi querido Augusto tomar el mismo camino. Os casaréis sin mí, no tengo más que daros mi bendición, y las mujeres viejas como yo nada tienen que hacer en medio de una boda. Así, pues, mañana partiré para París. Cuando presentéis a vuestra mujer en sociedad, la veré en mi casa más cómodamente que aquí. Si no hubierais tenido hotel en París, habríais encontrado un rincón en mi casa, de buena gana os habría arreglado el segundo piso de mi casa.

—Querida tía —dijo Pablo—, os doy las gracias por ello. Pero ¿qué queréis decir con las palabras de que su madre no le da nada por sí misma y que ella se casa con sus derechos?

—La madre, hijo mío, es una mujer astuta que se aprovecha de la belleza de su hija para imponer condiciones y no dejaros más que lo que no puede quitaros, la fortuna del padre. Nosotros, los viejos, nos atenemos mucho al: ¿qué tiene él?, ¿qué tiene ella? Os recomiendo que deis buenas instrucciones a vuestro notario. El contrato, hijo mío, es el más santo de los deberes. Si vuestro padre y vuestra madre no hubieran hecho bien su cama, quizá hoy os encontraríais vos sin sábanas. Tendréis hijos, es la consecuencia más común del matrimonio; hay que pensar, pues, en ello. Id a ver al señor Matías, nuestro viejo notario.

La señora de Maulincour partió después de haber dejado a Pablo hundido en extraña perplejidad. ¡Su suegra era una mujer astuta! Era preciso discutir sus intereses en el contrato y defenderlos necesariamente: ¿quién, pues, iba a atacarlos? Siguió el consejo de su tía y confió al señor Matías el cuidado de redactar su contrato. Pero aquellas discusiones presentidas le preocuparon. Por ello entró no sin una viva emoción en casa de la señora Evangelista, a la que iba a anunciar sus intenciones. Como todas las personas tímidas, temblaba ante la idea de dejar adivinar la desconfianza que su tía le había sugerido y que le parecía insultante. Para evitar el más leve roce con una persona tan imponente para él como era su futura suegra, inventó uno de esos circunloquios naturales en las personas que no se atreven a abordar de frente las dificultades.

—Señora —dijo aprovechando un momento en que Natalia se ausentó—, ya sabéis lo que es un notario de familia: el mío es un buen anciano, para el cual constituiría una verdadera pena no encargarse de mi contrato de...

—¡Cómo, querido! —respondió interrumpiéndole la señora Evangelista—, ¿acaso nuestros contratos de matrimonio no se hacen siempre con la intervención del notario de cada familia?

El rato durante el cual Pablo había permanecido sin entablar esta cuestión, la señora Evangelista lo había empleado en preguntarse: «¿En qué estará pensando?», porque las mujeres poseen en alto grado el conocimiento de los pensamientos íntimos por medio del juego de las fisonomías. Adivinó las observaciones de la tía en la mirada preocupada, en el sonido de voz emocionada que revelaban en Pablo una lucha interior.

—En fin —díjose a sí misma—, el día fatal ha llegado, empieza la crisis, ¿cuál será su resultado? Mi notario es el señor Solonet —dijo después de una pausa—, el vuestro es el señor Matías; mañana les invitaré a comer, y ellos se pondrán de acuerdo sobre este asunto. ¿Acaso su oficio no es el de conciliar los intereses sin que nosotros intervengamos, como los cocineros están encargados de prepararnos una buena comida?

—Tenéis razón —respondió el joven con un imperceptible suspiro de alivio.

Por una singular interposición de los dos papeles, Pablo, inocente de toda culpa, temblaba, y la señora Evangelista parecía tranquila experimentando horribles ansiedades. Aquella viuda debía a su hija la tercera parte de la fortuna dejada por el señor Evangelista, un millón doscientos mil francos, y se encontraba incapaz de pagar esta deuda, aun en el caso de que se despojara de todos sus bienes. Iba, pues, a quedar a merced de su yerno. Si ella dominaba a Pablo solo, Pablo, ilustrado por su notario, ¿transigiría sobre la rendición de cuentas de la tutela? Si él se retiraba, todos Burdeos sabría los motivos, y el casamiento de Natalia se haría imposible. Aquella madre que quería la felicidad de su hija, aquella mujer que desde su nacimiento había vivido noblemente, pensó que al día siguiente era necesario volverse ímproba. Como esos grandes capitanes que quisieran borrar de su vida el momento en que fueron secretamente cobardes, ella habría querido poder quitar aquella jornada del número de sus días. Seguro que algunos de sus cabellos encanecieron durante la noche en que, cara a cara con los hechos, se reprochó su despreocupación, sintiendo las duras necesidades de su situación. Por de pronto, estaba obligada a confiarse a su notario, al que había citado para primera hora. Era preciso confesar una desolación interior que ella no había querido confesarse a sí misma, porque siempre había caminado hacia el abismo contando con una de estas casualidades que nunca llegan. Elevose en su alma contra Pablo un ligero movimiento en el que no había ni odio, ni aversión, ni nada malo aún; pero ¿no era acaso la parte contraria en aquel proceso secreto? ¿Acaso no se convertía, sin saberlo, en un inocente enemigo al que era preciso vencer? ¿Qué se ha podido amar jamás a su víctima? Obligada a engañar, la española decidió, como todas las mujeres, desplegar su superioridad en este combate, cuya vergüenza sólo podía absolverse por medio de una completa victoria. En la calma de la noche, se excusó con una serie de razonamientos que fueron dominados por su orgullo. ¿Acaso

Natalia no se había aprovechado de sus disipaciones? ¿Había en su conducta uno sólo de esos motivos bajos e innobles que ensucian el alma? Ella no sabía contar, ¿y era esto acaso un crimen, un delito? ¿Acaso un hombre no era ya bastante dichoso con tener como esposa a una joven como Natalia? El tesoro que ella había conservado, ¿no valía por una carta de pago? ¿Es que no hay muchos hombres que con mil sacrificios compran a una mujer amada? ¿Por qué habría de hacerse menos para una mujer legítima que para una cortesana? Por otra parte, Pablo era un hombre nulo, incapaz; ella desplegaría por él los recursos de su inteligencia, le abriría un buen camino en el mundo, él le debería a ella el poder; ¿no saldaría de este modo algún día su deuda? ¡Sería estúpido vacilar! ¿Vacilar por algunos escudos más o menos?... Sería infame.

—Si el éxito no se decide en seguida —se dijo—, abandonaré Burdeos, y siempre podré hacer algo por Natalia capitalizando lo que me queda, hotel, diamantes, mobiliario, dándoselo todo y no reservándome más que una pensión.

Cuando un alma muy templada se construye un retiro como Richelieu en Brouage y se traza un fin grandioso, lo convierte en un punto de apoyo que le ayuda a triunfar. Este desenlace, en caso de desgracia, tranquilizó a la señora Evangelista, que, por otra parte, se durmió llena de confianza en su padrino en ese duelo. Contaba mucho con la ayuda del más hábil notario de Burdeos, el señor Solonet, joven de veintisiete años, condecorado con la Legión de Honor por haber contribuido muy activamente al segundo regreso de los Borbones. Feliz y orgulloso de ser recibido en casa de la señora Evangelista, menos como notario que como miembro de la sociedad realista de Burdeos, Solonet había concebido por aquella hermosa puesta de sol una de esas pasiones que las mujeres como la señora Evangelista rechazan, pero de las que se sienten halagadas, y que las más hipócritas de entre ellas dejan a flor de piel, Solonet permanecía en una vanidosa actitud de respeto y esperanza muy conveniente. Este notario llegó al día siguiente con el apresuramiento del esclavo, y fue recibido en el dormitorio por la coqueta viuda, que se mostró en el desorden de un sabio *desabillé*.

—¿Puedo contar —le dijo— con vuestra discreción y vuestra completa adhesión en la discusión que tendrá lugar esta noche? Ya adivináis que se trata del contrato de matrimonio de mi hija.

El joven se deshizo en protestas de galantería.

—Vamos al grano —dijo la señora Evangelista.

—Escucho —respondió el notario, pareciendo como si se concentrase.

La señora Evangelista le expuso crudamente la situación.

—Hermosa señora mía, eso no es nada —dijo el señor Solonet adoptando un aire de importancia cuando la señora Evangelista le hubo dado cifras exactas—. ¿Cómo estáis con el señor de Manerville? Aquí las cuestiones morales dominan las cuestiones de derecho y de finanzas.

La señora Evangelista se arrebujó en su superioridad. El joven notario se enteró con vivo placer de que hasta entonces su cliente había conservado la más alta

dignidad en sus relaciones con Pablo; de que, mitad orgullo serio, mitad cálculo involuntario, ella había obrado constantemente como si el conde de Manerville le fuera inferior, como si constituyera para él un honor el casarse con la señorita Evangelista; ni ella ni su hija podían incurrir en la sospecha de tener miras interesadas; sus sentimientos parecían puros de toda mezquindad; a la más mínima dificultad financiera suscitada por Pablo, ellas tenían derecho a remontarse a una distancia inconmensurable, en fin, ella tenía sobre su futuro yerno un ascendiente insuperable.

—Siendo ello así —dijo Solonet—, ¿cuáles son las últimas concesiones que quisierais hacer?

—Quiero hacer las menos posible —dijo ella riendo.

—Respuesta de mujer —exclamó Solonet—. Señora, ¿tenéis interés en casar a la señorita Natalia?

—Sí.

—¿Queréis un recibo del millón ciento cincuenta y seis mil francos de los que seréis deudora después de la cuenta de tutela que hay que presentar al susodicho yerno?

—Sí.

—¿Qué queréis conservar?

—Treinta mil libras de renta por lo menos —respondió la señora Evangelista.

—¿Es preciso vencer o morir?

—Sí.

—Bien, voy a reflexionar en los medios necesarios para llegar a tal fin, porque nos hace falta mucha habilidad y administrar bien nuestras fuerzas. Os daré algunas instrucciones al llegar; ejecutadlas puntualmente y puedo ya predeciros un éxito completo. ¿Ama el conde Pablo a la señorita Natalia? —preguntó el notario levantándose de su asiento.

—La adora.

—No es bastante. ¿La desea como mujer hasta el punto de pasar por encima de algunas dificultades de orden pecuniario?

—Sí.

—¡Eso es lo que yo considero como un Haber en las cuentas de una joven! —exclamó el notario—. Haced, pues, que aparezca muy hermosa esta noche.

—Tenemos el vestido más lindo del mundo.

—El vestido del contrato, a mi modo de ver, contiene la mitad de las donaciones —dijo Solonet.

Este último argumento pareció tan necesario a la señora Evangelista, que quiso asistir a la «toilette» de Natalia, tanto para vigilarla como para hacer de ella una cómplice inocente de su conspiración financiera. Peinada a la Sévigné, luciendo un vestido de cachemira blanco adornado con lazos de color de rosa, su hija le pareció tan bella que le hizo presentir la victoria. Cuando la doncella hubo salido, y la señora

Evangelista estuvo segura de que nadie andaba cerca como para oír lo que decía, arregló algunos bucles del peinado de su hija, a manera de exordio.

—Hija mía, ¿amas sinceramente al señor de Manerville? —le dijo con voz en apariencia segura.

La madre y la hija cambiaron una extraña mirada.

—¿Por qué, mamá, me haces hoy esta pregunta y no ayer? ¿Por qué?

—Si fuera necesario separarnos para siempre, ¿persistirías en la idea de esta boda?

—Renunciaría a ella, y no me moriría de pena.

—Entonces, tú no amas, hija mía —dijo la madre dando a su hija un beso en la frente.

—Pero ¿por qué, querida mamá, quieres representar el papel de inquisidor?

—Quería saber si te gustaba casarte sin estar loca por tu marido.

—Le amo.

—Tienes razón, es conde, haremos de él un par de Francia entre tú y yo; pero va a tropezar con algunas dificultades.

—¿Dificultades entre personas que se aman? No. La *Flor de los guisantes*, querida madre, está demasiado bien plantada aquí —dijo la joven señalando el corazón con un gesto gracioso— para hacer la más leve objeción. Estoy segura.

—¿Y si no fuera así? —dijo la señora Evangelista.

—Entonces yo le olvidaría completamente —respondió Natalia.

—¡Bien, tú eres una Casa Real! Pero, aun cuando te amara locamente, si se presentaran discusiones a las cuales él fuese ajeno, y por encima de las cuales fuera preciso que pasase, para ti como para mí, Natalia, ¿qué? ¿Si, sin ofender en modo alguno las conveniencias, un poco de amabilidad de tu parte llegara a persuadirle? ¿Vamos, una insignificancia, una palabra? Los hombres son así, resisten a una discusión seria y sucumben a una mirada.

—¡Ya entiendo!, un golpecito para que «Favorito» salte la barrera —dijo Natalia haciendo el gesto de dar un latigazo a su caballo.

—Ángel mío, yo no te pido nada que se parezca a una seducción. Tenemos sentimientos de viejo honor castellano que no nos permiten ir más allá de los límites. El conde Pablo conocerá mi situación.

—¿Qué situación?

—No comprenderías nada de ello. ¡Mira que si después de haberte visto en toda tu gloria, su mirada tracionase la menor vacilación... y yo le observaré perfectamente! De fijo, al instante yo rompería con todo, sabría liquidar mi fortuna, abandonar Burdeos e ir a Douai, a casa de los Claës, que, a pesar de todo, son parientes nuestros por su enlace con los Temninck. Además, yo te casaría con un par de Francia, aunque para ello tuviera que refugiarme en un convento con objeto de darte toda mi fortuna.

—Madre mía, ¿qué es lo que hay que hacer para impedir tales desgracias? —dijo

Natalia.

—¡Nunca te había visto tan hermosa, hijita mía! Sé un poco coqueta, y todo irá bien.

La señora Evangelista dejó a Natalia pensativa, y fue a arreglarse de forma que no desmereciera de la «toilette» de su hija. Si Natalia había de resultar atractiva para Pablo, ¿acaso ella no había de inflamar a Solonet, su paladín? La madre y la hija se encontraban bajo las armas cuando Pablo vino a traer el ramo de flores que desde hacía algunos meses tenía por costumbre ofrecer a Natalia todos los días. Luego, los tres se pusieron a hablar, mientras esperaban a los dos notarios.

Aquella jornada fue para Pablo la primera escaramuza de aquella larga y fatigosa guerra llamada el matrimonio. Es, pues, necesario, establecer las fuerzas de cada bando, la posición de los cuerpos beligerantes y el terreno sobre el cual habían de maniobrar. Para sostener una lucha cuya importancia le escapaba por completo, Pablo tenía como único defensor a su viejo notario, Matías. Uno y otro iban a verse sorprendidos sin defensa por un suceso inesperado, acosados por un enemigo que tenía bien trazado su plan, y obligados a tomar una decisión sin tener el tiempo para reflexionar sobre ello. Aunque estuviera asistido por Cujas y Barthole en persona, ¿qué hombre no habría sucumbido? ¿Cómo creer en la perfidia, allí donde todo parece fácil y natural? ¿Qué podía Matías solo contra la señora Evangelista, contra Solonet y contra Natalia, sobre todo cuando su enamorado cliente se pasaría al enemigo tan pronto como las dificultades amenazasen su felicidad? Ya Pablo se espetaba al decir las lindas frases acostumbradas entre amantes, pero a las que su pasión prestaba en aquellos momentos un valor enorme a los ojos de la señora Evangelista, quien le impulsaba a comprometerse.

Los *condottieri* matrimoniales que iban a batirse por sus clientes respectivos y cuyas fuerzas personales se hacían tan decisivas en aquel solemne encuentro, los dos notarios, representaban las antiguas y las nuevas costumbres, el antiguo y el nuevo notariado.

El señor Matías era un anciano de sesenta y nueve años de edad, que se vanagloriaba de sus veinte años pasados en el ejercicio de su cargo. Sus grandes pies de gotoso estaban calzados con zapatos de hebillas de plata, y terminaban ridículamente en unas piernas tan delgadas, de rótulas tan salientes, que, cuando las cruzaba, semejaban dos huesos entrecruzados como los que aparecen grabados en una inscripción funeraria. Sus pequeños muslos flacos, perdidos en unos amplios pantalones negros, parecían doblarse bajo el peso de un vientre redondo y de un torso desarrollado como lo es el busto de las gentes de oficina, una gran bola siempre empaquetada en un traje verde de faldones cuadrados que nadie recordaba había visto nuevo jamás. Sus cabellos, muy estirados y empolvados, quedaban recogidos en una pequeña cola de rata, siempre alojada entre el cuello del traje y el de su chaleco blanco de flores. Con su cabeza redonda, su cara colorada como un pimiento, sus ojos azules, la nariz en forma de trompeta, una boca de labios gruesos, una sobarba, aquel

hombrecillo excitaba por dondequiera que apareciese sin ser conocido, la risa generosamente otorgada por el francés a las creaciones grotescas que se permite la naturaleza, que el arte se divierte en acentuar y a las que nosotros damos el nombre de caricaturas. Pero en el señor Matías el espíritu había triunfado de la forma, las cualidades del alma habían vencido lo extraño del cuerpo. La mayor parte de los bordeleses le testimoniaban un respeto amistoso, una deferencia llena de estima. La voz del notario cautivaba el corazón haciendo resonar en él la elocuencia de la honradez. Por toda treta, iba derecho al asunto, acorralando los malos pensamientos por medio de preguntas directas. Su perspicacia, su gran hábito de los asuntos, le conferían ese sentido de adivinación que permite ir al fondo de las conciencias y leer en ellas los pensamientos secretos. Aunque grave y mesurado en los asuntos, este patriarca poseía la alegría de nuestros antepasados. Debía arriesgarse a la canción de mesa, admitir y conservar las solemnidades de familia, celebrar los aniversarios, las fiestas de los abuelos y de los niños, enterrar ceremoniosamente el tronco de Navidad; debía gustarle dar aguinaldo, dar sorpresas y ofrecer huevos de Pascua; debía creer en las obligaciones de los padrinos y no abandonar ninguna de las costumbres que daban color a la vida de antaño. El señor Matías era un noble y respetable vestigio de aquellos notarios, grandes hombres oscuros, que no daban recibo al aceptar millones, pero que los devolvían en los mismos sacos, atados con los mismos cordeles; que ejecutaban al pie de la letra los fideicomisos, levantaban decentemente los inventarios, se interesaban como segundos padres en los intereses de sus clientes, cerraban a veces el paso a los disipadores, y a quienes las familias confiaban sus secretos, en fin, uno de esos notarios que se creían responsables de sus errores en las actas y los meditaban largamente. Nunca, durante su vida notarial, tuvo ningún cliente que quejarse de una inversión perdida, de una hipoteca mal tomada o mal colocada. Su fortuna, adquirida de un modo lento pero leal, no le había venido más que al cabo de treinta años de ejercicio y de economías. Había establecido a catorce de sus pasantes. Religioso y generoso en secreto, Matías se encontraba dondequiera que el bien se realizara sin salario. Miembro activo de la comisión de los hospicios y de la comisión de beneficencia, inscribía con la suma más elevada en las imposiciones voluntarias destinadas a socorrer los infortunios súbitos, a crear cualesquiera establecimientos útiles. Así, ni él ni su mujer tenían coche, así, su palabra era sagrada, así sus sótanos guardaban tantos capitales como la Banca así se le llamaba *el buen señor Matías*, y cuando murió, hubo tres mil personas en su entierro.

Solonet era el joven notario que llega canturreando, afecta un aire frívolo, pretende que los asuntos se realizan tan bien riendo como manteniéndose serio; el notario capitán en la guardia nacional, que se ofende que le tomen por notario, y postula la cruz de la Legión de Honor, que tiene su coche y hace que sean sus pasantes quienes comprueben las actas; el notario que va al baile, a los espectáculos, compra cuadros y juega al *ecarté*, que tiene una caja en la que se guardan los

depósitos y devuelve en billetes de banco lo que ha recibido en oro; el notario que camina al ritmo de la época y arriesga los capitales en inversiones dudosas, especula y quiere retirarse rico con treinta mil libras de renta después de diez años de notariado; el notario cuya ciencia procede de su doblez, pero al que muchas personas temen como a un cómplice que posee sus secretos; en fin, el notario que ve en su cargo un medio para casarse con alguna heredera de medias azules.

Cuando el esbelto y rubio Solonet, rizado, perfumado, calzado como un joven protagonista del Vaudeville, vestido como un *dandy* cuyo asunto más importante es un duelo, entró precediendo a su viejo colega, retrasado por un nuevo acceso de gota, aquellos dos hombres representaron a lo vivo una de esas caricaturas tituladas *ayer y hoy* que tanto éxito tuvieron bajo el Imperio. Si la señora y la señorita Evangelista, para quienes *el buen señor Matías* era desconocido, tuvieron de pronto unas ligeras ganas de reírse, quedaron en seguida impresionadas por la gracia con que las cumplimentó. Las palabras del buen hombre respiraban aquella amenidad que los ancianos amables saben difundir tanto en las ideas como en la forma como las expresan. El joven notario, de aire bullicioso, quedó entonces por debajo. Matías dio fe de la superioridad de su experiencia de la vida en la forma mesurada con que abordó a Pablo. Sin comprometer sus canas, respetó la nobleza en un joven, sabiendo que a la vejez le pertenecen ciertos honores y que todos los derechos sociales son solidarios. Por el contrario, el saludo y los buenos días de Solonet habían sido la expresión de una completa igualdad que había de herir las pretensiones de las personas de mundo y ponerle en ridículo a los ojos de las personas verdaderamente nobles. El joven notario hizo un gesto asaz familiar a la señora Evangelista para invitarla a ir con él junto a una ventana a conversar. Durante unos instantes, estuvieron hablándose al oído, dejando escapar algunas risitas; sin duda para disimular la importancia de aquella conversación con la que el señor Solonet comunicó el plan de batalla a su soberana.

—Pero —le dijo al terminar—, ¿tendréis el suficiente valor para vender vuestro hotel?

—Completamente —respondió ella.

La señora Evangelista no quiso decir a su notario la razón de este heroísmo que le sorprendió, porque el celo de Solonet habría podido enfriarse si hubiera sabido que su cliente pensaba abandonar Burdeos. Ni siquiera había dicho nada de ello a Pablo, para no asustarle por la extensión de las circunvalaciones que exigían los primeros trabajos de una vida política.

Después de cenar, los dos plenipotenciarios dejaron a los amantes junto a la madre y se dirigieron a un salón contiguo, destinado para su conferencia. Desarrollóse, pues, una doble escena: en el rincón de la chimenea del gran salón, una escena de amor en la que la vida aparecía risueña y gozosa; en la otra pieza, una escena grave y sombría en la que el interés puesto al desnudo desempeñaba por adelantado el papel que representa bajo las floridas apariencias de la vida.

—Querido maestro —dijo Solonet a Matías—, el acta permanecerá en vuestro despacho, sé todo lo que debo a la ancianidad. —Matías saludó gravemente—. Pero —continuó Solonet, desplegando un borrador de acta inútil que había hecho bosquejar a un pasante—, puesto que nosotros somos la parte oprimida, o sea, la joven, he redactado el contrato para evitaros la molestia. Nos casamos con nuestros derechos bajo el régimen de comunidad; donación recíproca y general de nuestros bienes en caso de morir sin herederos, o sino, donación de una cuarta parte en usufructo y una cuarta parte en propiedad; la suma puesta en la comunidad será de la cuarta parte de las aportaciones respectivas; el que sobreviva conservará los muebles sin tener que hacer inventario. Todo está claro como la luz del día.

—Ta, ta, ta —dijo Matías—, yo no hago los asuntos como quien canta una tonada. ¿Cuáles son vuestros derechos?

—¿Cuáles son los vuestros? —dijo Solonet.

—Nuestra dote —dijo Matías— son las tierras de Lanstrac, cuyo producto es de veintitrés mil libras de renta, sin contar las entregas en especie. *Item*, las fincas de Grassol y de Guadet, que valen cada una tres mil seiscientas libras de renta. *Item*, el campo de Belle-Rose, que reporta anualmente dieciséis mil libras; total, cuarenta y seis mil doscientos francos de renta. *Item*, un hotel patrimonial en Burdeos, de novecientos francos de renta. *Item*, una hermosa casa entre patio y jardín, sita en París, calle de la Pepinière, de mil quinientos francos de renta. Estas propiedades, cuyos títulos están en mi casa, provienen de la sucesión de nuestros padre y madre, excepto la casa de París, que es una de nuestras adquisiciones. También hemos de contar el mobiliario de nuestras dos casas y el del castillo de Lanstrac, cuyo valor se estima en cuatrocientos cincuenta mil francos. He ahí la mesa, el mantel y el primer servicio. ¿Qué aportáis vos para el segundo servicio y para los postres?

—Nuestros derechos —dijo Solonet.

—Especificadlos, querido maestro —repuso Matías—. ¿Qué es lo que nos aportáis? ¿Dónde está el inventario realizado después de la muerte del señor Evangelista? Mostradme la liquidación, el empleo de vuestros fondos. ¿Dónde están vuestros capitales, si es que hay capital? ¿Dónde están vuestras propiedades, si es que hay propiedad? En suma, mostradnos una cuenta de tutela y decidnos lo que os da u os asegura vuestra madre.

—¿El señor conde de Manerville ama a la señorita Evangelista?

—Quiere hacerla su esposa, si todas las conveniencias coinciden —dijo el anciano notario—. Yo no soy ningún niño, se trata aquí de nuestros negocios, y no de nuestros sentimientos.

—El negocio se frustra si vuestros sentimientos no son generosos. He ahí por qué —dijo Solonet—. No hemos hecho inventario a la muerte de nuestro marido, éramos española, criolla, y no conocíamos las leyes francesas. Por otra parte, estábamos demasiado dolorosamente afectada para pensar en mezquinas formalidades que llenan los corazones fríos. Es de pública notoriedad que éramos adoradas por el difunto y

que hemos llorado extraordinariamente. Si tenemos una liquidación precedida de un principio de inventario, dad gracias por ello a nuestro protutor, que nos ha obligado a establecer una situación y a reconocer a nuestra hija una fortuna tal cual, en el momento en que nos fue preciso retirar de Londres rentas inglesas cuyo capital era inmenso, y que queríamos volver a colocar en París, donde doblaríamos los intereses.

—No me vengáis con bobadas. Existen medios de comprobación. ¿Qué derechos de sucesión habéis pagado al fisco? La cifra será suficiente para establecer nuestras cuentas. Id, pues, derecho al asunto. Decidnos francamente lo que cobrabais y lo que os queda. Bueno, si no estamos demasiado enamorados, ya veremos.

—Si os casáis con nos por dinero, id a paseo. Tenemos derecho a más de un millón. Pero a nuestra madre no le queda más que este hotel, su mobiliario y algo más de cuatrocientos mil francos empleados hacia el 1817 al cinco por ciento, lo cual da cuarenta mil francos de renta.

—¿Cómo lleváis un tren de vida que exige cien mil libras de renta? —exclamó Matías, aterrado.

—Nuestra hija nos ha costado los ojos de la cara. Por otra parte, nos agrada gastar. En fin, vuestras jeremiadas no nos harán recobrar dos reales.

—Con los cincuenta mil francos de renta que pertenecían a la señorita Natalia, podíais criarla ricamente sin arruinaros. Pero si habéis comido con tan buen apetito siendo soltera, entonces devoraréis cuando estéis casada.

—Dejadnos, pues —dijo Solonet—; la joven más hermosa del mundo debe comer siempre más de lo que tiene.

—Voy a decir unas palabras a mi cliente —dijo el anciano notario.

«Anda, viejo Casandro, ve a decirle a tu cliente que no tenemos un real», pensó el señor Solonet, que en el silencio del gabinete había dispuesto estratégicamente sus masas, escalonado sus proposiciones, levantado los giros de la discusión, y preparado el punto en que las partes, creyendo que todo estaba perdido, se hallarían frente a una venturosa transacción en la que triunfaría su cliente.

El vestido blanco de lazos rosa, los tirabuzones a la Sevigné, el piecico de Natalia, sus pícaras miradas, su fina mano ocupada sin cesar en reparar el desorden de bucles que no se desordenaban, esa maniobra de una joven que abre el abanico como un pavo real al sol, había llevado a Pablo adonde quería verle su futura suegra: el joven estaba borracho de deseos, y deseaba a su pretendida como un colegial puede desear a una cortesana; sus miradas, seguro termómetro del alma, anunciaban el grado de pasión en el que un hombre hace mil tonterías.

—Natalia es tan hermosa —dijo al oído de su suegra— que concibo muy bien el frenesí que nos impulsa a pagar con la muerte un placer.

La señora Evangelista respondió moviendo la cabeza:

—¡Frasas de enamorado! Mi marido no me decía ninguna de esas hermosas frases; pero se casó conmigo sin que yo tuviera fortuna, y durante trece años no me dio jamás un disgusto.

—¿Es que me dais una lección? —repuso riendo Pablo.

—¡Vos sabéis cuánto os quiero, hijo mío! —dijo la señora Evangelista estrechándole la mano—. Por otra parte, ¿no es preciso que os quiera mucho, para entregaros a mi querida Natalia?

—Entregarme, entregarme —dijo la joven riendo y agitando un biombo hecho de plumas de aves indias—. ¿Qué estáis cuchicheando?

—Yo decía —repuso Pablo—, que debo amaros mucho, puesto que las conveniencias me prohíben expresaros mis deseos.

—¿Por qué?

—Porque me temo a mí mismo.

—¡Oh! Sois demasiado inteligente para no saber montar las joyas de la adulación. ¿Queréis que os declare mi opinión sobre vos?... Pues bien, hallo en vos más inteligencia de la que debe tener un hombre enamorado. Ser la *Flor de los guisantes* y continuar siendo muy inteligente —dijo Natalia bajando los ojos— es tener demasiadas ventajas: un hombre debería optar por lo uno o por lo otro. ¡Yo también me temo a mí misma!

—¿Qué decís?

—No hablemos así. ¿No os parece, mamá, que esta conversación es peligrosa cuando nuestro contrato aún no ha sido firmado?

—Va a serlo —dijo Pablo.

—Me gustaría saber lo que se estarán diciendo Aquiles y Néstor —dijo Natalia, indicando con una mirada de infantil curiosidad la puerta del saloncito.

—Hablan de nuestros hijos, de nuestra muerte y de no sé qué otras frivolidades parecidas; cuentan nuestros escudos para decirnos si podremos tener siempre cinco caballos en la cuadra. También se ocupan de donaciones, pero ya me he anticipado.

—¿Cómo? —inquirió Natalia.

—¿Acaso no me he dado por entero? —dijo Pablo mirando a la joven, cuya belleza aumentó cuando el placer causado por esta respuesta hubo teñido su semblante.

—Madre mía, ¿cómo puedo agradecer tanta generosidad?

—Hija mía, ¿acaso no tienes por delante toda tu vida para corresponder a ella? Saber hacer la felicidad de cada día, ¿no es aportar inagotables tesoros? Yo no tenía más dote que ésta.

—¿Os gusta la finca de Lanstrac? —dijo Pablo a Natalia.

—¿Cómo no había de gustarme una cosa vuestra? —dijo la joven—. Por ello me gustarla mucho ver vuestra casa.

—Nuestra casa —dijo Pablo—. Queréis saber si me he anticipado a vuestros deseos, si vos os encontraréis a gusto allí. Vuestra señora madre me ha hecho difícil la tarea de marido, porque siempre habéis sido dichosa; pero cuando el amor es infinito, nada le es imposible.

—Hijos míos —dijo la señora Evangelista—, ¿podréis quedaros en Burdeos

durante los primeros días de vuestra boda? Si sentís el valor de afrontar a la gente que os conoce, que os espía, que os molesta, ¡sea! Pero si experimentáis los dos ese pudor de sentimiento que oprime el alma y no se expresa, iremos a París, donde la vida de un joven matrimonio se pierde en medio del torrente. Solamente allí podréis vivir como dos amantes, sin temer al ridículo.

—Tenéis razón, madre, no pensaba en ello. Pero apenas tengo tiempo de preparar mi casa. Esta noche escribiré a De Marsay, uno de mis amigos en quien puedo confiar para hacer trabajar a mis obreros.

En el momento en que, igual a los jóvenes acostumbrados a satisfacer sus placeres sin previo cálculo, Pablo se enzarzaba inconsideradamente en los gastos de una estancia en París, entró el señor Matías en el salón e hizo seña a su cliente de que venía a hablar con él.

—¿Qué hay, amigo mío? —dijo Pablo dejándose llevar hacia una ventana.

—Señor conde —dijo el buen hombre—, no hay un céntimo de dote. Mi opinión es aplazar la conferencia para otro día, para que podáis tomar la decisión que creáis más conveniente.

—Señor Pablo —dijo Natalia—, yo también quiero deciros unas palabras a solas.

Aunque la actitud de la señora Evangelista fuera tranquila, jamás judío de la Edad Media sufrió en su caldera llena de aceite hirviendo el martirio que ella padecía dentro de su vestido de terciopelo violeta, Solonet le había garantizado la boda, pero ella ignoraba los medios, las condiciones del éxito, y padecía la horrible angustia de las alternativas. Quizá debió su triunfo a la desobediencia de su hija. Natalia había meditado las palabras de su madre, cuya inquietud le era visible. Cuando vio el éxito de su coquetería, sintió en su corazón mil pensamientos contradictorios. Sin censurar a su madre, sintiose medio avergonzada por aquella maniobra cuyo precio era una ganancia cualquiera. Además, viose presa de una curiosidad celosa hartamente concebible. Quiso saber si Pablo la amaba bastante para superar las dificultades previstas por su madre y que denunciaba el rostro algo ensombrecido del señor Matías. Estos sentimientos la impulsaron a un movimiento de lealtad, que, por otra parte, la dejaba en muy buen lugar. La más negra perfidia no habría sido tan peligrosa como lo fue su inocencia.

—Pablo —le dijo en voz baja, y fue ésta la primera vez que le llamaba así—, si algunas dificultades de intereses pudieran separarnos, sabed que yo os dispense de vuestros compromisos y os autorizo a que arrojéis sobre mí el disfavor que resultase de una ruptura.

Puso una dignidad tan profunda en la expresión de su generosidad, que Pablo creyó en el desinterés de Natalia, en su ignorancia del hecho que su notario acababa de revelarle; tomó la mano de la joven y la besó como un hombre para el cual el amor era más precioso que el interés. Natalia salió.

—Señor conde, estáis haciendo tonterías —dijo el viejo notario, reuniéndose con su cliente.

Pablo quedose pensativo: contaba con tener unas cien mil libras de renta, uniendo su fortuna a la de Natalia; y por muy apasionado que sea un hombre, no pasa sin emoción de ciento a cuarenta y seis mil libras de renta, al tomar una mujer acostumbrada al lujo.

—Mi hija no está ahí —dijo la señora Evangelista, que se adelantó con paso majestuoso hacia su yerno y hacia el notario—. ¿Podéis decirnos lo que nos ocurre?

—Señora —respondió Matías, asustado del silencio de Pablo y rompiendo el hielo—, sobreviene un impedimento dilatorio...

Al oír estas palabras, el señor Solonet salió del saloncito e interrumpió a su anciano colega con una frase que devolvió la vida a Pablo. Abrumado por el recuerdo de sus frases galantes, por su actitud amorosa, Pablo no sabía cómo desmentirlas ni cómo variarlas; hubiera querido poder arrojarse a un precipicio.

—Hay un medio de que la señora salde su deuda a su hija —dijo el joven notario en tono displicente—. La señora Evangelista posee cuarenta mil libras de renta en títulos del cinco por ciento, cuyo capital será pronto a la par, si no lo rebasa; así, podemos contarlas como ochocientos mil francos. Este hotel y su jardín bien valen doscientos mil francos. Entonces, la señora puede transferir por medio del contrato la nuda propiedad de estos valores a su hija, porque no creo que la intención del señor sea dejar a su madre política sin recursos. Si la señora ha comido su fortuna, devuelve la de su hija, minucia más o menos.

—La gran desgracia de las mujeres es no entender nada de negocios —dijo la señora Evangelista—. ¿De modo que yo tengo nudas propiedades? ¡Y qué es eso, Dios mío!

Pablo se hallaba en una especie de éxtasis, oyendo esta transacción. El viejo notario, al ver tendida la trampa y a su cliente con un pie ya dentro de ella, quedó petrificado, diciéndose: «¡Creo que se están burlando de nosotros!».

—Si la señora sigue mi consejo, asegurará su tranquilidad —prosiguió diciendo el joven notario—. Al sacrificarse, por lo menos no habrá unos menores que puedan inquietarla. El señor conde reconocerá, pues, por medio del contrato haber recibido la suma total que corresponde a la señorita Evangelista por la herencia de su padre.

Matías no pudo reprimir la indignación que brilló en sus ojos y le encendió la cara.

—¿Y esa suma —dijo temblando— es de...?

—Un millón ciento cincuenta y seis mil francos, según el acta...

—¿Por qué no pedís al señor conde que haga *hic et nunc* la dejación de su fortuna a su futura esposa? —dijo Matías—. Sería algo más franco que lo que nos pedís. La ruina del conde de Manerville no se consumará ante mis ojos. Yo me retiro.

Dio un paso hacia la puerta, con objeto de instruir a su cliente acerca de la gravedad de las circunstancias; pero regresó, y dirigiéndose a la señora Evangelista:

—No creáis, señora, que os haga solidaria de las ideas de mi colega, os tengo por una mujer honrada, una gran dama que nada sabe de negocios.

—Gracias, querido colega —dijo Solonet.

—Ya sabéis que entre nosotros no hay jamás injuria —respondióle Matías—. Señora, sabed por lo menos el resultado de estas estipulaciones. Sois aún lo suficientemente joven, lo suficientemente hermosa para volver a casaros. ¡Oh! ¡Dios mío, señora —añadió el anciano al ver un gesto de la señora Evangelista—, quién puede responder de lo que hará!

—¡Yo no creía, caballero —dijo la señora Evangelista—, que después de haber permanecido viuda durante siete hermosos años y haber rehusado brillantes partidos por amor a mi hija, incurriría en la sospecha de cometer semejante locura a los treinta y nueve años de edad! Si no estuviéramos hablando de negocios, tomaría esa suposición como una impertinencia.

—¿No sería más impertinente creer que no podéis casaros?

—Querer y poder son dos términos muy distintos —dijo galantemente Solonet.

—Bien —dijo el señor Matías—, no hablemos de vuestro casamiento. Podéis, y todos lo deseamos, vivir todavía cuarenta y cinco años. Ahora bien, puesto que reserváis para vos el usufructo de la fortuna del señor Evangelista durante vuestra existencia, ¿es que vuestros hijos tendrán que colgar sus dientes de la percha?

—¿Qué significa esa frase? —dijo la viuda—. ¿Qué quieren decir esa *percha* y ese *usufructo*?

Solonet, hombre de gusto y de elegancia, se echó a reír.

—Voy a explicároslo —respondió el buen hombre—. Si vuestros hijos quieren ser prudentes, pensarán en el futuro. Pensar en el futuro es economizar la mitad de sus ingresos, suponiendo que no tengamos más de dos hijos, a los cuales será preciso dar primero una buena educación, y después una buena dote. Vuestra hija y vuestro yerno se verán, pues, reducidos a veinte mil libras de renta, siendo así que, sin estar casados, gastaban cincuenta mil. Esto no es nada. Mi cliente deberá entregar un día a sus hijos un millón cien mil francos de los bienes de su madre, y quizá no los habrá recibido aún si su mujer ha muerto y la señora sigue viviendo, lo cual puede suceder. En conciencia, firmar semejante contrato, ¿no equivale a arrojarse con los pies y las manos atadas a las aguas del Gironda? ¿Queréis labrar la felicidad de vuestra hija? Si ella ama a su marido, sentimiento del que no dudan jamás los notarios, compartirá sus pesares. Señora, veo suficientes motivos para hacerla morir de pena, porque se encontrará en la miseria. Sí, señora, la miseria, eso es no tener más de veinte mil libras de renta personas a las que hacen falta cien mil. Si, por amor, el señor conde hiciera locuras, su mujer le arruinaría el día en que sobreviniera una desgracia. Aquí estoy abogando por vos, por ellos, por sus hijos, por todo el mundo.

«La ventura ha disparado todos sus cañones», pensó el señor Solonet, lanzando una mirada a su cliente como para decirle: «¡Vamos!».

—Hay un medio de compaginar estos intereses —respondió con calma la señora Evangelista—. Puedo reservarme sólo una pensión bastante para entrar en un convento, y entonces tendréis mis bienes desde ahora. Puedo renunciar al mundo, si

mi muerte anticipada asegura la felicidad de mi hija.

—Señora —dijo el viejo notario—, tomémonos el tiempo necesario para sopesar bien la decisión que conciliará todas las dificultades.

—¡Ah! Dios mío, caballero —dijo la señora Evangelista, que veía su pérdida en una dilación—, todo ha sido ya sopesado. Ignoraba lo que era un casamiento en Francia, yo soy española y criolla. Ignoraba que antes de casar a mi hija, fuera necesario saber los días que Dios me concederá aún, que mi hija padecería a causa de mi vida, que hago mal en vivir y mal en haber vivido. Cuando mi marido se casó conmigo, yo no tenía más que mi nombre y mi persona. Mi nombre sólo valía para él unos tesoros junto a los cuales palidecían los suyos. ¿Qué fortuna puede igualar a un gran nombre? Mi dote era la belleza, la virtud, la felicidad, la alcurnia, la educación. ¿El dinero da tales tesoros? Si el padre de Natalia oyera nuestra conversación, su alma generosa sufriría por ello tanto, que le echaría a perder para siempre su felicidad en el cielo. He derrochado, ¡quizá de una manera loca!, algunos millones, sin que jamás sus cejas se hubieran fruncido. Después de su muerte, me volví ahorrativa y ordenada, en comparación con la vida que él quería que yo llevase. ¡Rompamos, pues! El señor de Manerville está tan abatido que yo...

Ninguna onomatopeya puede describir la confusión y el desorden que la palabra *rompamos* introdujo en la conversación, baste decir que aquellas cuatro personas tan bien educadas estaban hablando todas a la vez.

—¡Uno se casa en España a la española y como quiere! ¡Pero en Francia se casa a la francesa, razonablemente y como puede! —decía Matías.

—¡Ah!, señora —exclamó Pablo, saliendo de su estupor—, vos interpretáis mal mis sentimientos.

—No se trata ahora de sentimientos —dijo el viejo notario, queriendo detener a su cliente—, estamos tratando de los asuntos de tres generaciones. ¿Somos nosotros los que no pedimos más que resolver unas dificultades en las que no tenemos culpa alguna, los que hemos devorado los millones ausentes?

—Casaos con nos, y no regateéis —decía Solonet.

—¡Regatear, regatear! Llamáis regatear a defender los intereses de los hijos, del padre y de la madre —decía Matías.

—Sí —decía Pablo a su suegra—, yo deploro las disipaciones de mi juventud, que no me permiten cerrar esta discusión con una palabra, tal como vos deploráis vuestra ignorancia de los negocios y vuestro desorden involuntario. Dios es testigo de que yo no pienso en este momento en mí mismo, una vida sencilla en Lanstrac no me asusta; ¿pero no es preciso que la señorita Natalia renuncie a sus gustos, a sus costumbres? He aquí modificada nuestra existencia.

—¿De dónde sacaba, pues. Evangelista sus millones? —dijo la viuda.

—El señor Evangelista hacía negocios, jugaba el gran juego de los comerciantes, fletaba barcos y ganaba sumas considerables; nosotros somos un propietario cuyo capital se halla invertido, cuyas rentas son inflexibles —respondió vivamente el viejo

notario.

—Hay todavía un medio de compaginarlo todo —dijo Solonet, el cual, con esta frase proferida en tono de falsete, impuso silencio a los otros tres, atrayendo sus miradas y su atención.

Aquel joven se parecía a un hábil cochero que tiene en la mano las riendas de un tiro de cuatro caballos y se divierte en animarles, en retenerles. Alternativamente desencadenaba las pasiones o las calmaba haciendo sudar en su arnés a Pablo, cuya vida y felicidad estaban a cada momento en cuestión, y a su cliente, que no veía claro a través de las vicisitudes de la discusión.

—La señora Evangelista —dijo al cabo de una pausa— puede dejar desde hoy los títulos del cinco por ciento y vender su hotel. Yo haré que encuentre trescientos mil francos explotándolo por lotes. Sobre ese precio ella os entregará ciento cincuenta mil francos. Así la señora os dará novecientos cincuenta mil francos inmediatamente. Si no es lo que debe a su hija, ¿acaso encontraréis muchas dotes parecidas en Francia?

—Bien —dijo el señor Matías—, pero ¿qué será de la señora?

Al oír esta pregunta, que suponía un asentimiento, Solonet dijo para sus adentros: «¡Vamos, viejo lobo, que ya te tengo!».

—¡La señora! —respondió en voz alta el joven notario—. La señora conservará los cincuenta mil escudos restantes sobre el precio de su hotel. Esta suma, unida al producto de su mobiliario, puede colocarse en rentas vitalicias, y le procurará veinte mil libras de renta. El señor conde le dispondrá un alojamiento en su casa. Lanstrac es grande. Tenéis un hotel en París —dijo dirigiéndose directamente a Pablo—. La señora, vuestra madre política, puede, pues, vivir con vosotros en todas partes. Una viuda que, sin tener que soportar las cargas de una casa, posee veinte mil libras de renta, es más rica que cuando la señora disfrutaba de toda su fortuna. La señora Evangelista no tiene más que a su hija, el señor conde está igualmente solo, vuestros herederos son remotos, ninguna colisión de intereses es de temer. La suegra y el yerno que se encuentran en las condiciones en que estáis vosotros, forman siempre una misma familia. La señora Evangelista compensará el déficit actual con los beneficios de una pensión que ella os dará sobre sus veinte mil libras de renta vitalicia, lo que ayudará a vuestra existencia. Sabemos que la señora es demasiado generosa, demasiado noble para suponer que quiera ser una carga para sus hijos. Así, viviréis unidos, felices, pudiendo disponer de cien mil francos anuales, suma suficiente, ¿no es verdad, señor conde?, para gozar en cualquier país de las delicias de la existencia y satisfacer sus caprichos. Y, creedme, los jóvenes casados sienten a menudo la necesidad de una tercera persona en su hogar. Ahora bien, yo pregunto: ¿qué tercera persona más afectuosa que una buena madre?...

Al oír hablar a Solonet, a Pablo se le antojaba que estaba oyendo a un ángel. Miró a Matías para saber si compartía su admiración por la cálida elocuencia de Solonet, porque ignoraba que bajo los fingidos transportes de sus apasionadas palabras, los notarios, como los procuradores, ocultan la frialdad y la continua atención de los

diplomáticos.

—Un pequeño paraíso —exclamó el anciano.

Estupefacto ante la alegría de su cliente, Matías fue a sentarse en una otomana, con la cabeza apoyada en las manos, sumido en una meditación evidentemente dolorosa. Conocía la pesada fraseología en la que las gentes de negocios envuelven adrede su malicia, y no era hombre que se dejara engañar por ella. Se puso a mirar disimuladamente a su colega y a la señora Evangelista, que continuaron conversando con Pablo, y trató de sorprender algunos indicios del complot cuya trama tan sabiamente urdida empezaba a dejarse entrever.

—Caballero —dijo Pablo a Solonet—, os doy las gracias por el cuidado que ponéis en conciliar nuestros intereses. Esta transacción resuelve todas las dificultades más felizmente de lo que yo esperaba; sin embargo, si es que ello os conviene, señora —dijo volviéndose hacia la señora Evangelista—, porque no quisiera nada que al mismo tiempo no pudiera conveniros a vos.

—Por lo que a mí respecta —dijo ella—, todo lo que constituya la felicidad de mis hijos, me llenará de gozo. No me tengáis en cuenta para nada.

—Ello no debe ser así —repuso vivamente Pablo—. Si vuestra existencia no queda honorablemente asegurada, Natalia y yo sufriríamos más que vos misma.

—Descuidad, señor conde —dijo Solonet.

«¡Ah! —pensó el señor Matías—. Ahora quieren hacer que bese el látigo antes de darle los azotes».

—Tranquilizaos —decía Solonet—, en estos momentos se efectúan tantas especulaciones en Burdeos, que las inversiones en vitalicio se negocian de un modo muy ventajoso. Después de descontar del precio del hotel y de los muebles los cincuenta mil escudos que os deberemos, creo poder garantizar a la señora que le quedarán doscientos cincuenta mil francos. Me encargo de colocar esta suma en rentas vitalicias por primera hipoteca sobre bienes que valen un millón, y obtener al diez por ciento veinticinco mil libras de renta. Así, casamos fortunas aproximadamente iguales. En efecto, contra vuestras cuarenta y seis mil libras de renta, la señorita Natalia aporta cuarenta mil libras de renta al cinco por ciento, y ciento cincuenta mil francos en escudos, susceptibles de dar siete mil libras de renta; en total, cuarenta y siete.

—Eso es evidente —dijo Pablo.

Al terminar su frase, el señor Solonet había dirigido a su cliente una mirada oblicua, captada por Matías, y que quería decir: «Lanzad la reserva».

—¡Ah! —exclamó la señora Evangelista en un acceso de alegría que no pareció fingido—. Pero es que yo puedo dar a Natalia mis diamantes, que deben valer por lo menos cien mil francos.

—Podemos hacerlos tasar —dijo el notario—, y esto modifica completamente la cuestión. Nada se opone entonces a que el señor conde reconozca haber recibido la totalidad de las sumas que corresponden a la señorita Natalia por la herencia de su

padre, y que los futuros esposos no incluyan en el contrato las cuentas de la tutela. Si la señora, al despojarse con una lealtad muy española, salda sus deudas casi del todo, es justo que se le dé un recibo.

—Nada más justo que eso —dijo Pablo—, sólo que estoy algo confuso acerca de estos procedimientos generosos.

—¿Acaso mi hija no es como un otro yo? —dijo la señora Evangelista.

El señor Matías advirtió una expresión de alegría en el rostro de la señora Evangelista, cuando vio las dificultades casi allanadas; esta alegría y el olvido de los diamantes que llegaban como tropas de refresco, le confirmaron todas sus sospechas.

«La escena había sido preparada entre ellos, como los jugadores preparan las cartas para una partida en la que se va a arruinar a algún palomino —dijose el anciano notario—. ¿Ese pobre muchacho, al que he visto nacer, será desplumado vivo por su suegra, asado por el amor y devorado por su mujer? Yo, que con tanto esmero he cuidado esas hermosas tierras, ¿las veré dilapidadas en una sola velada? Tres millones y medio que serán hipotecados por un millón cien mil francos de dote que esas dos mujeres le harán devorar».

Al descubrir en el alma de aquella mujer unas intenciones que, sin participar de la maldad, del crimen, del robo, de la superchería, de la estafa, de ningún sentimiento malo ni de nada censurable, comportaban, sin embargo, todos los crímenes en germen, el señor Matías no experimentó ni dolor ni generosa indignación. No era el Misántropo, era un viejo notario, acostumbrado por su oficio a los hábiles cálculos de la gente del mundo, a esas pérfidas traiciones más funestas que un franco asesinato cometido en el camino real por un pobre diablo guillotinado con gran aparato. Para la alta sociedad, estos pasajes de la vida, estos congresos diplomáticos son como pequeños rincones vergonzosos en los que cada cual echa sus basuras. Lleno de compasión por su cliente, el señor Matías lanzó una larga mirada hacia el porvenir y no veía en él nada bueno.

«Entremos, pues, en campaña con las mismas armas —se dijo—, y vamos a derrotarles».

En aquel momento, Pablo, Solonet y la señora Evangelista, preocupados por el silencio del anciano, comprendieron cuán necesaria les era la aprobación de aquel censor para sancionar aquella transacción, y los tres le miraron simultáneamente.

—Bien, mi querido señor Matías, ¿qué pensáis de todo esto? —le dijo Pablo.

—He aquí lo que yo pienso —respondió el intratable y concienzudo notario—. No sois lo suficientemente rico para cometer esas soberbias locuras. Las tierras de Lanstrac, calculadas al tres por ciento, representan más de un millón, incluido el mobiliario; las fincas de Grassol y de Guadet, vuestro campo de Belle-Rose, valen otro millón; vuestros dos hoteles y su mobiliario, un tercer millón. Contra estos tres millones, que dan cuarenta y siete mil doscientos francos de rentas, la señorita Natalia aporta ochocientos mil francos en el Libro de la deuda pública, y supongamos cien mil francos de diamantes que me parecen un valor hipotético; además, ciento cincuenta

mil francos en efectivo, ¡en total, un millón cincuenta mil francos! ¡Ante estos hechos, mi colega os anuncia pomposamente que casamos fortunas iguales! Quiere que quedemos gravados en cien mil francos para con nuestros hijos, puesto que reconoceríamos a nuestra mujer, por la aceptación de las cuentas de la tutela, una aportación de un millón ciento cincuenta y seis mil francos, ¡no recibiendo más que un millón cincuenta mil! Vos escucháis semejantes monsergas con el entusiasmo de un enamorado, y creéis que el señor Matías, que no está enamorado, puede olvidar la aritmética y que no hará observar la diferencia que existe entre las inversiones territoriales, cuyo capital es enorme, que va en aumento, y las rentas de la dote, cuyo capital está expuesto a vicisitudes y a disminuciones de interés. Soy bastante viejo para haber visto cómo el dinero disminuye y las tierras aumentan. Vos me habéis llamado, señor conde, para estipular vuestros intereses: dejadme que los defienda, o despedidme.

—Si el señor busca una fortuna igual en capital a la suya —dijo Solonet—, nosotros no tenemos tres millones y medio, nada hay más evidente. Si poseéis tres aplastantes millones, nosotros no podemos ofrecer más que nuestro pobre millonaje, ¡casi nada!, tres veces la dote de una archiduquesa de la Casa de Austria. Bonaparte recibió doscientos cincuenta mil francos al casarse con María Luisa.

—María Luisa perdió a Bonaparte —refunfuñó el señor Matías.

La madre de Natalia captó el sentido de esta frase.

—Si mis sacrificios no sirven de nada —exclamó—, no creo conveniente llevar más lejos una discusión semejante; cuento con la discreción del caballero, y renuncio al honor de su mano para mi hija.

Tras de las evoluciones que el joven notario había prescrito, aquella batalla de intereses llegaba al término en que la victoria había de pertenecer a la señora Evangelista. La suegra se abría el corazón, entregaba sus bienes, quedaba casi liberada. So pena de faltar a las leyes de la generosidad, de mentir al amor, el futuro marido debía aceptar aquellas condiciones decididas de antemano entre el señor Solonet y la señora Evangelista. Como una saeta de reloj movida por sus engranajes, Pablo llegó finalmente al término calculado.

—¡Cómo, señora! —exclamó Pablo—. ¿En un momento podríais vos romper...?

—Pero, caballero —respondió ella—, ¿yo a quién debo?

A mi hija. Cuando ella tenga veintiún años, recibirá mis cuentas y me dará recibo. Poseerá un millón, y podrá, si quiere, escoger entre los hijos de todos los pares de Francia. ¿Acaso no es una Casa Real?

—La señora tiene razón. ¿Por qué ha de ser hoy peor tratada que dentro de catorce meses? No la privéis de los beneficios de su maternidad —dijo Solonet.

—Matías —exclamó Pablo con profundo dolor—, ¡hay dos clases de ruina, y vos me estáis perdiendo en estos momentos!

Dio un paso hacia él, sin duda para decirle que quería que el contrato fuera redactado en seguida. El anciano notario evitó esta desgracia con una mirada que

quería decir: «¡Aguardad!». Luego vio lágrimas en los ojos de Pablo, lágrimas arrancadas por la vergüenza que le causaba aquella discusión, por aquella frase perentoria de la señora Evangelista que anunciaba una ruptura, y las secó con un gesto, el de Arquímedes gritando: ¡Eureka! La expresión *par de Francia* había sido para él como una antorcha en un subterráneo.

Natalia apareció en aquel momento, encantadora como un rayo de sol, y dijo en tono mimoso:

—¿Estorbo?

—De modo particular, hija mía —le respondió su madre con cruel amargura.

—Venid, querida Natalia —le dijo Pablo tomándola de la mano y llevándola hacia una butaca, junto a la chimenea—, ¡Todo está arreglado! —porque le resultó imposible soportar el derrumbamiento de sus esperanzas.

Matías repuso vivamente:

—Sí, todo puede arreglarse aún.

Semejante al general que, en un momento, desbarata las combinaciones preparadas por el enemigo, el viejo notario había visto al genio que preside al Notariado desarrollando ante él en caracteres legales una concepción capaz de salvar el porvenir de Pablo y el de sus hijos. El señor Solonet no conocía otro desenlace a estas dificultades irreconciliables que la resolución inspirada al joven por el amor, y a la cual le había conducido aquella tempestad de sentimientos y de intereses contrariados; por ello quedose extrañamente sorprendido ante la exclamación de su colega. Curioso por conocer el remedio que el señor Matías podía encontrar a un estado de cosas que debía parecerle irremisiblemente perdido, le dijo:

—¿Qué es lo que vos proponéis?

—Natalia, hijita, dejadnos —dijo la señora Evangelista.

—La señorita no está de más —respondió el señor Matías sonriendo—, voy a hablar para ella lo mismo que para el señor conde.

Hízose un profundo silencio, durante el cual todos, llenos de agitación, aguardaron con indecible curiosidad la improvisación del anciano.

—Hoy día —dijo el señor Matías, tras una pausa—, la profesión de notario ha cambiado de aspecto. Actualmente las revoluciones políticas influyen en el futuro de las familias, lo que antes no ocurría. Antaño, las existencias estaban definidas y los rangos estaban determinados...

—No se trata de hacer un curso de economía política, sino de un contrato de matrimonio —dijo Solonet, dejando escapar un gesto de impaciencia e interrumpiendo al anciano.

—Os ruego que me dejéis hablar ahora a mí —dijo el buen hombre.

Solonet fue a sentarse en la otomana, diciendo en voz baja a la señora Evangelista:

—Ahora vais a conocer lo que entre nosotros llamamos el *galimatías*.

—Los notarios, pues, están obligados a seguir la marcha de los asuntos políticos,

que actualmente están íntimamente ligados a los asuntos particulares. He aquí un ejemplo: En otro tiempo, las familias nobles poseían fortunas sólidas que las leyes de la Revolución han quebrantado y que el sistema actual tiende a reconstituir —repuso el viejo notario, entregándose también a la facundia del *tabellonarius boa constrictor* (el Boa-Notario)—. Por su apellido, por su talento, por su fortuna, el señor conde está llamado a sentarse un día en la Cámara electiva. Quizá sus destinos le llevarán a la Cámara hereditaria, y nosotros le conocemos bastantes medios para justificar nuestras previsiones. ¿No compartís mi opinión, señora? —dijo a la viuda.

—Habéis presentado mi más cara esperanza —dijo ella—. Manerville será par de Francia, o yo me moriré de pena.

—¿Todo lo que pueda encaminarnos hacia ese fin?... —dijo el señor Matías interrogando a la astuta suegra con un gesto bondadoso.

—Es —dijo ella— mi más ardiente deseo.

—Bien —repuso Matías—, ¿no es este casamiento una ocasión natural de fundar un mayorazgo? Fundación que, por supuesto, militará en el espíritu del gobierno actual para el nombramiento de mi cliente, en el momento de una hornada. El señor conde consagrará necesariamente a ello las tierras de Lanstrac, que valen un millón. No pido que la señorita contribuya a este establecimiento con una suma igual, no sería justo; pero podemos afectar a ello ochocientos mil francos de su aportación. Sé que se venden en estos momentos dos fincas que lindan con las tierras de Lanstrac, y en las que los ochocientos mil francos a emplear en adquisiciones territoriales serán invertidos un día al cuatro y medio por ciento. El hotel de París debe igualmente quedar comprendido en la institución del mayorazgo. Lo que sobre de las dos fortunas, sabiamente administrado, bastará grandemente para establecer a otros hijos. Si las partes contratantes se ponen de acuerdo sobre estas disposiciones, el señor conde puede aceptar vuestra cuenta de tutela y cargar con el saldo. ¡Consiento en ello!

—*Questa coda non è di questo gatto* (ese rabo no es de este gato) —exclamó la señora Evangelista mirando a su padrino Solonet e indicándole a Matías.

—Hay alguna anguila bajo la roca —díjole a media voz Solonet, respondiendo con un proverbio francés al proverbio italiano.

—¿Para qué todo ese enredo? —preguntó Pablo a Matías llevándose al saloncito.

—Para impedir vuestra ruina —le dijo en voz baja el viejo notario—. Queréis casaros obstinadamente con una hija y una madre que han devorado alrededor de dos millones en siete años, aceptáis un Debe de más de cien mil francos para con vuestros hijos, a los que un día deberéis entregar el millón ciento cincuenta y seis mil francos de su madre, cuando hoy apenas recibís un millón. Os exponéis a ver vuestra fortuna devorada en cinco años y quedaros como un San Juan, quedando deudor de sumas enormes para con vuestra mujer o sus herederos. Si queréis embarcaros en esta galera, podéis hacerlo, señor conde. Pero, por lo menos, dejad que vuestro viejo

amigo salve la casa de Manerville.

—¿Cómo la salváis así? —preguntó Pablo.

—Escuchad, señor conde, ¿estáis enamorado?

—Sí.

—Un enamorado es tan discreto como un cañonazo, no quiero deciros nada. Si habláis, quizá vuestro casamiento quedaría roto. Pongo vuestro amor bajo la protección de mi silencio. ¿Tenéis confianza en mi adhesión?

—¡Vaya pregunta!

—Bien, sabed que la señora Evangelista, su notario y su hija nos la están jugando por debajo de la mesa y son más que astutos. ¡Válgame Dios, qué juego cerrado!

—¿Natalia? —exclamó Pablo.

—No pondría por ella las manos en el fuego —dijo el anciano—. La queréis, ¡pues tomadla! Pero desearía que esa boda no se celebrase, sin que por vuestra parte hubiera la menor equivocación.

—¿Por qué?

—Esa joven derrocharía el Perú. Además, monta a caballo como un circense, casi es una emancipada: esa clase de muchachas resultan malas esposas.

Pablo estrechó la mano del señor Matías, y le dijo con aire algo fatuo:

—¡Tranquilizaos! Pero, de momento, ¿qué debo hacer?

—Manteneos firme en estas condiciones, ellos accederán, porque no lesionan ningún interés. Por otra parte, la señora Evangelista sólo quiere casar a su hija, lo he visto en su juego, desconfiad de ella.

Pablo volvió a entrar en el salón, donde vio a su suegra conversando en voz baja con Solonet, tal como acababa de conversar con Matías. Al margen de estas dos conferencias misteriosas, Natalia jugaba con su pantalla de chimenea. Bastante preocupada, se preguntaba: «¿Por qué no me dicen nada de mis propios asuntos?».

El joven notario consideraba a grandes rasgos el efecto lejano de una estipulación basada en el amor propio de las partes y en la que su cliente había bajado la cabeza. Pero si Matías no era más que notario, Solonet era aún algo hombre, y llevaba a los asuntos un amor propio juvenil. Ocurre a menudo que la vanidad personal hace que un joven olvide el interés de su cliente. En esta circunstancia, el señor Solonet, que no quiso que la viuda creyera que Néstor derrotaba a Aquiles, le aconsejaba que acabara pronto accediendo a aquellas bases. Poco le importaba la futura liquidación de aquel contrato; para él, las condiciones de la victoria eran la señora Evangelista liberada, su existencia asegurada y Natalia casada.

—Burdeos sabrá que vos dais alrededor de un millón cien mil francos a Natalia, y que os quedan veinticinco mil libras de renta —dijo Solonet al oído de la señora Evangelista—. Yo no creía obtener tan excelente resultado.

—Pero —dijo ella— explicadme por qué la creación de ese mayorazgo aplaca tan rápidamente la tempestad.

—Desconfianza hacia vos y vuestra hija. Un mayorazgo es inalienable: ninguno

de los dos esposos puede tocarlo.

—Eso es positivamente injurioso.

—No. A eso le llamamos previsión. El buen hombre os ha cogido en una trampa. ¿Os negáis a constituir el mayorazgo? Nos dirá: Vos queréis, pues, disipar la fortuna de mi cliente, que, por la creación del mayorazgo, queda puesta fuera de todo alcance, como si los esposos se casaran bajo el régimen dotal.

Solonet calmó sus propios escrúpulos diciéndose a sí mismo: «Estas estipulaciones sólo tienen efecto en lo futuro, y para entonces la señora Evangelista ya estará muerta y enterrada».

En aquel momento la señora Evangelista se contentó con las explicaciones de Solonet, en quien tenía toda su confianza. Por otra parte, ignoraba las leyes; veía casada a su hija, y ya no pedía nada más. Así, como Matías pensaba, ni Solonet ni la señora Evangelista comprendían aún en toda su extensión su concepción apoyada en razones inatacables.

—Ea, señor Matías —dijo la viuda—, que todo sea para bien.

—Señora, si vos y el señor conde consentís en estas disposiciones, debéis daros vuestra palabra. ¿Queda entendido, no es así —dijo mirando a los dos—, que el matrimonio no tendrá lugar más que bajo la condición de que se constituya un mayorazgo compuesto de las tierras de Lanstrac y del hotel situado en la calle de la Pepinière, que pertenece al futuro esposo, *item* de ochocientos mil francos tomados en dinero de la aportación de la futura esposa, y cuyo empleo se hará en tierras? Perdonadme, señora, esta repetición: pero es aquí necesario un compromiso positivo y solemne. La erección de un mayorazgo exige formalidades, pasos en la cancillería, una real orden, y debemos concluir inmediatamente la adquisición de las tierras, con objeto de comprenderlas en la designación de los bienes que la real orden tiene la virtud de hacer inalienables. En muchas familias se efectuaría un compromiso, pero entre vosotros un simple consentimiento debe ser suficiente. ¿Consentís?

—Sí —dijo la señora Evangelista.

—Sí —dijo Pablo.

—¿Y yo? —dijo Natalia, riendo.

—Vos sois menor de edad, señorita —respondióle Solonet—, no debéis lamentarlo.

Quedó entonces convenido que el señor Matías redactaría el contrato, que el señor Solonet haría la minuta de las cuentas de la tutela, y que estos documentos se firmarían, conforme a la ley, algunos días antes de la celebración de la boda. Después de unos saludos, los dos notarios se pusieron en pie.

—Está lloviendo. Matías, ¿queréis que os acompañe a vuestra casa? —dijo Solonet—. Tengo ahí mi cabriolé.

—Mi coche está a vuestra disposición —dijo Pablo, expresando la intención de acompañar al buen hombre.

—No quiero robaros un solo instante —dijo el anciano—, acepto el ofrecimiento

de mi colega.

—Bien —dijo Aquiles a Néstor cuando el cabriolé estaba rodando por las calles—. Habéis estado realmente patriarcal. Verdaderamente, esos jóvenes habrían quedado arruinados.

—Me daba miedo su porvenir —dijo Matías, guardando para sí el secreto sobre los motivos de su proposición.

En aquel momento, los dos notarios se parecían a dos actores que se dan la mano tras los bastidores después de haber representado en el teatro una escena de provocaciones odiosas.

—Pero —dijo Solonet, que pensaba en las cosas del oficio—, ¿no me corresponde a mí el adquirir las tierras de que habláis? ¿No se trata de la inversión de nuestra dote?

—¿Cómo podréis hacer comprender en un mayorazgo establecido por el conde de Manerville los bienes de la señorita Evangelista? —respondió Matías.

—La cancillería nos responderá sobre esta dificultad —dijo Solonet.

—Pero es que yo soy el notario del vendedor lo mismo que del adquirente —repuso Matías—. Por otra parte, el señor de Manerville puede comprar en su nombre. En el momento del pago, haremos mención del empleo de los fondos dotales.

—Vos tenéis una respuesta para todo, viejo amigo —dijo riendo Solonet—. Habéis estado sorprendente esta noche, nos habéis derrotado a todos.

—Para un viejo que no esperaba vuestras baterías cargadas de metralla, no ha estado mal, ¿verdad?

—¡Ah, ah! —dijo Solonet.

La lucha odiosa en la que la felicidad material de una familia había corrido un serio peligro, ya no era para ellos más que una cuestión de polémica notarial.

—¡No en vano tenemos cuarenta años de brega! —dijo Matías—. Escuchad, Solonet, yo soy buena persona, podréis asistir al contrato de venta de las tierras que han de unirse al mayorazgo.

—Gracias, mi buen Matías. A la primera ocasión, veréis que estoy por entero a vuestra disposición.

Mientras los dos notarios se marchaban de un modo tan tranquilo, sin otra emoción más que un poco de calor en la garganta, Pablo y la señora Evangelista hallábanse presa de la trepidación de nervios, de la agitación precordial, de los estremecimientos de médula y de cerebro que experimentan las personas apasionadas después de una escena en la que sus intereses y sus sentimientos han sufrido una violenta sacudida. En la señora Evangelista, estos últimos rugidos de la tempestad estaban dominados por una terrible reflexión, por un rojo fulgor que ella quería esclarecer.

«¿No habrá destruido el señor Matías en algunos minutos mi obra de seis meses? —se dijo—. ¿No habrá sustraído a Pablo a mi influencia, inspirándole sospechas maliciosas mientras celebraban su conferencia secreta en el saloncito?».

Se hallaba de pie delante de la chimenea, con el codo apoyado en la repisa de mármol, pensativa. Cuando la puerta cochera se cerró tras el coche de los dos notarios, volvióse hacia su yerno, impaciente por resolver sus dudas.

—Ha sido el día más terrible de mi vida —exclamó Pablo, verdaderamente contento de ver terminadas sus dificultades—. No conozco nada más rudo que ese viejo tío Matías. ¡Que Dios le entienda y yo llegue a ser *par de Francia*! Querida Natalia, yo lo deseo ahora más para vos que para mí mismo. Vos sois toda mi ambición, no vivo más que para vos.

Al oír esta frase acentuada por el corazón, al ver sobre todo el límpido azul de los ojos de Pablo, cuya mirada, así como la frente, no revelaba segundas intenciones, la alegría de la señora Evangelista fue completa. Reprochóse las palabras un poco vivas con que había espoleado a su yerno; y en la embriaguez del éxito, decidió despejar el futuro. Asumió de nuevo su aire tranquilo, hizo que sus ojos expresaran aquella dulce amistad que la hacía tan seductora, y respondió a Pablo:

—Otro tanto puedo decir yo. Así, hijo mío, quizá mi carácter español me ha llevado más lejos de lo que mi corazón quería. Vos, que sois tan bueno, no me guardaréis rencor por algunas palabras poco consideradas que pueda haber dicho. ¿Queréis darme la mano?

Pablo estaba confuso, hallaba en sí mismo mil defectos. Abrazó a la señora Evangelista.

—Querido Pablo —dijo conmovida la señora Evangelista—, ¿por qué esos dos fantoches no han arreglado ese asunto sin nosotros, puesto que todo había de quedar tan bien solucionado?

—Yo no habría sabido —dijo Pablo— que fueseis tan grande y generosa.

—¡Muy bien dicho, Pablo! —dijo Natalia estrechándole la mano.

—Tenemos —dijo la señora Evangelista— varias pequeñas cosas que arreglar, hijo mío. Tanto mi hija como yo estamos por encima de tonterías a las que hacen mucho caso ciertas personas. Así, Natalia no tiene ninguna necesidad de diamantes, yo le doy los míos.

—¡Ah, querida madre! ¿Creéis que yo puedo aceptarlos? —exclamó Natalia.

—Sí, hija mía, son una condición del contrato.

—No lo quiero, no me casaré —respondió vivamente Natalia—. Conservad esas piedras preciosas que mi padre gustaba tanto de ofreceros. ¿Cómo puede el señor Pablo exigir...?

—Cállate, hija mía —dijo la madre, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Mi ignorancia de los negocios exige mucho más!

—¿Qué, entonces?

—Voy a vender mi hotel para saldar la deuda que tengo contraída contigo.

—¿Qué podéis deberme a mí, que os debo la vida? —dijo la joven—. ¿Podré acaso saldar yo jamás mi deuda para con vos? Si mi casamiento os ha de costar el más ligero sacrificio, no quiero casarme.

—¡Niña!

—Querida Natalia —dijo Pablo—, comprended que no soy yo, ni vuestra madre, ni vos misma los que exigimos tales sacrificios, sino los hijos...

—¿Y si no me caso? —le interrumpió.

—Entonces, ¿es que no me amáis? —dijo Pablo.

—Vamos, locuela, ¿crees que un contrato es un castillo de naipes sobre el que puedas soplar como quieras? Querida ignorante, ¿no sabes cuánto nos ha costado construir un mayorazgo para el mayor de tus hijos! No vuelvas a arrojarnos a los enojos de donde acabamos de salir.

—¿Por qué arruinar a mi madre? —dijo Natalia mirando a Pablo.

—¿Por qué sois vos tan rica? —respondió éste sonriendo.

—No discutáis tanto, hijos míos, que todavía no estáis casados —dijo la señora Evangelista—, Pablo —añadió—, ¿no hace falta entonces ni joyas ni equipo de novia? Natalia tiene de todo en abundancia. Reservad más bien el dinero que habríais empleado en regalos de bodas para aseguraros para siempre un pequeño lujo interior. No creo que haya nada más tontamente burgués que gastar cien mil francos en una canasta de la que un día no queda más que un viejo cofre de raso blanco. Por el contrario, cinco mil francos al año destinados a la *toilette* evitan mil preocupaciones a una joven y son para toda la vida. Por otra parte, el dinero de una canasta será necesario para el arreglo de vuestro hotel en París. Volveremos a Lanstrac durante la primavera, ya que durante el invierno Solonet habrá liquidado mis asuntos.

—Que todo sea para bien —dijo Pablo en el colmo de la felicidad.

—Entonces podré ver París —exclamó Natalia, en un tono que habría asustado con razón a un De Marsay.

—Si nos arreglamos así —dijo Pablo—, voy a escribir a De Marsay para que tome para mí un palco en los Italianos y en la Opera para el invierno.

—Sois muy amable, no me atrevía a pedíroslo —dijo Natalia—. El matrimonio es una institución muy agradable, si da a los hombres el talento de adivinar los deseos de sus mujeres.

—Así es, en realidad —dijo Pablo—. Pero ya es medianoche, es preciso que me vaya.

—¿Por qué tan pronto hoy? —dijo la señora Evangelista, que desplegó los mimos a los que los hombres son tan sensibles.

Aunque todo se hubiera desarrollado en los mejores términos, y conforme a las leyes de la más exquisita cortesía, el efecto de la discusión de estos intereses había arrojado, sin embargo, en el yerno y en la suegra un germen de desconfianza y de enemistad pronto a desarrollarse al primer fogonazo de un arrebató de ira o bajo el calor de un sentimiento herido con excesiva violencia. En la mayor parte de las familias, la constitución de las dotes y las donaciones a hacer en el contrato de matrimonio engendran así hostilidades primitivas, suscitadas por el amor propio, por la lesión de algunos sentimientos, por el pesar de los sacrificios y el deseo de

disminuirlos. ¿No ha de haber un vencedor y un vencido, cuando surge una dificultad? Los padres de los futuros cónyuges tratan de concluir ventajosamente este asunto a sus ojos puramente comercial, y que comporta las astucias, los provechos, las decepciones del negocio. Casi siempre, sólo el marido es iniciado en los secretos de estas discusiones, y la joven esposa permanece, como Natalia, ajena a las estipulaciones que la hacen rica o pobre. Al marcharse, Pablo pensaba que, gracias a la habilidad de su notario, su fortuna quedaba casi completamente garantizada de toda ruina. Si la señora Evangelista no se separaba de su hija, su casa tendría más de cien mil francos a gastar por año; así todas sus previsiones de una existencia feliz se realizaban.

«Mi suegra me parece una mujer excelente —se decía, todavía bajo el hechizo de las zalamerías con que la señora Evangelista se había esforzado en disipar las nubes levantadas por la discusión. Matías se equivoca. Estos notarios son extraños, todo lo envenenan. El mal ha venido de ese pendantuelo de Solonet, que se las ha querido dar de listo».

Mientras Pablo se acostaba recapitulando las ventajas que había sacado de aquella velada, la señora Evangelista se atribuía igualmente la victoria.

—Bien, querida mamá, ¿estás contenta? —dijo Natalia siguiendo a su madre a su dormitorio.

—Sí, cariño —respondió la madre—, todo ha salido conforme a mis deseos, y me he quitado de encima un peso que esta mañana me aplastaba. Pablo es de muy buena pasta. ¡Ese pobre muchacho! Sí, por supuesto, le procuraremos una hermosa existencia. Tú le harás feliz y yo me encargaré de su fortuna política. El embajador de España es uno de mis amigos, voy a reanudar mis relaciones con él, así como con todos mis conocidos. ¡Oh! Pronto estaremos en pleno asunto, todo será alegría para nosotros. Para vosotros los placeres, hijos míos; para mí, las últimas ocupaciones de la vida, el juego de la ambición. No te asustes de ver que vendo mi hotel. ¿Crees que volveríamos nunca a Burdeos? ¿A Lanstrac? Sí. Pero iremos a pasar todos los inviernos a París, donde ahora se encuentran nuestros verdaderos intereses. Bien, Natalia, ¿era tan difícil hacer lo que yo te pedía?

—Mamaíta, hubo momentos en que sentía vergüenza.

—Solonet me aconseja poner mi hotel en renta vitalicia —díjose la señora Evangelista—, pero hay que hacer de otro modo. No quiero quitarte un real de tu fortuna.

—Os he visto muy enfadados —dijo Natalia—. ¿Cómo ha podido, pues, calmarse esa tempestad?

—Con el ofrecimiento de mis diamantes —respondió la señora Evangelista—. Solonet tenía razón. ¡Con qué talento ha sabido llevar el asunto! Pero —dijo— ¡trae mi joyero, Natalia! Nunca me he preguntado seriamente lo que valían estos diamantes. Cuando decía cien mil francos, yo estaba loca. ¿Acaso la señora de Gyas no suponía que el collar y los pendientes que me dio tu padre el día de nuestra boda

ya valían por lo menos esa suma? ¡Mi pobre marido era tan generoso! Además, mi diamante de familia, el que Felipe II dio al duque de Alba y que me legó mi tía, el *Discreto*, fue, me parece, valorado en otro tiempo en cuatro mil cuádruplos.

Natalia trajo al tocador de su madre sus collares de perlas, sus aderezos, sus brazaletes de oro, sus pedrerías de todas clases, y se complació en amontonarlas, manifestando el indescriptible sentimiento con que disfrutaban ciertas mujeres a la vista de aquellos tesoros con los cuales, según los comentaristas del Talmud, los ángeles malditos sedujeron a las hijas del hombre yendo a buscar al fondo de la tierra esas flores del fuego celeste.

—Ciertamente —dijo la señora Evangelista—, aunque en cuanto a joyas sólo sirvo para recibirlas y lucirlas, me parece que esto vale mucho dinero. Además, si no formamos más que una sola casa, puedo vender mi vajilla de plata, que sólo a peso ya vale treinta mil francos. Cuando la trajimos de Lima, me acuerdo de que la aduana de aquí le atribuía ese valor. Solonet tiene razón. Mandaré buscar a Elias Magus. Ese judío tasaré mis joyas. Quizá me veré dispensada de poner el resto de mi fortuna a fondo perdido.

—¡Este hermoso collar de perlas! —dijo Natalia.

—Espero que te lo dejará, si te ama. Su obligación sería ofrecerte todas las joyas y piedras preciosas que yo le entregue. Según el contrato, los diamantes te pertenecen. Vamos, adiós, ángel mío. Después de una jornada tan fatigosa, las dos tenemos necesidad de descansar.

La petimetra, la criolla, la gran dama incapaz de analizar las disposiciones de un contrato que aún no había sido formulado, durmiese, pues, con alegría, viendo a su hija casada con un hombre fácil de manejar, que las dejaría a las dos igualmente dueñas de la casa, y cuya fortuna, unida a la de ellas, les permitiría no cambiar nada en su modo de vivir. Después de haber rendido a su hija cuentas de su fortuna, la señora Evangelista aún se sentía tranquila.

«Estaba loca al preocuparme tanto —dijo para sí misma—; ya quisiera que se hubiera celebrado la boda».

Así, la señora Evangelista, Pablo, Natalia y los dos notarios estaban todos encantados de aquella primera entrevista. El *Te Deum* era entonado en los dos bandos, ¡situación peligrosa! Llega un momento en que el vencido comprende su error. Para la viuda, el vencido era su yerno.

Al día siguiente, Elias Magus llegó a la casa de la señora Evangelista, creyendo que, según los rumores que circulaban sobre el próximo casamiento de la señorita Natalia y el conde Pablo, que se trataba de venderles joyas. El judío se quedó, pues, sorprendido, al saber que se trataba de una tasación casi legal de los diamantes de la suegra. El instinto de los judíos, tanto como ciertas preguntas capciosas, le dio a entender que ese valor había sin duda de mencionarse en el contrato de matrimonio. Como los diamantes no eran para vender, los tasó igual que si hubieran de ser comprados por un particular en un establecimiento de comercio. Sólo los joyeros

saben distinguir los diamantes del Asia de los del Brasil. Las piedras de Golconda y de Visapur se distinguen por una blancura, por una nitidez del brillo que no poseen las otras, cuyas aguas comportan un matiz amarillo que, a igual peso, les hace disminuir de valor en el momento de la venta. Los pendientes y el collar de la señora Evangelista, enteramente compuestos de diamantes asiáticos, fueron valorados por Elias Magus en doscientos cincuenta mil francos. En cuanto al *Discreto*, era, según él, uno de los más bellos diamantes poseídos por particulares, era conocido en el comercio y valía cien mil francos. Al enterarse de un precio que le revelaba la prodigalidad de su marido, la señora Evangelista preguntó si podía tener esa suma inmediatamente.

—Señora —respondió el judío—, si queréis vender, yo no daría más que setenta y cinco mil del brillante y ciento sesenta mil del collar y los pendientes.

—¿Y por qué esa rebaja? —inquirió, sorprendida, la señora Evangelista.

—Señora —respondió el judío—, cuanto más hermosos son los diamantes, más tiempo los guardamos. La rareza de las ocasiones de venderlos está en razón directa del alto valor de las piedras. Como el comerciante no debe perder los intereses de su dinero, los intereses a recuperar, unidos a las vicisitudes de la baja y de la alza a la que están expuestas estas mercancías, explican la diferencia entre el precio de compra y el precio de venta. Vos habéis perdido desde hace veinte años los intereses de trescientos mil francos. Si llevabais diez veces al año vuestros diamantes, os costaban cada velada mil escudos. ¡Cuántos hermosos vestidos no pueden comprarse por mil escudos! Las personas que guardan diamantes están locas. Pero, afortunadamente para nosotros, las mujeres no quieren comprender estos cálculos.

—Os agradezco que me los hayáis explicado, ¡me aprovecharé de ellos!

—¿Queréis vender? —dijo con avidez el judío.

—¿Qué vale el resto? —dijo la señora Evangelista.

El judío examinó el oro de las monturas, miró las perlas a la luz del día, contempló curiosamente los rubíes, las diademas, los broches, los brazaletes, las cadenas y murmuró:

—¡Hay aquí muchos diamantes portugueses llegados del Brasil! Esto no vale para mí más que cien mil francos. Pero, de mercader a parroquiano —añadió—, estas joyas se venderían a más de cincuenta mil escudos.

—Entonces, las guardaremos —dijo la señora Evangelista.

—Hacéis mal —repuso Elias Magus—. Con los intereses de las sumas que representan, en cinco años tendríais otros diamantes tan hermosos y conservaríais el capital.

Esta conferencia harto singular llegó a ser conocida y confirmó ciertos rumores suscitados por la discusión de contrato. En provincias todo se sabe. Los criados de la cara, que habían oído ciertas frases proferidas en voz alta, supusieron una discusión mucho más viva de lo que fue, sus chismorreos con los otros criados se ampliaron poco a poco; y de esta baja región, volvieron a subir hacia los dueños. La atención de

la gente de bien y del pueblo estaba fija en el casamiento de dos personas igualmente ricas; grandes y pequeños, todos hablaban tanto de ello, que, ocho días después, circulaban por Burdeos los rumores más extraños: La señora Evangelista vendía su hotel, entonces es que estaba arruinada. Había ofrecido sus diamantes a Elias Magus. No se había llegado a ningún acuerdo entre ella y el conde de Manerville. ¿Llegaría a realizarse aquel casamiento? Los unos decían que sí, los otros decían que no. Interrogados los dos notarios, desmintieron estas calumnias y hablaron de las dificultades puramente reglamentarias suscitadas por la constitución de un mayorazgo. Pero, cuando la opinión pública ha iniciado una pendiente, es muy difícil que vuelva a subir por ella. Pese a que Pablo fuera todos los días a la casa de la señora Evangelista, a pesar de la declaración de los dos notarios, las sabrosas calumnias continuaron. Varias jóvenes, sus madres o sus tías, molestas por un casamiento soñado para ellas mismas o para sus familias, no perdonaban a la señora Evangelista su felicidad más de lo que un autor perdona el éxito a su vecino. Algunas personas se vengaban de veinte años de lujo y magnificencia que la casa española había hecho pesar sobre su amor propio. Un hombre importante de la prefectura decía que los dos notarios y las dos familias no podían hablar de un modo distinto a como lo hacían ni comportarse de otro modo en el caso de una ruptura. El tiempo que requería la erección del mayorazgo confirmaba las sospechas de los políticos bordeleses.

—Darán largas al asunto durante el invierno; luego, en primavera, se irán a tomar las aguas, y dentro de un año nos enteraremos de que el casamiento se ha venido abajo.

—Ya debéis comprender —decían unos— que para salvar el honor de las dos familias las dificultades no vendrán de ninguno de los dos lados, será la cancillería la que rehusará; será algún embrollo judicial a causa del mayorazgo lo que provocará la ruptura.

—La señora Evangelista —decían otros— llevaba un tren de vida para el que no habrían sido suficientes las minas de Valenciana. ¡Cuando ha sido preciso fundir la campana, ya no se habrá encontrado nada!

¡Excelente ocasión para que cada cual calculara los gastos de la hermosa viuda, con objeto de establecer categóricamente su ruina! Llegaron a ser tales los rumores, que se hicieron apuestas en pro o en contra de la boda. Conforme a la jurisprudencia mundana, todas estas charlas corrían en la ignorancia de las partes interesadas. No había nadie que fuera bastante enemigo ni bastante amigo para poner al corriente a Pablo o a la señora Evangelista. Pablo tuvo algunos asuntos que resolver en Lanstrac, y aprovechó esta circunstancia para efectuar allí una partida de casa con varios jóvenes de la ciudad, especie de despedida de la vida de soltero. Esta partida de caza fue aceptada por la sociedad como una evidente confirmación de las sospechas públicas. En tales coyunturas, la señora de Gyas, que tenía una hija por casar, juzgó conveniente ir a sondear el terreno y entristecerse alegremente del chasco recibido

por las Evangelista. Natalia y su madre se quedaron bastante sorprendidas al ver el rostro contristado de la marquesa, y le preguntaron si había sucedido algo malo.

—Pero —les dijo—, ¿es que ignoráis los rumores que circulan en Burdeos? Aunque yo creo que son falsos, venía a saber la verdad para hacer que cesaran, si no en todas partes, por lo menos en el círculo de mis amistades. Ser las víctimas o los cómplices de semejante error es una posición demasiado falsa para que los verdaderos amigos quieran permanecer en ella.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —dijeron la madre y la hija.

La señora de Gyas se dio a sí misma el gusto de contar los dimes y diretes de cada cual, sin ahorrar una sola puñalada a sus dos amigas íntimas. Natalia y la señora Evangelista se miraron riendo, pues habían comprendido muy bien el sentido del relato y las intenciones de su amiga. La española se tomó el desquite aproximadamente como Celimena con Arsinoe.

—Amiga mía, ¿es que vos, que conocéis lo que es la vida de provincias, ignoráis de lo que es capaz una madre cuando tiene en sus brazos una hija que no se casa por falta de dote y de pretendiente, por falta de belleza, por falta de inteligencia, a veces por falta de todo? Detendría una diligencia, asesinaría, esperaría a un hombre en una esquina, se entregaría cien veces a sí misma si valiera algo. En Burdeos hay muchas en esta situación que sin duda nos dedican sus pensamientos y sus actos. Los naturalistas nos han descrito las costumbres de muchos animales feroces, pero han olvidado la madre y la hija en busca de un marido. Se trata de hienas que, según el Salmista, buscan una presa que devorar, y que unen a la naturaleza de la bestia la inteligencia del hombre y el genio de la mujer. Que esas arañitas bordelesas, la señorita de Belor, la señorita de Trans, etcétera, ocupadas desde hace tanto tiempo en trabajar su telaraña sin ver que en ella caiga ninguna mosca, sin percibir siquiera a su alrededor el menor rumor de alas, estén furiosas, lo concibo muy bien, les perdono sus chismes emponzoñados. Pero que vos, que casaréis a vuestra hija en cuanto queráis, vos que sois rica y con título, vos que nada tenéis de provinciana; vos, cuya hija es inteligente, llena de buenas cualidades, bonita, en condiciones para escoger; que vos, tan distinta de las demás por vuestras gracias parisienses, os hayáis preocupado, es para nosotras un gran motivo de asombro. ¿Acaso debo dar cuenta a la gente de las estipulaciones matrimoniales que las personas de leyes han creído útiles en las circunstancias políticas que habrán de regir la existencia de mi yerno? ¿Acaso la manía de las deliberaciones públicas ha de llegar al interior de las familias? ¿Habría que convocar mediante cartas cerradas a los padres y a las madres de *vuestra* provincia para hacer que asistieran a la votación de las cláusulas de nuestro contrato de matrimonio?

Un torrente de sátiras corrió sobre Burdeos. La señora Evangelista abandonaba la ciudad; podía pasar revista a sus amigos, a sus enemigos, caricaturizarlos, fustigarlos a discreción sin haber de tener miedo de nada. Así, daba paso a sus observaciones secretas, a sus venganzas demoradas, buscando el interés que tal o cual persona podía

tener en negar la luz del sol a pleno día.

—Pero, querida —dijo la marquesa de Gyas—, la estancia del señor de Manerville en Lanstrac, esas fiestas dadas a los jóvenes en tales circunstancias...

—¡Ah, amiga mía! —dijo la gran dama interrumpiéndola—. ¿Creéis que nosotros adoptamos las pequeñeces del ceremonial burgués? ¿Creéis que tenemos preso al conde Pablo como a un hombre que puede escapar? ¿Tememos por ventura que nos sea raptado por alguna conspiración bordelesa?

—Debéis creer, querida amiga, que me dais una extraordinaria alegría...

Estas palabras de la marquesa fueron interrumpidas por el ayuda de cámara, que anunció a Pablo. Como todos los enamorados, a Pablo le había parecido delicioso recorrer cuatro leguas para ir a pasar una hora con Natalia. Había dejado a sus amigos de caza, y llegaba con espuelas, botas y el látigo en la mano.

—Querido Pablo —dijo Natalia—, no sabéis qué respuesta estáis dando en este momento a la señora.

Cuando Pablo se enteró de las calumnias que circulaban por Burdeos, se echó a reír en lugar de enfadarse.

—Esas buenas personas saben quizá que no habrá bodas y festines a usanza provinciana, ni casamiento a mediodía en la iglesia; están furiosas. Pues bien, querida mamá —dijo besando la mano de la señora Evangelista—, les arrojaremos a la cabeza un baile, el día de la firma del contrato, como se le arroja al pueblo su fiesta en los Campos Elíseos, y procuraremos a nuestros buenos amigos el doloroso placer de firmar un contrato como raras veces se firman en provincias.

Este incidente fue de la mayor importancia. La señora Evangelista invitó a todo Burdeos para el día de la firma del contrato, y manifestó la intención de desplegar en su última fiesta un lujo que diera un mentís abrumador a las necias mentiras de la sociedad. Fue una promesa solemne empeñada ante la cara de la gente de casar a Pablo con Natalia. Los preparativos de esta fiesta duraron cuarenta días, y fue llamada la noche de las camelias. Hubo una inmensa cantidad de estas flores en la escalera, en la antesala y en la sala donde fue servida la cena. Esta dilación coincidió naturalmente con las que exigían las formalidades preliminares de la boda, y las diligencias efectuadas en París para la creación del mayorazgo. La compra de las tierras que lindaban con Lanstrac tuvo efecto, publicáronse las amonestaciones, disipáronse las dudas. Amigos y enemigos no pensaron más que en preparar sus trajes para la fiesta indicada. Así, pues, el tiempo empleado en estos acontecimientos borró las dificultades suscitadas por la primera conferencia, dando al olvido las palabras y las discusiones de la borrascosa disputa a que había dado lugar el contrato de matrimonio. Ni Pablo ni su suegra pensaban ya en ello. ¿Acaso no se trataba, como había dicho la señora Evangelista, de un asunto de los dos notarios? Pero ¿a quién no le ha ocurrido, cuando la vida corre tan rápidamente, verse de pronto interpelado por la voz de un recuerdo que a menudo surge demasiado tarde, y os evoca un hecho importante, un peligro inminente? En la mañana del día en que había de firmarse el

contrato de matrimonio de Pablo y Natalia, uno de esos fuegos fatuos del alma brilló en la mente de la señora Evangelista durante las soñolencias del despertar. La frase: *Questa coda non è di questo gatto!* dicha por ella en el momento en que Matías accedía a las condiciones de Solonet, le fue gritada por una voz. Pese a su ignorancia para los negocios, la señora Evangelista se dijo: Si el hábil señor Matías se había calmado, es que sin duda encontraba satisfacción a costa de uno de los dos cónyuges. El interés menoscabado no debía ser el de Pablo, como ella había esperado. ¿Sería, entonces, la fortuna de su hija la que pagaba los platos rotos? Se propuso pedir explicaciones acerca del contrato, sin pensar en lo que habría de hacer en el caso en que sus intereses quedaran gravemente comprometidos. Aquella jornada influyó de tal modo en la vida conyugal de Pablo, que es preciso explicar alguna de las circunstancias exteriores que determinan todos los estados de ánimo. Como habría de ser vendido el hotel Evangelista, la suegra del conde de Manerville no había retrocedido ante ningún gasto para la fiesta. El patio estaba enarenado, cubierto de un entoldado y adornado de arbustos a pesar del invierno. Las camelias, de las que se habló desde Angulema hasta Dax, alfombraban las escaleras y los vestíbulos. Algunos lienzos de pared habían desaparecido para agrandar la sala del festín y otra en que se bailaba. Burdeos, donde brilla el lujo de tantas fortunas coloniales, estaba a la expectativa de la fantástica fiesta anunciada. Hacia las ocho, en el momento de la última discusión, las gentes, curiosas por ver a las mujeres con sus hermosos vestidos apearse de los coches, se congregaron formando dos muros a ambos lados de la puerta cochera. Así, la suntuosa atmósfera de una fiesta actuaba sobre las mentes en el instante de firmar el contrato. En el momento de la crisis, los farolillos encendidos brillaban alegremente, y el ruido de las ruedas de los primeros coches resonaba en el patio. Los dos notarios cenaron con los dos prometidos y la suegra. El primer pasante de Matías, encargado de tomar las firmas durante la velada, vigilando que el contrato no fuera leído indiscretamente, fue también uno de los invitados.

Cada cual pudo pasar revista a sus recuerdos: ningún vestido, ninguna mujer, nada podría compararse con la belleza de Natalia, la cual, luciendo encajes y raso, coquetamente peinada con mil bucles que le caían sobre el cuello, semejava una flor envuelta en su follaje. Con un vestido de terciopelo cereza, color hábilmente escogido para realzar la hermosura de su piel, sus ojos y sus negros cabellos, la señora Evangelista, en toda la belleza de la mujer de cuarenta años, lucía su collar de perlas cuyo broche estaba formado por el *Discreto*, con objeto de dar un mentís a las calumnias.

Para la mejor inteligencia de la escena, es necesario decir que Pablo y Natalia permanecieron sentados en un diván junto a la lumbre, y no escucharon ningún artículo de las cuentas de la tutela. Tan niños el uno como el otro, igualmente dichosos, el uno por sus deseos, la otra por su curiosa expectación, viendo la vida como un cielo azul y sin nubes, ambos ricos, jóvenes y enamorados, no cesaron de conversar en voz baja, hablándose al oído. Armando ya su amor con la legalidad,

Pablo se complacía en besar la punta de los dedos de Natalia, en rozar su espalda de nieve, en acariciar sus cabellos, robando ante todas las miradas las alegrías de esta emancipación ilegal. Natalia jugaba con el abanico de plumas indias que le había ofrecido Pablo, regalo que, según las creencias supersticiosas de algunos países, es para el amor un presagio tan siniestro como el de las tijeras o de cualquier otro instrumento cortante, que sin duda evoca el recuerdo de las Parcas de la Mitología. Sentada junto a los dos notarios, la señora Evangelista prestaba la más escrupulosa atención a la lectura de los documentos. Después de haber oído la cuenta de la tutela, sabiamente redactada por Solonet, y que, de tres millones y algunos centenares de miles de francos dejados por el señor Evangelista, reducía la parte de Natalia al famoso millón ciento cincuenta y seis mil francos, dijo a la joven pareja:

—¡Oíd, hijos míos, he ahí vuestro contrato!

El pasante se tomó un vaso de agua azucarada, Solonet y Matías se sonaron la nariz. Pablo y Natalia miraron a aquellos cuatro personajes, escucharon el preámbulo y reanudaron su conversación. El establecimiento de las aportaciones, la donación general en el caso de fallecimiento sin hijos, la donación de la cuarta parte en usufructo y de la cuarta parte en nuda propiedad permitida por el Código, fuera cual fuera el número de los hijos, la constitución del fondo de la comunidad, la donación de los diamantes a la mujer, de las bibliotecas y de los caballos al marido, todo pasó sin observaciones. Llegó la constitución del mayorazgo. Entonces, cuando todo estuvo leído y ya no hubo nada más que firmar, la señora Evangelista preguntó cuál sería el efecto de aquel mayorazgo.

—El mayorazgo, señora —dijo el señor Solonet—, es una fortuna inalienable, detraída de las de los dos esposos y constituida en provecho del hijo mayor de la casa, a cada generación, sin que se vea privado de sus derechos en el reparto general de los otros bienes.

—¿Qué resultará de ello para mi hija? —preguntó.

El señor Matías, incapaz de disimular la verdad, tomó la palabra:

—Señora, siendo el mayorazgo una parte deducida de las dos fortunas, si la futura esposa es la primera en morir, dejando uno o varios hijos, de los cuales hay uno varón, el señor conde de Manerville les deberá solamente trescientos cincuenta y seis mil francos, sobre los cuales dispondrá su donación de la cuarta parte de usufructo, de la cuarta parte de nuda propiedad. Así, su deuda para con ellos queda reducida a ciento sesenta mil francos aproximadamente, salvo sus beneficios en la comunidad, sus reembolsos, etcétera. En caso contrario, si fuera él el primero en fallecer, dejando igualmente hijos varones, la señora de Manerville tendría derecho a trescientos cincuenta y seis mil francos solamente, a sus donaciones sobre los bienes del señor de Manerville, que no forman parte del mayorazgo, y a retirar sus diamantes, así como a la parte que le corresponde en la comunidad.

Los efectos de la profunda política del señor Matías aparecieron entonces bajo una luz meridiana.

—Mi hija está arruinada —dijo en voz baja la señora Evangelista.

—¿Es arruinarse —respondióle a media voz el señor Matías— el constituir para la familia una fortuna indestructible?

Al ver la expresión que tomó el rostro de su cliente, el joven notario creyó que no podía eludir el reducir a cuentas el desastre.

—Nosotros queríamos pillarles trescientos mil francos, pero evidentemente ellos nos arrebatan a nosotros ochocientos mil; el contrato da como balance una pérdida de cuatrocientos mil francos a nuestra costa y en provecho de los hijos. Hay que romper o continuar —dijo Solonet a la señora Evangelista.

El momento de silencio que guardaron entonces aquellos personajes no puede describirse. El señor Matías aguardaba como vencedor la firma de las dos personas que habían creído despojar a su cliente. Natalia, sin comprender que perdía la mitad de su fortuna, ignorando Pablo que la casa de Manerville la ganaba, seguían riendo y charlando. Solonet y la señora Evangelista se miraban, reprimiendo el uno su indiferencia, la otra una multitud de sentimientos irritados. Tras entregarse a atroces remordimientos, después de haber mirado a Pablo como la causa de su falta de honradez, la viuda se había decidido a practicar vergonzosas maniobras para arrojar sobre él las faltas de su tutela, considerándole como a su víctima. En un instante, se daba cuenta de que allí donde ella creía triunfar, estaba pereciendo, y la víctima era su propia hija. Culpable sin provecho, se veía víctima de un anciano probo de quien sin duda perdía la estima. ¿Acaso su conducta secreta no había inspirado las estipulaciones del señor Matías? ¡Reflexión horrible! Matías había iluminado a Pablo. Si no había hablado todavía, seguramente, una vez firmado el contrato, aquel viejo lobo prevendría a su cliente de los peligros que había corrido y que ahora había podido evitar, aunque no fuese más que para recibir por ello los elogios a que todas las almas son accesibles. ¿No le pondría en guardia contra una mujer lo suficientemente taimada como para haber tomado parte en aquella innoble conspiración? ¿No destruiría el imperio que ella había conquistado sobre el ánimo de su yerno? Las naturalezas débiles, una vez prevenidas, se arrojan a la obstinación, y ya no vuelven atrás. ¡Todo estaba, entonces, perdido! El día en que se inició la discusión, había contado con la debilidad de Pablo, con la imposibilidad en que éste se encontraría de romper una unión tan avanzada. En aquel momento, ella se veía atada de manera muy distinta. Tres meses atrás, Pablo tenía pocos obstáculos que vencer para romper su casamiento; pero hoy sabía todo Burdeos que desde hacía dos meses los notarios habían allanado las dificultades. Se habían publicado las amonestaciones. La boda debía celebrarse dentro de dos días. Los amigos de las dos familias, todos los invitados ataviados para la fiesta iban llegando. ¿Cómo anunciar que todo quedaba aplazado? La causa de esta ruptura se sabría, la severa probidad del señor Matías hallaría crédito, y se le escucharía mejor que a nadie. Los burlones se pondrían contra la Evangelista, que no carecían de envidiosos. ¡Entonces, era preciso ceder! Estas reflexiones tan cruelmente justas cayeron sobre la señora

Evangelista como una tromba y le hendieron el cerebro. Si conservó la seriedad de los diplomáticos, su barbilla experimentó aquel movimiento apoplético con el que Catalina II manifestó su cólera el día en que, sentada en su trono, ante su corte y en circunstancias casi semejantes, fue desafiada por el joven rey de Suecia. ¡Solonet advirtió aquel juego de músculos que anunciaba la contracción de un odio mortal, borrasca sorda y sin relámpagos! En aquel momento, la señora Evangelista profesaba efectivamente a su yerno uno de aquellos odios insaciables cuyo germen han dejado los árabes en la atmósfera de las dos Españas.

—Caballero —dijo inclinándose al oído de su notario—, vos llamabais a eso un galimatías, y me parece que no había nada más claro.

—Señora, permitidme...

—Caballero —prosiguió la viuda sin escuchar a Solonet—, si no advertisteis el efecto de estas estipulaciones en el momento de la conferencia que tuvimos, resulta extraordinario que no hayáis pensado en ello en medio del silencio del gabinete. Supongo que no será por incapacidad.

El joven notario llevó a su cliente al saloncito, diciendo para sus adentros:

«Tengo más de mil escudos de honorarios por la cuenta de tutela, mil escudos por el contrato, seis mil francos que puedo ganar con la venta del hotel, en total, quince mil francos que he de salvar: no nos enfademos».

Cerró la puerta, lanzó a la señora Evangelista la fría mirada de los agentes de negocios, adivinó los sentimientos que la agitaban, y le dijo:

—Señora, cuando he rebasado quizá por vos los límites de la prudencia, ¿pensáis pagar mi adhesión con semejantes palabras?

—Pero, caballero...

—Señora, no he calculado el efecto de las donaciones, es verdad; pero, si no queréis por yerno al conde Pablo, ¿estáis obligada a aceptarlo? ¿Acaso ha sido firmado el contrato? Dad vuestra fiesta, y aplacemos la firma. Es mejor pegársela a todo Burdeos que pegársela a sí mismo.

—¿Cómo justificar ante toda la buena sociedad, ya prevenida contra nosotros, la falta de conclusión del asunto?

—Un error cometido en París, una falta de documentos —dijo Solonet.

—¿Pero y las adquisiciones?

—Al señor de Manerville no le faltarán dotes ni partidos.

—Sí, él no perderá nada; ¡pero nosotras lo perderemos todo!

—Vos —repuso Solonet— podréis encontrar un conde más barato, si, para vos, el título es la razón suprema de esta boda.

—¡No, no podemos burlarnos de este modo de nuestro honor! Estoy cogida en la trampa, caballero. Mañana, todo Burdeos hablará de ello. Hemos cambiado palabras solemnes.

—Vos queréis que la señorita Natalia sea feliz —repuso Solonet.

—Ante todo.

—Ser feliz en Francia —dijo el notario—, ¿no significa ser la dueña en el hogar? Ella hará lo que quiera de ese tonto de Manerville; es tan nulo que no se ha dado cuenta de nada. Si ahora desconfiara de vos, creerá siempre en su mujer. Y su mujer, ¿no sois vos? La suerte del conde Pablo está aún en vuestras manos.

—Si fuera verdad lo que decís, caballero, no sé lo que podría negaros —dijo en un transporte que hizo enrojecer su semblante.

—Volvamos allá, señora —dijo el señor Solonet, comprendiendo a su cliente—, pero, sobre todo, ¡escuchadme bien! Después, si queréis, podéis encontrarme muy inepto.

—Mi querido colega —dijo el joven notario al señor Matías, entrando de nuevo donde éste se encontraba—, *a pesar de vuestra habilidad*, no habéis previsto el caso en que el señor de Manerville falleciera sin hijos ni el de que muriese dejando solamente hijas. En los dos casos, el mayorazgo daría lugar a pleitos con los Manerville. Creo, pues, necesario estipular que, en el primer caso, el mayorazgo quedará sometido a la donación general de bienes efectuada entre los cónyuges, y que en el segundo la institución del mayorazgo quedará caducada. La convención concierne únicamente a la futura esposa.

—Esa cláusula me parece completamente justa —dijo el señor Matías—. En cuanto a su ratificación, el señor conde se entenderá sin duda con la cancillería, si es necesario.

El joven notario cogió una pluma y escribió en el margen del acta esta terrible cláusula a la que ni Pablo ni Natalia prestaron atención. La señora Evangelista bajó los ojos mientras el señor Matías la leía.

—Firmemos —dijo la madre.

El volumen de voz que reprimió la señora Evangelista delataba una violenta emoción. Acababa de decirse a sí misma: «¡No, mi hija no quedará arruinada, pero él, sí! Mi hija tendrá el nombre, el título y la fortuna. Si Natalia se diera cuenta de que no ama a su marido, si un día llegara a amar a otro irresistiblemente, ¡Pablo será desterrado de Francia! y mi hija quedará libre, feliz y rica».

Si el señor Matías era ducho en el análisis de los intereses, conocía poco el análisis de las pasiones humanas; aceptó aquellas palabras como una enmienda decorosa, en lugar de ver una declaración de guerra. Mientras Solonet y su pasante velaban por que Natalia firmase y rubricase todos los documentos, operación que requería tiempo, Matías llevó a Pablo junto a una ventana y le confió el secreto de las estipulaciones que había inventado para salvarle de una ruina cierta.

—Tenéis una hipoteca de ciento cincuenta mil francos sobre este hotel, y mañana será realizada —dijo para terminar—. Tengo en mi casa las inscripciones en el Libro de la deuda pública, registradas por mis desvelos en nombre de vuestra mujer. Todo está en regla. Pero el contrato contiene recibo de la suma representada por los diamantes; pedidlos, los negocios son los negocios. El diamante gana en estos momentos, pero puede perder. La compra de las tierras de Auzac y de Saint-Froult os

permite hacer dinero con todo, con objeto de no tener que tocar las rentas de vuestra mujer. Así, señor conde, nada de falso pudor. El primer pago es exigible después de las formalidades, es de doscientos mil francos, incluid en él los diamantes. Tendréis la hipoteca sobre el hotel Evangelista para el segundo plazo, y las rentas del mayorazgo os ayudarán para saldar el resto. Si tenéis el valor de no gastar más que cincuenta mil francos durante tres años, recuperaréis los doscientos mil francos de los que ahora sois deudor. Si plantáis vides en las partes montañosas de Saint-Froult, las rentas podrán ser de veintiséis mil francos. Vuestro mayorazgo, sin contar vuestro hotel de París, valdrá, pues, algún día, cincuenta mil libras de renta y será uno de los más bellos que yo conozca. Así, pues, habréis hecho un excelente casamiento.

Pablo estrechó muy afectuosamente las manos de su viejo amigo. Este gesto no pudo pasar inadvertido a la señora Evangelista, que vino a presentar la pluma a Pablo. Para ella, sus sospechas se convirtieron en realidades, creyó entonces que Pablo y Matías se habían puesto de acuerdo. A su corazón fluyeron oleadas de sangre cargadas de rabia y de odio. Todo quedó dicho.

Después de haber comprobado si las llamadas estaban salvadas, si los tres contratantes habían puesto sus iniciales y sus rúbricas al pie de cada folio, el señor Matías miró sucesivamente a Pablo y a su suegra, y al ver que su cliente no pedía los diamantes, dijo:

—No creo que la entrega de los diamantes sea importante, ahora ya formáis una misma familia.

—Sería más regular que la señora los entregase, el señor de Manerville se ha hecho cargo del resto de la cuenta de tutela, y no se sabe quién vive ni quién muere —dijo el señor Solonet, que creyó ver en esta circunstancia un medio para animar a la suegra contra el yerno.

—¡Ah! ¡Mamá! —dijo Pablo—. Sería ofendemos a todos si obrásemos así. *Summum jus, summa injuria*, caballero —dijo a Solonet.

—¡Y yo —dijo la señora Evangelista, que, en las disposiciones de odio en que se encontraba, vio un insulto en la petición indirecta de Matías— rompo el contrato si no los aceptáis!

Salió, presa de uno de esos arrebatos de rabia sanguinarios que hacen desear el poder de destruirlo todo, y que la impotencia eleva al grado de la locura.

—Por Dios, Pablo, tomadlos —díjole Natalia al oído—. Mamá se ha enfadado, esta noche sabré por qué; os lo diré y procuraremos calmarla.

Contenta por esta primera malicia, la señora Evangelista guardó los pendientes y el collar. Mandó traer las joyas, valoradas en ciento cincuenta mil francos por Elias Magus. Acostumbrados a ver los diamantes de familia en las herencias, el señor Matías y Solonet examinaron los aderezos y se maravillaron de su belleza.

—No perderéis nada sobre la dote, señor conde —dijo Solonet, haciendo que Pablo se sonrojase.

—Sí —dijo Matías—, estas joyas pueden pagar muy bien el primer plazo del

precio de las tierras adquiridas.

—Y los gastos del contrato —dijo Solonet.

El odio, como el amor, se nutre de los detalles más insignificantes. De la misma manera que la persona amada no hace nada malo, la persona odiada no hace nada bueno. La señora Evangelista consideró hipocresía los cumplidos que un pudor muy comprensible obligaba a hacer a Pablo, que no quería coger los diamantes y no sabía dónde poner los joyeros; habría querido poder arrojarlos por la ventana. Al ver la señora Evangelista los apuros que pasaba, le apremiaba con la mirada y parecía decirle: «Lleváoslos de aquí».

—Querida Natalia —dijo Pablo a su futura esposa—, guardad vos misma esas joyas, son vuestras, yo os las doy.

Natalia las puso en el cajón de una consola. En aquel momento, el ruido de los coches y el murmullo de las conversaciones que tenían en los salones contiguos las personas que habían llegado obligaron a Natalia y a su madre a dejarse ver. Los salones quedaron llenos al instante, y la fiesta comenzó.

—Aprovechad la luna de miel para vender vuestros diamantes —dijo el viejo notario a Pablo, al marcharse.

Mientras aguardaban la señal de la danza, cada invitado hablaba al oído de otro acerca de la boda, y algunos expresaban dudas sobre el futuro de los prometidos.

—¿Ha terminado todo? —preguntó uno de los personajes más conspicuos de la ciudad a la señora Evangelista.

—Hemos tenido tantos documentos que leer y escuchar, que nos hemos retrasado; pero creo que se nos puede disculpar —respondió.

—En cuanto a mí, no he oído nada —dijo Natalia, cogiendo la mano de Pablo para abrir el baile.

—Esos jóvenes son los dos muy derrochadores, y no será la madre quien los detenga —decía una vieja.

—Pero han fundado, según se dice, un mayorazgo de cincuenta mil libras de renta.

—¡Bah!

—Veo en ello la mano del bueno del señor Matías —dijo un magistrado—. Ciertamente, si es eso verdad, el buen hombre habrá querido salvar el porvenir de esta familia.

—Natalia es demasiado hermosa para no ser horriblemente coqueta. Una vez que hayan pasado dos años de matrimonio —decía una joven—, no negaría yo que Manerville pudiera ser un hombre desgraciado en sus adentros.

—¿De modo que la *Flor de los guisantes* estaría rodrigada? —respondióle el señor Solonet.

—No le faltaba más que esa gran percha —dijo una joven.

—¿No os parece que la señora Evangelista tiene aire preocupado?

—Querida, alguien acaba de decirme que apenas le quedan veinticinco mil libras

de renta, ¿y qué representa esto para ella?

—La miseria, amiga mía.

—Sí, se ha despojado para su hija. El señor de Manerville ha sido tan exigente...

—¡Demasiado! —dijo el señor Solonet—. Pero será par de Francia. Los Maulincour, el vidamo de Pamiers, le protegerán; pertenece al Faubourg Saint-Germain.

—¡Oh! Allí se le recibe, eso es todo —dijo una señora que le había querido por yerno—. La señorita Evangelista, hija de un comerciante, no será quien le abra las puertas del cabildo de Colonia.

—Es sobrina del duque de Casa Real.

—¡Por línea materna!

Todo el chismorreo quedó pronto agotado; los jugadores se pusieron a jugar, los jóvenes y las jóvenes bailaron, sirvióse la cena, y el rumor de la fiesta fue extinguiéndose hacia el amanecer, cuando las primeras luces del alba blanquearon las ventanas. Luego de haberse despedido de Pablo, que fue el último en irse, la señora Evangelista subió a la habitación de su hija, porque la suya había sido tomada por el arquitecto para ampliar el teatro de la fiesta. Aunque Natalia y su madre estuvieran muertas de sueño, al quedarse solas cambiaron algunas palabras.

—Vamos, querida mamá, ¿qué os ocurre?

—Ángel mío, esta noche he sabido hasta dónde podía llegar la ternura de una madre. Tú no sabes nada de los negocios e ignoras a qué sospechas acaba de verse expuesta mi honradez. En fin, he pisoteado mi orgullo, porque se trataba de tu felicidad y de nuestra reputación.

—¿Os referís a esos diamantes? El pobre muchacho ha llorado por culpa de ellos. No los ha querido. Los tengo yo.

—Duerme, hija querida. Ya hablaremos de negocios cuando despertemos; porque —dijo suspirando—, tenemos negocios, y ahora hay un tercero entre nosotras.

—¡Ah, querida madre! Pablo jamás será un obstáculo a nuestra felicidad —dijo Natalia, durmiéndose.

—¡Pobre hijita, no sabe que ese hombre acaba de arruinarla!

La señora Evangelista sucumbió entonces al primer pensamiento de esa avaricia de que las personas de edad acaban siendo presa. Quiso reconstituir en provecho de su hija toda la fortuna legada por Evangelista. Parecióle que su honor estaba empeñado en ello. Su amor por Natalia la convirtió en un instante en tan hábil calculadora como despreocupada había sido hasta entonces en asuntos de dinero y derrochadora. Pensaba hacer valer su capital después de invertir una parte en los fondos que en aquella época valían ochenta francos. Una pasión cambia a menudo el carácter: el indiscreto se vuelve diplomático, el cobarde se convierte de pronto en un hombre valiente. El odio volvió avara a la pródiga señora Evangelista. La fortuna podía servir a los proyectos de venganza aún mal bosquejados y confusos que ella iba a madurar. Durmióse diciendo para sí misma: «¡Hasta mañana!». Por un fenómeno

inexplicado, pero cuyos efectos son familiares a los pensadores, su mente, durante el sueño, debía elaborar sus ideas, aclararlas, coordinarlas, prepararle un medio de dominar la vida de Pablo, y procurarle un plan que puso en práctica al día siguiente mismo.

Si el bullicio de la fiesta había alejado de la mente de Pablo las preocupaciones que en ciertos instantes le habían asaltado, cuando estuvo solo consigo mismo, y en su cama, tales preocupaciones volvieron a atormentarle. «Parece ser —díjose a sí mismo— que de no haber sido por el bueno de Matías, habría sido engañado por mi suegra. ¿Es posible? ¿Qué interés podía tener en engañarme? ¿Acaso no hemos de unir nuestras fortunas y vivir juntos? Por otra parte, ¿por qué preocuparse? Dentro de unos días, Natalia será mi mujer, nuestros intereses quedarán bien definidos, nada puede desunirnos. ¡Bogue la galera! Sin embargo, deberé vigilar. Si Matías tuviera razón... Bien, después de todo, no estoy obligado a casarme con mi suegra».

En esta segunda batalla, el porvenir de Pablo había cambiado completamente de aspecto sin que él lo supiera. De los dos seres con los que se había casado, el más hábil habíase convertido en su mortal enemigo y pensaba separar sus intereses de los de él. Incapaz de sospechar la diferencia que el carácter criollo ponía entre su suegra y las demás mujeres, aún podía menos sospechar su profunda habilidad. La criolla es una naturaleza aparte, que participa de Europa por la inteligencia, de los Trópicos por la violencia ilógica de sus pasiones, de la India por la apática despreocupación con que hace o sufre lo mismo el bien que el mal; naturaleza graciosa, por otra parte, pero peligrosa como es peligroso un niño si no se le vigila. Como el niño, esta mujer quiere tenerlo todo inmediatamente; como un niño, pegaría fuego a la casa para cocer un huevo. En su vida muelle no piensa en nada; piensa en todo cuando es apasionada. Tiene algo de la perfidia de los negros que la han rodeado desde la cima, pero es también ingenua como ellos. Como ellos y como los niños, sabe querer siempre la misma cosa con una creciente intensidad de deseo, y puede incubar su idea para lograr que brote. Extraña combinación de cualidades y defectos, que el genio español había confirmado en la señora Evangelista y sobre la cual la cortesía francesa había extendido su barniz. Aquel carácter adormecido por la felicidad durante dieciséis años, ocupado luego por las minucias del mundo, y al que el primero de sus odios había revelado su fuerza, se despertaba como un incendio, estallaba en un momento de la vida en el que la mujer pierde sus más caros afectos y quiere un nuevo elemento para nutrir la actividad que la devora. ¡Natalia quedaba aún durante tres días bajo la influencia de su madre! La señora Evangelista, vencida, tenía, pues, un día para ella, el último de los que una hija pasa con su madre. Con una sola palabra, la criolla podía influir en la vida de aquellos dos seres destinados a caminar juntos por los senderos y por las grandes vías de la sociedad parisiense, porque Natalia tenía puesta en su madre una confianza ciega. ¡Qué alcance adquiriría un consejo en una mente así dispuesta! Todo un porvenir podía ser determinado por una frase. Ningún código, ninguna institución humana puede prevenir el crimen moral que mata con una

palabra. En esto reside el defecto de las justicias sociales. Ahí está la diferencia que se encuentra entre las costumbres del gran mundo y las costumbres del pueblo: el uno es franco, el otro es hipócrita; para el uno el cuchillo, para el otro el veneno del lenguaje o de las ideas; para el uno la muerte, para el otro la impunidad.

Al día siguiente, hacia el mediodía, la señora Evangelista se encontraba recostada al borde de la cama de Natalia. Al despertar, las dos porfiaban en mimos y caricias, evocando los felices recuerdos de su vida, durante la cual ninguna discordia había turbado la armonía de sus sentimientos, la coincidencia de sus ideas ni la comunidad de sus placeres.

—Pobrecilla mía —decía la madre derramando lágrimas auténticas—, me es imposible dejar de conmoverme al pensar que, después de haber hecho siempre lo que has querido, mañana por la noche pertenecerás a un hombre al que será preciso obedecer.

—¡Oh, madre querida, en cuanto a obedecerle! —dijo Natalia, con un mohín gracioso—. ¿Os reís? —siguió—. ¿Acaso mi padre no satisfacía todos vuestros caprichos? ¿Por qué? Porque os amaba. Entonces, ¿no habré de ser yo amada también?

—Sí, Pablo te ama; pero si una mujer casada no pone en ello cuidado, nada se desvanece tan pronto como el amor conyugal. La influencia que debe tener una mujer sobre su marido depende de sus comienzos en el matrimonio; necesitará excelentes consejos...

—Pero vos estaréis con nosotros...

—¡Quizá, querida hija! Ayer, durante el baile, estuve pensando mucho en los peligros de nuestra reunión. Si mi presencia te perjudicase, si los pequeños actos por los cuales tú debes poco a poco afianzar tu autoridad de mujer, fueran atribuidos a mi influencia, tu hogar se convertiría en un infierno, ¿verdad? Al primer fruncimiento de cejas que se permitiera tu marido, orgullosa como soy yo, ¿acaso no me vería obligada a abandonar la casa inmediatamente? Si he de abandonarla un día, mi opinión es que no entre jamás en ella. Jamás le perdonaría a tu marido la desunión que sembraría entre nosotras dos. Por el contrario, cuando tú seas la dueña, cuando tu marido sea para ti lo que tu padre era para mí, ya no habrá que temer tal desgracia. Aunque esta política resulte difícil a un corazón joven y tierno como el tuyo, tu felicidad exige que seas en tu casa soberana absoluta.

—¿Por qué, entonces, mamá querida, me decías que debo obedecerle?

—Hijita, para qué una mujer mande, debe parecer siempre como si hiciera lo que quiere su marido. Si no lo supieras, podrías echar a perder tu porvenir con una rebelión intempestiva. Pablo es un joven débil, podría dejarse dominar por un amigo, incluso quizá podría caer bajo el imperio de una mujer, que te harían sufrir su influencia. Previene estas penas convirtiéndose en dueña de él. ¿No es mejor que le gobiernes tú que otra persona?

—Por supuesto —dijo Natalia—. Yo no puedo querer más que su felicidad.

—A mí me está muy permitido, querida hijita, pensar exclusivamente en la tuya, y querer que, en un asunto tan grave, no te halles sin brújula en medio de los escollos en que vas a encontrarte.

—Pero, querida madre, ¿es que las dos no somos lo suficientemente fuertes para permanecer unidas junto a él, sin miedo a ese fruncimiento de ceño que parecéis temer? Pablo te quiere, mamá.

—¡Oh, oh! Es más lo que me teme que lo que me ama. Obsérvale bien hoy cuando yo le diga que os dejo ir a París sin mí, verás en su rostro, por mucho que se esfuerce en disimularlo, una alegría interior.

—¿Por qué? —inquirió Natalia.

—¿Por qué? ¡Hija querida! Yo soy como San Juan Crisóstomo, se lo diré a él mismo, y delante de ti.

—Pero ¿y si yo me caso con la única condición de no separarme de ti? —dijo Natalia.

—Nuestra separación se ha hecho necesaria —repuso la señora Evangelista—, porque varias consideraciones modifican mi porvenir. Estoy arruinada. Vosotros llevaréis la más brillante existencia en París, no podría yo vivir allí convenientemente sin consumir lo poco que me queda; mientras que viviendo en Lanstrac, cuidaré de vuestros intereses y pienso rehacer mi fortuna a fuerza de economías.

—Tú, mamá, ¿hacer economías? —exclamó en tono burlón Natalia—. No empieces a volverte ya abuela. ¡Cómo! ¿Te separarías de mí por tales motivos? Mamá, Pablo puede parecerle un poco tonto, pero no es nada interesado...

—¡Ah! —respondió la señora Evangelista con un tono de voz preñado de recelos que hizo palpar a Natalia—. La discusión del contrato me ha vuelto desconfiada y me inspira ciertas dudas. Pero, descuida, querida niña —dijo cogiendo por el cuello a su hija y atrayéndola hacia sí para besarla—, no te dejaré sola mucho tiempo. Cuando mi regreso a vuestro lado ya no os cause trastornos, cuando Pablo me haya juzgado, reanudaremos nuestra vida de antes, nuestras charlas de la noche...

—¡Cómo! Mamá, ¿podrías vivir sin tu hijita?

—Sí, angelito, porque viviré para ti. ¿Acaso mi corazón de madre no estará sin cesar satisfecho por la idea de que contribuyo como debo a vuestra doble fortuna?

—Pero, querida madrecita adorada, ¿es que voy a estar sola con Pablo en seguida? ¿Qué será de mí? ¿Cómo van a ocurrir las cosas? ¿Qué debo hacer, qué no debo hacer?

—Pobrecilla, ¿crees que quiero abandonarte así, a la primera batalla? Nos escribiremos tres veces a la semana como dos enamorados, y de esta manera estaremos siempre la una en el corazón de la otra. No te ocurrirá nada que yo no sepa, y te guardaré de todo mal. Además, sería demasiado ridículo que yo no fuera a veros, equivaldría a una desconsideración sobre tu marido, pasaré siempre un mes o dos en vuestra casa de París.

—¡Sola, sola ya y con él! —dijo Natalia con terror, interrumpiendo a su madre.

—¿No es preciso que seas su mujer?

—Lo quiero, pero por lo menos dime cómo debo conducirme, tú que hacías todo lo que querías de mi padre, tú sabías hacerlo, y yo te obedeceré a ciegas.

La señora Evangelista besó a Natalia en la frente, quería y esperaba que le pidiera esto.

—Hija mía, mis consejos deben adaptarse a las circunstancias. Los hombres no se parecen entre sí. El león y la rana son entre sí menos diferentes que un hombre comparado con otro, moralmente hablando. ¿Sé acaso hoy lo que te sucederá mañana? Ahora sólo puedo darte consejos generales acerca del conjunto de tu conducta.

—Querida madre, dime en seguida todo lo que tú sabes.

—Ante todo, querida hija mía, la causa de la pérdida de las mujeres casadas que pretenden conservar el corazón de sus maridos... Y —dijo haciendo un paréntesis— conservar su corazón o gobernarlos es la misma cosa; bien, como digo, la causa principal de las desuniones conyugales se encuentra en una cohesión constante que no existía antaño, y que se introdujo en este país con la manía de la familia. Desde la Revolución que se hizo en Francia, las costumbres burguesas han invadido las casas aristocráticas. Esta desgracia es debida a uno de sus escritores, a Rousseau, hereje infame que sólo tuvo pensamientos antisociales y que, ignoro cómo, ha justificado las cosas más irrazonables. Pretendió que todas las mujeres tenían los mismos derechos, las mismas facultades; que, en el estado de sociedad, había que obedecer a la naturaleza; ¡como si la mujer de un grande de España, como si tú y yo tuviéramos algo en común con una mujer del pueblo! Y además, que las mujeres como es debido han alimentado a sus hijos, han criado a sus hijas, y se han quedado en la casa. Así, la vida se ha complicado de tal modo, que la felicidad se ha hecho casi imposible, porque una armonía entre dos caracteres parecida a la que nos hace vivir como dos amigas constituye una excepción. El contacto constante no es menos peligroso entre los hijos y los padres que entre los esposos. Hay pocas almas en las cuales el amor resista a la omnipresencia, este milagro sólo pertenece a Dios. Pon, entonces, entre Pablo y tú las barreras del mundo, vete al baile, a la Ópera; pásate por la mañana, haz muchas visitas, concede pocos momentos a Pablo. Con este método, nada perderás de tu valor. Cuando, para llegar hasta el fin de la existencia, dos seres no poseen más que el sentimiento, pronto agotan sus recursos; y pronto la indiferencia, la saciedad, el hastío hacen su aparición. Una vez se ha marchitado el sentimiento, ¿qué es lo que queda? Debes saber que el afecto extinguido sólo se sustituye por la indiferencia o por el desprecio. Debes, por lo tanto, ser para él siempre joven y siempre nueva. Que él te aburra, puede ser, pero tú no debes aburrirle nunca a él. Saber aburrirse adrede es una de las condiciones de toda clase de poder. No podéis diversificar la felicidad ni por los cuidados de la hacienda, ni por las ocupaciones del hogar; entonces, si tú no hicieras que tu marido compartiera tus ocupaciones mundanas, si tú no le distrajeras, llegaríais a la más horrible atonía. En ello comienza

el *spleen* del amor. Pero siempre se ama a quien nos divierte o nos hace felices. Dar la felicidad o recibirla son dos sistemas de conducta femenina separados por un abismo.

—Querida madre, os escucho, pero no os comprendo.

—Si tú amas a Pablo hasta el extremo de hacer todo lo que él quiera, si te da verdaderamente la felicidad, todo estará dicho, ya no serás la dueña, y de nada servirán los mejores preceptos del mundo.

—Eso está más claro, pero aprendo la regla sin poderla aplicar —dijo Natalia riendo—. Tengo la teoría, la práctica vendrá después.

—Mi pobrecita Natalia —dijo la madre, que dejó caer una lágrima sincera, pensando en el matrimonio de su hija, a la que estrechó contra su pecho—, te ocurrirán cosas que te refrescarán la memoria. En fin —repuso después de una pausa, durante la cual madre e hija permanecieron unidas en un abrazo lleno de simpatía—, sábelo bien, Natalia, todas nosotras tenemos un destino, como mujeres, tal como los hombres tienen su vocación. Así, una mujer ha nacido para ser una mujer de moda o una encantadora ama de cría, como un hombre nace general o poeta. Tu vocación es la de agradar. Por otra parte, tu educación te ha formado para el gran mundo. Hoy las mujeres deben ser educadas para el salón, como antaño lo eran para el gineceo. Tú no has sido hecha ni para ser madre de familia ni para convertirte en un mayordomo. Si tienes hijos, espero que no llegarán de modo que te echen a perder el talle el día después de tu boda; nada hay más burgués que el volverse gorda un mes después de la ceremonia, y esto demuestra ante todo que un marido no nos quiere bien. Así, pues, si tienes hijos, dos o tres años después de tu boda, bueno, las amas y los preceptores los educarán. Tú deberás ser la gran dama que represente el lujo y el placer de la casa; pero has de ser una superioridad visible solamente en las cosas que halagan el amor propio de los hombres, y oculta la superioridad que puedas adquirir en las cosas grandes.

—Me asustáis, madre —exclamó Natalia—. ¿Cómo voy a acordarme de esos preceptos? ¿Cómo voy a hacer, pobre de mí, tan atolondrada, tan niña, para calcularlo todo, para reflexionar antes de obrar?

—Pero, hijita, yo no te digo hoy más que lo que tú aprenderías más tarde, comprando tu experiencia con errores crueles, errores de conducta que te ocasionarían pesares y perturbarían tu vida.

—¿Pero por dónde debo empezar? —dijo ingenuamente Natalia.

—El instinto te guiará —repuso la madre—. En estos momentos, Pablo te desea mucho más de lo que te ama; porque el amor engendrado por los deseos es una esperanza, y el que sucede a su satisfacción es la realidad. En eso, querida, estribará tu poder, en ello se encuentra toda la cuestión. ¿Qué mujer no es amada la víspera? Sé amada al día siguiente: lo serás siempre. Pablo es un hombre débil, que se adapta fácilmente a todo; si te cede una primera vez, cederá siempre. Una mujer deseada ardientemente puede pedirlo todo: no cometas la locura que he visto cometer a muchas mujeres que, no conociendo la importancia de las primeras horas en que

reinamos, las emplean en tonterías, en necesidades sin importancia. Sírvete del imperio que te dará la primera pasión de tu marido para acostumbrarle a obedecerte. Mas, para hacer que ceda, escoge la cosa más descabellada, con objeto de medir el alcance de tu poder por medio de la extensión de la concesión. ¿Qué mérito tendrías haciéndole querer una cosa razonable? ¿Sería a ti a quien obedecería? Hay que coger siempre el toro por los cuernos, dice un proverbio castellano; una vez que ha visto la inutilidad de sus defensas y de su fuerza, queda domado. Si tu marido hace una tontería por ti, tú le gobernarás.

—¡Dios mío! ¿Por qué todo eso?

—Porque, hija mía, el matrimonio dura toda la vida, y un marido no es un hombre como otro cualquiera. Así, no cometas la locura de entregarte en nada. Conserva una constante reserva en tus palabras y en tus acciones; puedes incluso sin peligro ir hasta la frialdad, porque se la puede modificar a discreción, mientras que no hay nada más allá de las expresiones extremas del amor. Un marido, querida, es el único hombre con el cual una mujer no puede permitirse nada. Por otra parte, nada hay más fácil que conservar la dignidad. Estas palabras: «Vuestra mujer no debe, vuestra mujer no puede hacer o decir tal o tal cosa» constituyen el gran talismán. Toda la vida de una mujer se encuentra en ¡No quiero! ¡No puedo! No puedo es el irresistible argumento de la debilidad que se echa por tierra, que llora y seduce. No quiero es el último argumento. La fuerza femenina se muestra entonces por entero; por ello no se la debe emplear más que en las ocasiones graves. El éxito se halla entero en el modo de que una mujer se sirva de estas palabras, las comenta y las varía. Pero hay un medio de dominación mejor que los que parecen comportar discusiones. Yo, querida, he reinado por medio de la fe. Si tu marido cree en ti, lo puedes todo. Para inspirarle esta religión, hay que persuadirle de que tú le comprendes. Y no pienses que sea cosa fácil: una mujer puede demostrar siempre a un hombre que es amado, pero es más difícil hacerle confesar que es comprendido. Debo decírtelo todo, hija mía, porque para ti la vida, con sus complicaciones, la vida en la que dos voluntades deben armonizar, va a empezar mañana. ¿Piensas en esta dificultad? El mejor medio de armonizar vuestras dos voluntades es arreglártelas para que no haya más que una sola en la casa. Muchas personas pretenden que una mujer se crea desgracias cambiando así de papel; pero, querida, una mujer es, de este modo, dueña de mandar en los sucesos en lugar de sufrirlos, y esta sola ventaja compensa todos los posibles inconvenientes.

Natalia besó las manos de su madre dejando en ellas lágrimas de agradecimiento. Como las mujeres en las que la pasión física no calienta la pasión moral, comprendió de pronto el alcance de esta alta política de mujer; pero, semejante a los niños mimados que no se dan por vencidos con las razones más sólidas y que reproducen obstinadamente su deseo, volvió a la carga con uno de estos argumentos personales que sugiere la lógica directa de los niños.

—Querida madre —dijo—, hace unos días hablabais tanto de los preparativos

necesarios a la fortuna de Pablo que vos sola podíais dirigir; ¿por qué cambiáis ahora de opinión, abandonándonos así, dejándonos entregados a nosotros mismos?

—Yo no conocía ni la extensión de mis obligaciones, ni la cifra de mis deudas —respondió la madre, que no quería revelar su secreto—. Por otra parte, dentro de un año o dos, te contestaré sobre este punto. ¡Pablo va a venir, vamos a vestirnos! Sigue mostrándote mimosa y gentil como fuiste, ¿sabes?, el día en que discutimos el fatal contrato, porque hoy se trata de salvar los restos de nuestra casa y de darte una cosa a la que me siento ligada supersticiosamente.

—¿Qué es?

—*El Discreto*.

Pablo llegó hacia las cuatro. Aunque procurase, al abordar a su suegra, dar un aire amable a su rostro, la señora Evangelista vio en su frente las nubes que los consejos de la noche y las reflexiones del despertar habían acumulado en ella.

«¡Matías ha hablado!», se dijo, prometiéndose a sí misma destruir la obra del anciano notario.

—Hijo mío —le dijo—, dejasteis vuestros diamantes en la consola, y os confieso que yo no quisiera ver nunca más unas cosas que estuvieron a punto de levantar nubes entre nosotros. Por otra parte, como hizo observar Matías, hay que venderlas para poder efectuar el primer pago de las tierras que habéis adquirido.

—Ya no son míos —dijo el joven—, se los di a Natalia, para que al verlos vos sobre ella, ya no os acordarais del disgusto que os dieron.

La señora Evangelista cogió la mano de Pablo y se la estrechó cordialmente reprimiendo una lágrima de enternecimiento.

Escuchad, hijos míos —dijo mirando a Natalia y a Pablo—, si ello es así, voy a proponeros un negocio. Me veo obligada a vender mi collar de perlas y mis pendientes. Sí, Pablo, no quiero invertir un céntimo de mi fortuna en rentas vitalicias, no olvido lo que os debo. Bien, confieso mi debilidad, vender el *Discreto* me parece un desastre. Vender un diamante que lleva el sobrenombre de Felipe II, y con el que estuvo adornada su augusta mano, una piedra histórica que durante diez años el duque de Alba acarició sobre el puño de su espada, no, esto no ocurrirá. Elías Magus tasó mis pendientes y mi collar en más de cien mil francos, cambiémoslos por las joyas que os entrego para cumplir con mis compromisos relativos a mi hija; vos saldréis ganando con ello, pero ¡qué me importa! No soy interesada. Así, Pablo, con vuestras economías os complaceréis en componer para Natalia una diadema, diamante a diamante. En lugar de tener estas joyas de fantasía, esas baratijas que sólo están de moda entre la gentecilla, vuestra mujer poseerá magníficos diamantes con los que tendrá goces verdaderos. Vender por vender, ¿no es mejor deshacerse de estas antiguallas y conservar en la familia estas hermosas pedrerías?

—Pero, mamá, ¿y vos? —dijo Pablo.

—¿Yo? —respondió la señora Evangelista—. Yo ya no tengo necesidad de nada. Sí, voy a ser vuestra granjera en Lanstrac. ¿No sería una locura ir a París en el

momento en que debo liquidar aquí el resto de mi fortuna? Me estoy volviendo avara para mis nietecitos.

—Querida madre —dijo Pablo, conmovido—, ¿debo aceptar este cambio sin contrapartida?

—¡Dios mío! ¿Acaso no sois vosotros mis más caros intereses? ¿Creéis que no seré feliz al pensar, junto a la lumbre: «esta noche va Natalia, deslumbrante, al baile de la duquesa de Berry? Al verse ella con mi diamante en la garganta y mis pendientes en las orejas sentirá esos pequeños goces de amor propio que contribuyen tanto a la felicidad de una mujer y la vuelven alegre y amable». Nada entristece más a una mujer que el ver heridas sus vanidades; nunca he visto en ninguna parte a una mujer mal vestida que fuera amable o estuviera de buen humor. Vamos, ¡sed justo, Pablo! Gozamos mucho más en el objeto amado que en nosotros mismos.

«¡Dios mío! ¿Entonces qué quería decir Matías?», pensaba Pablo.

—Vamos, mamá —dijo a media voz—, acepto.

—Yo estoy confusa —dijo Natalia.

Solonet llegó en aquel momento para anunciar una buena noticia a su cliente; entre los especuladores que conocía, había encontrado a dos contratistas engolosinados por el hotel, cuyos extensos jardines permitían realizar construcciones.

—Ofrecen doscientos cincuenta mil francos —dijo—; pero si vos queréis, yo podría hacer que llegasen a trescientos mil. Tenéis dos arapendes de jardín.

—Mi marido pagó por todo doscientos mil francos; por lo tanto, os autorizo a ello —dijo—, pero me reservaréis los muebles, los espejos...

—¡Ah! —dijo riendo Solonet—. Entendéis de negocios.

—¡Ay! Es necesario —dijo la señora Evangelista, suspirando.

—He sabido que muchas personas vendrán a vuestra misa de medianoche —dijo Solonet, dándose cuenta de que estaba de más y haciendo ademán de retirarse.

La señora Evangelista le acompañó hasta la puerta del último salón y le dijo al oído: «Ahora tengo doscientos cincuenta mil francos en valores; si puedo tener doscientos mil francos míos sobre el precio de la casa, podré reunir cuatrocientos cincuenta mil francos de capital. Quiero sacar el mayor partido posible y cuento con vos para ello. Probablemente me quedaré a vivir en Lanstrac».

El joven notario besó la mano de su cliente con un gesto de agradecimiento; porque el acento de la viuda hizo creer a Solonet que esta alianza, aconsejada por los intereses, iba extenderse un poco más lejos.

—Podéis contar conmigo —dijo—, yo os encontraré inversiones sobre mercancías en las que no arriesgaréis nada y en las que tendréis ganancias considerables...

—Hasta mañana —dijo la señora Evangelista—, porque vos sois nuestro testigo junto con el señor marqués de Gyas.

—¿Por qué, mamá —dijo Pablo—, rehusáis ir con nosotros a París? Natalia me pone mala cara, como si yo fuera la causa de vuestra resolución.

—He pensado bien en ello, hijos míos, yo no haría más que molestaros. Os creeríais obligados a hacerme partícipe de todo lo que hicierais, y los jóvenes tienen ideas que yo, sin querer, podría contrariar. Id solos a París. No quiero continuar sobre la condesa de Manerville el dulce imperio que yo ejercía sobre Natalia; es preciso que os la deje por entero. Ya veis, tenemos nosotros dos, Pablo, costumbres que es preciso romper. Mi influencia debe ceder a la vuestra. Quiero que me améis, y creed que en esto miro por vuestros intereses más de lo que podéis imaginar. Los maridos jóvenes, tarde o temprano, llegan a tener celos del afecto que una hija profesa a su madre. Quizá tengan razón. Cuando estéis bien unidos, cuando el amor haya fundido vuestras almas en una sola, entonces, bien, hijo mío, ya no tendréis miedo de ver que en vuestra casa ejerzo una influencia contraria. Conozco el mundo, los hombres y las cosas; he visto muchos hogares perturbados por el amor ciego de madres que se hacían insoportables tanto a sus hijas como a sus yernos. El afecto de los ancianos resulta a menudo minucioso y pesado. Quizá yo no sabría eclipsarme convenientemente. Tengo la debilidad de creerme hermosa aún, hay aduladores que quieren demostrarme que soy amable, y entonces tendría pretensiones molestas para vosotros. Dejadme que haga un sacrificio más por vuestra felicidad: os he dado mi fortuna, bien, os entrego aún mis últimas vanidades de mujer. Vuestro Matías es viejo, no podría velar por vuestras propiedades; yo me convertiré en vuestro administrador, me crearé ocupaciones que, tarde o temprano, deben tener las personas de edad; luego, cuando sea preciso, iré a secundaros a París en vuestros proyectos de ambición. Vamos, Pablo, sed franco, mi resolución os satisface, ¿no es cierto?

Pablo no quiso reconocerlo, pero estaba muy contento de disponer de su libertad. Las sospechas que el viejo notario le había inspirado sobre el carácter de su suegra quedaron en un momento disipadas por esta conversación que la señora Evangelista reanudó y continuó en el mismo tono.

—Mi madre tenía razón —se dijo Natalia, que observó el semblante de Pablo—. Está muy contento de saberme separada de ella, ¿por qué?

Este *por qué* ¿no era acaso la primera interrogación de la desconfianza, no confería una autoridad considerable a las enseñanzas maternas?

Hay ciertos caracteres, que con la fe de una sola prueba, creen en la amistad. En las personas de esta clase, el viento del Norte disipa las nubes con la misma rapidez con que el viento del Oeste las había traído; se detienen en los efectos sin remontarse a las causas. Pablo era una de esas naturalezas esencialmente confiadas, sin malos sentimientos, pero también sin previsiones. Su debilidad procedía mucho más de su bondad, de su creencia en el bien, que de una debilidad del alma.

Natalia estaba pensativa y triste, porque no sabía prescindir de su madre. Pablo, con aquella especie de fatuidad que confiere el amor, se reía de la melancolía de su futura esposa, diciéndose que los placeres del matrimonio y el bullicio de la vida parisiense pronto la disiparían. La señora Evangelista veía con sensible placer la confianza de Pablo, porque la primera condición de la venganza es el disimulo. Un

odio confesado es impotencia. La criolla había dado ya dos grandes pasos. Su hija poseía ya un hermoso aderezo que costaba doscientos mil francos a Pablo y que Pablo sin duda completaría. Además, dejaba a aquellas dos criaturas entregadas a sí mismas, sin otro consejo más que su amor ilógico. De este modo preparaba su venganza sin que su hija lo supiera, la cual, tarde o temprano, sería su cómplice. ¿Llegaría Natalia a amar a Pablo? En esto había una cuestión todavía indecisa, cuya solución podía modificar sus proyectos, porque amaba demasiado sinceramente a su hija para no respetar su felicidad. El futuro de Pablo dependía, pues, todavía de él mismo. Si se hacía amar, estaba salvado.

Finalmente, al día siguiente a medianoche, después de una velada pasada en familia con los cuatro testigos, a los cuales la señora Evangelista ofreció la larga comida que sigue al casamiento legal, los cónyuges y los amigos fueron a oír una misa con antorchas, a la que asistió un centenar de personas curiosas. Una boda celebrada por la noche trae siempre al alma siniestros presagios, la luz es un símbolo de vida y de placer, cuyas profecías le faltan. Preguntadle al alma más intrépida por qué está helada, por qué la fría negrura de las bóvedas la enerva, por qué la asusta el rumor de los pasos, por qué uno se fija en el grito de los búhos y el clamor de las lechuzas. Aunque no haya motivo para temblar, todos temblamos, y las tinieblas, imagen de la muerte, producen tristeza. Natalia, separada de su madre, lloraba. La joven era presa de todas las dudas que se apoderan del corazón al comenzar una vida nueva, en la que, a pesar de las garantías de felicidad, existen mil trampas en las que cae la mujer. Sintió frío, y tuvo que pedir un abrigo. La actitud de la señora Evangelista, la de los cónyuges, suscitó algunos comentarios entre la multitud elegante que rodeaba el altar.

—Solonet acaba de decirme que los recién casados parten, solos, mañana por la mañana, para París.

—La señora Evangelista debería ir a vivir con ellos.

—El conde Pablo ya se ha desembarazado de ella.

—¡Qué mal hecho! —dijo la marquesa de Gyas—. Cerrar la puerta a la madre de su mujer, ¿no equivale a abrirla a un amante? ¿Es que ese hombre no sabe lo que es una madre?

—Ha sido muy duro con la señora Evangelista; la pobre mujer ha vendido su hotel y se va a vivir a Lanstrac.

—Natalia está muy triste.

—¿Os gustaría, al día siguiente de la boda, encontraros en una carretera?

—Es muy fastidioso.

—Me alegro mucho de haber venido aquí —dijo una señora—, para convencerme de la necesidad de rodear a la boda de sus pompas, de sus fiestas acostumbradas; porque esto me parece muy escueto, muy triste. Y si queréis que os diga todo lo que pienso —añadió inclinándose al oído de su vecino—, este casamiento me parece indecente.

La señora Evangelista hizo subir a Natalia a su coche, y ella misma la condujo a la casa del conde Pablo.

—Bien, madre mía, ya se ha dicho todo...

—Piensa, hijita, en mis últimas recomendaciones, y serás dichosa. Procura ser siempre su mujer y no su amante.

Cuando Natalia estuvo acostada, la madre representó la comedia de arrojarse en brazos de su yerno, llorando. Fue la única cosa provinciana que se permitió la señora Evangelista, pero tenía sus razones. A través de sus lágrimas y de sus palabras locas o desesperadas en apariencia, obtuvo de Pablo aquellas concesiones que hacen todos los maridos. Al día siguiente, hizo subir a los recién casados en el coche y los acompañó hasta más allá del pontón por el cual se cruza el Gironda. Con una palabra, Natalia había dado a entender a la señora Evangelista que si Pablo había ganado la partida en el juego del contrato, ahora comenzaba el desquite para ella. Natalia había conseguido ya de su marido la más completa obediencia.

CONCLUSIÓN

Cinco años después, en el mes de noviembre, por la tarde, el conde Pablo de Manerville, la cabeza inclinada, entró misteriosamente en casa del señor Matías, en Burdeos. Demasiado anciano para continuar con los asuntos de su profesión, el buen hombre había vendido su despacho y pasaba tranquilamente el resto de su vida en una de sus casas a la que se había retirado. Un asunto urgente le había obligado a ausentarse cuando llegó su huésped; pero su anciana ama de llaves, advertida de la llegada de Pablo, le condujo a la habitación de la señora Matías, muerta hacía un año. Fatigado por un rápido viaje, Pablo durmió hasta el atardecer. A su regreso, el anciano fue a ver a su antiguo cliente, y contentose con mirarle dormido, como una madre mira a su hijo. Joseta, el ama de llaves, acompañaba a su señor, y permaneció de pie, delante de la cama, con los puños apoyados en las caderas.

—Hoy hace un año, Joseta, cuando estaba recibiendo aquí el último suspiro de mi querida esposa, yo no sabía que habría de volver aquí para ver en esta habitación al señor conde casi muerto.

—¡Pobre señor! Está gimiendo mientras duerme —dijo Joseta.

El viejo notario no contestó más que con un «¡demonstre!» inocente, tenue, que en él anunciaba siempre la desesperanza del hombre de negocios que tropieza con infranqueables dificultades. «En fin —dijo luego para sí mismo— le he salvado la nuda propiedad de Lanstrac, de Auzac, de Saint-Froult y la de su hotel». Matías contó con los dedos y exclamó:

—¡Cinco años! Hace cinco años, en este mes precisamente, su anciana tía, hoy fallecida, la respetable señora de Maulincour, pedía para él la mano de ese pequeño cocodrilo vestido de mujer que definitivamente le ha arruinado, como yo pensaba.

Después de contemplar al joven un buen rato, el buen anciano gotoso, apoyado en su bastón, fue a pasearse a paso lento por su jardincillo. A las nueve, la cena estaba servida, porque era la hora en que Matías cenaba. No fue mediano el asombro del anciano al ver que Pablo tenía una frente serena, un semblante tranquilo, aunque visiblemente alterado. Si a los treinta y tres años el conde de Manerville parecía tener cuarenta, este cambio de fisonomía era debido solamente a agitaciones morales; físicamente se mantenía bien. Fue a coger las manos al buen hombre para obligarle a permanecer sentado, y se las estrechó muy afectuosamente diciéndole:

—¡Mi buen señor Matías! ¡También vos habéis sufrido lo vuestro!

—Mis sufrimientos estaban en la naturaleza, señor conde, pero los vuestros...

—Ya hablaremos de mí en seguida, mientras cenamos.

—Si yo no tuviera un hijo en la magistratura y una hija casada —dijo el buen hombre—, creed, señor conde, que habríais encontrado en casa del viejo Matías algo distinto de la hospitalidad. ¡Cómo venís a Burdeos en el momento en que en todas las paredes los transeúntes leen los anuncios del embargo de las tierras del Grassol, del Guadet, de los campos de Belle-Rose y de vuestro hotel! Me resulta imposible decir

el pesar que experimento al ver esos grandes carteles, ¡yo, que, durante cuarenta años, he estado cuidando de esos inmuebles cual si me pertenecieran; yo, que, siendo tercer pasante del digno señor Chesneau, mi predecesor, los compré para vuestra señora madre, y que, con mi mano de tercer pasante, escribí la escritura de venta sobre pergamino, con hermosa letra redondilla! ¡Yo, que tengo los títulos de propiedad en el despacho de mi sucesor, yo, que hice las liquidaciones! ¡Yo, que os había visto así! —dijo el notario, poniendo la mano a dos pies del suelo—. Es preciso haber sido notario durante cuarenta y un años y medio para conocer el dolor que me causa la vista de mi nombre impreso a la faz de Israel en los edictos del embargo y en la subasta de la propiedad. Cuando paso por la calle y veo a la gente ocupada en leer esos horribles carteles amarillos, quedo tan avergonzado como si se tratase de mi propia ruina y de mi honor. Hay imbéciles que se ponen a leer eso en voz alta, adrede para atraer a los curiosos, y todos se entregan entonces a los más estúpidos comentarios. ¿Acaso no es uno dueño de sus bienes? Vuestro padre había devorado dos fortunas antes de rehacer aquella que os ha dejado, vos no seríais un Manerville si no le imitaseis. Por otra parte, los embargos inmobiliarios han dado lugar a todo un título del Código, han sido previstos, vos estáis en un caso admitido por la ley. Si yo no fuera un anciano de cabellos blancos y que no aguarda más que un pequeño empujón para caer en la fosa, daría de puñadas a aquellos que se detienen ante tales abominaciones: *Por demanda de la señora Natalia Evangelista, esposa de Pablo Francisco José, conde de Manerville, separada en cuanto a los bienes por resolución del tribunal de primera instancia del departamento del Sena, etcétera.*

—Sí —dijo Pablo—. Y ahora separada en cuanto al cuerpo...

—¡Ah! —exclamó el anciano.

—Contra el asentimiento de Natalia —dijo vivamente el conde—. Ha sido preciso engañarla. Ignora mi partida.

—¿Partís?

—Mi pasaje ya está pagado. Embarco en la *Bella Amelia*, y voy a Calcuta.

—¡Dentro de dos días! —dijo el anciano—. Así, ya no volveremos a vernos, señor conde.

—No tenéis más que setenta y tres años, mi querido Matías, y tenéis gota, verdadera patente de vejez. Cuando esté de regreso, volveré a encontraros de pie. Vuestra excelente cabeza y vuestro excelente corazón estarán todavía sanos, me ayudaréis a reconstruir el edificio conmocionado. Quiero ganar una buena fortuna en siete años. Cuando regrese, sólo tendré cuarenta años. Todo es aún posible a esa edad.

—¿Vos? —dijo Matías dejando escapar un gesto de sorpresa—. ¿Vos, señor conde, pensáis dedicaros al comercio?

—Ya no soy el señor conde, querido Matías. Mi pasaje va en nombre de Camilo, uno de los nombres de bautismo de mi madre. Además, tengo amistades que me permiten labrarme una fortuna de otra manera. El comercio será mi última oportunidad. En fin, parto con una suma bastante considerable para que me esté

permitido probar fortuna en gran escala.

—¿Dónde está esa suma?

—Un amigo debe enviármela.

El anciano dejó caer el tenedor al oír la palabra *amigo*, no por burla ni sorpresa; su aspecto expresó el dolor que experimentaba al ver a Pablo bajo la influencia de una ilusión engañadora; porque su vista se sumergía en un abismo allí donde el conde veía un suelo firme.

—Durante cincuenta años he ejercido el notariado, ¡y jamás he visto que las personas arruinadas tuvieran amigos que les prestasen dinero!

—¡Es que conocéis a De Marsay! En estos momentos, estoy seguro de que ha vendido rentas, si es preciso, y mañana recibiréis una letra de cambio por valor de cincuenta mil escudos.

—Lo deseo. ¿Pero, ese amigo no podría arreglar vuestros asuntos? Habrías vivido tranquilamente en Lanstrac con las rentas de la señora condesa durante seis o siete años.

—¿Es que una cesión de crédito habría saldado dos millones de deudas, en las que mi mujer entraba con quinientos cincuenta mil francos?

—¡Cómo! ¿En cuatro años habéis contraído deudas por valor de un millón cuatrocientos cincuenta mil francos?

—Nada hay más claro, Matías. ¿Es que no he dejado los diamantes a mi mujer? ¿No gasté los ciento cincuenta mil francos que nos correspondían del valor del hotel Evangelista en el arreglo de mi casa de París? ¿No ha sido necesario pagar aquí los gastos de nuestras adquisiciones y aquéllos a que dio lugar mi contrato de matrimonio? En fin, ¿no ha sido necesario vender las cuarenta mil libras de renta de Natalia para pagar lo de Auzac y lo de Saint-Froult? Hemos vendido a ochenta y siete; por lo tanto, quedé endeudado en cerca de doscientos mil francos desde el primer mes de mi matrimonio. Nos han quedado sesenta y siete mil libras de renta. Hemos gastado constantemente doscientos mil de más. Añadid a estos novecientos mil francos algunos intereses usuarios, y hallaréis fácilmente un millón.

—¡Caramba! —dijo el viejo notario—. ¿Y después?

—Bien, ante todo quise completar para mi mujer el conjunto de joyas que se había iniciado con el collar de perlas cuyo broche era el *Discreto*, un diamante de familia, y con los pendientes de su madre. He pagado cien mil francos por una corona de espigas. Ya estamos en el millón cien mil francos. Me hallo debiendo la fortuna de mi mujer, que se eleva a los trescientos cincuenta y seis mil francos de su dote.

—Pero —dijo Matías—, si la señora condesa hubiera empeñado sus diamantes y vos vuestras rentas, creo que tendríais trescientos mil francos con los cuales podríais calmar a vuestros acreedores...

—Cuando un hombre ha caído, Matías, y cuando sus propiedades están gravadas de hipotecas, cuando un hombre se encuentra bajo el peso de cien mil francos de letras de cambio que se pagarán, así lo espero, por el alto precio al que ascenderán

mis bienes, nada es posible. ¿Y los gastos de ejecución, qué?

—¡Espantoso! —dijo el notario.

—Los embargos han sido convertidos afortunadamente en ventas voluntarias, con objeto de atajar el incendio.

—¡Vender Belle-Rose —cuando la cosecha de 1825 está en las bodegas!

—No puedo hacer nada.

—Belle-Rose vale seiscientos mil francos.

—Natalia volverá a comprarlo. Se lo he aconsejado.

¡Dieciséis mil francos por año común y eventualidades como la de 1825! Yo mismo haré que Belle-Rose suba a setecientos mil francos, y cada una de las fincas a ciento veinte mil francos.

—Tanto mejor, habré saldado la deuda, si mi hotel de Burdeos puede venderse por doscientos mil francos.

—Solonet pagará algo más, lo desea. Se retira con más de cien mil libras de renta, jugando a los dobles. Ha vendido su despacho por trescientos mil francos y se casa con una mulata rica, Dios sabe cómo ha ganado el dinero, pero dicen que tiene millones. ¿Un notario jugando a los dobles? ¿Un notario, casarse con una mulata? ¡Qué siglo! Dicen que hacía valer los fondos de vuestra suegra.

—Mi suegra ha embellecido mucho Lanstrac y ha cuidado bien las tierras; me ha pagado su arrendamiento.

—Jamás hubiera creído que se comportara de tal modo.

—Ha sido muy buena y abnegada, siempre pagaba las deudas de Natalia durante los tres meses que venía a pasar a París.

—Bien podía hacerlo, puesto que vive de lo que produce Lanstrac —dijo Matías—. ¿Ella volverse ahorrativa? ¡Qué milagro! Acaba de comprar, entre Lanstrac y Grassol, las tierras de Grain-rouge, de modo que si sigue la avenida de Lanstrac hasta la carretera, podríais recorrer legua y media en tierras vuestras. Ha pagado cien mil francos al contado por Grain-rouge, que vale mil escudos de renta.

—Sigue siendo hermosa —dijo Pablo—. La vida del campo la conserva de un modo excelente. No iré a despedirme de ella; daría la vida por mí.

—En vano iríais a despediros de ella. Se encuentra en París. Quizá llegaba allá en el momento en que vos partíais.

—Sin duda se ha enterado de la venta de mis propiedades y acude en mi auxilio. No puedo quejarme de la vida. Soy amado, ciertamente, tanto como pueda serlo un hombre en este mundo miserable, amado por dos mujeres que rivalizaban en bondad y desvelos; estaban celosas la una de la otra: la hija reprochaba a la madre el amarme demasiado; la madre reprochaba a la hija sus derroches. Este cariño me ha perdido. ¿Cómo no satisfacer los menores caprichos de una mujer a la que se ama? ¡El medio de prohibirlos! Pero, también, ¿cómo aceptar tales sacrificios? Sí, por supuesto, podíamos liquidar mi fortuna y venir a vivir a Lanstrac; pero antes, prefiero ir a las Indias y traer una fortuna, que arrancar a Natalia de la vida que a ella le gusta. Por

ello, he sido yo quien le he propuesto la separación de bienes. Las mujeres son ángeles a los que no hay que mezclar con los intereses de la vida.

El viejo Matías escuchaba a Pablo con un aire de duda y asombro.

—¿No tenéis hijos? —le dijo.

—Afortunadamente —respondió Pablo.

—Yo entiendo el matrimonio de otra manera —repuso ingenuamente el viejo notario—. Una mujer debe, a mi modo de ver, compartir la suerte, buena o mala, de su marido. He oído decir que los jóvenes casados que se amaban como amantes no tenían hijos. Entonces, ¿el placer es el único fin del matrimonio? ¿No es más bien la felicidad y la familia? Pero vos apenas contabais veintiocho años y la señora condesa tenía veinte; se os podía dispensar que no pensarais más que en el amor. Sin embargo, la naturaleza de vuestro contrato y vuestro apellido (os parecerá que soy muy notario, ¿verdad?) os obligaba a comenzar por traer al mundo un buen mocito. Sí, señor conde, si hubierais tenido hijas, habría sido necesario no parar hasta haber tenido el hijo varón que consolidase el mayorazgo. ¿Es que la señorita Evangelista no era fuerte, había de temer algo de la maternidad? Me diréis que esto es un viejo método de nuestros antepasados; pero en las familias nobles, señor conde, una mujer legítima debe tener hijos y criarlos bien: como decía la duquesa de Sully, esposa del gran Sully, una mujer no es un instrumento de placer, sino el honor y la virtud de la casa.

—No conocéis las mujeres, mi buen Matías —dijo Pablo—. Para ser feliz, hay que amarlas como ellas quieren ser amadas. ¿No es algo brutal privar tan pronto a una mujer de sus ventajas, en estropear su belleza sin que haya podido gozar de ella?

—Si hubieseis tenido hijos, la madre habría impedido los derroches de la esposa, habría permanecido en casa...

—Si tuvieseis razón, querido amigo mío —dijo Pablo frunciendo el entrecejo—, yo sería aún más desdichado. No agravéis mis dolores con una moral después de la caída, dejadme partir sin pensar tales cosas.

Al día siguiente, Matías recibió una letra de cambio de ciento cincuenta mil francos pagadera a la vista, enviada por Enrique de Marsay.

—Ya veis —dijo Pablo—, no me escribe una sola palabra, empieza por servir. Enrique es la naturaleza más perfectamente imperfecta, la más ilegalmente bella que he conocido. Si supierais con qué superioridad ese hombre todavía joven se eleva sobre los sentimientos, sobre los intereses, y qué gran político es, os quedaríais asombrado como yo al saber que tiene tan buen corazón.

Matías trató de combatir la determinación de Pablo, pero ésta era irrevocable y estaba justificada por tantas razones de peso que el viejo notario no trató de retener a su cliente. Es raro que la partida de los barcos de mercancías se produzca con puntualidad; pero por una circunstancia fatal para Pablo, el viento fue propicio y la *Bella Amelia* pudo hacerse a la mar al día siguiente. En el momento de partir un navío, el embarcadero está lleno de parientes, amigos, curiosos. Entre las personas que se encontraban allí, algunas conocían a Manerville personalmente. En aquel

momento, su desastre le hacía tan famoso como lo había sido en otro tiempo por su fortuna, y se produjo, pues, un movimiento de curiosidad. Cada cual hacía su comentario. El anciano había acompañado a Pablo al puerto, y sus sufrimientos debieron ser muy intensos al oír algunos de aquellos comentarios.

—¿Quién reconocería en ese hombre que allí veis, cerca del viejo Matías, al *dandy* que llamaban la *Flor de los guisantes*, y que hace cinco años disponía en Burdeos cuándo había de llover y cuándo salir el sol?

—¡Cómo! Ese hombre bajito y regordete de la levita de alpaca, que parece un cochero, ¿es el conde Pablo de Manerville?

—Sí, querida, el que se casó con la señorita Evangelista. Helo ahí arrumado, sin una perra gorda, yendo a las Indias para hacer fortuna.

—Pero ¿cómo se ha arruinado? ¡Con lo rico que era!

—París, las mujeres, la Bolsa, el juego, el lujo...

—Además —dijo otro—, Marierville es un pobre diablo, sin voluntad, blando como papel mascado, que se deja tomar el pelo por todo el mundo, incapaz de nada. Nació arruinado.

Pablo estrechó la mano al anciano y se refugió en el barco. Matías permaneció en el muelle, mirando a su antiguo cliente, que se apoyó en la borda, desafiando a la gente con una mirada llena de desprecio. En el momento en que los marineros levaban anclas, Pablo vio a Matías, que le hacía señas con el pañuelo. La vieja ama de llaves había llegado apresuradamente al lado de su señor, al que un suceso de la más alta importancia parecía tener agitado. Pablo rogó al capitán que esperase todavía un momento y enviar una lancha, para saber lo que quería el anciano notario, que le hacía señas enérgicas como para indicarle que desembarcase. Demasiado débil para poder subir a bordo, Matías entregó dos cartas a uno de los marineros que iban en la lancha.

—Amigo mío, este paquete —dijo el antiguo notario al marinero, mostrándole una de las cartas que le entregaba—, como ves acaba de ser traído por un correo que ha hecho la ruta de París en treinta y cinco horas. Haz bien presente esta circunstancia al señor conde, ¡no lo olvides! Podría hacerle cambiar de decisión.

—¿Y sería preciso desembarcarle? —preguntó el marinero.

—Sí, amigo mío —respondió imprudentemente el notario.

El marinero en cualquier país es por lo común un ser aparte, que casi siempre profesa el más profundo desdén hacia las gentes de tierra. En cuanto a los burgueses, no comprende nada de ellos, no se los explica, se burla de ellos, les roba si puede, sin creer faltar a las leyes de la honradez. Casualmente se trataba de un bretón, que no vio más que una cosa en las recomendaciones del señor Matías.

«¡Vaya! —se dijo, mientras iba remando—. ¡Desembarcarle! ¡Hacer perder un pasajero al capitán! ¡Si tuviéramos que escuchar a éstos, tendríamos que pasamos la vida embarcándolos y desembarcándolos! ¿Acaso tiene miedo de que su hijo pille un resfriado?».

Así, pues, el marinero entregó a Pablo las cartas sin decirle nada. Al reconocer la letra de su mujer y la de De Marsay, Pablo supuso todo lo que estas dos personas podían decirle, y no quiso dejarse influir por los ofrecimientos que su abnegación les inspiraba. Y con fingida despreocupación guardó sus cartas en el bolsillo.

—¡Por eso nos molestan! ¡Tonterías! —dijo el marinero al capitán—. Si era algo importante, como decía ese viejo pajarraco, ¿el señor conde echaría su paquete en sus escotillas?

Absorto por los tristes pensamientos que se apoderan de los hombres más fuertes en semejantes circunstancias, Pablo se entregaba a la melancolía saludando con la mano a su viejo amigo, diciendo adiós a Francia, mirando los edificios de Burdeos que huían con rapidez. Sentose sobre un montón de cordajes. La noche le sorprendió en medio de sus cavilaciones. Con la semiobscuridad del sol poniente, llegaron las dudas: sumergía en el porvenir una mirada inquieta, y no veía más que peligros e incertidumbre; preguntábase si no le faltaría valor. Sentía vagos temores al saber a Natalia abandonada a sí misma: se arrepentía de la decisión que había tomado, echaba de menos a París y su vida pasada. Fue presa del mareo. Todo el mundo conoce los efectos de esta enfermedad: el más horrible de sus sufrimientos sin peligro es una disolución completa de la voluntad. Una perturbación inexplicada relaja en los centros los lazos de la vitalidad, el alma deja de cumplir sus funciones y todo llega a ser indiferente para el enfermo: la madre olvida a su hijo, el amante ya no piensa en su amada, el hombre más fuerte yace como una masa inerte. Pablo fue llevado a su camarote, donde permaneció durante tres días, tendido, vomitando y recibiendo sucesivamente grog de los marineros, no pensando más que en dormir; luego tuvo una especie de convalecencia y volvió a su estado ordinario. Aquella mañana en que, sintiéndose mejor, fue a pasear por cubierta, para respirar las brisas marinas de un nuevo clima, sintió el contacto de sus cartas al meter las manos en sus bolsillos; las cogió en seguida para leerlas, y comenzó por la de Natalia. Para que pueda comprenderse bien la carta de la condesa de Manerville, es preciso transcribir la que Pablo había escrito antes a su mujer. Decía así:

CARTA DE PABLO DE MANERVILLE A SU MUJER

Querida Natalia. Cuando leas esta carta yo estaré lejos de ti; quizá me encuentre ya a bordo del barco que me lleva a las Indias, adonde voy para rehacer mi perdida fortuna. No me he sentido con fuerzas para anunciarte mi partida. Te he engañado, ¿pero acaso no era preciso que lo hiciera? Tú te habrías molestado inútilmente, habrías querido sacrificarme tu fortuna. Querida Natalia, no tengas remordimientos, no lamento nada. Cuando traiga millones, imitaré a tu padre, los depositaré a tus pies, como él depositaba los suyos a los pies de tu madre, diciéndote: Todo es tuyo. Te amo con locura, Natalia. Te lo digo sin temor a que esta confesión pueda servirte para extender un poder que sólo es temido por las personas débiles; el tuyo fue sin límites

desde el día en que te conocí. Mi amor es el único cómplice de mi desastre. Mi ruina progresiva me ha hecho sentir los placeres delirantes del jugador. A medida que mi dinero disminuía, aumentaba mi felicidad. Cada fragmento de mi fortuna convertido por ti en un pequeño goce, me causaba placeres celestiales. Habría querido que tuvieras aún más caprichos que los que tenías. Sabía que corría hacia un abismo, pero corría hacia él con la frente coronada por la alegría. Se trata de sentimientos que no conocen las personas vulgares. He obrado como esos amantes que se encierran en una casita al borde de un lago, por un año o dos, y se prometen suicidarse después de haber estado sumergidos en un océano de placeres, muriendo así en toda la gloria de sus ilusiones y de su amor. Siempre me han parecido esas personas extraordinariamente razonables. Tú no sabías nada de mis placeres ni de mis sacrificios. ¿No se halla gran placer en ocultar a la persona amada el precio de lo que ella desea? Puedo confesarte estos secretos. Estaré lejos de ti cuando tengas este papel cargado de amor. Si pierdo los tesoros de tu gratitud, no experimento esa contracción en el corazón que se apoderaría de mí hablándote de estas cosas. Además, amada mía, ¿no hay algún cálculo sabio en revelarte así el pasado? ¿No equivale a extender nuestro amor hacia el futuro? Tendríamos necesidad de algo que nos diera mayores fuerzas? ¿No nos amamos con un amor puro, al cual las pruebas son indiferentes, que no conoce el tiempo, las distancias y se vive de sí mismo? ¡Ah! Natalia, acabo de levantarme de la mesa en la que escribo junto al fuego, acabo de verte dormida, confiada, con la actitud de un niño inocente, con la mano tendida hacia mí. He dejado una lágrima en la almohada, confidente de nuestras alegrías. Parto sin temor, lleno de fe en esa actitud, parto para conquistar el reposo, conquistando una fortuna lo suficientemente considerable para que ninguna inquietud turbe nuestros placeres, para que tú puedas satisfacer tus deseos. Ni tú ni yo podríamos pasar sin los goces de la vida que llevamos. Yo soy hombre, tengo valor: sólo a mí corresponde la tarea de amasar la fortuna que necesitamos. ¡Quizá me habrías seguido! Te ocultaré el nombre del barco, el lugar de mi partida y el día. Un amigo te lo dirá todo, cuando ya sea demasiado tarde. Natalia, mi afecto es sin límites, te amo como una madre quiere a su hijo, como un amante quiere a su amada, con el mayor desinterés. Para mí los trabajos, para ti los placeres; para mí los sufrimientos, para ti la vida feliz. Diviértete, conserva todas las costumbres del lujo, ve a los Italianos, a la Ópera, a fiestas, al baile: te absuelvo de todo. Ángel querido, cuando vuelvas a este nido en el que hemos saboreado los frutos del amor por espacio de cinco años, piensa en tu amigo, piensa en mí por un momento, duérmete en mi corazón. He ahí todo lo que te pido. Cuando yo, perdido bajo unos cielos ardientes, trabajando para los dos, encuentre obstáculos a vencer, o bien, fatigado, descansa en las esperanzas del regreso, pensaré en ti, que eres mi vida entera. Sí, trataré de estar en ti, me diré que no tienes ni penas ni preocupaciones, que eres dichosa. De la misma manera que tenemos la existencia del día y de la noche, la vigilia y el sueño, así tendré mi existencia florida en París, mi existencia de trabajo en las Indias; un

sueño penoso, una realidad deliciosa: viviré tan bien en tu realidad, que mis días serán como sueños. Tendré mis recuerdos, reanudaré canto tras canto ese hermoso poema de cinco años, recordaré los días en que te complacías en brillar, en que con cada nuevo vestido resultabas nueva a mis ojos. Tomaré de nuevo en mis labios el sabor de nuestros festines. Sí, ángel querido, parto como un hombre destinado a una empresa cuyo éxito le hará recobrar a su amante. El pasado será para mí como esos sueños del deseo que preceden a la posesión, y que a menudo la posesión desilusiona, pero que tú has aumentado constantemente. Volveré para encontrar una nueva mujer, ¿no te dará la ausencia nuevos encantos? ¡Oh mi hermoso amor, Natalia mía! Haz que yo sea una religión para ti. ¡Procura ser la niña que he visto dormida! Si traicionases una confianza ciega, Natalia, no tendrías que temer mi cólera, puedes estar segura; yo moriría deliciosamente. Pero la mujer no engaña al hombre que la deja libre, porque la mujer no es nunca cobarde. Se burla de un tirano; pero ante una traición fácil y que daría la muerte, renuncia a esa traición. No, no puedo pensar en ello. Ángel querido, verás a De Marsay, él será el arrendatario de nuestro hotel, y te lo dejará. Ese baile simulado era necesario para evitar pérdidas inútiles. Los acreedores, ignorando que su pago es cuestión de tiempo, habrían podido apoderarse de los muebles y el usufructo de nuestro hotel. Sé buena para con De Marsay: tengo la más entera confianza en su capacidad, en su lealtad. Tómallo como defensor y consejero. Sean cuales fueren sus ocupaciones, siempre estará a tu disposición. Le encargo que vele por mi liquidación. Si adelantase alguna suma de la que más tarde él tuviera necesidad, cuento con que tú se la devolverás. Piensa que no te dejo entregada a De Marsay, sino a ti misma; al indicártelo, no te lo impongo. ¡Ay! Me es imposible hablarte de negocios, no tengo más que una hora para permanecer cerca de ti. Cuento tus aspiraciones, trato de encontrar de nuevo tus pensamientos en los raros accidentes de tu sueño, tu aliento reanima las horas floridas de nuestro amor. A cada latido de tu corazón, el mío derrama sus tesoros, deshojo sobre ti todas las rosas de mi alma como los niños las siembran delante del altar el día de Corpus. Te recomiendo a los recuerdos con que te estoy abrumando, quisiera infundirte mi sangre para que fueses bien mía, para que tu pensamiento fuese mi pensamiento, para que tu corazón fuera mi corazón, para ser todo en ti. Has dejado escapar un leve murmullo como una dulce respuesta. Sé siempre apacible y hermosa como en esos momentos. ¡Ah! Yo quisiera poseer ese fabuloso poder del que hablan los cuentos de hadas, quisiera dejarte dormida así durante mi ausencia y despertarte a mi regreso con un beso. ¡Cuánta energía es necesaria, y cuánto es preciso amarte para abandonarte viéndote así! Tú eres una española religiosa, respetarás un juramento hecho durante el sueño, y en el que no se dudaba de tu palabra inexpresada. Adiós, querida, he aquí a tu *Flor de los guisantes* arrebatada por un viento borrascoso; pero volverá siempre a ti en las alas de la fortuna. No, querida Natalia, no te digo adiós, jamás te abandonaré. ¿No vas a ser el alma de mis acciones? La esperanza de traerte una felicidad indestructible, ¿no animará acaso mi empresa, no dirigirá mis pasos? ¿No estarás siempre allí? No, no

será el sol de la India, sino el fuego de tu mirada el que me iluminará. Sé tan feliz como puede serlo una mujer sin su amante. Yo habría querido tomar como último beso un beso en el que tú hubieras sido únicamente pasiva; pero, mi ángel adorado, mi buena Natalia, no he querido despertarte. Cuando despiertes, encontrarás una lágrima sobre tu frente, ¡haz de ella un talismán! Piensa, piensa en el que quizá morirá por ti, lejos de ti; piensa menos en el marido que en el amante abnegado que te confía a Dios.

RESPUESTA DE LA CONDESA DE MANERVILLE A SU MARIDO

Amado mío. ¡En qué profunda aflicción me ha sumido tu carta! ¿Tenías derecho a abrazar, sin consultarme, una resolución que nos afecta a ambos por igual? ¿Eres libre? ¿No me perteneces? ¿No soy medio criolla? ¿Es que, entonces, no podía seguirte? Me enseñas que no te soy indispensable. ¿Qué te he hecho, Pablo, para que me prives de mis derechos? ¿Qué quieres que sea de mí, en París? Pobre ángel, cargas sobre ti mis errores. ¿Es que no he tenido parte en esta ruina? ¿Mis lujos no han pesado mucho en esta balanza? Has hecho que maldijera la vida feliz, despreocupada, que hemos llevado durante cuatro años. Saberte desterrado por seis años, ¿no es algo que ha de causarme la muerte? ¿Se hace fortuna en seis años? ¿Volverás? Bien inspirada estaba, cuando, con obstinación instintiva me negaba a esa separación de bienes que mi madre y tú habéis querido a toda costa. ¿Qué os decía yo entonces? ¿No era arrojar desconsideración sobre ti? ¿No era arruinar tu crédito? Ha sido preciso que te enfadases para que yo cediera. Querido Pablo, nunca como en estos momentos has sido tan grande a mis ojos. ¡No desesperar de nada, ir a buscar una fortuna!... Hace falta tu carácter y tu fuerza para comportarse así. Estoy a tus pies. Un hombre que confiesa su debilidad con tu buena fe, que rehace su fortuna por la misma causa que se la ha hecho disipar, por amor, por una irresistible pasión, ¡oh, Pablo, ese hombre es sublime! Camina sin temor, avanza a través de los obstáculos, sin dudar de tu Natalia, porque ello sería dudar de ti mismo. Pobrecillo, ¿quieres vivir en mí? Y yo, ¿no estaré siempre en ti? Yo no estaré aquí, sino dondequiera que tú estés. Si tu carta me ha causado intensos dolores, me ha colmado de alegría; en un momento me has hecho conocer los dos extremos, porque al ver cuánto me amas, he estado orgullosa de comprender que mi amor era bien sentido. A veces yo creía amarte más que tú a mí, ahora me reconozco vencida, tú puedes unir esta superioridad deliciosa a todas las que tú tienes; pero ¿acaso no tengo yo más razones para amarte? Tu carta, esta preciosa carta en la que tu alma se revela y que me ha dicho de un modo tan excelente que nada estaba perdido entre nosotros, permanecerá sobre mi corazón durante tu ausencia, porque toda tu alma reside ahí, esa carta constituye mi gloria. Yo iré a vivir a Lanstrac, con mi madre, estaré allí como muerta para el mundo, economizaré nuestras rentas para pagar íntegramente tus deudas. Desde esta mañana, Pablo, soy otra mujer, me despido sin retorno del mundo, ya no

quiero un placer que tú no puedas compartir conmigo. Por otra parte, Pablo, debo abandonar París y refugiarme en la soledad. Debes saber, criatura, que tienes un doble motivo para hacer fortuna. Si tu valor necesitaba acicate, eso sería otro corazón que ahora encontrarías en ti mismo. Amigo mío, ¿no lo adivinas? Vamos a tener un hijo. Vuestros más caros deseos van a verse realizados, señor mío. Yo no quería darte esas falsas esperanzas que matan, ya hemos tenido bastantes pesares en este punto, no quería verme obligada a desmentir la buena nueva. Hoy estoy segura de lo que te anuncio, feliz de poder infundir alegría en tus dolores. Esta mañana, sin sospechar nada, creyendo que habías salido de casa, pero estabas en París, fui a la iglesia de la Asunción a dar gracias a Dios. ¿Podía prever una desgracia? Esta mañana, todo me sonreía. Al salir de la iglesia, encontré a mi madre; se había enterado de tu desgracia, y llegaba con sus ahorros, con treinta mil francos, esperando poder arreglar tus asuntos. ¡Qué corazón, Pablo! Yo estaba contenta, volvía para anunciarte estas dos buenas noticias mientras estuviéramos desayunando bajo el pabellón de nuestro invernadero, donde te había preparado las golosinas que tanto te gustan. Agustina me entrega tu carta. Una carta tuya, cuando habíamos dormido juntos, ¿no constituía todo un drama? ¡Me sobrevino un mortal escalofrío, y luego leí!... Leí llorando, y mi madre estaba también deshecha en llanto. Es preciso amar mucho a un hombre, para llorar, porque el llanto vuelve fea a una mujer. Yo estaba medio muerta. ¡Tanto amor y tanto valor! ¡Tanta felicidad y tantas miserias! ¡Las más ricas fortunas del corazón y la ruina momentánea de los intereses! ¡No poder abrazar al amado en el momento en que la admiración de su grandeza inunda vuestro pecho!, ¿qué mujer habría resistido esta tempestad de sentimientos? ¡Saber que estabas lejos de mí, cuando tu mano, sobre mi corazón, me hubiera hecho tanto bien! Tú no estabas allí para darme esa mirada que tanto amo, para alegrarte conmigo por la realización de tus esperanzas; y yo no estaba cerca de ti para suavizar tus penas con las caricias que hacen que tu Natalia sea tan querida para ti, y que te hacen olvidar todo. He querido partir, volar a tus pies; pero mi madre me ha hecho observar que la *Bella Amelia* debía zarpar al día siguiente; que sólo el correo podía ir bastante de prisa, y que en el estado en que yo me encontraba, sería una insigne locura el arriesgar todo un porvenir en un viaje. Aunque me siento ya madre, pedí unos caballos, mi madre me engañó, haciéndome creer que me los traería. Y obró sabiamente, porque las primeras molestias del embarazo han comenzado ya a presentarse. No he podido aguantar tantas emociones violentas, y me he encontrado mal. Te he escrito desde la cama, los médicos han exigido reposo durante los primeros meses. Hasta este momento fui una mujer frívola, ahora voy a ser madre de familia. La Providencia es muy buena conmigo, porque un hijo a quien criar, cuidar, educar, es lo único que puede mitigar los dolores que habrá de causarme tu ausencia. Tendré en mi hijo un «otro yo» al que colmaré de atenciones. Confesaré bien alto el amor que con tanto cuidado hemos ocultado. Diré la verdad. Mi madre ha encontrado ya ocasión de desmentir algunas calumnias que circulan sobre ti. Los dos Vandenesse, Carlos y Félix, te han defendido con mucha

nobleza; pero tu amigo De Marsay lo tomó todo a broma: se burla de tus acusadores, en lugar de contestarles; no me gusta este modo de rechazar ligeramente unos ataques serios. ¿No te equivocas respecto a él? Puedes estar tranquilo, amado mío, con respecto a lo que atañe a tu honor. ¿No es acaso el mío? Empeñaré mis diamantes. Mi madre y yo vamos a emplear todos nuestros recursos para pagar completamente tus deudas y tratar de rescatar tus campos de Belle-Rose. Mi madre, que entiende de negocios como un verdadero procurador, te ha censurado mucho por no haber sido franco con ella. No habría comprado, creyendo que te gustaría, la finca de Grain-rouge, que se encontraba enclavada en tus tierras, y habría podido prestarte ciento treinta mil francos. Está desesperada por lo que has hecho. Teme que tu estancia en las Indias sea funesta para ti. Te suplica que seas moderado, que no te dejes seducir por las mujeres... Yo me he echado a reír. Estoy segura de ti como de mí misma. Volverás a mi lado, rico y fiel. Sólo yo conozco tu delicadeza femenina y tus secretos sentimientos que hacen de ti como una deliciosa flor humana digna del cielo. Los bordeleses tenían razón de darte aquel lindo sobrenombre. ¿Quién cuidará, pues, mi delicada flor? Horribles ideas desgarran mi corazón. ¡Yo, su mujer, su Natalia, estar aquí cuando ya quizá él estará sufriendo! ¡Y yo, tan unida a ti, no compartir tus penas, tus dificultades, tus peligros! ¿En quién irás a depositar tu confianza? ¿Cómo has podido prescindir del oído al que todo lo confiabas? Amada sensitiva arrastrada por una tempestad, ¿por qué has sido arrancada del único terreno en el que podías desarrollar tus perfumes? Me parece como si estuviera sola desde hace dos siglos, tengo frío aquí, en París. He llorado mucho. ¡Ser la causa de tu ruina! ¡Qué texto para la meditación de una mujer amante! Me has tratado como una niña a la que se le da todo lo que pide, como cortesana por la cual un atolondrado devora su fortuna. ¡Ah! Tu pretendida delicadeza ha sido un insulto. ¿Crees que yo no podía prescindir de vestidos, de bailes, de Ópera, de éxito mundano? ¿Soy acaso una mujer ligera? ¿Crees que no pueda concebir pensamientos graves, servir a tu fortuna tan bien como servía a mis placeres? Si no estuvieras lejos de mí, doliente y desventurado, os daría una buena reprimenda, señor mío, por tanta impertinencia. ¡Considerar de tal modo a tu mujer! ¡Dios mío! ¿Para qué iba yo a las fiestas? Para halagar tu vanidad; yo me engalanaba para ti, bien lo sabes. Si cometí errores, bien castigada he sido; tu ausencia es una expiación muy dura de nuestra vida íntima. Esa alegría era demasiado completa, había de pagarse con algún gran dolor, ¡y ese dolor ha llegado! Después de esta felicidad tan cuidadosamente velada a las miradas curiosas de la gente, después de estas fiestas continuas, mezcladas con las locuras secretas de nuestro amor, nada hay más posible que la soledad. La soledad, querido amigo, nutre las grandes pasiones, y yo aspiro a ello. ¿Qué haré en el mundo? ¿A quién referir mis triunfos? ¡Ah!, vivir en Lanstrac, en esas tierras arregladas por tu padre, en un castillo que tú has renovado con tanto lujo, vivir en él con tu hijo, esperándote, enviándote todas las noches, todas las mañanas, la oración de la madre y del hijo, de la mujer y del ángel, ¿no constituiría media felicidad? ¿Ves estas manecitas unidas a las mías?

¿Te acordarás, como yo voy a acordarme todas las noches, de la felicidad que tú evocas en tu querida carta? ¡Oh! Sí, nos amamos tanto el uno como el otro. Esta hermosa certeza es un talismán contra la desgracia. No dudo de ti más de lo que tú dudas de mí. ¿Qué consuelos puedo poner aquí, yo, desolada, quebrantada, yo, que veo esos seis años como un desierto que es preciso atravesar? Mas ya no me siento desgraciada; ¿es que ese desierto no se verá animado por nuestro pequeño? Sí, quiero darte un hijo, es necesario, ¿verdad? Bueno, adiós, amado mío, nuestros buenos deseos y nuestro amor te seguirán por dondequiera que vayas. Las lágrimas que han mojado este papel, ¿no te dirán las cosas que no puedo expresar? Toma los besos que te ha puesto ahí abajo, en este rectángulo,

Tu Natalia.

Esta carta sumió a Pablo en un estado de sueños y fantasías causado tanto por la embriaguez en que le sumergían estos testimonios de amor como por sus placeres evocados adrede; iba considerándolos uno tras otro, con objeto de explicarse el embarazo de su mujer. Cuanto más feliz es un hombre, tanto mayor es su temor. En las almas exclusivamente tiernas, y la ternura comporta cierto grado de debilidad, los celos y la inquietud se hallan en razón directa de la felicidad y su extensión. Las almas fuertes no son ni celosas ni temerosas: los celos son una duda, el temor es una pequeñez. La fe sin límites es el principal atributo del hombre grande: si es engañado, la fuerza, lo mismo que la debilidad, pueden engañar igualmente al hombre, su desprecio le sirve entonces de hacha, y todo lo corta. Esta grandeza es una excepción. ¿A quién no le ocurre verse abandonado del espíritu que sostiene nuestra frágil maquinaria y percibir el poder desconocido que todo lo niega? Pablo, basándose en algunos hechos irrecusables, creía y dudaba de todo a la vez. Perdido en sus pensamientos, presa de una terrible incertidumbre involuntaria, pero combatida por las prendas de un amor puro y por su fe en Natalia, volvió a leer dos veces aquella carta difusa, sin poder concluir nada de ella ni en pro ni en contra de su mujer. El amor es tan grande por la elocuencia como por la concisión.

Para comprender bien la situación en la que iba a entrar Pablo, debemos representárnoslo flotando sobre el océano, tal como flotaba sobre la inmensa extensión de su pasado, viendo de nuevo su vida entera, así como un cielo sin nubes, y terminando por volver, después de los torbellinos de la duda, a la fe pura, entera, sin mezcla, del fiel, del cristiano, del enamorado que se sentía tranquilizado por la voz del corazón. Y también es preciso que aquí transcribamos la carta de Pablo a la cual daba respuesta Enrique de Marsay.

CARTA DEL CONDE PABLO DE MANERVILLE AL SEÑOR MARQUÉS ENRIQUE DE MARSAY

Enrique, voy a declararte lo más solemne que un hombre pueda declarar a su

amigo: estoy arruinado. Cuando leas mi carta, yo estaré a punto de partir de Burdeos para Calcuta, a bordo del buque *La Bella Amelia*. Hallarás en el despacho de tu notario un acta que no espera más que tu firma para ser completa, y en la que yo te alquilo por seis años mi hotel por un alquiler simulado; tú entregarás una contracarta a mi mujer. Me veo obligado a tomar esta precaución para que Natalia pueda permanecer en su casa sin temor a que la echen. Te transfiero igualmente las rentas de mi mayorazgo durante cuatro años, el total contra una suma de ciento cincuenta mil francos, que te ruego envíes en una letra de cambio librada contra una casa de Burdeos, a la orden de Matías. Mi mujer te dará su garantía como subrogación en mis rentas. Si el usufructo de mi mayorazgo te pagara más rápidamente de lo que yo supongo, ya pasaremos cuentas cuando regrese. La suma que te pido es indispensable para ir a probar fortuna; y si es que te conozco bien, debo recibirla en Burdeos, sin rechistar, la víspera de mi partida. Me he comportado como te habrías comportado tú en mi lugar. He aguantado hasta el último instante, sin dejar sospechar mi ruina. Luego, cuando ha llegado a París el rumor del embargo de mis bienes disponibles, yo había logrado dinero con cien mil francos en letras de cambio para probar suerte en el juego. Un golpe del azar podía restablecer mi situación. He perdido. ¿Cómo me he arruinado? Voluntariamente, querido Enrique. Desde el primer día vi que no podría continuar con el tren de vida que llevaba, sabía el resultado, quise cerrar los ojos; porque me era imposible decirle a mi mujer «Abandonemos París, vayámonos a vivir a Lanstrac». Me he arruinado por ella como uno se arruina por su amante, pero con certidumbre. Dicho sea entre nosotros, no soy ni un tonto ni un hombre débil. Un tonto no se deja dominar, con los ojos abiertos, por una pasión; y un hombre que se va a las Indias a reconstruir su fortuna, en lugar de levantarse la tapa de los sesos, es un valiente. Volveré rico, o no volveré. Únicamente, querido amigo, como no quiero fortuna más que para ella, no quiero ser víctima de ningún engaño, y estaré ausente durante seis años, te confío mi mujer. Tú tienes ya bastantes aventuras amorosas, para que puedas respetar a mi Natalia y demostrarme la honradez del sentimiento que nos une. No conozco mejor guardián que tú. Dejo a mi mujer sin ningún hijo, y un amante resultaría muy peligroso para ella. Debes saber, mi buen Marsay, que amo perdidamente a Natalia, bajamente, sin vergüenza. Creo que le perdonaría una infidelidad, no porque esté seguro de poder vengarme, sino porque me mataría para dejarla feliz, si no podía yo mismo hacer su felicidad. ¿Qué puedo temer? Natalia tiene para mí esa amistad verdadera, independiente del amor, pero que es la que conserva el amor. Ha sido tratada por mí como una niña mimada. Yo experimentaba tanta felicidad en mis sacrificios, el uno traía de un modo tan natural al otro, que ella sería un monstruo si me engañase. Amor con amor se paga... ¡Ay! ¿Quieres saberlo todo, querido Enrique? Acabo de escribirle una carta en la que le dejo creer que parto con la esperanza en el corazón, con la frente serena, que no tengo ni duda, ni celos, ni temor, una carta como las que escriben los hijos que quieren ocultar a sus madres que van hacia la muerte. Dios mío, De Marsay, yo tenía el infierno dentro de mí, ¡yo soy

el hombre más desventurado del mundo! ¡Para ti van a ser los gritos, el rechinar de dientes! Te confieso las lágrimas del amante desesperado; preferiría permanecer seis años como barrendero bajo las ventanas de ella que regresar millonario tras seis años de ausencia, si ello fuera posible. Tengo horribles angustias, iré de dolor en dolor, hasta que tú me hayas escrito unas palabras por las cuales aceptes una misión que sólo tú en el mundo puedes cumplir. ¡Oh! Mi querido De Marsay, esa mujer es indispensable para mi vida, ella es mi aire y mi sol. Tómala bajo tu égida, consérvamela fiel, aun contra su voluntad. Sí, incluso me contentaría con una felicidad a medias. Sé su ángel custodio, yo no desconfiaré de ti. Demuéstrale que al traicionarme sería vulgar, se parecería a todas las mujeres, y que mostraría distinción en el hecho de permanecerme fiel. Debe poseer también bastante fortuna para continuar su vida muelle y despreocupada; pero si careciere de algo, si tuviera caprichos, conviértete en su banquero, no temas nada, yo volveré rico. Después de todo, mis terrores son sin duda infundados; Natalia es un ángel de virtud. Cuando Félix de Vandenesse, que concibió una gran pasión por ella, se permitió algunas asiduidades, sólo tuve que advertir a Natalia del peligro, y en seguida me dio las gracias en forma tan afectuosa que casi se me saltaron las lágrimas. Me ha dicho que no convenía a su reputación que un hombre abandonase bruscamente su casa, pero que ella sabría despedirle: en efecto, le recibió muy fríamente, y todo terminó de la mejor manera. En cuatro años no hemos tenido otro tema de discusión, si es que puede llamarse discusión a la charla de dos amigos. Vamos, mi querido Enrique, te digo adiós como un hombre. La desgracia ha sobrevenido. Sea cual fuere su causa, el caso es que ha sobrevenido. La miseria y Natalia son términos irreconciliables. Por otra parte, el balance será muy exacto entre mi pasivo y mi activo, así, nadie podrá quejarse de mí; pero si algo imprevisto pusiera mi honor en peligro, confío en ti. En fin, si algún suceso grave ocurriera, puedes mandarme tus cartas, bajo el sobre del gobernador de las Indias, a Calcuta; tengo algunas relaciones de amistad en su casa y alguien me guardará allí las cartas que me lleguen de Europa. Querido amigo, deseo encontrarte el mismo a mi regreso: el hombre que sabe burlarse de todo y que, sin embargo, es accesible a los sentimientos ajenos, cuando éstos armonizan con ese algo grandioso que tú sientes dentro de ti mismo. ¡Tú te quedas en París! En el momento en que leas esta carta, yo gritaré: «¡A Cartago!».

RESPUESTA DEL MARQUÉS ENRIQUE DE MARSAY AL CONDE PABLO DE MANERVILLE

De modo, señor conde, que te has hundido; el señor embajador ha fracasado. ¡Mira ahí, pues, las cosas tan hermosas que estabas haciendo! ¿Por qué, Pablo, te has escondido de mí? Si me hubieras dicho una sola palabra, mi pobre amigo, yo te habría ilustrado acerca de tu situación. Tu mujer me ha negado su garantía. ¡Ojalá pudiera esta frase quitarte la venda de los ojos! Si esto no te bastara, debes saber que

tus letras de cambio han sido protestadas a petición de un tal señor Lécuyer, antiguo primer pasante de un tal señor Solonet, notario de Burdeos. Este usurero en ciernes, llegado de Gascuña para hacer aquí sus chanchullos, es el testaferro de tu muy honorable suegra, acreedora real de los cien mil francos para los cuales tu buena esposa te ha dado, según dicen, setenta mil francos. Comparado con la señora Evangelista, el tío Gobseck es una flanela, un terciopelo, una poción calmante, un merengue de vainilla. Tu finca de Belle-Rose será la presa de tu mujer, a quien su madre le dará la diferencia entre el precio de la adjudicación y la suma que puede retirar antes del reparto de los bienes de la comunidad disuelta. La señora Evangelista tendrá el Guadet y el Grassol, y las hipotecas que gravan tu hotel de Burdeos le pertenecen bajo el nombre de los hombres de paja que le ha encontrado el Solonet ese. Así, esas dos excelentes criaturas reunirán ciento veinte mil libras de renta, suma a la que asciende el rédito de tus bienes, junto con más de treinta mil francos en títulos de renta perpetua del Tesoro, que esas gatitas poseen. La garantía de tu mujer era inútil. El susodicho señor Lécuyer ha venido esta mañana a ofrecerme el reembolso de la suma que te he prestado contra una transferencia en buena forma de mis derechos. La cosecha de 1825, que tu suegra tiene en tus bodegas de Lanstrac, le basta para pagarme. Así, estas dos mujeres han calculado que ya estarías en alta mar; pero yo te envíé mi carta por medio de un correo para que todavía llegues a tiempo de seguir los consejos que voy a darte. He tirado de la lengua a ese Lécuyer. He cogido en sus mentiras, en sus palabras y en sus reticencias los hilos que me faltaban para hacer reaparecer la trama entera de la conspiración doméstica urdida contra ti. Esta noche, en la Embajada de España, rendiré mi tributo de admiración a tu suegra y a tu mujer. Haré la corte a la señora Evangelista, te abandonaré cobardemente, hablaré de ti en forma injuriosa pero con habilidad, porque cualquier cosa burda sería en seguida descubierta por esa sublime mascarilla con enaguas. ¿Cómo has podido conjurarla contra ti? Esto es lo que quiero saber. Si tú hubieras tenido la idea de enamorarte de esa mujer antes de casarte con su hija, hoy serías par de Francia, duque de Manerville y embajador en Madrid. Si tú me hubieses llamado a tu lado en la época de tu boda, yo te habría ayudado a conocer, a analizar a esas dos mujeres con las que te comprometías; y de estas observaciones hechas en común, habrían salido algunos consejos útiles. ¿No era yo acaso el único de tus amigos que podía respetar a tu mujer? ¿Acaso habías de temer algo de mí? Después de haberme juzgado, esas dos mujeres han tenido miedo de mí y nos han separado. Si tú no me hubieras rechazado tontamente, ellas no te habrían devorado. Tu mujer ha contribuido mucho a que nuestra amistad se enfriase; estaba instigada por su madre, a la que escribía dos cartas por semana, y tú no estabas prevenido contra ello. He conocido muy bien a mi Pablo cuando me he enterado de este detalle. Dentro de un mes, me encontraré lo bastante cerca de tu suegra para enterarme de sus propios labios de la razón del odio hispano-italiano que te profesa, a ti, el mejor hombre del mundo. ¿Te odiaba antes de que su hija amase a Félix de Vandenesse, o te expulsa hasta las Indias para hacer que su hija

sea tan libre como puede serlo en Francia una mujer separada de su marido en cuerpo y en bienes? Ahí está el problema. Ya te veo pegando brincos y profiriendo aullidos al enterarte de que tu mujer ama locamente a Félix de Vandenesse. Si yo no hubiera tenido el capricho de emprender un viaje por Oriente con Montriveau, Ronquerolles y algunos otros buenos vividores que tú ya conoces, habría podido decirte algo de ese idilio que se iniciaba cuando partí; ya entonces veía asomarse los gérmenes de tu desgracia. ¿Pero qué caballero sería lo bastante depravado para iniciar tales cuestiones sin encontrar pie para ello? ¿Quién se atrevería a hacer daño a una mujer? ¿Quién rompería el espejo de las ilusiones en el que uno de nuestros amigos se complace en contemplar los sueños dorados de un matrimonio venturoso? ¿Acaso las ilusiones no son la fortuna del corazón? ¿Tu mujer, querido amigo, no era, en la más amplia acepción de la palabra, una mujer de moda? No pensaba más que en sus éxitos, en sus vestidos; iba a los Bouffons, a la Ópera, al baile; se levantaba tarde, iba a pasear al bosque; comía fuera de casa o invitaba a otras personas. Esta vida me parece para las mujeres lo que es la guerra para los hombres; la gente sólo ve a los vencedores y se olvida de los muertos. Si las mujeres delicadas perecen en este menester, las que resisten deben tener organismos de hierro; por lo tanto, poco corazón, y estómagos excelentes. En ello reside la insensibilidad, el frío de los salones. Las almas hermosas permanecen en la soledad, las naturalezas débiles y tiernas sucumben, no quedan más que los guijarros que mantienen el océano social dentro de sus límites, dejándose pulir, redondear por las olas, sin gastarse. Tu mujer resistía admirablemente esta vida, parecía acostumbrada a ella, aparecía siempre lozana y hermosa; para mí, era fácil sacar una conclusión: ella no te amaba, y tú la amabas como un loco. Para hacer brotar el amor en esa naturaleza de pedernal, hacía falta un hombre de hierro. Después de haber sufrido, sin sucumbir, el choque de *lady* Dudley, la mujer de mi verdadero padre, Félix había de ser el hombre idóneo para Natalia. No había mucho mérito en adivinar que tú le eras indiferente a tu mujer. De esta indiferencia al hastío, no había más que un paso, y tarde o temprano, una insignificancia, una palabra, un acto de autoridad podían hacer que tu mujer diera este paso. Yo habría podido contarte a ti mismo la escena que todas las noches se desarrollaba en vuestro dormitorio entre vosotros dos. Tú no tienes hijos, amigo mío. ¿Es que estas palabras no explican muchas cosas a un observador? Enamorado, tú apenas podías darte cuenta de la frialdad natural en una mujer que tú has dejado a punto para Félix de Vandenesse. Aunque hubieses encontrado fría a tu mujer, la estúpida jurisprudencia de las personas casadas te inducía a atribuir su reserva a la inocencia. Como todos los maridos, tú creías poder mantenerla virtuosa en un mundo en el que las mujeres se explican unas a otras al oído lo que los hombres no se atreven a decir, en el que todo lo que un marido no enseña a su mujer es especificado, comentado bajo el abanico, riendo, bromeando, a propósito de un proceso o de una aventura. Si a tu mujer le gustaban los beneficios sociales del matrimonio, sus cargas le parecían algo pesadas. ¡La carga, el impuesto, eras tú! Al no ver nada de estas

cosas, ibas ahondando abismos y cubriéndolos de flores, según la eterna frase de la retórica; tú obedecías dulcemente la ley que rige al común de los hombres, y contra la cual yo había querido prevenirte. Criatura, para ser tan animal como el burgués engañado por su esposa, y que se asombra de ello, o se espanta, o se enfada, sólo te faltaba que me hablastes de tus sacrificios, de tu amor por Natalia, de venir a cantarme: Ella sería muy ingrata si me traicionase; yo he hecho esto, yo he hecho lo otro, me iré por ella a las Indias, etc. Mi querido Pablo, ¿has vivido en París, has tenido el honor de pertenecer por los lazos de la amistad a Enrique de Marsay, para ignorar las cosas más vulgares, los primeros principios que mueven el mecanismo femenino, el alfabeto de su corazón? ¡Exterminaos; id por una mujer a Santa Pelagia, matad a veintidós hombres, abandonad a siete chicas, servid a Labán, cruzad el desierto, costead el presidio, cubrios de gloria, cubrios de vergüenza, rehusad como Nelson librar batalla para ir a besar el hombro de *lady* Hamilton, como Bona parte pegad al viejo Wurmser, rajaros sobre el puente de Arcole, delirad como Rolando, rompeos una pierna entablillada para ir a bailar seis minutos el vals con una mujer!... Querido amigo, ¿es que estas cosas tienen algo que ver con el amor? Si el amor se determinara por tales muestras, el hombre sería demasiado dichoso: algunas proezas realizadas en el momento del deseo le darían la mujer amada. El amor, mi buen Pablo, es una fe como la de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen: viene o no viene. ¿De qué sirven las olas de sangre derramada, las minas del Potosí o la gloria para hacer nacer un sentimiento involuntario, inexplicable? Los jóvenes como tú, que quieren ser amados por balance de cuentas, me parecen innobles usureros. Nuestras mujeres legítimas nos deben hijos y la virtud, pero no nos deben el amor. ¡El amor, Pablo! Es la conciencia del placer dado y recibido, la seguridad de darlo y de recibirlo; el amor es un deseo incesantemente movible, incesantemente satisfecho e insaciable. El día en que Vandenesse hizo vibrar en el corazón de tu mujer la cuerda del deseo que tú dejabas virgen allí, tus fanfarronadas amorosas, tus torrentes de cerebro y de dinero no fueron siquiera meros recuerdos. ¡Tus noches conyugales sembradas de rosas no fueron más que humo; tu abnegación, un remordimiento; tu persona, una víctima para degollar sobre el altar! ¡Tu vida anterior, nada más que tinieblas! Una emoción de amor borraba tus tesoros de pasión que no eran más que chatarra. Él, Félix, ha tenido toda la belleza, toda la abnegación, infundadamente quizá, pero en amor la creencia equivale a la realidad. Tu suegra ha estado naturalmente de parte del amante contra el marido; en secreto o abiertamente, ha cerrado los ojos, o los ha abierto, yo no sé lo que ha hecho, pero ha estado de parte de su hija, contra ti. Desde hace quince años, yo observo la sociedad, no conozco a una madre que en tales circunstancias haya abandonado a su hija. Esta indulgencia es una herencia transmitida de mujer a mujer. ¿Qué hombre puede reprochársela? ¡Algún redactor del código civil, que ha visto fórmulas allí donde no hay más que sentimientos! La disipación a la que te arrojaba la vida de una mujer de moda; la inclinación de un carácter fácil y quizá tu vanidad han suministrado los medios de

desembarazarse de ti por una ruina hábilmente concertada. De todo esto concluirás, mi buen amigo, que la misión que me confiabas y que habría cumplido tanto más cuanto que me habría divertido, queda anulada. El mal a prevenir se ha consumado, *consummatum est*. Perdóname, amigo mío, que te escriba al estilo de De Marsay, como tú decías, sobre cosas que deben parecerle graves. Lejos de mí la idea de hacer piruetas sobre la tumba de un amigo, como los herederos sobre la de un pariente. Mas tú me escribes diciendo que te volvías hombre; te creo, y te trato como político, no como enamorado. Para ti, ¿este accidente no es como la marca en el hombro que decide a un condenado a trabajos forzados a arrojarse a una vida de oposición sistemática y a combatir a la sociedad? He ahí que te has librado de una preocupación: el matrimonio te poseía, tú posees ahora el matrimonio. Pablo, yo soy tu amigo en toda la acepción de la palabra. Si tú hubieras tenido el cerebro reforzado por un casco de bronce, si hubieras tenido la energía que te ha venido demasiado tarde, yo te habría demostrado mi amistad por unas confidencias que te habrían hecho caminar sobre la humanidad como por encima de una alfombra. Pero cuando conversábamos sobre las combinaciones a las que he debido la facultad de divertirme con algunos amigos en el seno de la civilización parisiense, como un buey en la tienda de un vendedor de loza; cuando te contaba en forma novelesca las verdaderas aventuras de mi juventud, tú las tomabas efectivamente como novelas, sin ver su alcance y trascendencia. Por ello, sólo he podido considerarte como una pasión desgraciada. Bueno, amigo mío, en las circunstancias actuales, tú desempeñas el buen papel, no has perdido nada de tu crédito ante mí, como podrías llegar a creer. Si admiro los grandes bribones, aprecio y amo a las personas engañadas. A propósito de aquel médico que acabó tan mal, conducido al cadalso por su amor por una amante, te he contado la historia de belleza muy distinta de ese pobre abogado que vive, en no sé qué presidio, marcado por falsario, y que quería dar a su mujer, una mujer a la que también él adoraba, treinta mil libras de renta; pero al que la mujer ha denunciado para desembarazarse de él y vivir con un señor. Tú te escandalizaste, tú y algunos bobos que cenaban con nosotros. Pues, bien, querido, tú eres el abogado, sin el presidio. Tus amigos no te hacen la merced de la consideración que, en nuestra sociedad, vale un juicio en la audiencia de lo criminal. La hermana de los dos Vandenesse, la marquesa de Listomère, y todo su cotarro en que ha sentado sus reales el pequeño Rastignac, que empieza a asomar la cabeza; la señora de Aiglemont y su salón, en el que reina Carlos de Vandenesse, los Lenoncourt, la condesa Féraud, la señora de Espard, los Nucingen, la Embajada de España, en fin, todo un mundo, te cubre de acusaciones vergonzosas. Tú eres un mal sujeto, un jugador, un libertino, que has devorado estúpidamente tu fortuna. Después de haber pagado tus deudas varias veces, tu mujer, ¡un ángel de virtud!, acaba de pagar cien mil francos en letras de cambio, aunque separada de bienes. Afortunadamente, tú te has hecho justicia desapareciendo. Si tú hubieras continuado, ella habría sido víctima de su abnegación conyugal. Cuando un hombre llega al poder, tiene todas las virtudes de un epitafio; si

cae en la miseria, tiene más vicios que el hijo pródigo: no podrías imaginarte hasta qué punto el mundo te presta pecados al estilo de Don Juan. Jugabas a la Bolsa, tenías aficiones licenciosas cuya satisfacción te costaba sumas enormes y cuya explicación requiere comentarios y chanzas que hacen soñar a las mujeres. Pagabas horribles intereses a los usureros. Los dos Vandenesse cuentan, riendo, por ejemplo, que Gigonnet te daba por seis mil francos una fragata de marfil y la hacía comprar de nuevo por cien escudos a tu ayuda de cámara, para luego vendértela de nuevo; que tú la desguazaste solemnemente al darte cuenta de que con el dinero que te costaba podías tener un verdadero bergantín. La historia le ocurrió a Máximo de Trailles, hace nueve años; pero te cae tan bien, que Máximo ha perdido para siempre el mando de su fragata. En fin, no puedo decírtelo todo, porque suministras datos a una enciclopedia de chismes que las mujeres tienen interés en aumentar. En tal estado de cosas, las más mojigatas no legitiman los consuelos del conde de Vandenesse (su padre murió finalmente ayer). Tu mujer tiene el éxito más extraordinario. Ayer, la señora de Camps me repetía estas hermosas cosas en los Italianos. «No me habléis de ello —le dije—, ¡vosotras no sabéis nada! Pablo ha robado la Banca y abusado del Tesoro Real. Ha asesinado a Ezzelin, ha hecho morir a tres Fedoras de la calle Saint-Denis, y lo creo asociado —os lo digo en confidencia— con la banda de los *Diez Mil*. Su intermediario es el famoso Jacques Collin, a quien la policía no ha podido echar el guante desde que se evadió otra vez de presidio; Pablo le alojaba en su hotel. Como veis, es capaz de todo: engaña al Gobierno. Los dos han partido para ir a trabajar en las Indias y robar el Gran Mogol». La de Camps ha comprendido que una mujer distinguida como ella no debe convertir su hermosos labios en delatora garganta de bronce veneciana. Al enterarse de estas tragicomedias, muchas personas rehúsan creer en ellas; abrazan el partido de la naturaleza humana y de los buenos sentimientos, sostienen que se trata de ficciones. Querido amigo, Talleyrand ha dicho estas magníficas palabras: *¡Todo ocurre!* Ciertamente ocurren ante nuestros ojos cosas aún más asombrosas que este complot doméstico; pero el mundo tiene mucho interés en desmentirlas, en decir que se le calumnia; además, estos magníficos dramas se representan con tanta naturalidad, con un barniz de tan buen gusto, que a menudo tengo necesidad de limpiar el cristal de mis anteojos para ver el fondo de las cosas. Pero, lo repito, cuando un hombre es amigo mío, cuando hemos recibido juntos el bautismo del vino de Champaña, comulgado juntos en el altar de Venus, cuando nos hemos hecho confirmar por los dedos ganchudos del juego, y mi amigo se encuentra en una situación falsa, destruiría mil familias con tal de enderezarle. En esto debes comprender que te quiero; ¿he escrito nunca, que tú sepas, cartas tan largas como ésta? Lee, pues, con atención lo que me resta decirte.

¡Ay! Pablo, hay que entregarse a la escritura, debo acostumbrarme a redactar misivas. Estoy abordando la política. Quiero para dentro de cinco años tener una cartera de ministro o alguna embajada desde la cual pueda manejar a mi capricho los asuntos públicos. Llega una edad en la que la amante más hermosa a la que un

hombre puede servir es su nación. Me coloco en las filas de aquellos que trastornan tanto el sistema como el ministerio actual. En fin, estoy navegando en las aguas de cierto príncipe que no es manco más que del pie, y al que considero como un político de talento cuyo nombre será grande en la historia; un príncipe completo como puede serlo un gran artista. Estamos Ronquerolles, Montriveau, los Grandlieu, La Roche-Hugon, Sérizy, Féraud y Grandville todos aliados contra el partido-sacerdote, como dice ingeniosamente el partido-bobo representado por el *Constitucional*. Queremos derribar a los dos Vandenesse, a los duques de Lenoncourt, de Navarreins, de Langeais y a la Gran Limosnería. Para triunfar, iremos hasta a reunirnos a La Fayette, a los Orleanistas, a la Izquierda, gente para ser degollada el día siguiente de la victoria, porque es imposible todo gobierno con sus principios. Somos capaces de todo para la felicidad del país y para la nuestra. Las cuestiones personales en asuntos de rey son actualmente tonterías sentimentales, de las que hay que limpiar a la política. En este aspecto, los ingleses, con su especie de *dux*, son más avanzados que nosotros. La política ya no estriba en eso, amigo mío. Se halla en el impulso que hay que dar a la nación creando una oligarquía en la que resida una idea fija de gobierno y que dirija los asuntos públicos en un sendero recto, en lugar de tirar del país en mil sentidos diferentes, como se ha hecho desde hace cuarenta años con esta hermosa Francia, tan inteligente y tan tonta, tan loca y tan prudente, a la que haría falta un sistema más bien que unos hombres. ¿Qué son las personas en este asunto? Si la finalidad es grande, si vive más feliz y sin trastornos, ¿qué le importan a la masa los beneficios de nuestra administración, nuestra fortuna, nuestros privilegios y nuestros placeres? Yo tengo ahora ciento cincuenta mil libras de renta al tres por ciento, y una reserva de doscientos mil francos para subsanar las posibles pérdidas. Esto me parece aún poca cosa en el bolsillo de un hombre que parte del pie izquierdo para escalar el poder. Un acontecimiento feliz ha decidido mi entrada en esta carrera que me resulta tan poco halagüeña; porque ya sabes hasta qué punto me gusta la vida oriental. Después de treinta y cinco años de sueño, mi muy honrada madre se ha despertado acordándose de que tenía un hijo que le hacía honor. A menudo, cuando se arrancan unas vides, al cabo de algunos años reaparecen algunas cepas a ras del suelo; pues bien, querido, aunque mi madre me hubiera casi arrancado de su corazón, he vuelto a brotar en su cabeza. A los cincuenta y ocho años de edad, se encuentra lo bastante envejecida como para no poder pensar en otro hombre que no sea su hijo. En tales circunstancias, ha encontrado, yo no sé en qué hervidero de agua termal, a una deliciosa solterona inglesa, rica con doscientas cuarenta mil libras de renta, a la que mi buena madre ha inspirado la audaz ambición de convertirse en mi mujer. Una mujer de treinta y seis años, criada en los mejores principios puritanos, que sostiene que las mujeres adúlteras deberían ser quemadas públicamente. ¿Adónde irían a buscar la leña?, le dije. La habría enviado a todos los diablos, dado que doscientas cuarenta mil libras de renta no son el equivalente de mi libertad, de mi valor físico o moral ni de mi porvenir. Pero ella es la única y exclusiva heredera de un viejo gotoso,

algún cervecero de Londres que, en un plazo calculable, debe dejarle una fortuna por lo menos igual a aquella que ya constituye la dote de la muchacha. Además de estas ventajas, tiene la nariz colorada, ojos de cordero degollado y una cintura que me hace temer que vaya a romperse en tres pedazos si se cae al suelo; tiene el aspecto de una muñeca mal pintada; pero es de una economía seductora, adorará a su marido, posee el talento inglés, cuidará de mi hotel, de mis cuadras, de mi casa, de mis tierras, mejor que lo haría un mayordomo. Tiene toda la dignidad de la virtud; se mantiene erguida como una confidente del Teatro Francés; nada me quita de la cabeza la idea de que ha sido empañada y el palo se le rompió dentro del cuerpo. Por otra parte, *miss Stevens* es lo bastante blanca para no ser demasiado desagradable para casarse con ella cuando esto sea absolutamente necesario. Pero, esto sí que me preocupa: tiene las manos de una joven virtuosa como el arca santa; son tan rojas, que aún no he podido imaginar el modo de blanqueárselas sin excesivo gasto, y no sé cómo afilarle los dedos, que parecen bigudíes. ¡Oh! Evidentemente participa del cervecero por sus manos y de la aristocracia por su dinero; pero afecta demasiado las grandes maneras de las inglesas ricas que quieren que las tomen por señoras. Por otra parte, tiene la escasa inteligencia que yo quiero en una mujer. Si hubiera otra más estúpida, me pondría en camino para ir a buscarla. Esa muchacha, que se llama Dinah, jamás me juzgará; jamás me contrariará; yo seré su cámara alta, su lord, sus comunes. En fin, esa muchacha es una prueba irrecusable del genio inglés; ofrece un producto de la mecánica inglesa llegada a su último grado de perfeccionamiento; ciertamente ha sido fabricada en Manchester, entre el taller de las plumas Perry y el de las máquinas de vapor. Eso come, eso camina, eso bebe, eso podrá hacer niños, cuidarlos, educarlos admirablemente, y eso hace tan bien el papel de mujer que llega a hacer creer que se trata de una mujer. Cuando mi madre nos presentó, ella había montado tan bien la máquina, había repasado tan bien los tornillos, puesto tanto aceite en los engranajes, que no produjo el menor chirrido; luego, cuando vio que yo no decía nada, soltó los últimos resortes, ¡y la chica habló! Finalmente mi madre dijo también la última palabra. *Miss Dinah Stevens* sólo gasta mil francos al año, y viaja por economía desde hace siete años. Los negocios han avanzado tanto, que están a punto de publicarse las amonestaciones. Ya estamos en el *my dear love*. La *miss* me echa unas miraditas como para tumbar a un mozo de cuerda. No se había para nada de mi fortuna, *miss Stevens* consagra una parte de la suya a un mayorazgo en fondos de tierra, de doscientos cuarenta mil francos de renta, y a la compra de un hotel que dependerá del mismo; la dote de que yo seré responsable es de un millón. No puede quejarse, porque le dejo su tío íntegramente. El buen cervecero, que, por otra parte, ha contribuido a la formación del mayorazgo, ha estado a punto de reventar de alegría al enterarse de que su sobrina iba a convertirse en marquesa. Es capaz de hacer un sacrificio por mi hijo mayor. Yo retiraré mi fortuna de los fondos públicos tan pronto como lleguen a ochenta, y lo invertiré todo en tierras.

Dentro de dos años, puedo tener cuatrocientas mil libras en rentas territoriales.

Como ves, Pablo, yo sólo doy a mis amigos los consejos de los que hago uso para mí mismo. Si me hubieras hecho caso, tendrías una inglesa, alguna hija de nabab, que te dejaría la independencia del soltero y la libertad necesaria para jugar al *whist* de la ambición. Yo te cedería mi futura mujer si no estuvieras casado. Pero no es posible. Este preámbulo era necesario para explicarte que voy a llevar la existencia necesaria a los que quieren jugar el gran juego de palillos. Ya no te haré falta, amigo. En lugar de ir a escabecharte a las Indias, es mucho más sencillo navegar en conserva conmigo en las aguas del Sena. ¡Créeme! París es todavía el país donde es más fácil hacer fortuna. El Potosí está situado en la calle Vivienne, o en la calle de la Paix, en la plaza Vendôme, o en la calle de Rivoli. En cualquier otro lugar, obras materiales, sudores de comisionista, pasos y más pasos son necesarios para la edificación de una fortuna, pero aquí son suficientes las ideas. Aquí cualquier hombre, por poco inteligente que sea, descubre una mina de oro al ponerse las zapatillas, al lavarse los dientes después de comer, al acostarse, al levantarse. ¿Sabes de un lugar en el mundo en el que una buena idea, bien estúpida, reporta más dinero y sea comprendida más pronto que aquí? Si puedo llegar a lo alto de la escala, ¿crees que soy hombre como para negarte un apretón de manos, una palabra, una firma? Es que a nosotros, los jóvenes avisados, ¿no nos hace falta un amigo con el que podamos contar, aunque no fuese más que para comprometerle en nuestro lugar, para enviarle a morir como simple soldado con objeto de salvar al general? La política es imposible sin un hombre de honor con el cual uno pueda decirlo y hacerlo todo. He aquí, pues, lo que te aconsejo. Deja partir a *La Bella Amelia*, vuelve aquí como el rayo, yo te arreglaré un duelo con Félix de Vandenesse en el que tú dispararás primero y lo abatirás como un pichón. En Francia, el marido insultado que mata a su rival se convierte en un hombre respetable y respetado. Nadie se burla de él. El miedo, querido, es un elemento social, un medio de éxito para aquellos que no bajan los ojos ante la mirada de nadie. Yo, que me preocupo de vivir como de beber una taza de leche de burra y que nunca he sentido la emoción del miedo, he observado los extraños efectos producidos por este sentimiento en nuestras costumbres modernas. Los unos temen perder los placeres a que están acostumbrados; los otros temen abandonar una mujer. Las costumbres aventureras de antaño ya no existen. La valentía de muchas personas es un cálculo efectuado hábilmente sobre el miedo que se apodera de su adversario. Los polacos son los únicos que en Europa se baten por el placer de batirse, cultivan todavía el arte por el arte y no por especulación. Mata a Vandenesse, y tu mujer tiembla, y tu suegra tiembla, y la gente tiembla, y tú te rehabilitas, y publicas tu pasión insensata por tu mujer, y la gente te cree y te conviertes en un héroe. Así es Francia. Pagarás tus principales deudas, detendrás tu ruina al dar tus propiedades en retroventa, porque pronto habrás conseguido una posición que te permitirá reembolsar a tus acreedores antes del plazo señalado. Luego, una vez hayas comprendido bien el carácter de tu mujer, la dominarás con una sola palabra. Amándola, no podías luchar con ella; pero, al dejar de amarla, tendrás una fuerza indomable. A tu suegra te la devolveré flexible

como un guante; porque se trata de recuperar las ciento cincuenta mil libras de renta que esas dos mujeres se han arreglado para ellas. Renuncia, pues, a la expatriación, con la que darías razón a las calumnias. El jugador que va a buscar su dinero para volver al juego, lo pierde todo. Es preciso tener el oro en el bolsillo. Me das la impresión de ir a buscar tropas de refresco a las Indias. Tú y yo somos dos jugadores en el tapete verde de la política; entre nosotros, el préstamo es de rigor. Por lo tanto, toma los caballos de posta, llega a París y comienza de nuevo la partida; la ganarás con Enrique de Marsay como compañero, porque Enrique de Marsay sabe querer y sabe pegar. Ya ves cuál es nuestra situación. Mi verdadero padre forma parte del Ministerio inglés. Tendremos relaciones con España por medio de las Evangelista; porque una vez nos hayamos medido las garras, tu suegra y yo, veremos que no se gana nada cuando un diablo se enfrenta a otro diablo. Montriveau es teniente general; un día será con toda seguridad ministro de la guerra, porque su elocuencia le da un gran ascendiente sobre la cámara. He aquí que Ronquerolles es ministro de Estado y del consejo privado. Marcial de La Roche-Hugon es nombrado ministro en Alemania y par de Francia, nos trae como dote al mariscal de Carigliano y a toda la rabadilla del Imperio que tan estúpidamente se ha soldado al espinazo de la Restauración. Sérizy dirige el Consejo de Estado, donde es indispensable. Grandville ocupa la magistratura a la que pertenecen sus dos hijos; los Grandlieu están muy bien situados en la corte; Féraud es el alma de la camarilla Gondreville, bajos intrigantes que siempre están en lo alto, no sé por qué. Apoyados de esta suerte, ¿qué hemos de temer? Tenemos un pie en todas las capitales, un ojo en todos los gabinetes, y envolvemos la administración sin que ella se dé cuenta. ¿El asunto dinero no es una miseria, una insignificancia en todo este tinglado tan bien montado? ¿Qué es, sobre todo, una mujer? ¿Es que seguirás siendo un colegial? ¿Qué es la vida, amigo mío, cuando una mujer es toda la vida? Una galera de la que uno no tiene el mando, que obedece a una brújula loca, pero no sin imán, regida por vientos contrarios y en la que el hombre es un verdadero galeote que ejecuta no solamente la ley, sino también aquella que improvisa el cómitre, sin venganza posible. ¡Puá! Comprendo que por pasión o por el placer que se experimenta al transmitir su fuerza a unas manos blancas, uno obedezca a una mujer; ¿pero obedecer a Medoro?... El gran secreto de la alquimia social, amigo mío, es sacar todo el partido posible de cada una de las edades por las que pasamos, tener todas las hojas de uno en primavera, todas las flores en verano, todos los frutos en otoño. Nosotros, algunos buenos vividores y yo, como mosqueteros negros, grises y rojos, nos hemos divertido, durante doce años, no privándonos de nada, ni siquiera de alguna que otra empresa de filibustero; ahora vamos a ponemos a sacudir las ciruelas maduras en la edad en que la experiencia ha dorado las mieses.

Ven con nosotros, tendrás tu parte en el *pudding* que vamos a preparar. Ven, y encontrarás un amigo sincero en la piel de

Enrique de M.

En el momento en que Pablo de Manerville terminaba de leer esta carta, cada una de cuyas frases era como un martillazo dado contra el edificio de sus esperanzas, de sus ilusiones, de su amor, se encontraba más allá de las Azores. En medio de estos escombros, sintiose presa de una rabia fría, una rabia impotente.

«¿Qué les he hecho?», se preguntaba.

Esta pregunta es la frase de los tontos, la frase de las personas débiles que, no sabiendo ver nada, nada pueden prever. Gritó: «¡Enrique, Enrique!» al amigo fiel. Muchas personas se habrían vuelto locas. Pablo fue a acostarse, y se durmió con el profundo sueño que sigue a los inmensos desastres, y que se apoderó de Napoleón después de la batalla de Waterloo.

París, septiembre-octubre, 1835.



OTRO ESTUDIO DE MUJER



OTRO ESTUDIO DE MUJER

*Dedicado a León Gozlan,
en testimonio de buena confraternidad
literaria.*

En París, casi siempre hay dos veladas en los bailes y saraos. En primer lugar, una velada oficial a la que asisten las personas a las que se ha rogado que asistieran, y que se aburren. Cada cual adopta actitudes para ser vistas del vecino. La mayor parte de las jóvenes sólo acuden para ver y ser vistas de una sola persona. Cuando cada mujer está segura de que es la más bella a los ojos de tal persona y que esta opinión quizás ha podido ser compartida por otras personas, después de cambiar frases intrascendentes como éstas: «¿Pensáis ir temprano a la Crampade?». «¡Qué bien ha cantado la señora de Portenduère!». «¿Quién es esa mujercita tan cargada de diamantes?», o después de haber lanzado frases satíricas que causan un placer pasajero e infligen heridas de larga duración, los grupos van enrareciéndose, los indiferentes se marchan, las bujías arden en las arandelas. La dueña de la casa retiene entonces a algunos artistas, personas alegres, amigos, diciéndoles: «Quedaos, cenaremos juntos». Todos se reúnen entonces en un saloncito, donde tiene lugar la segunda velada, la verdadera; velada en la que, como durante el antiguo régimen, cada cual oye lo que se dice, donde la conversación es general, donde se viene obligado a expresar la inteligencia para divertir a todos. Una risa franca sucede a esos aires graves que, en sociedad, ponen un sello de tristeza en los rostros más lindos. En fin, el placer comienza allí donde termina la fiesta. La fiesta, esa fría revista del lujo, ese desfile de amor propio disfrazado con elegantes atavíos, es una de las invenciones inglesas que tienden a *mecanizar* a las otras naciones. Inglaterra parece empeñarse en que el mundo entero se aburra igual que ella y tanto como ella. Esta segunda velada constituye, pues, en Francia, en algunas casas, una feliz protesta del antiguo espíritu de nuestro alegre país; pero, por desgracia, pocas son las casas que protestan, y la razón de ello es bien sencilla: si hoy no tienen lugar en mayor número estas segundas veladas es que bajo ningún régimen hubo menos gente acomodada que bajo el régimen de Luis Felipe, en el que la revolución ha comenzado de nuevo. Todo el mundo corre hacia algún fin o va en pos de la fortuna. El tiempo se ha convertido en algo más valioso que el dinero, nadie puede, pues, entregarse a esa prodigiosa prodigalidad de regresar a casa al día siguiente, para levantarse tarde. Por consiguiente, sólo se encuentran segundas veladas en las casas de aquellas mujeres que son lo suficientemente ricas para tener invitados; y desde el mes de julio de 1830, tales mujeres son en París muy contadas. A pesar de la tácita oposición del barrio de San Germán, dos o tres mujeres, entre las cuales se encuentran la señora marquesa D'Espard y la señorita Des Touches, no han querido renunciar a la parte de influencia

que ejercían sobre París, y no han cerrado sus salones. El salón de la señorita Des Touches, el hotel de la señora D'Espard, célebre por otra parte en París, constituyen el último refugio del ingenio francés de antaño, con su profundidad escondida, sus mil matices y su exquisita cortesía. Allí podréis observar aún la elegancia en las maneras, a pesar de los convencionalismos de la cortesía, del abandono en el coloquio, no obstante la natural reserva en las personas discretas, y sobre todo, la generosidad en las ideas. Allí, nadie piensa guardar su pensamiento para hacer con él un drama; y en un relato, nadie ve la posibilidad de escribir un libro. En fin, el horrible esqueleto de una literatura al acecho no se yergue jamás a propósito de una feliz ocurrencia o de un tema interesante. El recuerdo de una de estas veladas ha quedado grabado en mi mente de un modo más particular, no tanto a causa de una confidencia en la que el ilustre De Marsay puso al descubierto uno de los repliegues más recónditos del corazón de la mujer, como a causa de las observaciones a las cuales dio pie su relato acerca de los cambios que se han operado en la mujer francesa desde la fatal revolución de julio.

Durante esa velada, el azar había reunido a varias personas a las cuales ciertos méritos indiscutibles han valido una gran reputación en toda Europa. No se trata con ello de lisonjear a Francia, ya que entre nosotros se hallaban varios extranjeros. Por otra parte, los hombres que más brillaron no eran los más célebres. Respuestas ingeniosas, finas observaciones, excelentes ironías, pinturas trazadas con brillante nitidez, chisporrotearon y se prodigaron, sin buscarlas, pero fueron deliciosamente sentidas y delicadamente saboreadas. La gente de mundo distinguióse sobre todo por una gracia, por una elocuencia realmente artística. Hallaréis en otras partes, en Europa, elegantes maneras, cordialidad, benevolencia, ciencia; pero solamente en París, en ese salón y en los otros dos de los que acabo de hablar, abunda la inteligencia particular que confiere a todas esas cualidades un conjunto agradable y delicioso, cierto movimiento que podríamos llamar fluvial que hace fácilmente serpentear esta profusión de pensamientos, de fórmulas, de anécdotas, de documentos históricos. Sólo París, capital del buen gusto, conoce esa ciencia que convierte una conversación en un torneo, en el que cada cual dice su frase y condensa su experiencia en una palabra, donde todo el mundo se divierte, relaja su tensión y se ejercita. Así, solamente allí efectuaréis un intercambio de ideas; allí no llevaréis, como el delfín de la fábula, a un mono encima de vuestros hombros; allí seréis comprendidos. En fin, allí, secretos bien traicionados, coloquios ligeros y profundos, ondean, giran, cambian de aspecto y de colores a cada frase. Las críticas vivas y los relatos se suceden unos a otros. Todos los ojos escuchan, los gestos interrogan y la fisonomía responde. En fin, allí todo es, en una palabra, ingenio y pensamiento. Jamás el fenómeno oral que, bien estudiado, bien manejado, constituye el poder del actor y del narrador, me había hechizado de un modo tan completo. No fui yo sólo el que estuvo sometido a tales prestigios, y pasamos una velada deliciosa. La conversación, convertida en narración, arrastró en su curso precipitado curiosas

confidencias, varios retratos, mil locuras, que hacen totalmente intraducible esa fascinante improvisación; pero, dejando a estas cosas su verdor, su natural abrupto, sus falaces sinuosidades, quizá comprenderéis el encanto de una verdadera velada francesa, sorprendida en el momento en que la más dulce familiaridad hace que cada cual olvide sus intereses, su especial amor propio, o, si queréis, sus pretensiones.

Hacia las dos de la madrugada, en el momento en que la cena tocaba a su fin, ya no se encontró alrededor de la mesa más que a los íntimos, probados todos por una relación de quince años, o personas de muy buen gusto, bien educadas y conocedoras del mundo. Por una convención tácita y bien observada, durante la cena renunciaba cada cual a su importancia. El tono venía dado por una igualdad absoluta. Por otra parte, no había entonces allí nadie que no estuviera muy orgulloso de sí mismo. La señorita Des Touches obliga a sus invitados a permanecer sentados a la mesa hasta que llega el momento de partir, después de haber comentado varias veces la completa transformación que se opera en los espíritus a causa del cambio de lugar. Al pasar del comedor al salón, se rompe el encanto. Según Sterne, las ideas de un autor que se deja barba difieren de las ideas que tenía antes. Si Sterne tiene razón, ¿no podemos tener la audacia de afirmar que las disposiciones de las personas sentadas a la mesa ya no son las mismas de las personas que han pasado al salón? El ambiente ya no es embriagador, los ojos ya no contemplan el brillante desorden del momento de los postres, se han perdido las ventajas de aquella holgura mental, de aquella benevolencia que nos invade cuando permanecemos ante el plato particular del hombre que ha satisfecho el apetito, bien acomodado en una de esas mullidas sillas como las que hoy día se fabrican. Quizá se conversa más a gusto ante unos postres, en compañía de vinos finos, durante el delicioso momento en el que cada cual puede apoyar su codo en la mesa y la cabeza en la mano. Entonces, no solamente le gusta a todo el mundo hablar, sino que también le gusta escuchar. La digestión, casi siempre atenta, es, según los caracteres, o charlatana o silenciosa. ¿No era necesario este preámbulo para iniciaros en los encantos del relato confidencial por el cual un hombre célebre, fallecido posteriormente, describió el inocente jesuitismo de la mujer con esta delicadeza y precisión propia de las personas que han visto muchas cosas y que convierte a los hombres de Estado en deliciosos narradores, cuando, como los príncipes de Talleyrand y de Mettemich, se dignan entregarse a un relato?

De Marsay, nombrado primer ministro seis meses antes, había dado ya muestras de una capacidad superior. Aunque aquellos que le conocían desde hacía tiempo no se asombrasen de verle desplegar todo el talento y las diversas aptitudes del hombre de Estado, uno podía preguntarse si él sabía que era un gran político, o si se había desarrollado en el fuego de las circunstancias. Esta pregunta acababa de hacérsela con intención evidentemente filosófica un hombre de talento y gran observador, al que había nombrado prefecto, que fue durante mucho tiempo periodista, y que le admiraba sin mezclar con esta admiración aquel ribete de crítica avinagrada con el que, en París, un hombre superior se excusa de admirar a otro.

—¿Hubo en vuestra vida anterior algún hecho, alguna idea, un dedo que os hayan revelado vuestra vocación? —preguntóle Emilio Blondet—; ya que todos, como Newton, tenemos nuestra manzana que cae y que nos lleva al terreno en el que se despliegan nuestras facultades...

—Sí —respondió De Marsay—, voy a contároslo.

Lindas mujeres, *dandys* políticos, artistas, ancianos, los íntimos de De Marsay, todos se pusieron cómodos entonces, cada cual en su actitud, y contemplaron al primer ministro. ¿Hace falta decir que ya no había criados, que las puertas estaban cerradas y corridas las cortinas? El silencio era tan absoluto, que se oía en el patio el murmurar de los cocheros, los ruidos que hacen los caballos cuando piden que les lleven de nuevo a la cuadra.

—El hombre de Estado, amigos míos, únicamente existe por medio de una sola cualidad —dijo el ministro jugando con su cuchillo de nácar y oro—: saber ser dueño de sí en todo momento, hacer siempre el descuento de cualquier acontecimiento, por fortuito que sea; en fin, tener en su *yo* interior un ser frío y desinteresado que asiste como espectador a todos los movimientos de nuestra vida, a nuestras pasiones, a nuestros sentimientos, y que nos dice al oído, con relación a cualquier cosa, la decisión de una especie de baremo moral.

—De este modo nos explicáis por qué el hombre de Estado es tan raro en Francia —dijo el anciano lord Dudley.

—Desde el punto de vista sentimental, esto es horrible —repuso el ministro—. Así, cuando este fenómeno tiene lugar en un joven... (Richelieu, que, advertido por una carta del peligro que amenazaba a Concini, el día antes, durmió hasta las doce del mediodía, a pesar de que habían de dar muerte a su bienhechor a las diez), un joven, Pitt o Napoleón, si queréis, ¿constituye una monstruosidad? Pues yo me convertí en un monstruo así muy pronto, y merced a una mujer.

—Yo creía —dijo la señora de Montcomet sonriendo— que nosotras teníamos la costumbre de deshacer políticos más que de hacerlos.

—El monstruo de que, yo os hablo no es monstruo más que por el hecho de que os resiste —respondió el narrador con una irónica inclinación de cabeza.

—Si se trata de una aventura de amor —dijo la baronesa de Nucingen—, pido que no se la interrumpa por medio de ninguna reflexión.

—¡La reflexión es tan contraria a tales comentarios! —exclamó José Bridau.

—Contaba yo diecisiete años de edad —prosiguió De Marsay—, la Restauración iba a consolidarse, mis viejos amigos saben cuán impetuoso era yo entonces. Amaba por primera vez en mi vida, y hoy ya puedo decirlo, era uno de los jóvenes más apuestos de París. Poseía belleza y juventud, dos ventajas que debemos al azar y de las que nos enorgullecemos como de algo conquistado. Me veo obligado a guardar silencio sobre el resto. Como todos los jóvenes, amaba a una mujer seis años mayor que yo. Nadie de vosotros —dijo paseando su mirada alrededor de la mesa— puede sospechar su nombre ni reconocerlo. Ronquerolles, en aquellos tiempos, fue el único

que conoció mi secreto, y lo guardó muy bien; yo habría temido su sonrisa; pero ya se ha ido —añadió el ministro mirando a su alrededor.

—No ha querido cenar —dijo la señora de Sérizy.

—Desde hacía seis meses, poseído por mi amor, incapaz de sospechar que una pasión me estaba dominando —prosiguió el primer ministro—, yo me entregaba a aquellas adorables divinizaciones que constituyen el triunfo y la frágil felicidad de la juventud. Yo guardaba *sus* guantes viejos, bebía en infusión las flores que *ella* había lucido, me levantaba de noche para ir a contemplar *sus* ventanas. Toda mi sangre afluía al corazón cuando aspiraba el perfume que *ella* había adoptado. Estaba a mil leguas de reconocer que las mujeres son estufas recubiertas de mármol.

—¡Por favor! ¡Ahorrádnos vuestras horribles frases! —exclamó sonriendo la señora de Camps.

—Creo que habría fulminado con mi desprecio al filósofo que publicó este terrible pensamiento con tan profunda precisión —prosiguió el señor De Marsay—. Sois todos demasiado inteligentes para que os diga más. Estas pocas palabras os recordarán vuestras propias locuras. Gran dama como la que más, y viuda sin hijos (¡oh, poseía todas las cualidades!), mi ídolo se había encerrado para marcar mi ropa interior con sus cabellos; en fin, respondía a mis locuras con otras locuras. Así, ¿cómo no creer en la pasión, cuando viene garantizada por la locura? Tanto ella como yo habíamos empleado toda nuestra inteligencia para ocultar un amor tan completo y tan hermoso a los ojos del mundo; y lo conseguimos. Por lo tanto, ¿cuál no sería el encanto de nuestras escapadas? De ella no voy a deciros nada: perfecta en aquel entonces, uno se habría hecho matar para alcanzar una de sus miradas. Había permanecido en una situación de fortuna satisfactoria para una mujer adorada y que amaba, pero que la Restauración, a la que ella debía un nuevo brillo, hacía poco conveniente debido a su nombre. En mi situación, yo tenía la fatuidad de no concebir una sospecha. Aunque mis celos fuesen entonces de un poder de ciento veinte Otelos, ese sentimiento terrible dormitaba en mí como el oro en la ganga. Yo me habría hecho dar de bastonazos por mi criado si hubiera tenido la cobardía de poner en duda la pureza de aquel ángel tan frágil y tan fuerte, tan rubio y tan ingenuo, puro, cándido, y cuyos ojos azules dejábanse penetrar, con adorable sumisión, por mis miradas hasta el fondo del corazón. ¡Jamás la menor vacilación en la actitud, en la mirada o en la palabra; siempre blanca, fresca y dispuesta a recibir al amado como el lirio oriental del *Cantar de los cantares!*... ¡Ah, amigos míos! —exclamó con acento dolorido el ministro, rejuvenecido de nuevo—. ¡Es preciso darse un buen cabezazo contra una superficie de mármol para disipar toda esta poesía!

Este grito natural, que tuvo resonancia entre los invitados, picó la curiosidad ya muy excitada de éstos.

—Todas las mañanas, montado en aquel hermoso *Sultán* que me habíais enviado de Inglaterra —dijo a lord Dudley—, yo pasaba a lo largo de su calesa, cuyos caballos iban adrede al paso, y veía la consigna escrita en flores en su ramillete para

el caso de que no pudiéramos cambiar rápidamente una frase. Aunque nos viésemos casi todas las tardes en sociedad y ella me escribiera todos los días, habíamos adoptado, para burlar las miradas y los comentarios, una manera de ser. No mirarse, evitarse mutuamente, decir mal uno de otro; hacerse el enamorado desdeñado, todas esas viejas artimañas no valen, de una y otra parte, una falsa pasión confesada para una persona indiferente y un aire de indiferencia para el verdadero ídolo. Si dos amantes quieren jugar este juego, la gente será siempre víctima de tal engaño; pero entonces deben estar muy seguros el uno del otro. Nunca hablábamos de matrimonio: seis años de diferencia podían preocuparla; ella no sabía nada acerca de mi fortuna, que, por principio, jamás he revelado. En cuanto a mí, encantado de la inteligencia de ella, de sus maneras, de la extensión de sus conocimientos, de su ciencia del mundo, me habría casado con ella sin pensarlo. Sin embargo, esa reserva me agradaba. Si ella hubiera sido la primera en hablarme de boda, quizás yo hubiera encontrado vulgaridad en aquel alma perfecta. ¡Seis meses llenos y enteros, un diamante de los más subidos quilates! He aquí mi parte de amor en este mundo vil. Una mañana me sentí resfriado, y por ello escribí unas palabras con el fin de aplazar una de esas fiestas secretas sepultadas bajo los techos de París como perlas en el mar. Una vez enviada la carta, me asaltó un remordimiento: «¡No va a creer que estoy enfermo!», pensé. Ella se hacía la celosa y la suspicaz. Cuando los celos son verdaderos —dijo interrumpiéndose De Marsay— son la señal evidente de un amor único...

—¿Por qué? —preguntó vivamente la princesa de Cadignan.

—El amor único y verdadero —respondió De Marsay— produce una especie de apatía corporal en armonía con la contemplación en la que uno se sumerge. La mente lo complica todo entonces, se consume a sí misma, traza fantasías, las convierte en realidades, en tormentos; y estos celos resultan tan fascinantes como molestos.

Un ministro extranjero sonrió al comprobar, a la luz de un recuerdo, la verdad de esta observación.

—Por otra parte, decíame a mí mismo, ¿cómo perder una felicidad adquirida? —dijo De Marsay reanudando su relato—. ¿No era preferible acudir con fiebre? Además, sabiéndome enfermo, yo la creía capaz de que acudiese y se comprometiera. Hago un esfuerzo, escribo una segunda carta, la llevo yo mismo, ya que en aquel momento no disponía de mi hombre de confianza. Estábamos separados por el río, yo tenía que cruzar la ciudad; pero finalmente, a una distancia conveniente de su hotel, aviso a un recadero, le encargo que haga llegar la carta en seguida, y tengo la buena ocurrencia de pasar en coche de alquiler delante de su puerta, para ver si, por casualidad, no recibirá las dos cartas a la vez. En el momento en que yo llego, a las dos, se abre el portal para dejar entrar el coche..., ¿de quién?...; ¿de mi rival! Hace de ello quince años...; pues bien, al hablaros, el orador agotado, el ministro desecado por el contacto con los asuntos públicos, siente aún un hervor en el corazón y calor en el diafragma. Al cabo de una hora, vuelvo a pasar: ¡el coche estaba todavía en el patio! Mi carta permanecía sin duda en la portería. Finalmente, a las tres y media, el

coche partió; pude estudiar las facciones de mi rival: era de expresión grave, no sonreía; pero amaba, y seguramente se trataba de algún asunto. Acudo a la cita, acude también la reina de mi corazón y la encuentro tranquila, pura y serena. Aquí debo confesar que siempre me ha parecido Otelo no solamente estúpido, sino de mal gusto. Sólo un hombre medio negro es capaz de portarse de tal modo. Shakespeare lo comprendió muy bien, por otra parte, al titular su pieza *El moro de Venecia*. El aspecto de la mujer amada tiene algo de tan balsámico para el corazón, que debe disipar el dolor, las dudas, los pesares: toda mi cólera cedió, y recobré mi sonrisa. Así, esa actitud que a mi edad habría sido el más horrible disimulo, fue un efecto de mi juventud y de mi amor. Una vez hube enterrado los celos, tuve el suficiente poder para observar. Mi estado de enfermo era evidente, las horribles dudas que había sentido hacían que aumentase. En fin, encontré la oportunidad para deslizar estas palabras:

»—¿No teníais a nadie en vuestra casa esta mañana? —basándome en la inquietud en que me había sumido el temor de que ella no dispusiera de su mañana después de recibir mi primer billete.

»—¡Ah! —me dijo—. ¡Hace falta ser hombre para tener tales ideás! ¿Pensar yo en otras cosas que no fueran tu sufrimiento? Hasta el momento en que llegó el segundo billete, no hice más que buscar el medio para poder ir a verte.

»—¿Te has quedado sola?

»—Sola —dijo mirándome con una tan perfecta actitud de inocencia que debió de ser por un desafío de esta índole por lo que el Moro debió de matar a Desdémona.

»Puesto que ella sola ocupaba su hotel, estas palabras constituían una horrible mentira. Una sola mentira destruye aquella confianza absoluta que, para ciertas almas, constituye la base misma del amor. Para expresar lo que se produjo en mi interior en aquel momento, sería preciso admitir que tenemos un ser interior del cual el yo visible es el forro, y que ese ser, brillante como una luz, es delicado como una sombra... Pues bien, ese hermoso yo quedó entonces cubierto para siempre con un crespón. Sí, sentí como si una mano fría y descamada pasara por encima de mí el sudario de la experiencia, me impusiera el luto eterno que pone en nuestra alma una primera traición. Al bajar los ojos para que no advirtiera mis pensamientos, esta idea orgullosa me confirió algo de fuerza: “¡Si te engaña, es que es indigna de ti!”. Atribuí él color rojo de mis mejillas y unas lágrimas que acudieron a mis ojos al hecho de que había aumentado mi resfriado, y la dulce criatura quiso acompañarme a mi casa, con las cortinillas del fiacre corridas. Durante el camino, mostró una solicitud y una ternura que habrían engañado al mismo Moro de Venecia al que tomo como punto de comparación. En efecto, si ese niño grande vacila aún unos segundos, todo espectador inteligente adivina que va a pedir perdón a Desdémona. ¡Así, dar muerte a una mujer es un acto infantil! Al dejarme, lloraba, tan afligida estaba al no poder cuidarme ella misma. Deseaba ser mi ayuda de cámara, cuya felicidad era para ella motivo de celos, y todo esto redactado, ¡oh!, como habría podido escribirlo Clarisa feliz. ¡Siempre hay

un mono en el interior de la más linda y angelical de las mujeres!

Al oír estas palabras, todas las mujeres bajaron los ojos, como heridas por esta cruel verdad tan cruelmente formulada.

—No os digo nada de la noche ni de la semana que pasé —prosiguió De Marsay—; comprendí que yo era un hombre de Estado.

Fueron tan bien dichas estas palabras, que todos dejamos escapar un gesto de admiración.

—Al repasar con espíritu infernal las venganzas verdaderamente crueles con que se puede castigar a una mujer —continuó diciendo De Marsay— (y como nos amábamos, había venganzas terribles, irreparables), yo me despreciaba a mí mismo, sentíame vulgar, formulaba insensiblemente un código horrible, el de la indulgencia. Vengarse de una mujer, ¿no es acaso reconocer que sólo hay una para nosotros, que no sabríamos pasamos sin ella? Y entonces, ¿es la venganza el medio para reconquistarla? Si no nos es indispensable, si existen otras, ¿por qué no dejarle el derecho de cambiar, el mismo derecho que nos arrogamos nosotros? Esto, entiéndase bien, sólo se aplica a la pasión; de otro modo sería antisocial, y nada prueba mejor la necesidad de un matrimonio indisoluble que la inestabilidad de la pasión. Los dos sexos deben estar encadenados, como bestias feroces que son, en unas leyes fatales, sordas y mudas. Suprimid la venganza, la traición ya no es nada en el amor. Aquellos que creen que sólo existe una mujer en el mundo para ellos, éstos deben ser partidarios de la venganza, y entonces sólo hay una, la de Otelo. He aquí la mía.

Estas palabras produjeron en todos nosotros un movimiento imperceptible que los periodistas describen así en los discursos parlamentarios: (*Profunda sensación*).

—Curado de mi resfriado y del amor puro, absoluto, divino, me entregué a una aventura cuya protagonista era encantadora y de un género totalmente opuesto al de mi ángel burlón. Me guardé muy bien de romper con aquella mujer tan fuerte y tan buena comedianta, ya que ignoro si el verdadero amor ofrece tan gratos placeres cómo los que prodiga un sabio engaño. Semejante hipocresía equivale a la virtud (no digo esto por vosotras, las inglesas, *milady*) —dijo suavemente el ministro, dirigiéndose a *lady* Barrymore, hija de lord Dudley—. En fin, que procuré seguir siendo el mismo enamorado de antes. Tuve que hacer que mi nuevo ángel trabajara algunos mechones de mis cabellos y acudí a un hábil artista que a la sazón vivía en la calle Boucher. Ese hombre poseía el monopolio de los presentes capilares, y doy sus señas para aquellos que no tienen mucho pelo: tiene de todas las clases y de todos los colores. Después de haber hecho que le explicase mi encargo, me mostró sus obras. Vi entonces obras de paciencia que sobrepasan lo que los cuentos atribuyen a las hadas y a lo que realizan los condenados a trabajos forzados. Me puso al corriente de los caprichos y de las modas relacionados con los cabellos.

»—Desde hace un año —me dijo— existe la manía de marcar la ropa blanca con cabellos; y felizmente yo tengo hermosas colecciones de cabellos y excelentes obreras.

»Al oír estas palabras, tuve una sospecha, saco el pañuelo y le pregunto:
»—¿De modo que esto ha sido hecho en vuestra casa, con cabellos falsos?
»Miró el pañuelo y me dijo:

»—¡Oh! Esa dama era muy exigente, y quiso comprobar el matiz de sus cabellos. Mi mujer marcó ella misma esos pañuelos. Ahí veis, caballero, una de las cosas más bellas que jamás se hayan realizado.

»Antes de este último rayo de luz, yo habría creído cualquier cosa, habría prestado atención a la palabra de una mujer. Salí de allí teniendo fe en el placer; pero en cuestión de amor, me volví ateo como un matemático. Dos meses después, estaba yo sentado al lado de la mujer etérea, en su gabinete, en su diván; yo tenía cogida una de sus manos, que eran muy bellas, y ascendíamos los alpes del sentimiento, cogiendo las más bellas flores, deshojando margaritas (siempre hay un momento en que se deshojan margaritas, incluso cuando se está en un salón y sin tener margaritas...). En lo más intenso de la ternura, y cuando mejor se ama, el amor tiene tanta conciencia de su breve duración, que se experimenta una necesidad invencible de preguntar: “¿Me amas? ¿Me amarás siempre?”. Aproveché aquel momento tan elegiaco, tan tibio, tan florido, para hacerle decir sus más bellas mentiras con el fascinante lenguaje de aquellas exageraciones ingeniosas y de aquella poesía gascona particulares al amor. Carlota exhibió la bella flor de sus engaños: no podía vivir sin mí, yo era el único hombre para ella en el mundo, tenía miedo de que yo me aburriese, porque mi presencia le arrebatava toda su inteligencia; a mi lado, todas sus facultades transformábanse en amor; por otra parte, era demasiado tierna para no sentir temores; hacía seis meses que buscaba el medio de atarme eternamente, y sólo Dios conocía ese secreto: en fin, ¡ella hacía de mí su dios!...

Las mujeres que escuchaban entonces a De Marsay parecieron ofenderse al verse tan bien imitadas, ya que él acompañó sus palabras con gestos y actitudes que hacían que la ilusión resultara completa.

—En el momento en que yo iba a creer aquella sarta de adorables embustes, sin soltar su mano de la mía, le dije:

»—¿Cuándo te casas con el duque?...

»Este golpe era tan directo, mi mirada estaba tan fija en sus ojos, y su mano tan dulcemente abandonada en la mía, que su estremecimiento, por leve que fuese, no pudo ser disimulado por completo; su mirada fue vencida por la mía y un débil rubor tiñó sus mejillas:

»—¿El duque? ¿Qué queréis decir? —respondió fingiendo profundo asombro.

»—Lo sé todo —repuse— y creo que no debéis tardar: es rico, es duque; pero es más que devoto, ¡es religioso! Así, yo estoy seguro de que me habéis sido fiel, gracias a los escrúpulos de él. No podríais creer cuán urgente es para vos el comprometerle ante sí mismo y ante Dios; sin esto, no acabaríais nunca.

»—¿Es un sueño? —dijo, haciendo sobre los cabellos que le caían sobre la frente, quince años antes que la Malibrán, el gesto tan famoso de la eximia actriz.

»—Vamos, no te hagas la niña, ángel mío —le dije, tratando de cogerle las manos.

»Pero ella cruzó las manos sobre el talle, con un aire entre ofendido y pudibundo.

»—Casaos con él, os lo permito —repuse yo, respondiendo a su gesto con el vos de salón—. Es mejor que lo hagáis.

»—Pero —dijo cayendo de rodillas a mis pies— aquí hay algún error espantoso: yo sólo te amo a ti en el mundo; puedes pedirme de ello las pruebas que quieras.

»—Levantaos, querida, y hacedme el honor de ser franca conmigo.

»—Como si lo fuera con Dios.

»—¿Dudáis de mi amor?

»—No.

»—¿De mi fidelidad?

»—No.

»—Pues bien, yo he cometido el mayor de los crímenes —repuse—, porque he dudado de vuestro amor y de vuestra fidelidad. Entre dos borracheras, me he puesto a mirar tranquilamente a mi alrededor.

»—¡Tranquilamente! —exclamó ella suspirando—. ¡Ya está bien! Enrique, vos no me amáis.

»Mi amante había encontrado, como podéis ver, una puerta para evadirse. En tal clase de escenas, un adverbio es muy peligroso. Pero afortunadamente la curiosidad le hizo añadir:

»—¿Y qué es lo que habéis visto? ¿Acaso he hablado con el duque sino en presencia de otras personas? ¿Habéis sorprendido en mis ojos...?

»—No, en vuestros ojos, no —dije yo—, pero sí en los suyos. Y me habéis hecho ir ocho veces a la iglesia de Santo Tomás de Aquino para ver cómo oíais la misma misa que él.

»—¡Ah! —exclamó ella al fin—. ¡Conque os he puesto celoso!

»—¡Oh! Mucho me gustaría estar celoso —le dije, admirando la agilidad de aquella viva inteligencia y aquellas acrobacias que sólo tienen éxito delante de los ciegos—. Pero a fuerza de ir a la iglesia, me volví muy incrédulo. El día de mi primer resfriado y de vuestro primer engaño, cuando me creíais en cama, vos recibisteis al duque, y me dijisteis que no habíais visto a nadie.

»—¿Sabéis que vuestra conducta es infame?

»—¿Por qué? Me parece que vuestra boda con el duque es un negocio excelente: os ofrece un buen apellido, la única posición que os conviene, una posición brillante, honorable. Seréis una de las reinas de París. Sería un error que yo pusiera obstáculos a ese arreglo, a esa vida honorable, a esa magnífica alianza. ¡Ah! Carlota, algún día me haréis justicia al descubrir cuán diferente es mi carácter del de las otras personas... Habríais estado obligada a engañarme... Sí, habría resultado muy engorroso romper conmigo, porque él os espía. Ya es hora de que nos separemos; el duque es de una virtud muy severa. Es preciso que os volváis mojigata, os lo

aconsejo. El duque es un fatuo, y estará orgulloso de su mujer.

»—¡Ah! —me dijo ella rompiendo a llorar—. ¡Enrique, si tú hubieras hablado! Sí, si tú hubieras querido (yo estaba equivocado, ¿comprendéis?) habríamos ido a pasar toda nuestra vida en un rincón, casados, felices, a la vista del mundo.

»—En fin, ya es demasiado tarde —repuse besándole las manos y asumiendo un aire de víctima.

»—¡Dios mío! Pero en realidad, yo puedo volver a arreglarlo todo —repuso.

»—No, vuestro asunto con el duque ha ido demasiado lejos. Yo mismo debo emprender un viaje, como el mejor medio para separarnos. Tanto vos como yo tendríamos que sentir miedo de nuestro amor...

»—¿Creéis, Enrique, que el duque sospeche algo?

»Yo seguía siendo Enrique, pero había perdido el *tú* para siempre.

»—No lo creo —respondí, adoptando las maneras y el tono de un *amigo*—; pero debéis ser muy devota, reconciliaos con Dios, ya que el duque está aguardando pruebas, vacila, y es preciso hacer que se decida.

»Ella se puso en pie, dio dos vueltas alrededor de su gabinete, con una agitación verdadera o fingida; luego encontró sin duda una actitud y una mirada en armonía con esta situación, ya que se detuvo delante de mí, me tendió la mano y me dijo con voz conmovida:

»—Bien, Enrique, sois un hombre leal, noble y simpático; jamás os olvidaré.

»Fue una admirable estratagema. Estuvo encantadora en esta transición, necesaria a la situación en que quería colocarse frente a mí. Yo adopté la actitud, las maneras y la mirada de un hombre tan profundamente afligido, que vi como se ablandaba aquella su dignidad excesivamente reciente; me miró, me tomó de la mano, me atrajo hacia sí, me hizo sentar en el diván y, tras una pausa, me dijo:

»—Estoy profundamente triste, amor mío. ¿Me amáis?

»—¡Oh, sí!

»—Bien, ¿qué va a ser de vos?

En esto, todas las mujeres cambiaron una mirada.

—Si sufrí al recordar su traición, ahora me río del aire de íntima convicción y de dulce satisfacción interior que ella tenía, si no de mi muerte, por lo menos de una eterna melancolía —repuso De Marsay—. ¡Oh! No os riáis todavía —dijo a los invitados—, hay aún algo mejor. La contemplé con ojos muy enamorados después de una pausa, y le dije:

»—Sí, eso es lo que yo me pregunto.

»—Y bien, ¿qué vais a hacer?

»—Es lo que me pregunté al día siguiente de mi resfriado.

»—¿Y...? —dijo ella con visible inquietud.

»—Y he procurado relacionarme con esa damita a la que me había propuesto hacerle la corte.

»—¡Y yo que le amaba! ¡Yo que luchaba! ¡Yo que...!

»En la tercera idea, que permito adivinéis, hizo el más bello sonido de órgano que yo haya escuchado jamás.

»—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Cuán desgraciadas somos! Nunca podemos ser amadas. Nunca hay para vosotros nada serio en los sentimientos más puros. Pero mirad, cuando vosotros vais, nosotras ya estamos de vuelta.

»—Ya lo veo —dijo con aire contrito—. Tenéis demasiada inteligencia en vuestra cólera para que vuestro corazón sufra por ello.

»Esta modesta sátira redobló su furor, y fue capaz de hallar lágrimas de despecho.

»—Vos me hacéis desgraciada —dijo—, me arrebatáis todas mis ilusiones, me depraváis el corazón.

»Me dijo todo lo que yo tenía derecho a decirle a ella con una sencilla desvergüenza, con una temeridad ingenua que habrían dejado de una sola pieza a un hombre que no hubiera sido yo.

»—¿Qué va a ser de nosotras, pobrecitas mujeres, en la sociedad constituida por la Carta de Luis XVIII?...

»¡Juzgad a qué extremos la había llevado su fraseología!

»—Sí, nosotras hemos nacido para sufrir. En cuanto a pasión, estamos siempre por encima de vosotros, pero vosotros nos sois inferiores en lo que atañe a la lealtad. No tenéis en el corazón ni pizca de honradez. Para vosotros, el amor es un juego en el cual siempre hacéis trampas.

»—Querida —le dije—, tomar algo en serio en la sociedad actual, sería pretender el amor perfecto con una actriz.

»—¡Qué infame traición! Ha sido una traición razonada...

»—No, razonable.

»—Adiós, señor De Marsay —dijo—, me habéis engañado de un modo horrible...

»—La señora duquesa —respondí adoptando una actitud sumisa—, ¿se acordará algún día de las injurias de Carlota?

»—Por supuesto —dijo en tono amargo.

»—¿De modo que me despreciáis?

»Ella inclinó la cabeza y yo me dije a mí mismo: “¡Un buen recurso!”. Partí con la sensación de que ella creía tener algo que vengar en mí. Bien, amigos míos, he estudiado la vida de los hombres que tuvieron éxito con las mujeres, pero no creo que ni el mariscal de Richelieu, ni Lauzun, ni Luis de Valois, hubieran efectuado, por primera vez, una retirada tan sabia como la mía. En cuanto a mi inteligencia y a mi corazón, aquel día se forjaron para siempre, y el imperio que entonces supe conquistar sobre los movimientos irreflexivos que nos hacen cometer tantas tonterías fue el que me dio la hermosa sangre fría que vosotros conocéis.

—¡Cuánto compadezco a la segunda! —dijo la baronesa de Nucingen.

Una sonrisa imperceptible, que afloró a los pálidos labios de De Marsay, hizo que Delfina de Nucingen se ruborizase.

—¡Cómo se olvida! —exclamó el barón de Nucingen.

La ingenuidad del célebre banquero tuvo tal éxito, que su mujer, que fue aquella *segunda* de De Marsay, no pudo por menos de reírse como los demás.

—Vosotros estáis todos dispuestos a condenar a esa mujer —dijo *lady* Dudley—; pues bien, yo comprendo hasta qué punto no consideraba ella su boda como una inconstancia. Los hombres no quieren distinguir jamás entre la constancia y la fidelidad. Yo conozco a la mujer de la cual De Marsay nos ha contado la historia, y es una de vuestras últimas grandes damas...

—¡Ay! *Milady*, tenéis razón —repuso De Marsay—. Pronto hará cincuenta años que asistimos continuamente a la ruina de todas las distinciones sociales; habríamos tenido que salvar a las mujeres de este gran naufragio, pero el Código civil ha pasado por encima de sus cabezas el nivel arrasador de sus artículos. Por terribles que puedan resonar estas palabras, digámoslas: ¡las duquesas se van, y las marquesas también! En cuanto a las baronesas, pido perdón a la señora de Nucingen, que será condesa cuando su marido se convierta en par de Francia, las baronesas nunca han conseguido que se las tomase en serio.

—La aristocracia empieza con la vizcondesa —dijo sonriendo Blondet.

—Las condesas permanecerán —repuso De Marsay—. Una mujer elegante será más o menos condesa, condesa del Imperio o de ayer, pero en cuanto a la antigua dama, murió junto con la grandiosidad que la rodeaba en el pasado siglo. ¡En fin, el Imperio ha visto los últimos vestidos de cola! Todavía no he logrado comprender cómo el soberano que quería hacer barrer su corte con el satén o el terciopelo de los vestidos ducales no ha establecido para ciertas familias el derecho de primogenitura por medio de leyes indestructibles. Napoleón no ha adivinado los efectos de ese Código del que tanto se enorgullecía. Ese hombre, al crear sus duquesas, engendraba nuestras *mujeres como es debido* de nuestros días, producto directo de su legislación.

—El pensamiento, tomado como un martillo, tanto por el niño que sale del colegio como por el oscuro periodista, ha demolido las magnificencias del estado social —dijo el conde de Vandenesse—. Hoy, cualquiera que sea capaz de sostener su cabeza sobre un cuello de camisa, de cubrir su pecho con media vara de raso en forma de coraza, exhibir una frente en la que resplandezca un genio apócrifo bajo unos cabellos rizados, contonearse sobre unos lustrados escarpines, con unos calcetines de seda que cuestan seis francos, sostiene su impertinente en uno de los arcos de sus cejas plegando la parte superior de su mejilla, y aunque no fuese más que un pasante de abogado o el bastardo de un banquero, escruta de pies a cabeza a la más linda duquesa, la tasa cuando desciende por la escalera de un teatro, y le dice a su amigo, vestido por Buisson, en cuya casa nos vestimos todos: «He aquí, amigo mío, una mujer como es debido».

—No habéis sabido —dijo lord Dudley— constituirnos en partido, no tendréis política dentro de mucho tiempo. En Francia, habláis mucho de organizar el trabajo, y aún no habéis organizado la propiedad. He aquí, pues, lo que os sucede: Un duque

cualquiera (si aún los hubiera bajo Luis XVIII o bajo Carlos X, que poseyera doscientas mil libras de renta, un magnífico hotel, un criado lujosamente vestido), podría conducirse como un gran señor. El último de estos grandes señores franceses es el príncipe de Talleyrand. Ese duque deja cuatro hijos, de los cuales dos son hembras. Suponiendo mucha suerte en la forma en que los haya casado a todos, cada uno de sus herederos no tiene hoy más de sesenta u ochenta mil libras de renta; cada uno de ellos es padre o madre de varios hijos y, por consiguiente, viene obligado a vivir en un apartamento, en la planta baja o en el primer piso de una casa, con las mayores economías; ¿quién sabe si incluso no andan en pos de alguna fortuna? A partir de este momento, la esposa del hijo mayor, que sólo es duquesa de nombre, carece de coche, de criados, de su palco en el teatro y de tiempo para dedicar a sí misma; no tiene ni su apartamento en su hotel, ni su fortuna, ni sus fruslerías; está enterrada en el matrimonio como una mujer de la calle Saint-Denis lo está en su comercio; compra las medias para sus hijitos, les da de comer y vigila a sus hijas, a las que ya no interna en ningún convento. De esta manera, vuestras más nobles mujeres se han convertido en estimables cluecas.

—¡Ay, es verdad! —convino José Bridau—. Nuestra época ya no posee aquellas hermosas flores femeninas que adornaron los grandes siglos de la monarquía francesa. El abanico de la gran dama ha sido roto. La mujer ya no tiene necesidad de sonrojarse, de criticar, de cuchichear, de esconderse, de exhibirse. El abanico ya no sirve más que para abanicarse. Cuando una cosa ya no es más que lo que es, es demasiado útil para pertenecer al lujo.

—Todo en Francia ha sido cómplice de la mujer como es debido —dijo Daniel d'Arthez—. La aristocracia lo ha consentido, retirándose al fondo de sus tierras, adonde ha ido a esconderse para morir, emigrando hacia el interior, ante el avance de las ideas, como en otro tiempo en el extranjero ante las masas populares. Las mujeres que podían fundar salones europeos, dirigir la opinión, volverla del revés como un guante, dominar el mundo al dominar a los artistas o a los pensadores, han cometido el error de abandonar el terreno, avergonzadas de tener que luchar con una burguesía ebria de poder y que desembocaba en la escena del mundo para hacerse quizá despedazar por los bárbaros que la pisotean. Así, allí donde los burgueses quieren ver princesas, sólo se advierte la presencia de jóvenes como es debido. Hoy, hoy los príncipes ya no encuentran grandes damas con las cuales casarse, ni siquiera pueden ilustrar a una mujer tomada al azar. El duque de Borbón ha sido el último príncipe que ha hecho uso de este privilegio.

—¡Y sólo Dios sabe lo que le ha costado! —dijo lord Dudley.

—Hoy día, los príncipes tienen mujeres como es debido, obligadas a pagar en el teatro su palco en común con sus amigas, y a las que el favor real no podría acrecentar en su categoría ni tanto así, que desfilan sin brillo entre las aguas de la burguesía y las de la nobleza, ni del todo nobles, ni del todo burguesas —dijo con amargura la marquesa de Rochefide.

—La prensa ha sido herencia de la mujer —exclamó Rastignac—. La mujer ya no tiene el mérito de ser el folletín parlante, de las deliciosas murmuraciones adornadas con hermoso lenguaje. Leemos folletines escritos en una jerga que cambia cada tres años, pequeños diarios alegres como sepultureros y ligeros como el plomo de sus caracteres. Las conversaciones francesas se sostienen en un iroqués revolucionario de un cabo a otro de Francia, por medio de largas columnas impresas en unos edificios en los que chirría una prensa en el lugar donde antaño brillaban los elegantes círculos.

—¡Ha sonado la hora del fin de la alta sociedad! —dijo un príncipe ruso—. ¡Y el primer tañido es vuestra moderna expresión de «mujer como es debido»!

—Tenéis razón, querido príncipe —dijo De Marsay—. Esa mujer, salida de las filas de la nobleza, o brotada de la burguesía, llegada de todas partes, incluso de provincias, es la expresión del tiempo actual, una última imagen del buen gusto, del talento, de la elegancia, de la distinción, todo junto, pero en tono menor. Ya no veremos grandes damas en Francia, pero durante mucho tiempo habrá mujeres como es debido, enviadas por la opinión pública a una alta Cámara femenina, y que serán para el bello sexo lo que es el *gentleman* para Inglaterra.

—¡Y a eso le llaman progreso! —dijo la señorita Des Touches—. ¡Ya quisiera yo saber dónde está el progreso!

—Pues en esto —dijo la señor de Nucingen—: En otros tiempos, una mujer podía tener una voz cascada, unos andares de granadero, una frente de cortesana atrevida, el cabello peinado hacia atrás, el pie grande, la mano gruesa, y sin embargo, era una gran dama; pero hoy, aunque fuese una Montmorency, si es que las señoritas de Montmorency pudieron ser nunca así, no sería una mujer como es debido.

—Pero ¿qué entendéis por eso de una mujer como es debido? —inquirió ingenuamente el conde Adán Laginski.

—Es una creación moderna, un deplorable triunfo del sistema electivo aplicado al bello sexo —dijo el ministro—. Cada revolución tiene una frase, una frase en la que se resume y la cual la describe.

—Tenéis razón —dijo el príncipe ruso, que había venido a París a labrarse una reputación literaria—. Explicar ciertas palabras añadidas de siglo en siglo a vuestra hermosa lengua, sería efectuar una magnífica historia. *Organiser*, organizar, es, por ejemplo, una palabra del Imperio, y que contiene a Napoleón todo entero.

—Todo eso no me dice lo que es una mujer como es debido —exclamó el joven polaco.

—Bien, yo voy a explicároslo —respondió Emilio Blondet al conde Adán—. Una hermosa mañana, vos estáis deambulando por las calles de París, Son más de las dos de la madrugada, pero aún no han dado las cinco. Veis venir hacia vos a una mujer; la primera mirada que le dirigís es como el prefacio de un hermoso libro, os hace presentir un mundo de cosas elegantes y finas. Como el botánico a través de montes y valles, encontráis al fin en medio de las vulgaridades parisienses una flor rara. O bien esta mujer va acompañada de dos hombres muy distinguidos, uno de los cuales por lo

menos luce una condecoración, o bien un criado la sigue a unos diez pasos de distancia. No luce colores vistosos, ni hebilla de cinturón demasiado labrada, ni pantalones con bordados alrededor del tobillo. Veis en sus pies o bien unos zapatos atados sobre unas medias de seda de color gris, o bien unos borceguíes de la más exquisita sencillez. Una tela bastante fina y de precio mediocre os hace distinguir su vestido, cuyo corte sorprende a más de una burguesa: se trata casi siempre de una levita sujeta por nudos y lindamente bordada con un cordoncillo o una orla imperceptible. La desconocida posee una manera propia de arrebujarse en su chal o en una capa; sabe adoptar una actitud, formando una especie de caparazón que convertiría a una burguesa en tortuga, pero bajo la cual ella os sugiere las más bellas formas, velándolas. ¿Por qué medio? Este secreto se lo guarda sin estar protegida por ninguna patente de invención. Al caminar, presenta cierto movimiento concéntrico y armonioso que hace estremecer bajo la tela su forma suave o peligrosa, como a mediodía la culebra bajo la gasa verde de su hierba temblorosa. ¿Debe a un ángel o a un demonio esa ondulación graciosa que se produce bajo el largo chal de seda negra, agita el encaje del borde, esparce un bálsamo etéreo, que yo quisiera denominar la brisa de la parisiense? Reconoceréis en los brazos, en el talle, alrededor del cuello, una ciencia de pliegues que envuelve la más reacia tela de suerte que os recuerde la Mnemosina clásica. ¡Ah! Qué garbo tiene al andar. Examinad bien ese modo de mover el pie hacia delante, amoldando el vestido con tan decente precisión, que excita en el transeúnte una admiración mezclada de placer, pero reprimido por un profundo respeto. Cuando una inglesa trata de caminar así, parece un granadero que avanza para atacar un reducto. ¡La mujer de París posee talento para andar! El municipio le debía el asfaltado de las aceras. Esta desconocida no tropieza con nadie. Para pasar, espera con orgullosa modestia a que le cedan el paso. La distinción propia de la mujer bien educada se observa sobre todo en el modo de sostener el chal o el manto cruzados sobre el pecho. Tiene, mientras camina, un aire sereno y digno, como las madonas de Rafael en su marco. Su actitud, a la vez tranquila y desdeñosa, obliga al más insolente *dandy* a molestarse por ella. El sombrero, de una notable sencillez, lleva cintas nuevas. Quizá tenga también flores, pero las más hábiles de estas mujeres sólo llevan lazos. La pluma requiere el coche, las flores llaman demasiado la atención. Debajo del sombrero, veis el rostro fresco y sereno de una mujer segura de sí misma sin fatuidad, que sin mirar nada lo ve todo, cuya vanidad, nutrida por una continua satisfacción, difunde en su fisonomía una indiferencia que excita la curiosidad. Sabe que es estudiada, que casi todos, incluso las mujeres, se vuelven para mirarla. Así va por las calles de París, como un rayo de sol, blanca y pura. Esta hermosa especie tiene afición a las latitudes más cálidas, a las longitudes más limpias de París; la encontraréis entre la arcada diez y la ciento diez de la calle de Rivoli; bajo la línea de los bulevares, desde el ecuador de los Panoramas, donde florecen las producciones de las Indias, hasta el cabo de la Magdalena; en las comarcas menos densas de la burguesía, entre los números 30 y 150 de la rue Faubourg-Saint-Honoré.

Durante el invierno, gusta de estar en la terraza de los Feuillants, y no sobre la acera de asfalto que la bordea. Según el tiempo, vuela a la avenida de los Campos Elíseos, bordeada al este por la plaza de Luis XV, al oeste por la avenida de Marigny, al sur por la calzada, al norte por los jardines del barrio de Saint-Honoré. Jamás encontraréis esta linda variedad de mujer en las regiones hiperbóreas de la calle Saint-Denis, jamás en las Kamchatkas de las calles enlodadas, pequeñas o comerciales; nunca en parte alguna cuando hace mal tiempo. Estas flores de París se abren cuando hace un tiempo oriental, perfuman los paseos, y después de las cinco, se repliegan sobre sí mismas como los lirios amarillos. Las mujeres que veréis más tarde y que se les parecen un poco, tratando de imitarlas, no son iguales. No resulta fácil, querido conde, reconocer las diferencias por las cuales los observadores veteranos las distinguen, tan comedianta llega a ser la mujer, pero tales diferencias no pasan inadvertidas a los parisienses: se trata de imperdibles mal disimulados, unos cordones algo deshilachados, zapatos agrietados, cintas de sombreros planchadas. Notaréis una especie de esfuerzo en el modo premeditado de bajar los párpados. En la actitud hay algo convencional. En cuanto a la burguesa, es imposible confundirla con la mujer como es debido; la hace resaltar admirablemente, explica la fascinación que en vosotros ha ejercido vuestra desconocida. La burguesa parece ajetreada, sale tanto si hace buen tiempo como malo, corre, va, vienta mira, no sabe si entrará o no entrará en un establecimiento. Allí donde la mujer como es debido sabe bien lo que quiere y lo que hace, la burguesa se muestra indecisa, recoge su falda para cruzar un pequeño charco, arrastra con ella a una criatura que la obliga a espiar los carruajes; es madre en público y conversa con su hija; en invierno, lleva una piel encima de la esclavina, y en verano un chal y un echarpe: la burguesa entiende admirablemente los pleonasmos de la *toilette*. A vuestra hermosa paseante la encontraréis de nuevo en los Italianos, en la Ópera, en un baile. Se presenta entonces bajo un aspecto tan diferente, que diríais que se trata de dos creaciones sin analogía entre sí. La mujer ha salido de sus misteriosas vestiduras como una mariposa de su sedosa crisálida. Sirve, como una golosina, a vuestros excitados ojos, las formas que por la mañana modelaba apenas su vestido. En el teatro, no pasa más allá de los segundos palcos, salvo en los Italianos. Entonces podréis estudiar cómodamente la sabia lentitud de sus movimientos. La adorable engañadora usa los pequeños ardidés políticos de la mujer con una naturalidad que excluye toda idea de arte y premeditación. Si tiene hermoso el perfil, os parecerá que imprime ironía o gracia a lo que le dice a su vecino, colocándose de forma que produzca aquel mágico efecto de perfil, tan grato a los grandes pintores, que atrae la luz sobre la mejilla, dibuja la nariz por medio de una línea nítida, ilumina lo rosado de las ventanas de la nariz, corta la frente con una viva arista, deja a la mirada su chispa de fuego, pero dirigida hacia el espacio y subraya con un trazo de luz la blanca redondez de la barbilla. Si tiene un lindo pie, se echará sobre un diván con la coquetería de una gata que se acuesta al sol, con los pies hacia delante, sin que hallaseis en su actitud otra cosa más que el más delicioso modelo dado por la lasitud

a la estatuaria. No hay como la mujer como es debido para que se encuentre cómoda con su *toilette*; nada la molesta. Nunca la sorprenderéis, como a la burguesa, mirándose al espejo para saber si su peinado es perfecto. Su *toilette* está siempre en armonía con su carácter; ha tenido tiempo de estudiarse, de decidir lo que le va bien, ya que conoce desde hace tiempo lo que no le va bien. No la veréis a la salida, ya que desaparece antes de que termine el espectáculo. Si por casualidad se muestra tranquila y noble en los peldaños oscuros de la escalera, experimenta entonces sentimientos violentos. Ella está allí por algún motivo, tiene que dirigir alguna mirada furtiva y recibir alguna promesa. Quizá desciende así, lentamente, para satisfacer la vanidad de un esclavo al que ella obedece algunas veces. Si vuestro encuentro tiene lugar en un baile o en una velada, recogeréis la miel afectada o natural de su voz astuta; quedaréis prendados de su palabra vacía, pero a la cual sabrá ella comunicar el valor del pensamiento por medio de un encanto inimitable.

—¿Para ser una mujer como es debido, no se requiere inteligencia? —inquirió el conde polaco.

—Es imposible serlo sin poseer grandes dosis de buen gusto —respondió la señora D'Espard.

—Y, en Francia, tener buen gusto es tener algo más que inteligencia —dijo el ruso.

—La inteligencia de esa mujer es el triunfo de un arte completamente plástico —repuso Blondet—. No sabréis lo que ha dicho, pero habréis quedado fascinado. Habrá inclinado la cabeza, o se habrá encogido deliciosamente de hombros, habrá dorado una frase insignificante con la sonrisa de un mohín encantador, o bien habrá puesto algo de la ironía volteriana en un *¿cómo?*, en un *¡ah!* y en un *¡entonces!* Un gesto, será la interrogación más activa. Tales son las grandezas artificiales obtenidas por pequeñeces superlativas: ha dejado caer noblemente su mano suspendiéndola del brazo de la butaca como gotas de rocío al borde de una flor, y todo ha quedado dicho, ella ha dado un juicio sin apelación, capaz de conmovir al más sensible. Ha sabido escuchar, os ha procurado la ocasión de mostraros ingeniosos, y, apelo a vuestra modestia, tales momentos son raros.

El aire cándido del polaco a quien Blondet se estaba dirigiendo hizo que todos los invitados soltaran la carcajada.

—No hablaréis media hora con una burguesa sin que haga aparecer a su marido bajo una u otra forma —repuso Blondet sin perder nada de su gravedad—; pero si sabéis que vuestra mujer como es debido está casada, ha tenido la delicadeza de disimular tan bien a su marido, que os es preciso un trabajo digno de Cristóbal Colón para descubrirlo. A menudo, vos solo no lo conseguiréis. Si no habéis podido interrogar a nadie, al fin de la velada la sorprenderéis mirando fijamente a un hombre entre dos edades y condecorado, que inclina la cabeza y sale. Ella ha pedido su coche y se va. Sin embargo, vos habéis estado junto a ella, y os acostáis en la morada suntuosa de un delicioso sueño que quizá se prolongará por mucho tiempo. Por otra

parte, ninguna mujer como es debido es visible antes de las cuatro, cuando recibe. Es lo bastante sabia para haceros esperar siempre. Encontraréis siempre una nota de buen gusto en su casa, su lujo es de todos los momentos y se renueva adrede; no veréis nada fuera de su sitio. Por doquier encontraréis flores que alegren vuestra vista; las flores, único regalo que acepta, y tan sólo de algunas personas: los ramilletes no viven más que un día, dan alegría y quieren ser renovados; para ella son, como en Oriente, un símbolo, una promesa. Las costosas bagatelas de moda se hallan exhibidas, pero sin pretender convertir la casa en un museo ni en una tienda de curiosidades. La sorprenderéis junto a la lumbre, sentada en su confidente, desde donde os saludará sin levantarse. Su conversación ya no será la del baile. Por otra parte, era nuestra acreedora; en su casa, su ingenio os debe placer. Estos matices los poseen a maravilla las mujeres como es debido. Ama en vos al hombre que contribuye a aumentar su sociedad, el objeto de los cuidados y de las inquietudes actuales de las mujeres como es debido. Así, con el fin de captaros para su salón, será de una fascinante coquetería. Sobre todo allí percibís hasta qué grado están aisladas actualmente las mujeres, por qué quieren tener un pequeño mundo al cual sirvan ellas de constelación. La conversación es imposible sin interlocutores.

—Sí —dijo De Marsay—, tú comprendes muy bien el defecto de nuestra época. El epigrama, ese libro, en una palabra, ya no cae, como durante el siglo XVIII, ni sobre las personas, ni sobre las cosas, sino sobre acontecimientos mezquinos, y muere con el día.

—Así, el ingenio de la mujer como es debido, cuando lo tiene —repuso Blondet—, consiste en dudar de todo, de la misma manera que el de la burguesa consiste en afirmarlo todo. Ahí está la gran diferencia que existe entre esas dos mujeres: la burguesa posee ciertamente virtud, la mujer como es debido no sabe si tiene todavía virtud o si la tendrá siempre; vacila y resiste allí donde la otra rehúsa sencillamente para caer de plano. Esta vacilación en todas las cosas es una de las últimas gracias que le ha dejado nuestra horrible época. Raras veces va a la iglesia, pero hablará de religión y querrá convertiros si tenéis el buen gusto de dároselas de espíritu fuerte, ya que habréis abierto una salida a las frases estereotipadas, a los movimientos de cabeza y a los gestos convenidos entre todas esas mujeres: «¡Ah, vamos! ¡Yo os creía demasiado inteligente para atacar a la religión! La sociedad se está derrumbando y vos le arrebatáis su sostén. Pero la religión, en estos momentos, es vos y yo, es la propiedad, es el porvenir de nuestros hijos. ¡Ah!, no seamos egoístas. El individualismo es la enfermedad de la época y la religión es el único remedio, ella une las familias que vuestras leyes separan, etcétera». Entonces inicia un discurso neocristiano salpicado de ideas políticas, que no es ni católico, ni protestante, sino moral, ¡oh!, de una moral diabólica, en la que reconoceréis una pieza de cada tela que han tejido las doctrinas modernas que luchan entre sí.

Las mujeres no pudieron por menos de reír, debido a los gestos con que Emilio ilustraba sus burlas.

—Este discurso, querido conde Adán —dijo Blondet mirando al polaco—, os demostrará que la mujer como es debido no representa menos el amasijo intelectual que el amasijo político, de la misma manera que está rodeada de los productos brillantes y poco sólidos de una industria que piensa sin cesar en destruir sus obras para sustituirlas por otras. Saldréis de su casa diciéndoos: «¡Decididamente, esa mujer posee superioridad en cuanto a las ideas!». Lo creeréis así, tanto más cuanto que ella habrá sondeado vuestro corazón y vuestra mente con mano delicada, os habrá pedido vuestros secretos; ya que la mujer como es debido parece ignorarlo todo para aprenderlo todo; hay cosas que no las sabe nunca, incluso cuando las sabe. Sólo que vos estaréis inquieto, ignoraréis el estado de su corazón. En otro tiempo, las grandes damas amaban con anuncios, periódico en mano; hoy, la mujer como es debido tiene su pequeña pasión regulada como un papel de música, con sus corcheas, sus negras, sus blancas, sus pausas, sus calderones, sus signos de sostenido en la clave. Débil mujer, no quiere comprometer ni a su amor, ni a su marido, ni el porvenir de sus hijos. Actualmente, el apellido, la posición, la fortuna, ya no son pabellones lo suficientemente respetados para cubrir todas las mercancías que hay a bordo. La aristocracia en bloque ya no se adelanta para servir de biombo a una mujer que ha cometido una falta. La mujer como es debido no tiene, pues, como la gran dama de antaño, una actitud de gran lucha, no puede romper nada bajo sus pies, es ella la que saldría quebrantada. Así, es la mujer de los jesuíticos «términos medios», de los temperamentos más bizcos, de las conveniencias a salvo, de las pasiones anónimas llevadas por un cauce de orillas escarpadas. Teme a sus criados como una inglesa que tiene siempre en perspectiva el proceso por una conversación criminal. Esta mujer, tan libre en el baile, tan linda en el paseo, es una esclava en el hogar; sólo tiene independencia a puerta cerrada, o en el mundo de las ideas. Quiere seguir siendo una mujer como es debido. He ahí su lema. Ahora bien, hoy en día, la mujer, abandonada de su marido, reducida a una escasa pensión, sin coche, sin lujo, sin casa, sin los divinos accesorios de su *toilette*, ya no es ni mujer, ni muchacha, ni burguesa; está disuelta y se convierte en un objeto. Las carmelitas no quieren a una mujer casada, habría un caso de bigamia; tal es el problema: la mujer como es debido puede dar pie quizás a la calumnia, pero nunca a la maledicencia.

—Todo eso es horriblemente cierto —dijo la princesa de Cadignan.

—De este modo —continuó diciendo Blondet—, la mujer como es debido vive entre la hipocresía inglesa y la graciosa franqueza del siglo XVIII; sistema bastardo que revela una época en la que nada de lo que sucede se parece a lo que se va, donde las transiciones no conducen a nada; donde sólo existen matices, donde las distinciones son puramente personales. En mi convicción, es imposible que una mujer, aunque se encontrase en las proximidades del trono, adquiriera antes de los veinticinco años de edad la ciencia enciclopédica de las nada, las grandes pequeñas cosas, las músicas vocales y las armonías de los colores, las diabluras angelicales y las inocentes travesuras, el lenguaje y el mutismo, la gravedad y las burlas, el talento

y la estupidez, la diplomacia y la ignorancia, que son características de la, mujer como es debido.

—Conforme al programa que acabáis de trazarnos —dijo la señorita Des Touches a Emilio Blondet—, ¿dónde clasificaríais a la mujer escritora? ¿Es una mujer como es debido?

—Cuando carece de talento, es una mujer como no es debido —respondió Emilio Blondet acompañando su respuesta de una fina mirada que bien podía pasar por un sincero elogio dirigido a Camilo Maupin—. Esta opinión no es mía, sino de Napoleón —añadió.

—¡Oh! No guardéis rencor a Napoleón —dijo Canalis dejando escapar un gesto enfático—. Una de sus pequeñeces fue la de sentir celos del talento literario, ya que también él tuvo pequeñeces. ¿Quién podrá jamás explicar, pintar o comprender a Napoleón? ¡Un hombre al que representan con los brazos cruzados y que lo ha hecho todo! Que ha sido el más bello de los poderes conocidos, el poder más concentrado, el más mordaz, el más ácido de todos los poderes; genio singular que llevó la civilización por doquier sin lograr establecerla en parte alguna; un hombre que podía hacerlo todo, porque lo quería todo; prodigioso fenómeno de la voluntad, dominando una enfermedad por medio de una batalla, y que, sin embargo, había de morir de enfermedad en su lecho después de haber vivido en medio de las balas; un hombre que tenía en la cabeza un código y una espada, la palabra y la acción; espíritu perspicaz que lo ha adivinado todo, excepto su caída; extraño político que utilizaba los hombres a puñados por economía y que respetó tres cabezas: las de Talleyrand, de Pozzo di Borgo y Mettemich, diplomáticos cuya muerte habría salvado al Imperio francés, y que le parecieron pesar más que millares de soldados; hombre al cual, por raro privilegio, la naturaleza había dejado un corazón en su cuerpo de bronce; hombre risueño y bueno a medianoche entre mujeres, y por la mañana, ¡manejando a Europa como una joven que se divertiera agitando el agua de su baño! Hipócrita y generoso, amante del oropel y de lo sencillo, sin gusto, pero protector de las artes; a pesar de estas antítesis, grande en todas las cosas por instinto o por organización; César a los veinticinco años de edad, Cromwell a los treinta, luego, como un buen droguero del Padre Lachaise, buen padre y buen esposo. En fin, ha improvisado monumentos, imperios, reyes, códigos, versos, una novela, y todo ello con más resonancia que precisión. ¿Acaso no ha querido que Europa se convirtiera en Francia? Y después de habernos hecho pesar sobre la tierra, hasta el punto de cambiar las leyes de la gravedad, nos ha dejado más pobres que el día en que puso sus manos en nosotros. Y él, que había conquistado un imperio con su nombre, perdió su nombre al borde del imperio, en un mar de sangre y de soldados. ¡Hombre que, todo pensamiento y todo acción, reunía en sí mismo a Desaix y a Fouché!

—¡Pero, por muy arbitrario que fuese, fue el verdadero rey! —dijo De Marsay.

—¡Ah! ¡Qué poco placer causa el escuchar esas cosas mientras estamos haciendo la digestión! —dijo el barón de Nucingen.

—¿Pero acaso creéis que lo que os servimos es cosa corriente? —dijo José Bridau—. ¡Si hubiera que pagar los placeres de la conversación como pagáis los de la danza o los de la música, vuestra fortuna resultaría insuficiente! No existen dos representaciones para un mismo rasgo de ingenio.

—Entonces, ¿somos tan insignificantes como opinan esos señores? —dijo la princesa de Cadignan dirigiendo a las mujeres una sonrisa en la que se mezclaban la duda y la burla—. Porque hoy día, bajo un régimen que empequeñece todas las cosas, os gustan los platitos, los pisitos, los cuadritos, los artículos pequeños, los libros, los periódicos pequeños, ¿quiere decir que las mujeres serían por ello menos grandes? ¿Por qué el corazón humano habría de cambiar, porque cambiáis de vestido? En todas las épocas, las pasiones serán las mismas. Yo sé de admirables abnegaciones, de sublimes sufrimientos que carecen de publicidad, de la gloria, si queréis, que antaño ilustraba los deslices de algunas mujeres. Pero por no haber salvado a un rey de Francia, una no es menos Agnès Sorel. Creéis que nuestra querida marquesa D'Espard no vale tanto como la señora Doublet, o que la señora Du Defiant, en cuya casa se decía y se hacía tanto mal. ¿No vale Taglioni lo que Camargo? ¿Malibrán no es igual a la Saint-Huberti? ¿No son nuestros poetas superiores a los del siglo XVIII? Si, en estos momentos, por culpa de los drogueros que nos gobiernan, no tenemos un género propio, ¿acaso el Imperio no posee su sello peculiar, lo mismo que el siglo de Luis XV, y su esplendor no fue fabuloso? ¿Han perdido quizás algo las ciencias?

—Soy de vuestra opinión, señora; las mujeres de esta época son realmente grandes —respondió el general de Montriveau—. Cuando llegue la posteridad para nosotros, ¿acaso la señora Recamier no tendrá proporciones tan colosales como las más hermosas de tiempos pasados? ¡Hemos hecho tanta historia, que faltarán historiadores! El siglo de Luis XIV sólo tuvo una señora de Sevigné; nosotros tenemos un millar de ellas en París, que ciertamente escriben mejor y no publican sus cartas. Que la mujer francesa se llame *mujer como es debido* o *gran dama* será siempre la mujer por excelencia. Emilio Blondet nos ha ofrecido un cuadro de las gracias de la mujer de hoy; pero, en caso necesario, esta mujer que alardea de saber, que repite las ideas de tal o cual señor, sería heroica. Y vuestras faltas, digámoslo de una vez, señoras, resultan tanto más poéticas cuanto que en todo momento estarán rodeadas de los mayores peligros. He visto mucho el mundo, quizá lo haya observado demasiado tarde; pero en las circunstancias en las cuales la ilegalidad de vuestros sentimientos podría disculparse, he notado siempre los efectos de no sé qué casualidad, que podéis llamar Providencia, y que aplasta fatalmente a aquéllas a las que llamamos mujeres ligeras.

—Espero —dijo la señora de Vandenesse— que también podamos ser grandes por otro motivo...

—¡Oh! Dejad al marqués de Montriveau que nos predique —exclamó la señora D'Espard.

—Tanto más cuanto que ha predicado mucho con el ejemplo —comentó la

baronesa de Nucingen.

—A fe mía —repuso el general— que entre todos los dramas, ya que os servís mucho de esta palabra —añadió dirigiéndose a Blondet—, en los que se ha manifestado el dedo de Dios, el más espantoso que he presenciado ha sido casi obra mía...

—¡Bien, contádnoslo, pues! —exclamó *lady* Barrymore—. ¡Me gusta tanto sentir escalofríos!

—Es una afición propia de mujer virtuosa —observó De Marsay mirando a la encantadora hija de lord Dudley.

—Durante la campaña de 1812 —dijo entonces el general de Montriveau—, yo fui la causa involuntaria de una horrible desgracia que podrá servir, doctor Bianchon —dijo dirigiéndose a mí—, puesto que os ocupáis tanto del espíritu humano al ocuparos del cuerpo, para resolver algunos de vuestros problemas sobre la voluntad. Yo hacía mi segunda campaña, amaba el peligro y me reía de todo, como joven y simple teniente de artillería que era en aquel tiempo. Cuando llegamos al Beresina, el ejército, como sabéis, ya no tenía disciplina ni sabía lo que era la obediencia militar. Era un conglomerado de hombres de todas las naciones que se dirigía instintivamente de norte a sur. Los soldados expulsaban de su hogar a un general en andrajos y descalzo cuando no les traía leña ni víveres. Después de cruzar ese célebre río, el desorden no fue menor. Yo salía tranquilamente, yo solo, sin víveres, de los pantanos de Zemblin, e iba en busca de una casa en la que quisieran darme cobijo. Al no encontrarla, o siendo expulsado de aquellas que encontraba, descubrí afortunadamente, al atardecer, una mísera granja de Polonia, de la cual nada podría daros una idea a menos que hubieseis visto las casas de madera de la baja Normandía o las más pobres alquerías de la Beauce. Estas moradas consisten en una sola habitación dividida en un extremo por un tabique de madera, y la pieza más pequeña sirve para almacenar el forraje. La oscuridad del crepúsculo permitiome ver de lejos una ligera columna de humo que se escapaba de aquella casa. Esperando encontrar en ella unos camaradas más compasivos que aquéllos a los que hasta entonces me había dirigido, caminé decidido hasta la granja. Al entrar, encontré puesta una mesa. Varios oficiales, entre los cuales se hallaba una mujer, espectáculo asaz corriente, comían patatas, carne de caballo asada a la parrilla y remolachas heladas. Reconocí entre los invitados a dos o tres capitanes de artillería del primer regimiento en el cual yo había servido. Fui aclamado con un ¡hurra! que me habría emocionado mucho de haberme encontrado al otro lado del Beresina; pero en aquel momento el frío era menos intenso, mis compañeros descansaban, tenían calor, comían, y la sala, cubierta de paja, les ofrecía la perspectiva de una noche de delicias. No pedíamos tanto entonces. Los camaradas podían ser filántropos gratis, una de las maneras más corrientes de ser filántropo. Me senté para comer sobre un montón de paja. En el extremo de la mesa, junto a la puerta que daba acceso a la pequeña pieza llena de paja y heno, se hallaba mi pequeño coronel, uno de los hombres más

extraordinarios que jamás haya encontrado en todo el conjunto de hombres que me haya sido permitido ver. Era italiano. Ahora bien, siempre que la naturaleza humana es bella en las regiones meridionales, lo es en un grado sublime. No sé si habéis observado la singular blancura de los italianos cuando son blancos... Es algo magnífico, sobre todo al darles de lleno la luz. Cuando leí el fantástico retrato que Charles Nodier nos ha trazado del coronel Oudet, encontré mis propias sensaciones en cada una de sus elegantes frases. Italiano como la mayor parte de los oficiales que integraban su regimiento, tomado, además, por el emperador al ejército de Eugenio, mi coronel era de elevada estatura; bien mediría ocho o nueve pies, admirablemente proporcionado, quizás un poco grueso, pero de prodigioso vigor, y ágil como un lebre. Sus cabellos negros y muy rizados hacían resaltar su blanca tez como la de una mujer; tenía manos pequeñas, un lindo pie, boca graciosa, una nariz aguileña cuyas líneas eran delgadas y cuya punta se alargaba de un modo natural y blanqueaba cuando se encolerizaba, cosa que ocurría a menudo. Su irascibilidad era tan grande, que excuso describíroslo, ya juzgaréis de ella. Nadie podía permanecer tranquilo a su lado. Yo quizás era el único que no le temía; me había cobrado, es cierto, una gran simpatía, y todo lo que yo hacía, parecíale bien. Cuando se enfadaba, su frente se crispaba y sus músculos dibujaban en medio de su frente un delta, o por mejor decir, la herradura de caballo de Guantelete Rojo. Este signo aterrorizaba quizás aún más que los relámpagos magnéticos de sus ojos azules. Todo su cuerpo estremecíase entonces, y su fuerza, ya grande en estado normal, casi no conocía límites. Pronunciaba guturalmente la erre. Su voz, al menos tan potente como la del Oudet de Charles Nodier, producía una increíble riqueza de sonos en la sílaba que contenía esa erre o en la erre misma. Si este vicio de pronunciación constituía una gracia de él en ciertos momentos, cuando daba órdenes o estaba irritado, no podríais imaginaros cuán grande poder expresaba esta acentuación tan vulgar en París. Había que oírle. Cuando el coronel estaba tranquilo, sus azules ojos reflejaban una dulzura angelical, y su pura frente poseía una expresión llena de encanto. En un desfile, en el ejército de Italia, ningún hombre podía competir con él. En fin, el propio D'Orsay, el guapo D'Orsay, fue vencido por nuestro coronel durante la última revista que pasó Napoleón antes de entrar en Rusia. Todo era contrapuesto en aquel hombre privilegiado. La pasión vive por los contrastes. Así no me preguntéis si ejercía sobre las mujeres esas irresistibles influencias a las cuales nuestra naturaleza (y el general, al decir esto, miraba a la princesa de Cadignan) se pliega como la masa vitrificable bajo el tubo del soplador; pero, por una singular fatalidad, un observador se daría pronto cuenta de este fenómeno, el coronel tenía poca fortuna o no quería tenerla. Para daros una idea de su violencia, voy a deciros en dos palabras lo que le vi hacer en un paroxismo de cólera. Subíamos con nuestros cañones por un camino muy estrecho, bordeado por un lado por un talud bastante alto y por el otro por unos bosques. En medio del camino nos encontramos con otro regimiento de artillería, a la cabeza del cual iba el coronel. Este coronel quiere hacer retroceder al capitán de

nuestro regimiento, que se hallaba a la cabeza de la primera batería. Naturalmente, nuestro capitán se niega a ello; pero el coronel hace una seña a su primera batería para que avance, y a pesar del cuidado que el conductor puso en lanzarse hacia el bosque, la rueda del primer cañón cogió la pierna derecha de nuestro capitán y se la cortó, echándola al otro lado de su caballo. Todo esto fue obra de un instante. Nuestro coronel, que estaba a poca distancia, adivina lo que ocurre, acude al galope y llega delante del otro coronel en el momento en que nuestro capitán gritaba: «¡A mí!...», al caer. ¡No, nuestro coronel italiano ya no era un hombre!... Una espuma parecida a la del champaña hervía en su boca, rugía como un león. Incapaz de proferir una sola palabra ni siquiera un grito, hace una seña espantosa a su antagonista, mostrándole el bosque y sacando el sable. En dos segundos, vimos al adversario de nuestro coronel en el suelo, con la cabeza hendida en dos. Los soldados de aquel regimiento retrocedieron; ¡vaya si retrocedieron! ¡Y más que de prisa! Ese capitán, al que no habían matado y que se lamentaba caído en el barro adonde le había arrojado la rueda del cañón, tenía por esposa una linda italiana de Mesina, a la cual nuestro coronel no le era indiferente. Esta circunstancia había aumentado su furor. Comprendía que debía defender a aquel marido, como si se tratara de defender a la mujer misma. Ahora bien, en la cabaña en que fui tan bien acogido al otro lado de Zembin, este capitán se hallaba frente a mí, y su mujer se encontraba al otro extremo de la mesa, delante del coronel. Esta mujer de Mesina llamábase Rosina, era bajita, muy morena, con unos ojos negros en forma de almendra, en los que ardía todo el fuego del sol de Sicilia. En aquellos momentos se encontraba en un deplorable estado de delgadez; tenía las mejillas cubiertas de polvo como un fruto expuesto a la intemperie del camino. Apenas vestida con unos cuantos andrajos, fatigada por las marchas, con el pelo en desorden bajo un trozo de chal, había aún en ella algo de mujer; sus movimientos eran graciosos, su busto, atractivo que la miseria, el frío, la incuria no habían logrado desnaturalizar del todo, hablaban todavía de amor a todo aquel que aún pudiera pensar en una mujer. Rosina ofrecía, por otra parte, una de estas naturalezas frágiles en apariencia, pero nerviosas y llenas de fuerza. El rostro del marido, noble piemontés, anunciaba una bondad burlesca, si está permitido unir estas dos palabras. Valeroso, instruido, parecía ignorar las relaciones que desde hacía unos tres años existían entre su mujer y el coronel. Yo atribuía esta indiferencia a las costumbres italianas o a algún secreto del matrimonio, pero había en las facciones de aquel hombre un rasgo que me inspiraba siempre una involuntaria desconfianza. Su labio inferior, delgado y muy movable, inclinábase hacia abajo por ambos extremos, en vez de levantarse, lo cual me hacía sospechar que revelaba un fondo de crueldad en aquel carácter en apariencia flemático y perezoso. Ya podéis imaginar que cuando llegué la conversación no era muy brillante. Mis compañeros, fatigados, comían en silencio; naturalmente, me hicieron algunas preguntas; y nos contamos unos a otros nuestras desgracias, entreverándolas con reflexiones acerca de la campaña, los generales, sus defectos, los rusos y el frío. Un momento después de nuestra llegada,

el coronel, después de frugal comida, se limpia los bigotes, nos dice buenas noches, lanza su negra mirada sobre la italiana y le dice: «¡Rosina!». Luego, sin aguardar respuesta, va a acostarse a la pequeña pieza del forraje. El sentido de la interpelación del coronel era fácil de entender. Así, la joven dejó escapar un gesto indescriptible que reflejaba a la vez la contrariedad que debía experimentar al ver su dependencia con respecto a aquel hombre revelada de un modo tan exento de respeto humano, y la ofensa hecha a su dignidad de mujer o a su marido; pero en la crispación de los rasgos de su rostro, en el modo de juntarse una ceja con otra violentamente hubo una especie de presentimiento: quizá tuviera el presentimiento de lo que le había de ocurrir. Rosina permaneció tranquilamente sentada a la mesa. Un instante después, y probablemente cuando ya el coronel se hallaba acostado en su lecho de heno o de paja, repitió: «¡Rosina!». El acento de esta segunda llamada era aún más brutal que el otro. La pronunciación gutural de la erre y el acento que la lengua italiana permite dar a las vocales describieron todo el despotismo, la impaciencia, la voluntad de aquel hombre. Rosina palideció, pero se puso en pie, pasó por detrás de nosotros y fue a reunirse con el coronel. Todos mis camaradas guardaron un profundo silencio; pero yo, desgraciadamente, después de haberlos mirado a todos, me eché a reír, y mi risa se repitió de boca en boca.

»—¿Tú, *Ridi*? —dijo el marido.

»—A fe mía, camarada —le respondí poniéndome serio—, confieso que he hecho mal, y te pido mil perdones; toda la culpa es mía.

»No eres tú quien tiene la culpa, sino yo —repuso fríamente.

»Dicho esto, nos acostamos en la misma estancia, y pronto quedamos profundamente dormidos. Al día siguiente, cada cual, sin despertar a su vecino, sin buscar un compañero de viaje, se puso en camino espontáneamente, con esa especie de egoísmo que ha hecho de nuestra derrota uno de los más horribles dramas de personalidad, de tristeza y de horror que jamás se hayan desarrollado bajo el cielo. Sin embargo, a siete u ochocientos pasos del lugar donde habíamos dormido, volvimos a encontrarnos casi todos, y caminamos juntos, como gansos conducidos por el despotismo ciego de un niño. Una misma necesidad nos impelía. Cuando llegamos a un montículo desde el cual podía percibirse aún la granja en la que habíamos pernoctado, oímos unos gritos que semejaban el rugido de los leones del desierto, el mugir de los toros. Pero no, aquel clamor no podía compararse con nada conocido. Sin embargo, en medio de aquellos gritos pudimos distinguir una débil voz de mujer. Nos volvimos todos para mirar, poseídos de no sé qué sentimiento de horror; pero ya no vimos la casa, sino una gran hoguera. La casa estaba completamente envuelta en llamas. Unos torbellinos de humo, levantados por el viento, nos traían unos sonos roncós y no sé qué olor penetrante. A unos pasos de distancia de nosotros caminaba el capitán, que con toda tranquilidad acababa de unirse a nuestra caravana; todos le contemplamos en silencio, ya que nadie se atrevió a hacerle ninguna pregunta; pero él, adivinando nuestra curiosidad, volvió hacia su

pecho el índice de la mano derecha, y señalando con la izquierda el incendio, dijo:

»—¡Son io!

»Nosotros seguimos caminando sin hacerle una sola observación.

—No hay nada más horrible que la rebelión de un carnero —dijo De Marsay.

—Sería horrible volver a casa con esa espantosa imagen en la memoria —dijo la señora de Portenduère—. Creo que voy a soñar todo eso...

—¿Y cuál será el castigo de la primera del señor De Marsay? —dijo sonriendo lord Dudley.

—Cuando los ingleses bromean, sus chanzas son dardos acerados —dijo Blondet.

—El señor Bianchon podrá decírnoslo —respondió De Marsay dirigiéndose a mí—, puesto que la vio moribunda.

—Sí —repuse yo— y su muerte es una de las más bellas que conozco. Habíamos pasado, el duque y yo, la noche junto a la cabecera de la moribunda, cuya pulmonía, llegada a su último grado, no dejaba entrever ya ninguna esperanza. El día antes había recibido la extremaunción. El duque habíase dormido. La señora duquesa, habiendo despertado hacia las cuatro de la mañana, hízome del modo más conmovedor, y sonriendo, una seña amistosa para indicarme que la dejara descansar, y sin embargo, ¡iba a morir! Había llegado a una extrema delgadez, pero su rostro conservaba sus rasgos y sus formas realmente sublimes. Su palidez hacía que su piel pareciera una porcelana detrás de la cual hubiera una luz encendida. Sus ojos vivos y sus colores daban a esa tez una suave elegancia, y en sus facciones reflejábese una impresionante serenidad. Parecía compadecer al duque, y este sentimiento tomaba su origen en una ternura elevada que parecía no conocer límites a medida que se aproximaba la muerte. El silencio era profundo. La habitación, suavemente iluminada por una lámpara, tenía el aspecto de todas las habitaciones de los enfermos a la hora de la muerte.

»En aquel momento dio las horas el reloj de pared. El duque despertó y se desesperó al comprobar que se había quedado dormido. Yo no vi el gesto de impaciencia con que reflejaba el pesar que le producía el haber perdido de vista a su mujer durante uno de los últimos momentos que le estaban concedidos; pero es seguro que cualquier otra persona que no fuera la moribunda habría podido engañarse. Hombre de Estado, preocupado por los intereses de Francia, el duque poseía muchas de esas excentricidades aparentes que hacen que se tomen por locas a las personas geniales, pero cuya explicación se encuentra en la exquisita naturaleza y en las exigencias de su espíritu. Fue a sentarse en una butaca cerca de la cama de su esposa y la miró fijamente. La moribunda avanzó un poco la mano, tomó la de su marido, la estrechó débilmente, y con voz dulce, pero conmovida, le dijo:

»—Pobre amigo mío, ¿quién te comprenderá ahora?

»Entonces murió, mientras le estaba mirando.

—Las historias que refiere el doctor —dijo el duque de Rhétoré—, causan impresiones muy profundas.

—Pero agradables —repuso la señorita Des Touches.

—¡Ah!, señora —dijo el doctor—, tengo historias terribles en mi repertorio; pero cada relato tiene su hora en la conversación, según la bella frase referida por Champfort y que le dijeron al duque de Fronsac: «Hay diez botellas de champaña entre tu concurrencia y el momento en que nos encontramos».

—Pero son las dos de la madrugada, y la historia de Rosina nos ha preparado —dijo la dueña de la casa.

A un gesto del complaciente doctor, hízose un profundo silencio.

—A un centenar de pasos de Vendôme, a orillas del Loir —dijo—, existe una vieja casa de color pardo, con tejado muy alto, y tan aislada, que en los alrededores de la misma no se encuentra ni una maloliente curtiduría ni un mal mesón, como los que se ven en las inmediaciones de casi todas las pequeñas ciudades. Delante de esta casa hay un jardín que da al río y en el que los bojés, qué antes trazaban la línea de las avenidas, crecen ahora a su antojo. Algunos sauces, nacidos en el Loir, han crecido rápidamente y forman una especie de seto que oculta a medias la casa. Las plantas que llamamos malas hierbas, decoran con su verdor el talud de la orilla. Los árboles frutales, descuidados desde hacía diez años, ya no producen cosechas, y sus retoños forman sotos. Los senderos, que en otro tiempo estaban enarenados, se hallan cubiertos de verdolagas; pero, a decir verdad, ya no hay huellas de sendero. De lo alto de la montaña en la que se encuentran las ruinas del viejo castillo de los duques de Vendôme, el único lugar desde el cual los ojos pueden mirar hacia el interior de este recinto, dícese que, en una época difícil de precisar, ese rincón de tierra hizo las delicias de algún gentilhombre que cultivaba rosas, tulipanes, en una palabra, que se dedicaba a la horticultura, pero que sobre todo se complacía en los árboles frutales. Se divisa un cenador o más bien los restos de un cenador, bajo el cual hay todavía una mesa que el tiempo aún no ha devorado por completo. Por el aspecto de este jardín que ya no es un jardín, las alegrías negativas de la vida apacible que se disfrutaban en provincias se adivinan, como se adivina la existencia de un buen negociante al leer el epitafio de su tumba. Para completar las ideas tristes y dulces que se adueñan del alma, una de las paredes ofrece un reloj de sol adornado con esta inscripción burguesamente cristiana: ¡ULTIMAM COGITA! Las persianas de esta casa siempre están cerradas, los balcones están cubiertos de nidos de golondrinas, las puertas están también perpetuamente cerradas. Altas hierbas han dibujado con líneas verdes las resquebrajaduras de las escalinatas, las piezas de hierro están oxidadas. La luna, el sol, el invierno, el verano, la nieve, han destruido las maderas, corroído las pinturas.

»El lúgubre silencio que allí reina no está turbado más que por los pájaros, los gatos, las garduñas, las ratas y los ratones, libres de correr, de pelear, de devorarse. Una mano invisible ha escrito por doquier la palabra *Misterio*. Si, impulsados por la curiosidad, fuerais a ver esa casa por el lado de la calle, observaríais una puerta grande de forma redonda en su parte superior, y a la cual los niños del lugar han hecho numerosos agujeros. Más tarde me enteré de que esta puerta había sido

condenada desde hacía diez años. Por estas brechas irregulares, podríais observar la perfecta armonía que existe entre la fachada del jardín y la del patio. Reina en ambas el mismo desorden. El suelo está cubierto por la hierba. Enormes grietas surcan los muros, cuya parte superior, ennegrecida, cubren los mil festones de la parietaria. Los peldaños de la escalinata están dislocados, la cuerda de la campana podrida, los canalones rotos. “¿Qué fuego procedente del cielo ha pasado por ahí? ¿Qué tribunal ha dado la orden de sembrar de sai esa morada? ¿Acaso en ella se ha blasfemado de Dios? ¿Han traicionado a Francia?”. He aquí las preguntas que uno se formula. Los reptiles se deslizan sin responderos. Esta casa vacía y desierta constituye un gran enigma que nadie ha podido descifrar. En otro tiempo era un pequeño feudo, y lleva el nombre de la *Grande-Bretèche*. Mientras duró mi estancia en Vendôme, donde Desplein me había dejado para cuidar a un enfermo rico, la vista de esa singular morada convirtiose para mí en uno de mis más vivos placeres. ¿Acaso no era mejor que un edificio en ruinas? Con las ruinas se relacionan algunos recuerdos de irrefutable autenticidad; pero esta morada que permanece aún en pie, aunque lentamente demolida por una mano vengativa, encerraba un secreto, un pensamiento desconocido; por lo menos traicionaba un capricho. Más de una vez, al atardecer, me atrevía a penetrar a través de aquel seto, desafiando los rasguños. Entraba en aquel huerto sin dueño, en aquella propiedad que no era ni pública ni particular; permanecía allí horas enteras contemplando aquel desorden. Yo no quería preguntar nada acerca de la historia a la cual sin duda se debía aquel extraño espectáculo a ningún vendomense parlanchín. Allí componía yo mismo deliciosas novelas, me entregaba a pequeñas orgías de melancolía que me encantaban. Si hubiera conocido el motivo, tal vez vulgar, de aquel abandono, habría perdido la poesía inédita con la cual me embriagaba. Para mí aquel lugar representaba las imágenes más variadas de la vida humana, ensombrecida por sus desgracias: tan pronto era el ambiente del claustro, sin los monjes; tan pronto la paz del cementerio, sin los muertos que os hablan con el lenguaje de sus epitafios; hoy la casa del leproso, mañana la de los Atridas; pero tratábase sobre todo de la provincia con sus ideas recoletas, con su vida retirada. A menudo lloré en aquel lugar, nunca reí. Más de una vez sentí terrores involuntarios al oír, por encima de mi cabeza, el sordo silbido producido por el vuelo presuroso de una paloma torcaz. El suelo es allí húmedo; hay que desconfiar de los lagartos, de las víboras, de las ranas, que se pasean por allí con la salvaje libertad de la naturaleza; sobre todo es preciso no tener miedo del frío, ya que en algunos instantes sentís un manto de hielo que se posa sobre vuestros hombros, como la mano del Comendador sobre el cuello de don Juan. Una tarde, me estremecí: el viento había hecho girar una vieja veleta herrumbrosa, cuyos gritos parecieron un gemido proferido por la casa en el momento en que daba fin a un drama bastante tétrico por el cual me explicaba aquella especie de dolor monumentalizado. Regresé a mi mesón con la mente llena de ideas sombrías. Cuando hube cenado, la posadera entró con aire de misterio en mi habitación, y me dijo:

»—Señor, aquí está el señor Regnault.

»—¿Quién es el señor Regnault?

»—¿Cómo? ¿El señor no conoce al señor Regnault? ¡Qué extraño! —dijo, mientras se iba.

»De pronto vi aparecer a un hombre alto, delgado, vestido de negro, con el sombrero en la mano, y el cual se presentó como un camero dispuesto a arrojarse encima de su rival, mostrándome una pequeña cabeza puntiaguda y un cara pálida parecida a un vaso sin lavar. Tenía el aspecto del ujier de un ministro. Aquel desconocido llevaba un vestido viejo, muy gastado en los pliegues; pero lucía un diamante en la pechera de su camisa y pendientes de oro en las orejas.

»—Señor —le dije—, ¿con quién tengo el honor de hablar?

»Sentose en una silla, colocándose delante de la lumbre, dejó el sombrero encima de mi mesa y me respondió frotándose las manos:

»—¡Ah! ¡Hace mucho frío! Caballero, yo soy el señor Regnault. —Yo hice una inclinación y él prosiguió—: Ejercicio la profesión de notario en Vendôme.

»—Encantado, caballero —exclamé—, pero no tengo intención alguna de hacer testamento.

»—Un momento —dijo levantando la mano como para imponerme silencio—. ¡Permitidme, caballero, permitidme! Me he enterado de que a veces ibais a pasear al jardín de la Grande-Bretèche.

»—Sí, señor.

»—Un momento —dijo repitiendo el gesto—; esa acción constituye un verdadero delito. Señor, en nombre de la difunta señora condesa de Merret, de la cual soy albacea, os ruego que interrumpáis vuestras visitas. Sin embargo, yo no soy ningún turco y no quiero dar a entender que lo que habéis hecho ha sido un crimen. Por otra parte, es natural que ignoréis las circunstancias que me obligan a dejar que se convierta en ruinas el más hermoso edificio de Vendôme. No obstante, caballero, parecéis instruido, y debéis saber que las leyes prohíben, bajo penas severas, invadir una propiedad cerrada. Un seto equivale a un muro. Pero el estado en que la casa se encuentra, puede servir de excusa a vuestra curiosidad. Me gustaría dejaros transitar libremente por aquella casa; pero, encargado de ejecutar la voluntad de la testadora, tengo el honor, caballero, de rogaros que no entréis más en el jardín. Yo mismo, desde que se abrió el testamento, no he puesto el pie en esa casa, que depende, como he tenido el honor de deciros, de la sucesión de la señora de Merret. Sólo hemos comprobado las puertas y las ventanas, con objeto de establecer los impuestos que yo pago anualmente sobre el fondo destinado para ello por la difunta señora condesa. ¡Ah, señor mío, su testamento ha producido mucho ruido en Vendôme!

»En esto, el buen hombre hizo una pausa para sonarse la nariz. Yo respeté su locuacidad, comprendiendo perfectamente que la sucesión de la señora de Merret era el acontecimiento más importante de su vida, toda su reputación, su gloria, su Restauración. Era preciso despedirme de mis hermosas fantasías, de mis novelas; no

me rebelé, pues, ante el placer de enterarme de la verdad de un modo oficial.

»—Caballero —le dije—, ¿sería una indiscreción preguntaros las razones de este acto tan extraño?

»A1 oír estas palabras, el notario reflejó una gran alegría en su semblante. Levantó el cuello de la camisa con algo de petulancia, sacó la petaca y me ofreció tabaco; al rehusarlo, tomó él un poco y se lo introdujo en la nariz.

»—Caballero —me dijo el señor Regnault—, yo fui primer pasante del señor Roguin, en París. Magnífico bufete, del que sin duda habréis oído hablar. ¿No? Sin embargo, una desdichada quiebra le hizo famoso. No teniendo suficiente fortuna para ejercer en París, por el precio a que subieron los cargos en 1816, vine aquí para adquirir el estudio de mi predecesor. Yo tenía parientes en Vendôme, entre otros, una tía muy rica, la cual me dio su hija en matrimonio... Señor —añadió tras una breve pausa—, tres meses después de haber sido admitido por el señor Guardasellos, la señora condesa de Merret me envió una noche, en el momento en que me disponía a acostarme (todavía no me había casado en aquel entonces) a su castillo de Merret. Su doncella, una buena chica que hoy está sirviendo en este mesón, se hallaba a la puerta con la calesa de la señora condesa. ¡Ah, un momento!... Debo advertiros, señor, que el señor conde de Merret había ido a morir a París dos meses antes de que yo viniera aquí. Pero pereció miserablemente al entregarse a excesos de toda índole. ¿Comprendéis? El día de su partida, la señora condesa había abandonado la Grande-Bretèche y la había desamueblado. Algunas personas pretenden incluso que quemó los muebles, los tapices, en fin, todas las cosas que se encontraban en aquel lugar, y las quemó en el prado de Merret. ¿Habéis estado en Merret, caballero? ¿No? —dijo sin aguardar mi respuesta—. ¡Ah! ¡Es un lugar muy bello! Desde hacía unos tres meses —prosiguió después de inclinar un poco la cabeza—, el señor conde y la señora condesa vivían de un modo muy singular; no recibían a nadie, la señora habitaba la planta baja y el señor el primer piso. Cuando la señora condesa quedó sola, ya no se dejó ver más que en la iglesia. Más tarde, en su casa, en su castillo, negose a ver a los amigos y a las amigas que venían a visitarla. Había cambiado mucho desde el momento en que abandonó la Grande-Bretèche para ir a Merret. Aquella mujer adorable... (digo adorable, porque este diamante procede de ella, aunque sólo la vi una vez); así, pues, esa buena señora estaba muy enferma; sin duda había desesperado de su salud, pues que murió sin querer llamar a ningún médico. Muchas personas creyeron que no estaba en su sano juicio. Señor, mi curiosidad fue singularmente excitada al enterarme de que la señora de Merret tenía necesidad de mi ministro. Yo no era el único que se interesaba por esta historia. Aquella misma noche, aunque fuese tarde, toda la ciudad se enteró de que yo iba a Merret. La doncella respondió de un modo bastante vago a las preguntas que le hice por el camino; sin embargo, me dijo que su señora había recibido la extremaunción de manos del cura de Merret durante el día, y que parecía cómo si no hubiera de pasar de aquella noche. Llegué al castillo hacia las once. Subí la escalera. Después de cruzar grandes

aposentos altos y negros, fríos y endiabladamente húmedos, llegué al dormitorio de honor en el que se encontraba la señora condesa. Según los rumores que circulaban acerca de esa dama (señor, ¡sería cosa de no acabar, si os repitiese todos los cuentos que se han contado sobre ella!), yo me la imaginaba como una coqueta. Estaba acostada en una cama muy grande. Es verdad que, para iluminar aquella enorme habitación de estilo del antiguo régimen, poseía una de aquellas antiguas lámparas de Argant. ¡Ah, pero vos no habéis ido a Merret! Bien, señor, la cama es una de esas camas de antaño, con un dosel muy alto, provisto de una tela estampada. Una mesita de noche se hallaba cerca de la cama, y encima de ella vi una *Imitación de Jesucristo* que, dicho sea entre paréntesis, la compré para mi mujer, así como la lámpara. Había también una gran poltrona para la camarera y dos sillas. Por otra parte, no había fuego encendido. Todo esto no habría ocupado ni diez líneas de inventario. ¡Ah!, caballero, si hubieseis visto, como yo lo vi entonces, aquel gran aposento cubierto con tapices de color marrón, os habríais creído transportado a una verdadera escena de novela. Era glacial, y más que esto, fúnebre —añadió levantando el brazo con un gesto teatral y haciendo una pausa—. A fuerza de mirar, al acercarme a la cama, acabé por ver a la señora de Merret, y todavía gracias a la luz de la lámpara, cuya claridad daba sobre las almohadas. Su cara estaba amarilla como la cera, y parecía dos manos juntas. La señora condesa llevaba un gorro de encaje que dejaba ver unos hermosos cabellos, pero blancos como el lino. Estaba sentada en la cama, y parecía sostenerse con gran dificultad. Sus grandes ojos negros, abatidos por la fiebre, sin duda, y ya casi muertos, apenas se movían bajo los huesos en que están las cejas. Esto —dijo tocándose las propias cejas—. Su frente estaba húmeda. Sus manos descamadas parecían huesos recubiertos por una piel tensa; sus venas, sus músculos veíanse perfectamente bien. Debió de haber sido muy hermosa; pero, en aquel momento, al verla de aquel modo, no sé lo que sentí. Nunca, según dicen los que la sepultaron, alcanzó una criatura viva semejante estado de delgadez sin morir. ¡En fin, que era algo espantoso! El mal había llegado a consumir tanto a aquella mujer, que ya no era más que un fantasma. Sus labios cárdenos parecieronme inmóviles cuando me habló. Aunque mi profesión me haya familiarizado con estos espectáculos, llevándome a veces a la cabecera de los moribundos para comprobar sus últimas voluntades, confieso que las familias anegadas en llanto y las agonías que he presenciado nada eran comparadas con aquella mujer solitaria y silenciosa en aquel vasto castillo. Yo no oía el menor ruido, no veía el movimiento que la respiración de la enferma habría debido imprimir a las ropas que la cubrían, y permanecí completamente inmóvil, ocupado en mirarla con una especie de estupor. Parece como si aún estuviera allí. Finalmente sus grandes ojos se movieron, trató de levantar su mano diestra, que volvió a caer encima de la cama, y estas palabras salieron de su boca como un soplo, pues su voz ya no era una voz:

»—Os aguardaba con gran impaciencia.

»—Sus mejillas se tiñeron vivamente de rojo. El hablar, señor, representaba un

gran esfuerzo para ella. “Señora...”, le dije. Me hizo seña de que me callara. En aquel momento, la vieja ama de llaves se levantó y me dijo al oído:

»—No habléis, la señora condesa no puede oír ningún ruido; y lo que le dijeseis podría ser causa de agitación para ella.

»—Me senté. Unos instantes después, la señora Merret reunió las fuerzas que le quedaban para mover su brazo derecho, lo puso, no sin infinitas dificultades, encima de un almohadón; se detuvo un instante; luego hizo un supremo esfuerzo por retirar la mano, y cuando hubo tomado un papel sellado, gotas de sudor cayeron de su frente.

»—Os confío mi testamento... —dijo—. ¡Ah! ¡Dios mío, ah!

»—Esto fue todo. Cogió un crucifijo que estaba encima de su cama, se lo llevó rápidamente a los labios y murió. La expresión de sus ojos fijos me hace aún ahora estremecer cuando pienso en ellos. ¡Debía de haber sufrido mucho! Había alegría en su última mirada, sentimiento que quedó grabado en sus ojos muertos. Me llevé el testamento; y cuando éste fue abierto, vi que la señora de Merret me había nombrado albacea suyo. Legaba la totalidad de sus bienes al hospital de Vendôme, salvo algunas mandas particulares. Pero he aquí cuáles fueron sus disposiciones con relación a la Grande-Bretèche. Me recomendó que dejase esa casa, durante cincuenta años, a contar desde el día de su fallecimiento, en el estado en que se encontrase en el momento de morir, prohibiendo la entrada en las estancias a cualquier persona que fuese, prohibiendo que se hiciera en ella la más mínima reparación, y fijando incluso una renta con objeto de contratar a unos guardas, en caso necesario, para que garantizaran la completa ejecución de sus deseos. Al expirar ese plazo, si se cumple la voluntad de la testadora, la casa deberá pertenecer a mis herederos, ya que el señor sabe que los notarios no pueden aceptar legados; de lo contrario, la Grande-Bretèche pasaría a manos de quien tiene la obligación de cumplir las condiciones indicadas en un codicilo anejo al testamento, y que sólo debe abrirse cuando expiren los referidos cincuenta años. El testamento no ha sido impugnado; así, pues...

»Al decir estas palabras, y sin terminar la frase, el notario me miró con aire de triunfo, y yo le hice muy feliz al dirigirle algunos cumplidos.

»—Caballero —le dije—, me habéis impresionado tan vivamente, que creo estar viendo a esa moribunda más pálida que las sábanas de su lecho; sus ojos relucientes me dan miedo; y esta noche soñaré con ella. Pero debéis haber hecho algunas conjeturas sobre las disposiciones contenidas en ese extraño testamento.

»—Caballero —me dijo con una discreción que resultaba cómica—, yo no me permito nunca juzgar la conducta de las personas que me han honrado regalándome un diamante.

»Pronto conseguí tirar de la lengua al escrupuloso notario vendomense, que me comunicó, no sin largas digresiones, las observaciones debidas a los profundos políticos de ambos sexos cuyas opiniones tienen fuerza de ley en Vendôme. Pero estas observaciones eran tan contradictorias, tan difusas, que estuve a punto de dormirme, a pesar del interés que ponía en esa historia auténtica. El tono pesado y el

acento monótono de ese notario, sin duda acostumbrado a escucharse a sí mismo y a hacerse escuchar por sus clientes o sus compatriotas, triunfó de mi curiosidad. Afortunadamente, se fue.

»—¡Ah!, ¡ah!, caballero, hay muchas personas —me dijo cuando se hallaba en la escalera—, que quisieran vivir otros cuarenta y cinco años; ¡pero por un momento! —Y se puso el índice de su mano derecha sobre la nariz, como si quisiera decir—: ¡Fijaos bien en lo que voy a deciros!

»—Para ir hasta allá, hasta allá —dijo—, no es necesario ser sexagenario.

»Cuando el notario se hubo marchado, cerré la puerta; luego me senté en mi butaca, poniendo los pies sobre los dos morillos de la chimenea. Me hallaba dedicado a imaginar una novela al estilo de las de Radcliffe, estructurada sobre los datos jurídicos del señor Regnault, cuando mi puerta, manipulada por la mano hábil de una mujer, giró sobre sus goznes. Vi entrar a mi patraña, una señora gruesa, risueña, que había errado en cuanto a su vocación: era una flamenca que habría debido nacer en un cuadro de Teniers.

»—Bien, señor, ¿supongo que el señor Regnault os habrá endilgado su historia de la Grande-Bretèche?

»—Sí, señora Lepas.

»—¿Qué os ha contado?

»Le repetí resumida la tenebrosa y fría historia de la señora de Merret. A cada frase, mi patrona estiraba el cuello, mirándome con una perspicacia de mesonera, una especie de justo término medio entre el instinto del gendarme, la astucia del espía y del comerciante.

»—Mi querida señora Lepas —añadí al terminar—, vos parecéis saber más, ¿verdad? De no ser así, ¿por qué habrías subido a mi habitación?

»—¡Ah!, palabra de mujer honrada, tan cierto como que me llamo...

»—No juréis, vuestros ojos parecen ocultar un secreto. Habéis conocido al señor de Merret. ¿Qué clase de hombre era?

»—Pues, el señor de Merret, era un guapo mozo al que no se terminaba nunca de ver, ¡tan alto era!, un digno gentilhomme venido de Picardía, y que, como decimos por aquí, tenía la cabeza cerca del gorro. Pagaba todo al contado para no tener dificultades con nadie. Era de carácter muy vivo. Nuestras damas le encontraban muy amable.

»—¿Por qué era de carácter vivo? —le pregunté a mi patrona.

»—Quizá —dijo—; debéis pensar que, como se dice, era preciso tener algo delante de sí para poder casarse con la señora de Merret, quien, sin querer ofender a nadie, era la persona más bella y más rica de Vendôme. Poseía unas veinte mil libras de renta. Toda la ciudad asistió a la boda. La novia era una verdadera joya de mujer. ¡Ah!, ¡hacían muy buena pareja!

»—¿Fueron felices?

»—Sí y no, según nos es dado suponer, ya que nosotros no vivíamos con ellos. La

señora de Merret era una buena mujer, muy amable, que quizá tuvo a veces que sufrir a causa de la vivacidad de su marido, pero a éste, aunque un poco orgulloso, nosotros le queríamos. ¡Bah, era muy propio que hiciera lo que hacía! Cuando se es noble, ya sabéis...

»—Sin embargo, fue necesario que se produjese alguna catástrofe para que el señor y la señora de Merret se separasen violentamente, ¿no?

»—Yo no he dicho que hubiera ninguna catástrofe, señor. Yo no sé nada de eso.

»—Perfectamente. Ahora estoy seguro de que lo sabéis todo.

»—Bien, señor, voy a decíroslo. Al ver que subía a vuestra habitación el señor Regnault, he pensado que os hablaría de la señora de Merret, a propósito de la Grande-Bretèche, Ello me ha dado la idea de consultar al señor, por parecerme ser una persona tan prudente e incapaz de traicionar a una pobre mujer como yo, que jamás hice daño a nadie y que, sin embargo, se encuentra atormentada por su conciencia. Hasta este momento, no me he atrevido a confiarme a las personas de esta comarca, porque son todos unos habladores con una lengua de víbora. En fin, señor, todavía no había tenido en mi mesón a un viajero que permaneciera en él tanto tiempo como vos, y a quien pudiera contarle la historia de los quince mil francos...

»—Mi querida señora Lepas —le dije, atajando el flujo de sus palabras—, si vuestra confianza es de naturaleza tal que pudiera comprometeros, por nada del mundo quisiera ser responsable de ello.

»—No temáis —me interrumpió—; ahora veréis.

»Esta prisa me hizo creer que yo no era el único a quien la buena mesonera había comunicado el secreto del que yo había de ser el único depositario, y escuché.

»—Señor —dijo—, cuando el emperador envió aquí a unos españoles prisioneros de guerra u otros, tuve que alojar, por cuenta del gobierno, a un joven español enviado a Vendôme. Todos los días iba a ver al subprefecto. Era un grande de España. Su nombre acababa en *os* y en *dia*, algo así como Bagos de Feredia. Tengo su nombre escrito en mis registros; podréis leerlo, si queréis. ¡Oh!, era un hombre muy guapo, para ser español, pues dicen que todos son feos. Apenas medía de estatura cinco pies y dos o tres pulgadas, pero estaba bien proporcionado; tenía unas manos pequeñas, que cuidaba con esmero, ¡ah!, habríais tenido que verle. Tenía tantos cepillos para sus manos como tiene una mujer para todo su aseo. Llevaba el pelo largo, negro, sus ojos poseían una mirada ardiente, su piel era un poco bronceada, pero me agradaba mucho. Llevaba prendas de ropa blanca tan finas como jamás se las he visto a nadie, aunque he tenido en mi casa a princesas, y entre otros personajes, al general Bertrand, al duque y la duquesa de Abrantes, al señor Decazes y al rey de España. No comía gran cosa; pero eran tan finos sus modales, era tan amable, que no era posible mirarle sin simpatía. ¡Oh!, yo le quería muchísimo, a pesar de que no hablaba cuatro palabras al día y fuera imposible sostener con él la más breve conversación; si alguien le hablaba, él no respondía. Era una manía que tenía, según dicen. Leía su breviario como un cura, iba a misa y a todos los oficios regularmente. ¿Dónde se metía? Más

tarde nos dimos cuenta de ello: a dos pasos de la capilla de la señora de Merret. Como se colocó allí desde la primera vez que fue a la iglesia, nadie creyó que hubiera intención en lo que hacía. Por otra parte, no levantaba la nariz de su libro de rezos, ¡pobre joven! Por aquel entonces, señor, al atardecer, pasaba él por la montaña, en las ruinas del castillo. Era su única diversión, pobrecillo, porque se acordaba de su país, ya que dicen que en España todo son montañas. Desde los primeros días de su arresto, tardaba en llegar a casa. Yo estaba inquieta al ver que no regresaba hasta el filo de la medianoche; pero todos llegamos a acostumbrarnos a sus caprichos; cogió la llave y ya no le esperamos más. Se alojaba en la casa que tenemos en la calle de los Cuarteles. Por aquel entonces, uno de nuestros mozos de cuadra nos dijo que una noche, al ir a bañar los caballos, creyó haber visto al grande de España que nadaba a lo lejos en el río, como un verdadero pez. Cuando volvió, le dije que tuviera cuidado con las hierbas; pareció contrariado de que le hubieran visto en el agua. En fin, señor, un día, o mejor dicho, una mañana, ya no le encontramos en su habitación; no había regresado. Después de buscar por todas partes, vi un escrito en el cajón de su mesa, donde había cincuenta monedas de oro españolas de las que llaman portuguesas y que valían alrededor de cinco mil francos; luego, diamantes por valor de diez mil francos en una cajita sellada. Su escrito decía que en caso de que no regresase, nos dejaba aquel dinero, aquellos diamantes, con el encargo de decir misas para dar gracias a Dios por su evasión y por su salvación. En aquellos días yo tenía aún a mi hombre, el cual corrió en su busca. ¡Y he aquí lo curioso de la historia!, trajo la ropa del español, que descubrió bajo una gran piedra, a la orilla del río, en la parte del castillo, casi frente a la Grande-Bretèche. Mi marido había ido allá tan temprano por la mañana, que nadie le vio. Quemó las ropas, después de haber leído la carta, y nosotros declaramos, según el deseo manifestado por el conde Feredia, que se había evadido. El subprefecto movilizó a todos los gendarmes en su busca. Pero no pudieron dar con él. Lepas creyó que el español se había ahogado. Yo, señor, no lo creo así; creo más bien que tiene esto algo que ver con el asunto de la señora de Merret, puesto que Rosalía me ha dicho que el crucifijo al cual su señora tenía tanta devoción, que se hizo enterrar con él, era de ébano y plata; ahora bien, en los primeros tiempos de su estancia aquí, el señor Feredia tenía uno de ébano y plata que ya no le volví a ver posteriormente. Ahora, señor, ¿verdad que no debo tener remordimiento de los quince mil francos del español y que son bien míos?

»—Por cierto que sí. ¿Pero no habéis tratado de interrogar a Rosalía? —le dije.

»—¡Oh!, sí que lo hice, señor. ¡Qué queréis!, esa mujer es impenetrable como un muro. Sabe algo, pero es imposible sacarle nada.

»Después de haber conversado aún unos instantes conmigo, mi patrona me dejó entregado a pensamientos vagos y tenebrosos, a una curiosidad novelesca, a un terror religioso bastante parecido al profundo sentimiento que se adueña de nosotros cuando entramos por la noche en una iglesia sombría en la cual percibimos una débil luz lejana bajo unos elevados arcos; una figura indecisa se desliza, se deja oír el roce de

un vestido o de una sotana... y nos estremecemos. La Grande-Bretèche, con sus ventanas condenadas, sus piezas de hierro oxidadas, sus puertas cerradas, sus aposentos desiertos, apareció de pronto fantásticamente ante mí. Traté de penetrar en aquella misteriosa mansión buscando el nudo de aquella extraña historia, el drama que había dado muerte a tres personas. Rosalía convirtiose para mí en el ser más interesante de Vendôme. Al examinarla, advertí, a pesar de la salud que su rostro irradiaba, las huellas de un pensamiento íntimo, oculto. Había en ella un principio de remordimiento o de esperanza; su actitud anunciaba un secreto, como la actitud de las devotas que rezan con exceso o la de la joven infanticida que oye constantemente el último grito de su hijo. Sin embargo, su aspecto era ingenuo y vulgar, su sonrisa de mujer poco inteligente no tenía nada de criminal, y la habríais juzgado inocente con sólo ver el gran pañuelo de cuadros rojos y azules que cubría su busto vigoroso, enmarcado, apretado, por un vestido de rayas blancas y moradas.

»—No —pensaba yo—, yo no abandonaré Vendôme sin saber toda la historia de la Grande-Bretèche. Para conseguir lo que me propongo, me haré amigo de Rosalía, si ello es preciso.

»—Rosalía —le dije una tarde.

»—Diga, señor.

»—¿No estáis casada?

»Rosalía se estremeció ligeramente.

»—¡Oh, no me faltarán hombres, cuando sienta el capricho de ser desgraciada! —dijo riendo.

»Pronto se recobró de su emoción íntima, ya que todas las mujeres, desde la gran dama hasta la criada de mesón, ambas inclusive, poseen una sangre fría que les es peculiar.

»—¡Sois muy linda y apetitosa para que no os falten enamorados! Pero, decidme, Rosalía, ¿por qué os habéis hecho criada de mesón, al dejar a la señora de Merret? ¿Acaso ella no os legó nada de renta?

»—Por supuesto, que sí; pero, señor, mi puesto es el mejor de Vendôme.

»Esta respuesta era una de aquellas que los jueces y los abogados llaman *dilatorias*. Rosalía me parecía hallarse en esta historia como la casilla que se encuentra en el centro de un tablero de ajedrez; estaba en el centro mismo del interés y de la verdad; me parecía que se hallaba en el mismo nudo de la cuestión. En aquella joven se encontraba el último capítulo de una novela; así, a partir de aquel momento, convirtiose Rosalía en objeto de mi predilección. A fuerza de estudiar a aquella muchacha, observé en ella, como en todas las mujeres de las cuales hacemos el centro de nuestros pensamientos, un gran número de cualidades: era limpia, cuidadosa; era bonita, ni que decir tiene; pronto tuvo todos los atractivos que nuestro deseo confiere a las mujeres, sea cual fuere la situación en que pudieran encontrarse. Quince días después de la visita del notario, una tarde, o mejor dicho, una mañana, porque aún era temprano, le dije a Rosalía:

»—¡Anda, cuéntame todo lo que sepas de la señora de Merret!

»—¡Oh! —respondió la joven, aterrada—, ¡no me pidáis eso, señor Horacio!

»Su hermoso rostro palideció intensamente y sus ojos quedaron sin su inocente brillo. Yo, sin embargo, insistí.

»—Bien —repuso ella—, puesto que lo queréis, os lo diré; ¡pero guardadme el secreto!

»—¡Vamos, hija mía!, yo guardaré todos tus secretos con una honradez de ladrón, que es la más leal que existe.

»—Si os da lo mismo —me dijo—, preferiría que fuese con vuestra propia honradez.

»Dicho esto, se sentó y se puso cómoda, como dispuesta a comenzar su relato; ya que, ciertamente, existe una actitud de confianza y de seguridad que es necesaria para un relato. Las mejores narraciones se efectúan a determinada hora, como en estos momentos en que estamos todos sentados a la mesa. Nunca hubo nadie que narrase bien estando de pie o en ayunas. Pero si hubiera que reproducir fielmente la difusa elocuencia de Rosalía, apenas sería suficiente un volumen entero. Ahora bien, como el acontecimiento del que ella me ofreció una vaga idea se encuentra situado entre la charla del notario y la de la señora Lepas, tan exactamente como los términos medios de una proporción aritmética entre sus dos extremos, sólo tengo necesidad de contároslo en breves palabras. Así, pues, seré breve.

»La habitación que la señora de Merret ocupaba en la Bretèche se hallaba situada en la planta baja. Un pequeño gabinete de unos cuatro pies de profundidad, practicado en el interior de la pared, le servía de guardarropa. Tres meses antes de la noche de la que voy a contaros los hechos ocurridos, la señora de Merret se había encontrado demasiado indispuesta para que su marido la dejara sola en casa, y dormía en una habitación del primer piso. Por una de esas casualidades imposibles de prever, aquella noche regresó dos horas más tarde de lo acostumbrado del círculo al cual iba a leer los periódicos y a hablar de política con los habitantes de la comarca. Su mujer creía que ya había regresado, se había acostado y dormía. Pero la invasión de Francia había sido objeto de una discusión muy animada; la partida de billar se había acalorado, él había perdido cuarenta francos, suma enorme en Vendôme, donde todo el mundo economiza, y donde las costumbres se hallan contenidas en los límites de una modestia digna de encomio, que quizá se convierte en la fuente de una verdadera felicidad que ningún parisiense es capaz de sospechar. Desde hacía algún tiempo, el señor de Merret se contentaba con preguntar a Rosalía si su mujer se había acostado; ante la respuesta siempre afirmativa de la muchacha, él se dirigía inmediatamente a sus habitaciones con la credulidad engendrada por la costumbre y la confianza. Al regresar a su casa, tuvo el capricho de entrar en la habitación de la señora de Merret para contarle su mala fortuna en el juego, quizá también para consolarse de ella. Durante la comida, había observado que la señora de Merret estaba muy guapa y elegante; al dirigirse al círculo, decíase que su mujer ya no padecía, que su

convalecencia la había embellecido, y se daba cuenta de ello un poco tarde, como les ocurre en todas las cosas a los maridos. En lugar de llamar a Rosalía, que en aquellos momentos se hallaba ocupada en la cocina mirando como la cocinera y el cochero jugaban a las cartas, el señor de Merret dirigióse a la habitación de su esposa, guiándose por la luz de su linterna, que había dejado sobre el primer peldaño de la escalera. Su paso, fácil de reconocer, resonaba bajo las bóvedas del corredor. En el momento en que el gentilhomme dio vuelta a la llave de la habitación de su esposa, creyó oír cerrarse la puerta del gabinete del que os he hablado; pero cuando él entró, la señora de Merret se hallaba sola, de pie ante la chimenea. El marido pensó ingenuamente que era Rosalía quien estaba en el gabinete; sin embargo, una sospecha que sonó en sus oídos como una campana, le hizo desconfiar; miró a su mujer y halló en sus ojos un no sé qué de turbación y temor.

»—Regresáis muy tarde —dijo la señora de Merret a su marido.

»Esa voz, de ordinario tan pura y graciosa, parecióle ligeramente alterada. El señor de Merret no respondió nada, porque en aquel instante entró Rosalía. Esto fue para él como si un rayo hubiera caído a sus pies. Comenzó a pasear por la habitación, yendo de una ventana a otra con un movimiento uniforme y los brazos cruzados.

»—¿Os habéis enterado de algo triste, o es que sufrís? —le preguntó tímidamente su mujer, mientras Rosalía la estaba desnudando.

»El señor de Merret guardó silencio.

»—Retiraos —dijo la señora de Merret a su doncella—, ya me pondré yo misma los papillotes.

»Adivinó alguna desgracia sólo con observar el rostro de su marido, y quiso quedarse a solas con él. Cuando Rosalía se hubo marchado, o por lo menos así lo creyeron ellos, puesto que permaneció unos instantes en el corredor, el señor de Merret fue a plantarse ante su mujer y le dijo fríamente:

»—¡Señora, hay alguien en vuestro gabinete!

»Ella miró a su marido con aire sereno y le respondió sencillamente:

»—No, señor.

»Este *no* puso fuera de sí al señor de Merret, y no quiso creerlo; y sin embargo, nunca su mujer le había parecido más pura ni más religiosa que parecía ser en aquellos momentos. Se levantó para ir a abrir el gabinete; la señora de Merret le cogió de la mano, le detuvo, le miró con semblante melancólico y le dijo con voz singularmente conmovida:

»—¡Si no encontráis nadie ahí dentro, pensad que todo habrá terminado entre nosotros!

»La increíble dignidad impresa en la actitud de su mujer inspiró en el gentilhomme una profunda estima hacia ella, y le dictó una de esas resoluciones a las que sólo falta un vasto teatro para que se conviertan en inmortales.

»—No —dijo—, Josefina, no iré. En uno y otro caso, quedaríamos separados para siempre. Escucha, yo conozco toda la pureza de tu alma, y sé que llevas una vida

santa, y no querías cometer un pecado mortal a costa de tu vida.

»Al oír estas palabras, la señora de Merret miró a su marido con semblante hosco.

»—Toma, aquí tienes tu crucifijo —añadió el marido—. Júrame ante Dios que no hay nadie ahí, te creeré, y no abriré nunca esa puerta.

»La señora de Merret cogió el crucifijo y dijo:

»—Lo juro.

»—Más alto —dijo el marido—, y repite: “Juro ante Dios que no hay nadie en ese gabinete”.

»Ella repitió la frase sin turbarse.

»—Está bien —dijo fríamente el señor de Merret.

»Tras un momento de silencio:

»—Poseéis algo muy hermoso que yo ignoraba —dijo examinando el crucifijo de ébano con incrustaciones de plata y muy artísticamente esculpido.

»—Lo encontré en casa de Duvivier, quien, cuando esos prisioneros pasaron por Vendôme el año pasado, lo compró a un religioso español.

»—¡Ah! —dijo el señor de Merret volviendo a poner el crucifijo en el clavo.

»Y dicho esto, hizo sonar la campanilla. Rosalía no se hizo esperar. El señor de Merret fue rápidamente a su encuentro, la llevó junto a la ventana que daba al jardín y le dijo en voz baja:

»—Yo sé que Gorenflot quiere casarse contigo, solamente la pobreza os impide realizar vuestra boda, y tú le has dicho que no serías su mujer si no encontraba el medio de hacerse maestro albañil... Bien, ve en busca de él, dile que venga con su trulla y sus utensilios. Procura no despertar a nadie más que a él en la casa. Sobre todo, no hables con nadie, de lo contrario...

»Diciendo esto, frunció el ceño. Rosalía se fue, él la llamó de nuevo.

»—Toma, coge mi llave maestra —dijo.

»—¡Juan! —gritó el señor de Merret con voz de trueno en el corredor.

»Juan, que era a la vez su cochero y su hombre de confianza, abandonó su partida de naipes y acudió.

»—Id todos a acostaros —le dijo su dueño, haciéndole una seña para que se acercase.

»Y el gentilhomme añadió, pero en voz baja:

»—Cuando todos estén dormidos, *dormidos*, ¿me oyes? bajarás a avisarme.

»El señor de Merret, que no había perdido de vista a su mujer, mientras estaba dando estas órdenes, volvió tranquilamente al lado de ella junto a la chimenea, y comenzó a referirle la partida de billar y las discusiones del círculo. Cuando regresó Rosalía halló al señor y a la señora de Merret charlando muy amistosamente. El gentilhomme había hecho techar a cielo raso todas las habitaciones que integraban su apartamento de recepción en la planta baja. El yeso es muy raro en Vendôme, y el transporte hace aumentar mucho su precio; así, pues, el gentilhomme había mandado traer una gran cantidad, sabiendo que siempre encontraría compradores para lo que le

quedase del mismo. Esta circunstancia le inspiró la idea que en seguida quiso ejecutar.

»—Señor, Gorenflot está ahí —dijo Rosalía en voz baja.

»—¡Que entre! —respondió en voz alta el gentilhombre picardo.

»La señora de Merret palideció ligeramente al ver al albañil.

»—Gorenflot —dijo el marido—, ve a buscar unos ladrillos y tráelos para tapiar la puerta de ese gabinete; utilizarás el yeso que me queda para enlucir la pared.

»Luego, haciendo que se acercaran a él Rosalía y el obrero:

»—Escucha, Gorenflot —dijo en voz baja—, dormirás aquí esta noche. Pero mañana por la mañana tendrás un pasaporte para ir a un país extranjero, a una ciudad que te indicaré. Te entregaré seis mil francos para tu viaje; si no te agradase vivir allí, podrías establecerte en otro, con tal de que sea en el mismo país. Pasarás por París, donde me aguardarás. Yo te garantizaré allí mediante un contrato otros seis mil francos que te serán pagados a tu regreso en el caso de que cumplas las condiciones de nuestro trato. A este precio deberás guardar el más profundo silencio acerca de lo que hayas hecho esta noche aquí. En cuanto a ti, Rosalía, te prometo diez mil francos que no te serán entregados más que el día de tu boda, y con la condición de que te cases con Gorenflot; pero, para poder casaros, es preciso callar. De lo contrario, no hay dote.

»—Rosalía —dijo la señora de Merret—, venid a peinarme.

»El marido se paseó tranquilamente de un lado para otro, vigilando la puerta, al albañil y a su mujer, pero sin dejar transparentar una desconfianza ofensiva. Gorenflot viose obligado a hacer ruido. La señora de Merret aprovechó un momento en que el obrero descargaba ladrillos y en que su marido se encontraba en el extremo de la habitación, para decirle a Rosalía:

»—Mil francos de renta para ti, hijita, si puedes decirle a Gorenflot que deje una rendija en la parte inferior.

»Luego, en voz alta, dijo con una gran sangre fría:

»—¡Anda, ve, pues, a ayudarle!

»El señor y la señora de Merret permanecieron silenciosos todo el rato en que Gorenflot estuvo ocupado en tapiar la puerta. Este silencio era cálculo por parte del marido, que no quería proporcionar a su mujer el pretexto de proferir palabras de doble sentido; y por parte de la señora de Merret se trataba de prudencia o de orgullo. Cuando la pared estuvo a la mitad de su altura, el astuto albañil aprovechó un momento en el cual el gentilhombre había vuelto la espalda para dar un azadonazo a uno de los dos cristales de la puerta. Esta acción hizo comprender a la señora de Merret que Rosalía había hablado con Gorenflot. Los tres vieron entonces un rostro de hombre moreno, unos cabellos negros y mirada de fuego. Antes de que su marido se volviera, la pobre mujer tuvo el tiempo suficiente para hacer una seña con la cabeza al extranjero, para quien esta seña quería decir: “¡Esperad!”. A las cuatro de la madrugada, cuando estaba a punto de clarear, puesto que era el mes de septiembre, la

obra fue concluida. El albañil permaneció bajo la vigilancia de Juan, y el señor de Merret se acostó en la habitación de su mujer. A la mañana siguiente, al levantarse, dijo como quien no dice nada:

»—¡Ah!, es preciso que pase por la alcaldía a buscar el pasaporte.

»Se puso el sombrero, dio tres pasos hacia la puerta, luego volvió atrás para coger el crucifijo. Su mujer se estremeció de felicidad.

»—Irá a casa de Duvivier —pensó.

»Tan pronto como el gentilhombre hubo salido, la señora de Merret hizo sonar la campanilla para llamar a Rosalía; luego, con voz terrible:

»—¡El azadón, el azadón —gritó— y manos a la obra! Ayer vi como lo hacía Gorenflot, tendremos tiempo de practicar un agujero y luego volver a taparlo.

»En un santiamén, Rosalía trajo un azadón a su señora, la cual, con un ardor imposible de describir, empezó a demoler la pared. Había hecho saltar algunos ladrillos, cuando, al tomar impulso para dar un golpe más fuerte que los otros, vio al señor de Merret a su espalda. La señora de Merret se desmayó.

»—Llevad a la señora a su cama —dijo fríamente el gentilhombre.

»Previendo lo que iba a suceder durante su ausencia, había tendido una trampa a su mujer; habíase limitado a escribir al alcalde y mandado a buscar a Duvivier. El joyero llegó en el momento en que el desorden del apartamento acababa de ser reparado.

»—Duvivier —le preguntó el gentilhombre—, ¿no habéis comprado unos crucifijos a los españoles que pasaron por aquí?

»—No, señor.

»—Bien, muchas gracias —dijo cambiando una mirada felina con su mujer—. Juan —añadió volviéndose hacia su criado de confianza—, haréis que me sirvan mis comidas en la habitación de la señora. Está enferma y no la dejaré sola hasta que se halle restablecida.

»El cruel gentilhombre permaneció veinte días al lado de su mujer. Durante los primeros momentos, cuando se producía cualquier ruido en el gabinete tapiado y Josefina quería proferir algún ruego en favor del desconocido moribundo, él le respondía sin permitir que dijera una sola palabra:

»—Habéis jurado sobre el crucifijo que ahí no había nadie.

Después de este relato, todas las mujeres se levantaron de la mesa, y la fascinación bajo la cual las había tenido Bianchon quedó disipada por este movimiento. Sin embargo, algunas de ellas llegaron casi a sentir escalofríos al oír las últimas palabras de la historia.

París, 1839-1842.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.